Myriam Ribes
Retales de nuestra vida

Retales de nuestra vida

Myriam Ribes

Derechos de autor © 2023 Myriam Ribes
www.myriamribes.com
@myriamribes
©Ilustración de la cubierta: James. www.jameslluispons.com
Corrección: NG Books: www.nonigarcia.com
Maquetación: Fabián Vázquez: www.fabianvazquez.net
ISBN: 978-84-09-51833-3
Depósito Legal: ME - 584/2023
© Todos los derechos reservados. Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, empresas, acontecimientos, lugares o negocios son pura coincidencia.

A Manolo García, Quimi Portet y Max Capdevila.
A todas las plumas que dibujáis mis alas.

1

Como un burro amarrado

—¡Me niego a que se use todo ese dinero para sus mierdas!

Oriol grita fuera de sí y me señala con su dedo fibroso de cirujano. Siempre tiene que montar alguna pelotera en la reunión semanal de directivos, pero hoy está especialmente agresivo. Debe de ser por el viento: la tramontana nos trastorna a todos.

Como ya viene siendo habitual, la culpable de todos sus males soy yo, pero no va a conseguir alterarme. Me concentro en mi respiración un segundo y le respondo despacio, como si no me importara nada lo que dice.

—Ni son mías, ni son mierdas: son terapias para nuestros pacientes.

—Terapias de mierda.

Joder, ni se lo ha pensado. Me ha escupido a la cara esas tres palabras y ahora me reta con esos ojos negros de serpiente que tiene. Le aguanto la mirada sin problemas, pero me muero del asco que me da. Será todo lo bueno que digan, pero representa lo que más odio de la medicina y del mundo: es un «medicosaurio», un gallito de corral con bata.

«Terapias de mierda» me ha dicho el tío. Si Xavier estuviera vivo, le habría abofeteado al segundo de decirlo. Me pellizco con fuerza la palma de la mano para no darle yo.

—Me da igual tu opinión, Oriol. La donación me la han dado a mí y punto. No hay nada más que discutir.

Aunque le sigo hablando lento, se debe notar mi odio, porque el dedo con el que me apunta ha empezado a temblar. Titubea un segundo al verlo, pero cierra con rabia la mano y se me vuelve a enfrentar.

—No, no te la han dado a ti, Mariona. Se la han dado al hospital Insular. A nuestra isla.

Y ahora va el memo y pronuncia la palabra «isla» con ese tonito, tan solemne y engolado que parece que estuviera sonando un himno de fondo. Es que no se puede ser más imbécil. Como se ha vuelto a quedar sin argumentos, apela a su patria sagrada, esa de la que yo nunca formaré parte porque soy, como dicen ellos, «forastera». Me pellizco con más fuerza la palma. Acabará por salirme sangre, pero no va a conseguir verme alterada.

—A ver, Oriol, un par de cositas. Una, mi departamento es tan de la isla y tan del hospital como tú. Dos, yo me he currado esta subvención durante meses y por eso me la han dado a mí y no a ti.

— No me lo creo. Te quieres quedar algo que es para la isla.

Y dale. Será burro, otra vez con ese estúpido patriotismo. Y lo de los demás directivos no tiene nombre: le miran embobados como si fuera Dios en traje de Armani.

—Yo no miento nunca. Díselo tú, Nina.

Los jefes se giran hacia la gerente, que tiene el tiempo justo para asesinarme con su mirada verde. Cuando nota todos los ojos de la sala fijos en ella, ladea la cabeza y nos sonríe. La sonrisa de Nina es una especie de arma letal, y ella lo sabe: no puedes evitar devolvérsela, y una vez lo haces, te subyuga y te calmas. Será la mejor enfermera del universo, pero como directiva es una diosa. Solo ha necesitado dos segundos para tenernos embobados y pendientes de su respuesta.

—Es cierto. Os lo iba a comentar en el orden del día, pero el doctor García se me ha adelantado, para variar. Naturbody ha donado el dinero y los aparatos de magneto y radiofrecuencia al departamento de Medicina Integrativa.

—¿Todo para ellos?

Nina asiente a Oriol y yo le miro desafiante.

— Todo. Mariona nos ha cedido una parte de la dotación económica para las obras, pero el resto es para su servicio. Si quieres que tus pacientes usen la radiofrecuencia, tendrás que derivárselos a ella.

Oriol gruñe aflojándose el nudo de la corbata como si le ahogara.

—Solo me faltaba eso. Tener que enviar mis pacientes a la Hierbas.

Los demás directivos sueltan una risita. Me aburren. Siempre aplaudiéndole las gracias a Oriol y tratándome de bicho raro, cuando los extraños y obsoletos son ellos. Paso de mirarles y replico al Medicosaurio.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que yo les guste más que tú y no vuelvan?

—Solo faltaría eso. Lo que no quiero es que acaben en tu secta de atontados, esnifando lavanda y haciendo la danza de la lluvia.

Carcajada general. Normalmente no me afectan sus burlas ni las de nadie, pero hoy es viernes, ha sido una semana muy intensa y tengo doble turno. Respiro hondo y me vuelvo a pellizcar para no levantarme a matarlos a todos. Vaya panda de ungaúngas, son tan burros como él. Abro la boca para responderles, pero me interrumpe el manotazo de Nina sobre la mesa, que retumba como un gong por toda la estancia.

—¡Oriol! —Todos se quedan mudos—. No quiero abrirte un expediente. Y con insultos lo único que vas a conseguir es eso, porque pierdes toda tu credibilidad.

—¿Credibilidad? ¿Y qué coño de credibilidad tiene ella? Nada de lo que hace tiene evidencia científica.

Pongo los ojos en blanco y le contesto al instante.

—Perdona, pero creo que te falla un poco la memoria. Ya os demostré en la sesión general del mes pasado que la mayoría de lo que hacéis y recetáis vosotros tampoco tiene evidencia. Me parece que os lo dejé bien clarito.

Esa sesión fue épica. Muchos médicos se marcharon ofendidos del salón de actos cuando dije que hacían medicina basada en la costumbre y no en la evidencia científica. Los residentes me aplaudieron, y eso les ofendió más aún.

Oriol finge pasar de mí, no me contesta, y sigue machacando a la gerente.

—Nina, ¡no podemos malgastar el dinero público en sus tonterías perroflautas!

—¡Vale ya! Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que nuestro sistema sanitario ya no es universal y no podemos cubrir todos los gastos del hospital sin los pacientes privados y las donaciones. Te guste o no, el departamento de Mariona es el que tiene los mejores indicadores de calidad y el que ha conseguido más mecenas desde que se creó. Así que los aparatos son para Integrativa, y punto.

Sonrío triunfal a Oriol tras escuchar a Nina. Él me pone cara de perro y sigue protestando.

—Ya. Todo para ella. Y el hecho de que la Hierbas sea tu amiguita del alma no influye en nada, ¿verdad?

Nina vuelve a pegar un manotazo a la mesa y le mira de una forma que hasta yo me acojono.

—¡Por supuesto que no! Y me ofende mucho que digas eso. Me considero amiga y compañera de todos los que estáis aquí sentados. Pero os recuerdo, y que no se os olvide a ninguno, que soy la gerente del hospital y la que decide dónde van los presupuestos. Si tienes algo que denunciar, se lo envías a Gerencia Central y que valoren ellos qué servicio del hospital es el más rentable. Quizá deciden eliminar alguno que no lo es y os lleváis una sorpresa. Y, por cierto, aún no me has enviado tu memoria anual.

Estoy segura de que muchos jefes se han asustado al oírla hablar de rentabilidades, porque nadie pía y solo se oyen los rebuznos de Oriol.

—Qué chorradas. No estudié medicina para hacer papeles. Tengo cosas mucho más importantes que hacer en la vida.

Nina mira al techo y sacude la cabeza antes de responderle. Está

harta y lo comprendo: este tío es inaguantable.

—Pues págale a alguien para que te lo haga. Si quieres presupuesto el año que viene, tendrás que demostrarme para qué lo necesitas.

—¿Es que no está claro? Soy el mejor plástico de las islas. Vienen de todas partes a operarse aquí, y eso vale mucho dinero.

Me jode reconocerlo, pero en eso tiene razón. El capullo es muy buen cirujano, aunque sea un creído, un imbécil y un gestor desastroso.

—¿Sí? Pues eso a mí no me consta en ningún sitio. Necesito que me lo demuestres con el informe anual. Lo que no está escrito no existe. Y si no te gusta gestionar tus datos, no hay problema: preséntame tu dimisión como jefe de servicio. Deja que lo haga otro.

—Ya te gustaría a ti eso. Y a tu coleguita más —susurra, señalándome con su barbilla de chivo engreído.

Nina mira el reloj y se levanta de la silla haciendo como si no le hubiera oído.

—Nos hemos pasado de la hora. Se acabó la reunión. Vamos, todo el mundo a trabajar. Que es viernes. San Viernes.

Recoge su carpeta y me mira muy seria.

—Mariona, ven a mi despacho en cuanto puedas. Tenemos que hablar.

Después de la reunión, todos los jefes se quedan un rato más charlando en la sala. Comentan sus planes de fin de semana y me miran de reojo mientras yo, aún sentada y sin intención de hablar con nadie, acabo de escribir mis notas y cierro el iPad. Oriol se acerca a hablar con Nina y yo aprovecho para escabullirme a mi consulta. No me apetece pensar más en esta mierda de reunión ni en el Plasticosaurio. Ya me ha puesto taquicárdica, y hoy me espera un día de aúpa.

En cuanto entro en el departamento de Integrativa, me relajo. Qué gustazo, este es mi territorio. Todo está pensado y diseñado para infundir calma y paz. La música que suena de fondo, los colores de las paredes, la decoración y el olor de los aceites esenciales. Nos ayuda a preparar a los pacientes y ayuda mucho en las terapias, pero, sobre todo, nos calma a los que trabajamos allí todo el día. Por eso los integrativos tenemos la fama de ser los más tranquilos del hospital.

Miro el pequeño trozo azul que se atisba desde la ventana de mi consulta. Eso también me serena, lo que más, el mar es el mejor ansiolítico que existe. Ya vuelvo a ser yo.

No me he sentado aún en la silla cuando me vibra el móvil en el

bolsillo de la bata. Cuatro veces seguidas. Y otra más. Está claro: es Nina, mi jefa y doña intensa.

—Ya veo que no vienes.

»¿Café? Bueno, para ti mejor tila :D

»¿Vienes al bar?

»Tengo diez minutos.

Suelto un bufido. Joder, ¿es que no puede ponerlo todo en una misma frase?

—Me da palo. Ven a mi despacho y tomamos un té tranquilas.

—Nop. Paso de infusiones. Necesito hidratos y cafeína. No he dormido nada.

—¿Y eso? ¿Quedaste con el de LoveApp?

—Yep.

—Oooh. Me lo tienes que contar todo.

—Pues ven, coño. Te invito.

—Ok. Dame cinco minutos.

—Sabía que esa era la palabra clave. Invitar. Cómo se nota de dónde eres, catalana racanilla mía.

—Vete a la m…

Nina siempre se mete conmigo con el tema del dinero. No soy rácana, en absoluto, soy muy generosa, pero no me gusta gastar a lo loco ni comprar cosas que no necesito. Ella dice que eso es genético y lo llama mi hecho diferencial catalán. Yo lo llamo sensatez y minimalismo y nunca entenderé porque le hace tanta gracia.

Al llegar al bar, la veo sentada junto a la ventana. Ella, desde luego, no es para nada minimalista. Hasta la bata que lleva es de marca y tiene su nombre bordado en el bolsillo con hilo rosa. Y seguro que no es un hilo cualquiera, debe valer más que mi fonendo. El sol mañanero hace que su melena dorada brille mientras da buena cuenta del desayuno que se ha pedido. Me sonríe y señala la botella de agua mineral que hay frente a ella.

—Te he pedido tu *gin-tonic* ecológico.

No se puede no quererla. Es lo único que tomo en el bar del hospital.

—Gracias.

—No te he pedido nada más porque ya te conozco. ¿O querías algo?

—Ya sabes que no. Todo son procesados y…

—Ya, ya… Paso del discursito ecologista y saludable, que ya me lo sé. Y te informo de que a mi bocata lo procesaron de puta madre.

Me parto con ella. Me hace mucha gracia lo princesa que es y los tacos que suelta. Es una Barbie Killer auténtica. Se limpia las migas que le quedan en la comisura de la boca.

—¿Estás más tranquila, Onita?

Abro la rosca del botellín de vidrio y niego con la cabeza.

—No me he puesto nerviosa en ningún momento.

Se echa a reír, tapándose la boca llena de pan con jamón.

—Los cojones. Le apretabas la mandíbula a Oriol como si fueras un dóberman a punto de atacar. Y te has debido hacer hasta sangre con los pellizcos. Que te he visto. A ver esa palma.

Ni de coña le voy a enseñar el moretón que me he hecho. Dejo la mano lesionada bajo la mesa y bebo un sorbo del botellín con la otra.

—Es que tu ex es un poco gilipollas.

—Un poco no, entero y tres cuartos. Pero, en el fondo, es buen tío. Te lo digo yo.

—Por favor, Nina. Es imbécil. Lo dejaste por eso.

Nina vuelve a reírse y sacude la melena hacia un lado. El olor de su perfume es dulzón y *sexy*, como ella.

—No, lo dejé porque nos habíamos casado sin pensar.

—¡Desde luego! ¿En qué estarías pensando para casarte con eso?

—Él solo pensaba en la niña. Y yo… ya sabes en qué pienso siempre.

Me guiña un ojo y le pongo cara de asco. Qué grima. No puedo pensar en algo menos erótico que ese hombre.

—Pero, a ver, Ona, es normal que le haya sentado mal. Te han dado todo el dinero a ti.

—Se lo han dado a mi departamento, no a mí.

—Que sí, cansina. A tu departamento. Pero entiende que él se cabree. Él quería la radiofrecuencia para su servicio.

—Pues que se lo hubiera currado. Además, él solo lo quiere para quitar arrugas, y yo lo voy a usar para mejorar la vida de muchas personas.

—La vida sexual.

—Pues claro. La vida sexual. ¿Hay algo más importante? Sin salud sexual, no existe la salud ni la felicidad. Tener una buena salud sexual es mucho más importante que las patas de gallo.

—No me cabe duda. Pero si además de follar como una reina pareces una diosa, mejor que mejor.

Ahora me la estoy imaginando de diosa Afrodita, con una guirnalda dorada y cabalgando apasionadamente a alguien. Me entra la risa y me parece muy gracioso, pero paso de decírselo porque nunca entiende mis bromas.

—Hablando de follar. Cuéntame lo de anoche, que va a ser más divertido que hablar de ese capullo. ¿Cómo fue?

—Espectacular.

—¿Espectacular? Joder, cuenta.

—¿Qué quieres? Tiene treinta añitos y es un empotrador de libro. No se le acababa nunca, ni la pila ni la imaginación. Me ha

dejado muerta.

—¿A ti?

—A mí. Chica, que ya he cumplido los cuarenta y tres. La noche de ayer me ha valido por un mes de *gym*. Bueno, creo que hasta me convalidarían el grado de INEF.

Se me escapa una carcajada. Los de la mesa de al lado me miran y les hago un gesto de disculpa, pero me ponen cara de perro y ni me contestan. Vuelvo a dedicarme a mi amiga.

—Eso explica cómo devoras. ¿Has quedado con él otra vez?

Pone cara de susto y me lo niega sacudiendo nerviosa la mano.

—¡No! Ni hablar. Que se me engancha como el psicópata del año pasado. Los enamoro y se vuelven unos cansinos. Naaa. Yo estoy muy bien solita y con mi niña. Soy como tú de independiente, pero follando.

—¡Eh!

Nina se ríe y pone su mano sobre la mía.

—Ona, tía, que ya sé que tuviste un par de rollos al venir a la isla, pero ahora *na* de *na*. Tú también deberías hacerte un perfil en Love. Un par de buenos polvos y se te quitaría ese rictus del entrecejo.

Me toco la frente sin darme cuenta y ella se parte.

—No tengo ningún rictus —le protesto.

—Sí, sí que lo tienes. Es el rictus de la falta de orgasmos. Lo podríamos llamar el signo *hiporgásmico* de Mariona. ¿Estaría basado en la evidencia o en la costumbre?

—Vete a la mierda.

Ahora es ella la que suelta la carcajada y mira a los de al lado sonriendo.

—Perdonad, es viernes.

Toda la mesa asiente y se ríe, abducida por la magia de Nina. A mí ni me miran.

—San Viernes, Nina —le dicen.

Ella vuelve a señalarme la frente.

—Si lo publico, me forro. Te haré fotos del antes, te envío un par de *boys* como intervención terapéutica y te fotografío el después.

No le encuentro ninguna gracia, pero ella se está descuajeringando sola. Y los de al lado también. Le susurro.

—Vale ya. Que no tenga pareja no quiere decir que no tenga orgasmos, Nina.

—Pues será en sueños, porque a la vista está que te faltan unos pocos. ¿Estrenaste mis regalos? Seguro que ni los has probado.

El mes pasado me regaló todo un surtido de juguetes sexuales y lubricantes carísimos que le dieron en un congreso en Barcelona.

—No he tenido tiempo.

—Ya lo sé. Me lo está gritando tu rictus.

Me enfado otra vez, y ella se desternilla, coreada por las carcajadas de los de la otra mesa. Pone la taza que ha usado encima del plato y la servilleta de papel sucia dentro. Siempre ordena la vajilla después de desayunar, para facilitar el trabajo de los camareros. Se mira los dientes en la pantalla del móvil y se despide de los de al lado antes de levantarse.

—Oye, ¿nos vamos de compras esta tarde? Míster Yogurín me rompió mis mejores medias. Necesito más.

—Doblo turno. Además, hoy tienes a Abril, ¿no?

—Sí, pero pensaba traerla también con nosotras. No creo que se compre nada, ya sabes cómo es, pero cuando estás tú, no se mete tanto conmigo.

—Yo nunca he visto que se meta contigo.

—Claro, porque tú la calmas. Te adora.

—Y yo a ella, tienes una hija maravillosa.

—Maravillosamente inaguantable. Y punki.

—Es gótica. Punkis éramos en los ochenta, ahora ya no quedamos.

—Pues es una gótica inaguantable.

—Tiene dieciséis años y tú eres su madre, Nina.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? ¿Y mañana? ¿Y si quedamos mañana?

—Mañana perfecto. Dame un toque temprano.

Antes de irse, me coge la mano y le da rápidamente la vuelta.

—¡Lo sabía! ¡Te has hecho un señor moretón! ¡Me parto! A ver si el próximo es en el cuello. Voy a buscarte sin falta un churri en la *app* de *boys* para enviártelo esta misma tarde.

—Vete a la mierda.

Aún me quedan quince minutos para la primera paciente, así que aprovecho para subir un rato a mi escondite secreto. Poca gente lo conoce y no se ve apenas desde fuera, pero de la escalera de incendios de la planta de Materno-Infantil se llega al cielo.

Materno es la última planta del hospital y, encima de ella, está la azotea, prácticamente ocupada al completo por placas solares y máquinas de aerotermia. Delante de todo, hay un huequito, un pequeño rellano de ladrillo desde el que se ve el mar y todo el puerto. La vista es brutal. Aquí subo a pensar, a comer la comida que me traigo de casa y a escuchar música. Me he montado mi propio *chill-out* y hasta tengo una esterilla escondida detrás de la puerta para sentarme al sol.

En cuanto llego, me pongo mis auriculares y me siento con las

piernas cruzadas en el suelo. No necesito nada más que mi música y mi mar.

Abro la aplicación en el móvil. Cualquiera pensaría, por mis pintas, que escucho *new-age*, *chill-out*, *healing* o como quieras llamar a todos esos sonidos terapéuticos que pongo habitualmente en la consulta. Lo hago en mi trabajo y son sonidos maravillosos, pero si alguna música me vuelve loca, de la que soy fan de póster, es la del Último de la Fila.

Manolo García. Quimi Portet. Los dos. Les sigo desde que era una adolescente y me sé todas sus canciones de memoria. Todas. Son la banda sonora de mi vida. Me escapé una noche de casa para conseguir su autógrafo y me costó una paliza y un mes de paga. En el concierto de Studio 54, tuve sexo por primera vez y, a pesar de lo que pasó, no me dejaron de gustar. En el de *Human Rights*, conocí a Xavier, que, aunque nunca fue tan fan como yo, me acompañó a casi todos los bolos que hizo el grupo en Barcelona.

Xavier.

No me hago a la idea de no volver a verle.

Una mano me toca el hombro y pego un brinco. Cuando me giro, me entra la risa al ver a Miquel gesticulando desesperado. Me quito los auriculares para saber lo que me dice.

—Joder, Miquel, qué susto me has dado.

—Pues no te pongas los AirPods en supresión de ruido. Un día te asesinarán y ni lo verás venir. ¿Ya estás con esa dichosa música antigua?

Meto los aparatos en su estuche. Para él, los años de la movida son la prehistoria, claro, podría ser mi hijo. Creo que no tiene aún los treinta y, de hecho, me acaba de poner el mismo tonillo que un hijo le pondría a su madre para criticarla.

—No es antigua: es clásica.

Ahora soy yo la que ha sonado de madre total, defendiendo la música de los ochenta. Miquel me empuja para hacerse sitio en la esterilla y se sienta a mi lado.

—Llámalo equis, jefa. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado de qué?

—Coño, te has ido a la reunión de directivos y no has vuelto. Pensaba que te habían matado esas arpías. Siempre me da miedo cuando vas allí sola.

—Perdona, no te he avisado. Como he visto que la primera visita ha anulado, me he ido al bar con Nina y luego me he venido aquí.

—Y yo comiéndome las uñas, pero qué insensible eres, jefa.

¿Cómo ha ido?

—Bah. Más de lo de siempre. Pero han ratificado la donación: todo es para nosotros.

—¡Bien! —palmotea feliz—. Y el García encantado, ¿no?

—Puf. Muy cabreado. Si hasta temblaba. Creo que nunca lo he visto tan enfadado.

—Lógico. Debe ser la primera vez que un laboratorio no le prefiere a él. Si solo le falta ponerse patrocinios en la bata.

Me río imaginando al señor Armani con la bata llena de anuncios.

—Le ha sentado fatal. Me ha dicho de todo.

—Pues que se joda. Olé por ti y por mí. Y por Lluna y los demás. Nos lo hemos currado mucho, sobre todo, tú.

Miro sonriente a Miquel, así sentado no parece tan alto. Está muy guapo con este nuevo corte de pelo, tan rapado por detrás y con el flequillo hacia atrás en ese enorme tupé. Me encanta tenerle a mi lado. Fue Nina la que me lo recomendó como administrativo del departamento y acertó de lleno. Creo que es la única persona que me entiende en esta isla. Vuelvo a pensar en Oriol y en cómo temblaba de ira.

—Es puro ego herido, si solo es Naturbody. El resto va a seguir bebiendo los vientos por él, que no se queje tanto.

—El resto de los laboratorios y el resto del hospital. El otro día le pillé magreándose con la nueva de Neuro.

Hago un gesto de asco, encima es un viejo verde. Miquel se burla de la cara que he puesto.

—A ver, Ona. No seas tan rancia tampoco. La neuróloga es un pelín cría, pero él está que se sale de bueno. Tiene ese rollo Clooney de madurito *sexy* que hasta a mí me pone, aunque sea un viejales.

—Hey, que García no es mucho mayor que yo. ¿Me llamas también viejales cuando no estoy oyendo?

—Nooo. Pero si tú eres una niña de cincuenta y pocos.

—Ya, ya. No me hagas la pelota ahora.

—Ona, tú no envejeces. No sé si porque eres una vampira o porque te bebes los aceites esenciales mezclados con ginebra.

—Serás bobo. Pues muchos se pueden beber. Algunos los pongo en el agua de saborizante. Mucho mejor eso que…

Me hace una cruz poniendo sus dos dedos índices en equis delante de mi cara.

—¡Nooo! ¡*Vade retro*! No me sueltes el rollo de los procesados y el cambio climático otra vez, *porfi*. Vale ya con eso.

Le saco la lengua y me quito un momento el coletero para recolocarme el moño. Cuando me sacudo el pelo, Miquel pega un grito agudo.

—Tíaaa. Pero ¡si te llega casi al culo! Qué pedazo de melena tienes ya. Y como te brillan las mechas blancas con el Sol. —Me lo acaricia—. Las tienes grises, negras y blancas, como las de Cruella. ¿Por qué no la llevas suelta?

—No me parece que sea apropiado aquí, en el hospital.

—Chorradas. Estarías guapísima, Ona. Fliparían todos, sobre todo, esas perras del comité.

No puedo evitar sentirme un poco halagada, y le doy una palmada suave en la pierna. Qué mono es, me quiere demasiado.

—Si me lo suelto, ¿ya no parecería una viejales?

—Bueno, serías igual de viejales, pero con mucho más *glamour*.

Le doy otra vez, pero con más fuerza.

—Serás capullo.

—¡Ay! Que te lo digo de buen rollo. Estás muy guapa con el pelo suelto, y aún lo estarías más si te pintaras los labios de rojo. Te quedarían genial con esa piel tan morena y tus ojillos de gitana.

—No pienso ponerme nada, los pintalabios están llenos de plomo y metales pesados.

—Es el precio del *glamour*; que contamina mucho.

—Son un veneno, Miquel.

Y ahora se me pone a cantar y a dar palmas en plan flamenco.

—Dame veneno que quiero morir, dame veneeenooo…, pero con *glamour*.

No puedo con él, me parto de risa. Es muy gracioso cantando, y además le pega con esas patillas largas que se me está dejando últimamente. Me recojo de nuevo el pelo en la coronilla.

—¿Tenemos mucho lío hoy? La verdad es que tengo un poco de pereza.

Abre la boca como si estuviera asustadísimo y me pone la mano en la frente.

—¿Pereza tú? ¡Dios mío! Debe ser un virus. ¿Otra pandemia?

—Jo, es que ha sido una semana muy intensa.

Mueve la cabeza asintiendo y me saca un par de mechones del recogido del pelo para colocármelos en la cara.

—Es verdad. Y tú te has pegado un buen tute. La que más.

Me vuelvo a meter los mechones dentro del moño mientras él mira el móvil. Qué manía tiene con despeinarme.

—La de las nueve ya sabes que ha anulado. Tienes vídeo con el hospital de Ponent a las once y con los americanos a la una, luego, hueco hasta las cuatro y una nueva a las cinco.

Le gruño, eso no me tocaba y no me gusta nada.

—¿Por qué no se la has puesto a Lluna? Quedamos en que yo no vería más pacientes nuevas.

Se encoje de hombros.

—Ha insistido mucho, y de arriba también han llamado para que le diera la cita contigo. Solo quiere verte a ti.

Qué rollo. Bueno, si es Nina la que lo ha pedido, lo haré, pero espero que sea solo una excepción. Estoy muy desbordada de trabajo.

—¿Y después?

—No te he puesto más, dijiste que necesitabas trabajar en el estudio.

Suelto un enorme suspiro de alivio, Miquel me ha salvado el fin de semana.

—Te amo. Menos mal, es que tengo que entregar los datos preliminares el lunes y ya me veía aquí currando el domingo.

—Pues por eso lo he hecho, para que acabes y tengas tu maravilloso plan de finde soñado: aburrirte como un mejillón en las rocas de tu casa.

—Recuérdame que no te vuelva a invitar, desagradecido.

—No seas mala. Tu acantiladito es el mejor sitio para tomar el sol en bolas. No se acercan ni los drones. Como haga sol el domingo, te llamo.

—Solo te dejaré venir si me dejas estar un ratito más aquí arriba.

Me da un beso antes de levantarse para salir de la terraza.

—Todo para ti. Pero a menos cuarto te quiero sin falta abajo, que habrá que ir conectando.

Saco de nuevo los auriculares. Miro al mar y pongo cancelación de ruido con el volumen al máximo. No quiero oír el mundo. Esta es mi manera de mimarme, y ahora necesito amor. Mucho amor.

2

No recuerdo de dónde vengo

No la soporto. No la soporto. No la soporto. Pero ¿de qué mierdas va esa tía? En cada reunión de directivos, acaba por sacarme de quicio, aunque yo esté de lo más tranquilo. Hoy había llegado superanimado, y ya me ha cabreado de lo lindo nada más entrar. Yo creo que se lo prepara el día antes para joderme.

Estoy muy harto, mucho. Y no solo de ella. Es que ya no sé en qué coño se está convirtiendo la medicina y el mundo. Cada vez está más lleno de tiparracos así. No entiendo por qué Nina, con lo sensata y lista que es, le tiene tanto amor. Todo el día la tiene en la boca: que si es muy especial, que si es muy inteligente, que si su personalidad. Solo espero que no estén liadas, porque me muero si encima tengo que aguantar a la Hierbas en las cenas familiares.

Mírala, aún está sentada en su sitio, tiesa como un palo y con su iPad. Todos nos hemos levantado para despedirnos y desearnos buen finde, y ella pasa, ni se mueve ni se digna a hablar con nosotros. No, claro, ella es la señora doctora importante de la península y nosotros unos paletos isleños. Es que me pone frenético. ¿Se cree mejor que nosotros?

Iría ahora mismo a decirle cuatro cosas bien dichas, pero va a ser mejor que la ignore. No me pienso enfadar más por su culpa ni perder mi tiempo con ella. No se lo merece. Bastante complicada es ahora mi vida como para que me la amargue más ese bicho raro. Me voy a hablar con Nina antes de irme.

—Dime, Oriol —me exige con tono arisco cuando me acerco. Ahora, ella también está enfadada conmigo. Qué cruz, por favor.

—Frena, cielo, que no voy a hablar más del tema. Es por Abril. ¿La vas a buscar tú al instituto?

Me ha encantado tener a mi hija conmigo estas dos semanas, me lo paso muy bien con ella. No me tocaba que se quedase tantos días, pero Nina ha tenido un montón de reuniones y cenas y por eso lo cambiamos. En realidad, nunca seguimos las normas, porque mi niña hace y deshace nuestros planes como le viene en gana, así que hoy me espero cualquier sorpresa.

—No, me ha dicho que vendría caminando hasta aquí. Comeremos algo en el bar y luego nos iremos a casa. ¿Te vienes a comer con nosotras?

Niego con la cabeza.

—Lo siento, pero estoy muerto. Esta noche estaba de guardia localizada de Cirugía y me han llamado tres veces. Voy a arreglar cuatro cosas pendientes del servicio y me voy a dormir.

Nina me entiende. Sabe que después de una mala guardia soy un inútil y, además, puedo dormir dos días seguidos.

—Eso explica tu mala leche.

—No, mi mala leche solo tiene una explicación y es esa bru… ¿Dónde se ha ido?

Miro hacia donde estaba sentada Mariona, pero parece haberse evaporado. Nina se burla.

—Ha huido de ti. Y no me extraña, lo que no entiendo es cómo no se ha ido antes, con lo bordes que sois todos con ella.

Pongo los ojos en blanco, no me puedo creer lo que está diciendo.

—Pero ¡si es ella la borde! ¿No la has oído? No sé qué le ves, la verdad. ¿Qué tiene de bueno esa tía que solo ves tú?

—Pues que es una excelente profesional, currante, ética y superhonesta. Además, es buena amiga y tiene un montón de manías raras que me hacen reír muchísimo. A veces me recuerda a ti.

Se le ha debido ir la olla. ¿A mí? ¿Dice que se parece a mí? Pues solo me faltaba oír eso.

—No me jodas, Nina. Yo no tengo nada que ver con esa jipi.

Nina me mira de arriba abajo. Saco pecho y pongo los brazos en jarras para que se percate de lo distinto que soy a esa imbécil. Ella se ríe y no entiendo por qué. Yo creo que está bastante clara la diferencia. Llevo un traje que vale sueldo y medio, y no he engordado un gramo desde los treinta. Voy a correr cada día y hago pesas en casa. Todas me dicen que tengo un culo de infarto. Y la Hierbas… La tía es una bruja estrafalaria a la que no he visto jamás sin el uniforme blanco del hospital y ese ridículo moño gris de abuela cebolleta. Nunca sale de aquí, deben de tenerla en una jaula.

—Desde luego, no compráis en la misma tienda, pero sois los dos un par de frikis cabezotas —me dice Nina mientras me recoloca la corbata y el cuello de la camisa.

—Lo será ella, yo de friki no tengo nada, Nina. Soy una persona absolutamente normal.

Y se parte la tía, me da un beso en la mejilla y se larga. Están todos locos. Al menos, no he tenido que decirle lo de mi resonancia de esta tarde. Ya sé que es un puro trámite, por lo del temblor, pero ella se empeñaría en venir y en darme la murga con la dieta, el yoga y sus sandeces. Me saco un caramelo sin azúcar del bolsillo. Hoy solo me he tomado un batido proteico y estoy muerto de hambre.

El móvil me suena. Tono de mensaje. Tres veces.

—Holiii.

»He visto que hoy tienes la resonancia.

»Me quedaré a acompañarte.

Nunca entenderé esa manía de enviar los mensajes partidos para que vibren más veces. Me pone nervioso. No sé si es que la gente piensa a trompicones o son simples ganas de llamar la atención.

—No hace falta. Me la hago y me voy. Ya le envío luego un WhatsApp a Pedro, que quedó en que lo miraría.

—No me importa quedarme a acompañarte, en serio.

Joder, no se cansa la tía. No me tenía que haber liado con ella, pero es que en la fiesta del hospital nos desmadramos mucho todos. Ya le he dicho mil veces que no debimos haberlo hecho y que yo no soy de tener pareja, e insiste. Como se entere Nina de que me he tirado otra vez a alguien del hospital, me mata.

—Muchas gracias, Bruna, de verdad. Pero prefiero estar solo. Si te necesito, te llamo.

—OK.

Me ha dicho OK. Eso es que se ha enfadado. Abril dice que cuando alguien contesta OK es que no le ha gustado lo que le has dicho. Y este OK ha sido contundente, un OK como una casa. Bueno, mejor así, prefiero un OK que una movida como la de aquella loca del año pasado. Tengo que hacer caso a Nina y buscarme la vida sexual fuera del hospital. No es sano. El problema es que todas las mujeres con las que me cruzo llevan algún tipo de bata porque me paso el día aquí metido.

Me guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta y voy a mi departamento. Mireia está tecleando en el despacho común. Hoy no tiene cirugías y le toca guardia localizada, así que debe estar aprovechando el tiempo para acabar sus cosas pendientes. Me saluda al verme entrar.

—¿Qué tal el comité?

—Una puta mierda.

—¿Ya te has vuelto a engarrar con Mariona?

—Coño, Mireia, que nos ha quitado la radiofrecuencia.

—Pero dicen que le podremos derivar pacientes, ¿no?

—Ya, pero me jode mucho tener que enviarle gente a esa bruja y a su aquelarre.

Suelta una carcajada y me mira por encima de sus gafas de pasta. Hoy parece que lo de la Hierbas le hace gracia a todo el mundo menos a mí.

—A ti lo que te jode no es enviárselos, es tener que negociarlo con ella.

—Me jode todo lo que tenga que ver con esa *peaceandflowers*. No sé quién le regaló el título de médica.

Mireia vuelve a reírse y baja la tapa de su portátil para escucharme mejor. Se lo está pasando pipa a mi costa. Pues yo no le veo la gracia.

—No sé por qué le tienes tanta manía, Oriol, a mí me cae muy bien.

—Pero es que a ti todo el mundo te cae muy bien, que eres muy cándida.

—No soy solo yo. Tengo pacientes que han ido con ella y la adoran.

—Porque les dice lo que quieren oír. Además, les debe de embaucar con sus pociones y esas mierdas que hace. No entiendo cómo puede haber entrado la alternativa como especialidad en el hospital. Es una vergüenza.

—Es integrativa, medicina integrativa. A mí me gusta, molan mucho las cosas que hacen. Pero, oye, ¿tú qué coño haces aquí todavía? ¿No tendrías que estar durmiendo? Te has pasado la noche operando.

—Sí, sí. Ya me iba. He venido a tomar algo antes de coger el coche.

Voy a la neverita del despacho y abro uno de mis batidos. Esta vez de fresa y lleno de proteínas para mis músculos. Mireia me mira frunciendo el ceño. Siempre critica lo que como, pero hoy ya ha debido tener suficiente dosis de Oriol cabreado y no me dice nada.

Mientras bebo de la botella de plástico, miro el *planning* del mes clavado en el corcho y compruebo que todos los demás cirujanos de mi equipo están operando. Si me necesitan, ya me enviarán un mensaje, así que me largo ya a casa. Necesito un café como Dios manda y una ducha. Voy a tirar la botella a la basura, pero, al ver la mirada reprobatoria de Mireia, la lanzo al contenedor amarillo de reciclaje.

—Nos vemos el lunes, Mireia. Buena guardia. Llámame si necesitas algo.

—¡Gracias! Hasta el lunes, jefe.

Salgo hacia el *parking* del hospital y miro el cielo. Hoy hace muy bueno, este año nos ha entrado el buen tiempo de golpe. La primavera siempre ha sido mi estación favorita, cuando la isla se llena de luz y aún está vacía de turistas. Si no estuviera tan cansado, me iría a alguna calita de rocas a bañarme. No hay cosa que más me renueve tras una guardia que ir a nadar al mar, pero hoy no va a poder ser porque me muero de cansancio. Me conformaré con una buena ducha. Me subo al coche y enchufo el navegador. Pondré mi música a tope, para cantar y no dormirme por el camino.

Cuando salgo del aparcamiento, salta automáticamente *¿Quién eres tú?*, del Último de la Fila. Es la misma canción que sonaba en el

coche cuando Bruna me besó el día de la fiesta. Menudo desmadre que fue la última cena navideña del hospital. Hasta entonces no me había fijado en ella, pero le sorprendí un par de miradas lánguidas durante la cena y acabé por sonreírle. Me dijeron que era la nueva neuro y que acababa de llegar de Madrid.

Cuando empezó el jolgorio, se acercó a mi grupo y se me pegó como una lapa. Cumplía todos los requisitos que busco: jovencita, cuerpazo y estilosa. La música era horrible, pero perfecta para que nos magreáramos de lo lindo y nos pusiéramos como motos, aunque allí delante teníamos que disimular. Me pidió que la llevase a casa en coche, me besó en cuanto cerré la puerta y yo ya no pude parar. No me gustó que dijese que mi música era un rollo y la cambiase por reguetón, pero el sexo es el sexo, ella un pibonazo y yo un imbécil de campeonato.

«¿Qué es lo que hago aquí yo?», pensé al entrar en su casa. Pero como dice Nina, mi cerebro se queda sin oxígeno cuando la sangre me baja a los genitales. Es su manera de llamarme tonto de cojones.

La lie parda. Creía que Bruna había entendido perfectamente que solo era un rollo, aunque no, no ha sabido dejarlo ahí y me ha buscado continuamente por el hospital. Me podría poner firme, pero uno no es de piedra, y menos con ese cuerpazo tan bien operado. Espero que Nina no se entere y que Bruna acabe por hartarse de mí, como hacen todas.

Hace un par de días, tuve la estúpida idea de comentarle lo de mi temblor en las manos y empezó a machacarme a preguntas.

—¿Se te olvidan las cosas?

—Sí, quizá un poco más que antes.

—¿Duermes bien?

—No demasiado. Últimamente me despierto muy cansado y tengo muchas pesadillas.

—¿Notas vértigos?

—A veces. Cuando giro la cabeza de golpe.

—¿Dolores de cabeza?

—Como siempre.

Como no le gustaron las respuestas que le di, me propuso hacerme la resonancia. Y justo me han tenido que dar la cita hoy, con lo poco que me apetece volver al hospital después de una noche en blanco, y encima en viernes. Pero los de Radiodiagnóstico me han hecho el favor y no se me ocurre ninguna excusa para escaquearme, así que no me va a quedar otra que ir y aguantarme.

De momento, voy a disfrutar del paseo de vuelta a casa desde el hospital y de esta música que tanto odia Bruna. Canto la canción a voz en grito en el coche y con las ventanas abiertas. Este disco me lo sé de memoria. Los conductores con los que me cruzo me miran alucinados,

deben pensar que estoy mal del tarro, pero no, yo no estoy loco. La verdadera locura es la música del Último de la Fila.

Pura pasión.

Pura vida.

Me despierto sobresaltado al oír la alarma del móvil. Mierda, ya son las seis de la tarde.

No recuerdo ni haberme quitado la ropa, pero aquí estoy: espatarrado en mi cama en bolas y empapado en sudor. Maravilloso. Así debe ser estar en el paraíso.

Menos mal que Abril está hoy en casa de su madre, porque si la pobre me pilla así, la dejo traumada para el resto de su vida. Me llevo la mano a la entrepierna y sonrío orgulloso: menuda erección tengo, como una piedra. Si esto funciona así, todo el cuerpo tiene que estar bien. Si hubiera algo malo en la cabeza, no tendría este torreón en la mano ni estos escalofríos de placer que me trepan por la columna.

Me la acaricio y cierro los ojos. Intento pensar en otra cosa, pero mi cabeza sigue dándole vueltas a lo de la resonancia. No sé por qué me inquieta tanto algo que es pura rutina. Me la acaricio un poco más fuerte y se me escapa un gemido. Ya quisieran muchos tíos tener esta tranca a mi edad, empalmada como la de un adolescente. Aprieto más la mano, estoy muy excitado. Mejor me levanto y me arreglo el calentón en la ducha.

Bajo el agua caliente, no tardo nada en eyacular y relajarme. No es que me cueste masturbarme, pero en agua todo me sale mejor, sobre todo, si es salada. Adoro el mar, sería incapaz de vivir en un sitio de secano; sin una orilla cerca, me moriría de pena.

Tiemblo cuando las gotas de agua caliente me recorren la espalda, pero esta vez no es por nada malo, es por puro placer. Me hace pensar en el sueño que he tenido: sexo, oscuridad, música, años ochenta. Así me he despertado de salido, cada vez que escucho al Último, me pongo perraco acordándome de aquella época de estudiante en Barcelona. Entonces yo era joven y estaba muy loco, como todos en los ochenta. Recuerdo aquel concierto del Paralelo, con aquella punki tan divertida. Ella sabía mucho más que yo de sexo, pero yo era un toro bravo. Joder, me acuerdo de ese día y ya se me está levantando otra vez.

Ojalá todos los forasteros que vienen a la isla fueran como Manolo, Quimi o aquella punki, y no como ese palo tieso de la Hierbas. No me puedo creer que esa bruja haya nacido en la misma ciudad que ellos. Ya se me ha bajado la erección solo de recordarla. Qué asco de tía. Se ha acabado el placer, es hora de vestirme y volver

al hospital.

Revuelvo el armario y me pongo unos vaqueros y una camiseta. Cuando me ajusto el reloj, me doy cuenta de que ya son las seis y media. Vaya mierda, o me espabilo, o no llego a la cita. Y ni me he acordado de comer. Me pongo las Nike a todo meter y cojo un batido de chocolate bajo en calorías para el camino.

Ya en el coche, vuelvo a poner mi música. Manolo y Quimi sonando entre el zumbido del motor de mi coche. ¿Qué más puedo pedir? Subo el volumen. Abril me dice que parezco un abuelete, pero ella también se sabe las canciones del Último desde pequeña y le encantan.

Mi niña siempre ha tenido buen gusto.

3

Coge mi mano y duerme junto a mí

Son las cinco en punto. Espero a que lo sean exactamente para abrir la puerta y dar paso a mi nueva paciente.

—Buenas tardes, pase, por favor.

—Buenas tardes, doctora Muscat.

No titubea, me hace un escaneo rápido y entra decidida en la consulta. Sonrío y le señalo la silla transparente que está frente a mi mesa. En mi despacho, todos los muebles son blancos o translúcidos. Me ayudan a crear el ambiente de calma que busco y, además, me encantan; es como si todo se llenara de aire fresco.

—Bienvenida. Puede sentarse.

—Gracias. Puede tutearme si lo desea, doctora. Debemos de tener la misma edad.

Se acomoda delante de mí y cruza las piernas. Echo un vistazo a la pantalla del ordenador para comprobarlo.

—Tienes razón. Solo nos llevamos unos meses, aunque la verdad es que pareces mucho más joven que yo, Isabel. Yo soy Mariona —le tiendo la mano.

Deja su bolso de Prada sobre la mesa para darme la suya, con un enorme anillo dorado. No le he dicho lo de la edad por cortesía, realmente parece que tiene diez años menos. Me estrecha los dedos con fuerza y mira a su alrededor.

—Lo sé. Qué consulta tan bonita tienes. Y qué bien huele. Es como si entraras en un *spa* en vez de en el médico.

—Gracias. Es aromaterapia. La he elegido especialmente para ti.

Isabel levanta las cejas, sorprendida. Las tiene tan bien delineadas que parece que se las hubiera pintado al óleo.

—¿Para mí? ¿Y qué tiene?

—Aceite esencial de *ylang-ylang* y de mandarina, sobre todo. Trabajan de forma conjunta, en sinergia. Aportan calma y alegría a la vez.

Cierra los ojos y aspira profundamente.

—Sí, huelo la mandarina. ¿Y cómo sabes que necesito eso precisamente?

—Porque te has tomado muchas molestias para pedirme cita.

Descruza las piernas y vuelve a cruzarlas para el otro lado.

—La verdad es que es muy agradable. Tranquiliza.

—Me encanta que te guste. Pero, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Me quedo en silencio tras formular la pregunta y espero a que me responda. Nunca meto prisa. Sé que sería capaz de estar esperando horas una respuesta, pero nadie soporta un silencio mayor de diez segundos. La tentación de llenar ese espacio vacío de palabras es demasiado fuerte. Isabel no es ninguna excepción.

—No tengo ganas de tener relaciones sexuales con mi marido. Ninguna. O me ayudas, o se irá de casa.

Suspiro. La pérdida de deseo es uno de los motivos más frecuentes de consulta en sexología y también en ginecología, pero yo ahora suelo derivar estos casos.

—No sé si yo soy la más indicada para valorar y tratar eso, quizá debería buscarte una cita con…

Me interrumpe rotunda.

—No. He pedido contigo específicamente.

—Pero...

—Ya sé lo que me vas a decir, y no. Si estoy aquí es porque he hablado con algunas personas que te conocen, he mirado tu currículum y he exigido que me trates tú. Sé que eres sexóloga. Me da igual que ahora solo seas naturista o lo que sea que haces.

—Medicina Integrativa.

—Eso. Pues trátame con integrativa, con agua del Carmen o con lo que quieras. Pagaré lo que haga falta, pero arréglamelo ya.

Se me escapa una carcajada, pero al ver la cara que pone, me tapo la boca enseguida.

—Perdona. Es que me ha hecho gracia lo del agua del Carmen.

Hacía mucho tiempo que no oía hablar de ese remedio que usaban nuestras abuelas para todo, desde el dolor de regla a cuadros de nervios o diarrea.

—La verdad es que no sé ni lo que es.

—Pues es una especie de orujo con azúcar y un montón de plantas medicinales que se usaba, y aún se usa, para todo.

—¿Y funcionaría?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Pero, la verdad, yo lo dejaría como última opción.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Depende. ¿Esto solo lo haces para que tu pareja no se vaya de casa?

—No entiendo a qué te refieres.

—Me refiero a sí realmente quieres tener sexo con tu pareja, o solo quieres que esté contento.

—Si yo estoy mejor sin sexo, ¿quieres decir?

—Exactamente. Imagina que tu pareja te dijera que no le importa y que le va bien vivir contigo como hasta ahora, pero sin

sexo.

—¿Como hermanos?

—Exacto. Si pasara eso, ¿vendrías también a verme?

Mira hacia el suelo y mueve la puntera de sus tacones, pensativa.

—Sí. Pero hubiera venido con él.

—Es que hoy podrías haber venido con él.

—Ya. Bueno, él sabe que he venido. Pero no le gustan estas cosas.

—¿No le gusta el sexo?

—Sí, sí. Claro que sí. Pero le molestaría que hables tan claro de eso.

Me quedo callada un momento. A todo el mundo le gusta el sexo, pero nadie lo puede nombrar. Ya sé que tiene muchas explicaciones antropológicas y culturales, pero me pone mala tanta hipocresía. En fin, ella no tiene ninguna culpa.

—Ya. Bueno, si tú quieres en algún momento, él podría venir contigo.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Claro que sí, pero nos llevará un tiempo.

—¿Mucho?

—No lo sé aún. Lo iremos viendo. Cuéntame primero cómo empezó todo.

—Eso es fácil. Empezó con los sofocos de la menopausia, hace casi un año, cuando me dejó la regla. Al principio, pensé que era por eso, porque no podía dormir y estaba agotada. Pero ahora ya no los tengo y sigo igual. Con la misma pasión que una piedra pómez.

—¿Cuándo tuviste sexo la última vez?

—Hace una semana, pero por no decirle otra vez que no.

—¿Y cómo fue?

—Nada bien. Es que es como si todo se me hubiera hecho pequeño. Me dolía mucho la penetración al principio. Luego no tanto, y hasta me gustó, pero al día siguiente estuve fatal y las molestias me duraron toda una semana.

Asiento mirándola. La pérdida de estrógenos en la menopausia le debe de haber afectado mucho en la zona genital, y por eso nota esa sensación de pequeñez, por la sequedad y la rigidez.

—¿Y hace dos años? ¿Antes de los sofocos? ¿Cómo era el sexo?

—Fantástico. El sexo siempre ha sido algo muy importante para nosotros. Por eso ahora me siento tan mal y tengo miedo de perderle. Es como si yo me hubiera hecho más vieja que él de repente.

—¿Cómo es de importante la penetración en vuestra sexualidad?

—Ya sé por dónde vas. No creas que solo hacemos eso, Mariona. Somos bastante creativos. Pero a mí me gustaba mucho la

penetración, y ahora es que parece que me vaya a romper. Es horrible que duela tanto y que encima no se tenga ganas. Me siento muy vieja.

Sigo callada mirándola. Su cara está más relajada y ha descruzado las piernas. Necesitaba soltarlo.

—¿Tiene solución, Mariona?

—Si quieres, sí —le respondo.

—Claro que quiero. ¿Qué tengo que hacer?

—Trabajarlo. No existen píldoras mágicas ni varitas.

—Haré lo que haga falta.

Abro el cajón de la mesa y saco un folio en blanco.

—Lo primero es decirte que ser vieja, si estás bien, no es nada malo. Y el sexo puede llegar a ser mejor que a los veinte.

—Ya, lo había leído. Pero, bueno, tú ya me has entendido.

—Sí, pero no sé si tu cerebro lo ha pillado. No le mientas porque se lo cree.

—Ya. ¿Mejor que a los veinte?

—En algunas cosas sí. Pero iremos paso a paso. Cuando trabajaba de esto, tenía varias plantillas hechas, pero ahora te lo voy a tener que escribir a mano.

Se inclina sobre la mesa a mirar lo que voy a poner.

—Intentaré hacer buena letra —le sonrío.

—Entiendo las letras de médico, no te preocupes. He trabajado mucho tiempo en Salud Pública. Ahora estoy en el Govern.

—Ah, ¿sí?

—Ya me dijo Nina que seguro que ni me conocías ni lo sabías. Que pasas mucho de estos temas.

—Vaya, lo siento. No presto mucha atención a esas cosas. Ni siquiera leo el periódico.

—No, no. Si me parece perfecto. Para mí es un plus: no cambies nunca.

—Muchas gracias. No podría, aunque quisiera.

Empiezo a escribir un esquema de manejo inicial en el papel.

—Mira, Isabel, el deseo depende de muchos factores, sobre todo, el que tienen las parejas que llevan mucho tiempo juntas como vosotros. No hay solo una causa. Para empezar, me voy a centrar en la más probable, a la que tú has dado más importancia: esa sensación de cierre, esas molestias, ese dolor a la penetración. Probablemente, es debido a la disminución de hormonas tras la menopausia, ya que coincide en el tiempo, pero también a la falta de sexo y orgasmos.

Isabel deja de mirar mis garabatos y me pregunta.

—¿Cómo voy a tener sexo y orgasmos si no tengo deseo?

—Buen punto. Una de las cosas por las que también tienes menos deseo es porque el sexo te produce dolor.

—¿Qué tiene que ver?

—Pues que si algo es negativo y doloroso, uno no quiere repetir ese algo. Y en el caso del sexo, si te fuerzas a ello, tu vagina puede contraerse como mecanismo de defensa y hacer que te duela aún más.

—Por eso parece que se ha cerrado.

—Exactamente. Es un tipo de vaginismo, un cierre involuntario de la vagina.

—¿Y eso cómo se soluciona?

—Primero, solucionando el dolor, y después, volviendo a sentir placer. Y luego, ya iremos viendo.

—Ya lo entiendo. Si no me duele y mi cerebro ve que es bueno, volverá a querer más.

—Exacto. Lo has pillado. Por eso te propongo primero mejorar la zona, después, entrenar el placer a solas y, luego, todo irá encajando. Tenemos muchas herramientas para tratarlo, pero para empezar, quiero que te pongas esto cada día. —Le escribo el nombre de un par de productos sobre un papel.

—¿Por la noche?

—Cuando prefieras. ¿Tienes algún juguete?

Se me queda mirando con los ojos abiertos y no responde. No me hace falta que lo haga.

—Tanto si los tienes como si no, empieza a investigar más sobre ellos. Son maravillosos en terapia y en la vida en general. Te apunto también un par de tiendas *online*; curiosea, y la semana que viene hablamos. En esta página tienes un blog de relatos muy interesante. Te recomiendo leer alguno.

—¿Es literatura erótica?

—Sí. ¿Te gusta leer erótica?

—Hace mucho que no lo hago.

—Pues rescata también lecturas que te hayan gustado.

—De acuerdo.

—Te lo apunto también.

—Perfecto.

Le doblo el papel, lo meto en un sobre y se lo tiendo. Ella se lo guarda en el bolso.

—Miquel te apuntará para la semana que viene. Solo quiero que hagas esas tres cosas. Y cuando vuelvas, me cuentas cómo ha ido y hablamos de más.

—¿Y ya está?

—Solo es el principio. Y recuerda que no me importa quién seas o que mi sueldo dependa de ti: pienso preguntarte sobre todo lo que has investigado y si has hecho lo que te he recomendado.

Qué larga se me está haciendo la tarde. La visita de Isabel ha sido muy entretenida, pero revisar todas las historias del estudio es tremendamente aburrido. La mayoría están introducidas ya por mis compañeros del servicio, pero les he pillado tres fallos. Esto no se acaba nunca. Ahora ya estoy mirando sin ver la pantalla del ordenador, debería levantarme y descansar un momento. Le estoy dando vueltas sin parar a mi anillo de casada. He debido de perder algo de peso con el ajetreo del acuerdo de Naturbody, porque estos días me baila un poco más de lo normal, y por debajo se nota el cambio de color de la piel. Aunque soy muy morena, a ese trozo no le toca el sol desde hace años.

El anillo de Xavier no pudieron encontrarlo.

Me sobresalto cuando Miquel abre la puerta de la consulta y enciende la luz.

—Te vas a quedar ciega.

Le miro y me echo a reír. Se apoya sobre el quicio de la puerta como si fuera un modelo de pasarela. Ya se ha quitado la bata y esos vaqueros con la camisa negra ajustada le quedan imponentes.

—¡Qué guapo estás, Miquel! ¿Te vas de fiesta?

—Por supuesto. Es san Viernes. No puedo negarle al mundo el disfrute de ver este *cuerpasso* bailando en el Up.

Y mientras dice *cuerpasso*, se toca lascivo, bajando su mano desde el abdomen a la entrepierna. Me parto de risa, pero no puedo dejar de mirarle, está de un guapo que da vértigo.

—Verte va a ser todo un espectáculo. Estás para comerte.

Sonríe porque sabe que nunca miento. Se me acerca y se sienta en la esquina de mi mesa de trabajo.

—¿Por qué no te animas a verlo tú misma? Pep viene a buscarme ahora, nos tomamos unas tapas en el Mátame y, luego, nos vamos de marcha. A ti te gusta el Mátame.

—Sí. Cocinan muy bien. Es comida de verdad y de aquí. Pero no, gracias, de verdad. Disfruta de tu marido, que siempre lo tienes de viaje. Yo ya tengo planes.

—¿Y cuáles son tus apasionantes planes? ¿Leer sobre tus rocas?

—Pues para mí es un planazo.

—No es verdad, sé cuál es tu secreto más inconfesable: los fines de semana te bebes todos los botes de flores de Bach. Así te emborrachas y te curas la resaca de una tirada.

Le pego un manotazo en costado. Se queja del golpe, chillando exagerado.

—Miquelet, no te burles de mis cosas o te quedas sin trabajo.

—No durarías viva dos días sin mí. Anda, ¿por qué no te animas a venir? Socializa un poquillo, Hierbas.

Me acuerdo de la sesión de esta mañana y me cabreo al instante.

—¡No me llames así!

Me acaricia la mejilla, burlón.

—No te enfades, jefa, que te llama así todo el hospital. Y a mí me gusta mucho. Te queda muy bien.

Doy un bufido.

—Tú lo dices de forma cariñosa, Miquel, pero ellos no. Si hubieras oído decírmelo al Plasticosaurio esta mañana, ha sido muy desagradable.

—Pasa de él y de esas perras. Socializa con los que somos la élite: Pep y yo. Sobre todo, yo.

No puedo evitar reírme, pero le insisto, solo sueño con irme a casa.

—De verdad que no, gracias. Llevo socializando toda la semana. He tenido más reuniones que una ministra, y lo sabes. Estoy harta de la gente, hartísima. Este fin de semana quiero ser asocial, pero a nivel sociópata.

—Vale, vale, Psychokiller. Pero vete a casa, no me duermas aquí como aquel día del mes pasado, ¿eh? Que ya son las siete y llevas doce horas sin salir del hospital.

—Tranquilo. Me voy en nada, que estoy muy cansada. Acabo de meter los últimos datos y me largo. De verdad.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Acabo y me voy.

—Buen finde, guapi. Y ahora ponte tu música vieja a tope, que ya puedes, no queda nadie en esta planta.

Se inclina a darme un beso en la mejilla. Sí, podría ser mi hijo, pero me trata como si fuera mi madre. Le adoro.

—Buen finde, Miquel.

Me quedo mirando cómo se contonea al salir. Le encanta hacer el payaso, pero se lo van a rifar en el Up, hoy está impresionante. En cuanto sale por la puerta, le hago caso y conecto mi música al altavoz. Pongo *Dulces Sueños*, del Último, pero no demasiado alto, que luego me pongo a cantar y aquí no mete datos ni el papo.

Cuando acabo de repasar la última tabla de Excel, miro el reloj del ordenador y me doy cuenta de que ya son las nueve de la noche. Madre mía, no tengo remedio, siempre me dan las tantas. Y se lo había prometido a Miquel. Al menos, ya he acabado de hacer todo el Excel y puedo relajarme hasta el lunes. Bienvenidos mar, sol y libros: voy a disfrutaros dos días enteros y sin parar.

Miro a mi alrededor antes de salir y compruebo que todo esté en su sitio. Cierro bien todos los cajones, coloco los libros que están torcidos y alineo las sillas con el borde de las baldosas. Cierro mi puerta y paso por delante del caos que es la mesa de Miquel. Apago todas las luces y salgo a la sala de espera.

Me sorprende encontrarla tan a oscuras, pero es tarde y supongo que los guardias de seguridad han debido apagar todo ya. Doy al botón de encendido del móvil para que su luz me ayude a encontrar los interruptores; si no veo, no podré poner la alarma del departamento.

Mientras el móvil se ilumina, me da un vuelco el corazón: huelo a Paco Rabanne, la colonia que usaba Xavier. Joder, es que hasta tengo la sensación de tenerle a mi lado. Mi cerebro me debe de estar jugando una mala pasada, pero el corazón se me ha puesto a mil. Creo que he escuchado mucha música de los ochenta y estoy agotada. Palpo la pared, buscando el relieve del conmutador, pero no encuentro nada.

Doy un respingo al escuchar una voz ronca junto a mí.

—Hola, Mariona.

Es su voz. Dios, se me va a salir el corazón. Me llevo la mano al pecho como si quisiera sujetarlo. Los latidos me martillean la cabeza y el olor de su perfume es cada vez más fuerte. Creo que me voy a desmayar. Alcanzo al fin el interruptor y enciendo la luz. Tengo el pecho de Oriol pegado a mi cara y grito. Él se aparta.

—Perdona, no quería asustarte.

Le miro extrañada. ¿Me ha dicho perdona? ¿Y esa voz de pena? Se me queda mirando con los ojos más tristes del mundo. Es como si a ellos también se les hubiera apagado la luz. Se está retorciendo las manos y mira a todas partes como si le estuvieran persiguiendo. No entiendo nada.

—No sabía dónde ir. No-no sé qué hacer —repite continuamente, como si estuviera en trance.

Está asustado. Le tiembla la voz tanto como el cuerpo. No parece él.

—Oriol, ¿qué te ha pasado? —cojo su mano helada y la pongo entre las mías.

—No sabía a quién llamar. Perdón. Vi tu luz. Oí la música. Era la canción. No tenía ningún sitio a dónde ir. Ninguno al…. Perdona.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Me asusto y pienso en Nina y Abril.

Le cojo de los hombros y le sacudo, pretendiendo que reaccione.

—¡Oriol! ¡Mírame! ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Les ha pasado algo a Abril o a Nina?

Me mira como si me atravesara las pupilas y la cabeza y pudiera ver mil kilómetros más allá. Está claramente en pánico, en un *shock*, y no sé por qué.

—¡Oriol! Por favor, reacciona, ¿qué pasa?

Me acerco más a él. No sé cómo hacerle responder. De repente, pestañea y me dice.

—Me-me muero. Me acaban de decir que me estoy muriendo.

4

Aguas tranquilas en las que fondear

—Mira aquí, Oriol, esto podría ser un signo de la cruz.

Estamos sentados los dos en el sofá de cuero negro del despacho de Neurología. Ella sostiene su *tablet* frente a mí. Me fijo de nuevo en la pantalla. Soy yo, lo sé, pero no me reconozco en la imagen ni en todas las escalas de grises que rellenan la silueta de mi cabeza. Me parece todo muy absurdo. Tampoco reconozco a Bruna, que parlotea sin cesar, hablando de los signos y las densidades de mi resonancia cerebral. No entiendo nada de lo que dice ni de esa mierda de signo. Y creo que tampoco quiero hacerlo.

—¿Lo ves, Oriol?

Niego con la cabeza. Esta tía no acepta un no por respuesta. Nunca. Le dije que no viniera y aquí estaba esperándome a la entrada de Radiología. Luego le pedí que se fuera y no me hizo caso. Se plantó en la puerta de Radiodiagnóstico hasta que salí del tubo y esperó a que me vistiera sin decirme ni pío. Cuando me llevaba con cara de funeral al despacho de su jefe, tuve la esperanza de que lo hiciera para hablar de lo nuestro. Pero no, se sentó y se puso a comentar las putas imágenes de mi cerebro.

—Está claro, es una atrofia multisistémica.

La barriga se me vuelve a encoger. Me sujeto las rodillas para que no me tiemblen más las manos.

—No-no puede ser.

Me sale un hilo de voz. Intento toser y tragar un poco de saliva, pero la boca se me ha quedado como de arena seca.

—Me temo que sí. Lo siento mucho, Oriol.

¿Lo siente? ¿Qué coño va a sentir? ¿Es que siente matarme?

—No, no puedes estar tan segura solo con la resonancia. No es seguro, ¿verdad?

Sigue sin parecer mi voz. Suena débil, suplicante y extraña. Irreal. Eso es. Es irreal. Debe ser un sueño, una mierda de pesadilla.

—Aún debemos hacer alguna prueba más, pero tus síntomas y las imágenes son muy claras: parece una degeneración bastante avanzada.

Me fijo en sus labios, no sé por qué ayer me parecían tan sensuales, si son como dos hojas de guillotina salpicadas de sangre seca.

—¿Avanzada?

—Sí. Una demencia bastante agresiva. Atrofia multisistémica. Sabes lo que es, ¿verdad?

Me están entrando unas horribles ganas de vomitar.

—Sí, hablaste de ello en la sesión del mes pasado. Es esa mierda de enfermedad degenerativa.

Recuerdo las imágenes de los pacientes que pusieron de ejemplo, y un calambre frío me vuelve a cruzar el cuerpo, de la coronilla hasta los pies. Noto un retortijón y vuelvo a intentar tragar saliva. No me queda ni una gota.

—Sí. En el servicio estamos haciendo un estudio con un tratamiento experimental para este tipo de demencias. Será parte de mi tesis.

—Ya. Tu tesis.

Y me sigue hablando de las maravillas de los nuevos fármacos y de cómo los introducen en el cerebro. Se sacude la melena oscura y no deja de mover las manos como si estuviera dando una conferencia. No me mira a los ojos, solo se escucha. ¿Yo también explico así de mal las cosas a los pacientes? ¿Soy tan inhumano? Mi cabeza se ha convertido en una lavadora centrifugando imágenes y frases. Me froto la frente y los ojos mientras sigue hablando. Y no deja de soltar palabras, con esa monotonía despiadada de los nuevos médicos. Si es que es una cría.

—Podemos incluirte en el ensayo, Oriol. El lunes hablo con Pedro y empezamos cuanto antes.

Resoplo. Me rasco la barbilla con fuerza, para poder sentir algo diferente al miedo. Me tengo que centrar, pero los latidos me van a partir el pecho. Igual estoy sacando las cosas de quicio. Centrémonos. Bruna está diciendo que puedo hacer un tratamiento.

—Explícame el tratamiento. ¿Me vais a meter ese suero en la cabeza? ¿Con células madre?

—Algo parecido. Se hace una pequeña cirugía en el cráneo para colocarte un reservorio y, a través de ahí, lo iremos inyectando. La cirugía es muy fácil, tiene poco riesgo.

—Ya. Ya sé cómo va. Hemos puesto algunos para Onco, pero ¿qué garantías me da el suero? ¿Qué porcentaje de éxito tiene?

—Bueno, muy buenas, esta semana hemos hecho los cálculos con inteligencia artificial y en muchos pacientes se podría retrasar hasta un año la aparición de síntomas graves.

—¿Un año?

—Sí, hasta un año.

—Eso es un poco mierda.

Me mira enfadada. Cuando pone esos ojos de loca, me da hasta miedo.

—No, Oriol, no digas eso. Es un tratamiento muy esperanzador.

Si no hacemos nada, podrías empezar a empeorar en semanas.

—¿En semanas?

—Sí.

—Semanas… ¿Me dices que me puedo morir en semanas?

Asiente. Me condena a muerte con un par de movimientos de cabeza.

—Sin tratamiento, sí, pero, con la terapia intratecal, podríamos retrasarlo un año.

La miro de nuevo. ¿Qué debe tener? ¿Treinta años? Probablemente menos. Desde su perspectiva, un año debe ser mucho tiempo.

—O sea, que con el tratamiento me puedes dar, en el mejor de los casos, un año de vida.

—Podría ser algo más incluso. Aún no tenemos una evidencia clara.

Se me escapa una carcajada, recordando mi discusión de esta mañana sobre los estudios sin evidencia. Bruna me mira un poco asustada, debe pensar que me he vuelto loco. Me justifico porque realmente he sonado algo histérico.

—O sea, que me vas a poner un tratamiento sin evidencia, como los que le discuto a la Hierbas.

Me protesta ofendida.

—No es lo mismo, Oriol. Lo mío no es medicina alternativa.

—Integrativa.

—Me da igual una que otra. Es lo mismo. Lo que hacemos nosotros es medicina seria, no folclórica. Estamos haciendo un ensayo clínico, y eso es lo que nos dará la evidencia científica.

—Vaya, que la evidencia os la voy a dar yo. Y mi cráneo trepanado.

Bruna aprieta los labios y no me contesta. Da un golpecito a la pantalla, cierra la imagen de mi cabeza y abre un Excel.

—Te apunto para el lunes. Oriol García Vinent, ¿no?

—No.

Sueno muy rotundo, pero tengo la barriga llena de dudas. Creo que voy a cagarme encima.

—¿No? ¿No es Vinent?

—Sí, sí es Vinent, pero no quiero que me apuntes. No quiero hacer el ensayo. No quiero hacer nada.

—Pero, Oriol, a ver, no te precipites, es una oportunidad brutal. Piensa que cada vial de suero vale un pastón.

Vaya justificación. Debería molarme más porque es caro. Le vuelvo a negar con la cabeza. Estoy muy acojonado, pero lo tengo claro.

—No, paso. Ni hablar. Busca la evidencia en otros pacientes. Te

escuché en la sesión, aunque no te lo creas. Y también hablaste de los efectos adversos.

—Sí, pero no siempre son graves.

—Pues a mi sí que me lo parecieron.

—Solo son graves en algunos casos.

—No quiero hacerlo. Está decidido.

—Oriol, merece la pena. Ganarías un año.

Vuelvo a negar con la cabeza. Ya no sé en qué idioma decírselo.

—Que no, Bruna. Si me quedan semanas de vida, prefiero aprovecharlas viviendo, no pasarlas tirado en una puta cama de hospital.

Pone la *tablet* sobre la mesa y se me acerca un poco más.

—Escucha, cariño, creo que estás en *shock*. Es normal. Piénsalo con tranquilidad. Yo te apunto igualmente para el lunes. Lo piensas el fin de semana con calma.

Me aparto un poco de ella. Me está agobiando. Qué coño dice de cariño. Yo solo quiero salir de aquí.

—Gracias, pero no, de verdad. No.

Alarga la mano y me acaricia el pelo. ¿Ahora le doy pena? Me quedo inmóvil. Veo mi cuerpo desde el aire, como si me hubiera desdoblado. Me he quedado como paralizado, y ella me está tocando. Cuando se inclina a besarme, regreso a mis carnes para apartarme bruscamente de su boca y me levanto de un salto.

—No necesito compasión, Bruna. Estoy bien.

—No es compasión, Oriol. Te quiero y puedo cuidarte, a mí no me importa que estés enfermo. Te curaremos.

La miro de arriba abajo. Es una cría. No entiende nada. Pero ¿por qué me meteré siempre en estos líos? ¿Por qué no haré caso a Nina? Suspiro, pero me duele hasta el aire que entra. Bueno, está claro que ya no lo haré más. Ahora sí que se me acabó el mamoneo hospitalario. Y el extrahospitalario. Se me va a acabar todo. Intento ponerle voz amable.

—Bruna, olvídate de mí. Búscate un tipo sano y de tu edad.

—Pero, Oriol…

Me giro antes de abrir la puerta.

—Una cosa, ni se te ocurra decírselo a nadie.

—Pero se lo he de decir a Pedro.

—No. Te lo prohíbo. Ni a Pedro ni mucho menos a Nina. A nadie. Ya me lo gestionaré yo cuando me parezca.

—Pero…

—Si se lo dices a alguien, te meto un expediente y te denuncio, aunque sea lo último que haga en mi vida. Acuérdate de las dichosas clases de protección de datos: esto es confidencial, y tú no eres mi médica. No deberías ni haber abierto mi historia.

—Joder, Oriol.

—Ni una palabra. A nadie.

—¿A dónde vas? Te acompaño.

—No.

—Recojo y nos vamos a tomar algo.

La miro frunciendo el ceño. Pero ¿qué coño quiere celebrar la niña esta ahora?

—Que no, Bruna. Que quiero estar solo. Déjame en paz.

Necesitaba huir de la consulta. Respiro una bocanada de aire al salir a la calle. Me estaba ahogando en ese maldito cuarto. Miro el reloj, ya son las ocho. He estado una hora metido en ese jodido tubo para que luego me digan esta mierda. Y, joder, qué mierda más grande. Me cuesta creérmelo.

Debería hablar con Nina. Desbloqueo el móvil y empiezo a escribir un mensaje, pero lo borro inmediatamente. He de calmarme primero un poco. He de decidir qué hacer. He de organizarlo todo.

Respiro hondo y miro el hospital. El magnífico hospital insular. Toda la puta vida metido aquí, recorriendo las doce plantas de este mastodonte de hormigón y ladrillo. Cuando empecé a trabajar, solo existía el edificio central y era todo privado, pero después construyeron los dos edificios laterales de las consultas y metieron la fundación y todos esos servicios nuevos. He pasado más tiempo en el hospital que en mi casa, pero no quiero morir aquí dentro. Quizá debería irme lejos a aprovechar mis últimas semanas. A Miami. O al Sur. Sonrío. Vaya chorrada. No me voy a ir de aquí ni de coña. Soy tan paleto que las únicas playas que me gustan son las de mi isla, y tengo claro que donde quiero morir es en mi tierra. Pero no aquí. Me encantaría morirme en la playa. O en el mar. Podría tirarme al mar. Haré eso. Cuando no pueda más, me tiraré al mar. Aunque cuando empiece todo, no podré ni arrastrarme al agua. Vaya puta mierda. Me estoy poniendo otra vez nervioso. Voy a ir a mi rincón. El sol está ocultándose y desde allí se ve de coña. Me sentaré a ver cómo se oscurece todo. Me vendrá bien para pensar. Mientras voy hacia mi sitio preferido, el móvil vibra. Lo saco de mi bolsillo. Es Bruna.

¿Estás mejor? ¿Seguro que no quieres que vayamos a tomar algo?

Borro el mensaje sin contemplaciones. Para lo que me queda por vivir, mejor me quito todos los filtros.

Si lo prefieres, vamos a casa.

A la mierda. Pongo modo avión. A la mierda todos. Voy a ver el mar. Y a lo mejor me tiro ahora. Mala idea, desde aquí no llegaría al agua. Caería al paseo marítimo y sería un asco de cadáver. Mejor me

tiro desde una peña de la costa sur, esa sí sería una buena muerte. Igual ni me encuentran. Molaría que no me encontraran.

Llego a mi banco de madera, mi rincón favorito del hospital, semioculto junto al gran pino y con las mejores vistas. Aunque el mar se ve desde casi todo el hospital, desde aquí no se vislumbran ni el puerto ni las casas, solo el Mediterráneo y el horizonte. Mi mar antiguo, lo que más me gusta del mundo. Hasta aquí llega su olor a sal.

Nina y yo nos escapábamos hasta este lugar en las noches de guardia. Este árbol ha visto de todo. Mi rubita sabía encenderme como nadie, me volvía loco. Creo que Abril se concibió bajo este árbol. Vaya sorpresa nos llevamos. Nina me confesó que había dudado al principio, pero yo tenía tanta ilusión que ni me lo dijo. Nos casamos un fin de semana sin avisar y nadie en el hospital se lo creía. Compramos esa casa tan grande, como si fuéramos a tener veinte hijos y a vivir juntos mil años. Al final, el amor no nos duró ni uno. Fue una época bonita, muy bonita, hasta que se cansó de mí.

Vuelvo a acordarme del diagnóstico y se me encoge el estómago. Por un momento, se me había olvidado que me estaba muriendo. Ya vuelvo a ser pasto de esta mierda de ansiedad. Qué ganas de vomitar otra vez. Vuelvo a conectar el móvil y le escribo a Abril.

—Hola, peque, ¿cómo estás?

—Hola, papi, ¿qué pasa?

—Nada, solo quería saber cómo estabas.

—Bien, igual que esta mañana :)

—Vale, vale. Es que me pareció que estabas seria.

—No, no, solo tenía dolor de barriga. Me tiene que venir la regla. O a lo mejor algo me sentó mal.

—No le digas a mamá lo de la *pizza*, dirá que fue eso. Ya sabes cómo es con lo de la comida.

—*Tranki*. ¿Todo bien, papi?

—Sí, sí. Solo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien.

—Te quiero mucho.

—Estás muy raro.

—No, qué va. Estoy bien.

—¿Dónde estás?

—En el hospital. Trabajando.

—Qué raro :D

—Te tengo que dejar. Hablamos mañana.

—*Bss.*

Mi niña. Se me han llenado los ojos de lágrimas pensando en que voy a dejar de verla. Joder, no voy a ver su futuro. No podré verla crecer, ni estudiar. No veré sus primeros novios, ni a sus hijos. No

podré ser abuelo. La mano me vuelve a temblar. No es que me dé miedo morir, lo que me aterra es no estar con ella. Vuelvo a escribir en el móvil.

—Hola, Nina. ¿Qué haces?

—Entro al *gym*, ¿es urgente?

—No, no. Solo era por si te apetece que vayamos a tomar algo los tres.

—¿Qué tres?

—Coño, Abril, tú y yo.

—¿Y eso?

—No sé, me apetecía y hoy no tenía planes.

—Vaya, yo he quedado esta noche. Y Abril se va a casa de una amiga.

—¿Y mañana?

—Mañana tengo lío también. Igual el domingo. Lo siento.

—Tranquila, no pasa nada. Ya os llamo el domingo.

—Te dejo, que tengo que entrar

—OK. Besos.

—Oriol, ¿estás bien?

—Sí, sí. *Tranki*. Hablamos el domingo.

Joder, creía que hablar con ellas me iba a tranquilizar, pero me han puesto más nervioso. Los retortijones son cada vez más fuertes. Me agacho a vomitar en el césped. Son las mujeres de mi vida y las voy a dejar solas. No puedo aguantarme las lágrimas. Menos mal que no hay nadie aquí. Vaya piltrafa de hombre soy. Me limpio la boca y miro a las ventanas de las consultas. Todo está apagado menos la planta de Integrativa. La Hierbas debe estar currando aún. Nina dice que no sale de aquí, que siempre está trabajando. Es rara de cojones, pero es la única que puede ayudarme.

No. Es una idea pésima. Soy imbécil, estoy demasiado cansado y aturdido para pensar bien. Va a decir que no, Mariona me odia tanto como yo a ella.

Realmente, el no ya lo tengo, no pierdo nada por pedírselo. Aunque me mande a la mierda, ella seguro que no lo casca, es una obsesiva de la legalidad. Vuelvo a vomitar. Vaya mierda, temblando así, no me va a tomar en serio. Calma. Calma. Me levanto como puedo y me encamino hacia el edificio.

Miro los rótulos de la pared. No tengo ni puta idea de dónde está su consulta. Creo que no he pasado por este ala del hospital nunca. Aquí está. Departamento de Integrativa, Mariona Muscat, despacho 22. Muscat, es verdad, nunca me acuerdo de qué es la hermana del jefe del Central. No se parecen en nada. ¿Qué debe pensar él de ella? Subo las escaleras rápido, pero me tengo que parar un segundo. El corazón me va a mil y vuelvo a tener nauseas. Me estoy mareando.

Respiro un par de veces y sigo. El pasillo está a oscuras. Hay un hombre en la sala de espera, está muy delgado y con el pelo rapado al cero. Mira a través del cristal de la puerta. Debe esperar que le llame. Este tío está muy mal, la ropa le queda enorme. He hecho bien en venir: ya veo que la Hierbas es la reina de los desahuciados. Qué fuerte, en la radio se oye *Dulces Sueños*. Qué apropiado para mí. Me acerco al hombre para preguntarle si tiene cita, pero al verme, sale huyendo de la sala. Debo estar horrible con este tembleque y este olor a vómito. Él olía muy bien, a un perfume antiguo que no recuerdo. Voy directo a la puerta cuando se apagan todas las luces de dentro. No veo nada. Intento acostumbrarme a la oscuridad y oigo la puerta que se abre. Es Mariona, la pantalla del móvil ilumina su cara. Mira de un lado a otro, asustada. Parece una persona normal.

—Hola, Mariona.

Enciende la luz y grita al verme. Me aparto, la pobre debe pensar que vengo a hacerle algo.

—Perdona, no quería asustarte.

Me mira extrañada. Lógico. Menuda pinta debo tener. Me vuelven a temblar las manos y me las sujeto con fuerza. Quiero hablarle, pero reaparecen las ganas de vomitar. Intento tragar saliva. Joder, no quiero echarle aquí la pota.

—No sabía dónde ir. No-no sabía qué hacer.

¿Por qué coño digo esto? Claro que sé qué hacer. Lo tengo claro. Y ella me tiene que ayudar con eso.

—Oriol, ¿qué te ha pasado? —me mira preocupada y coge mi mano. La pone entre las suyas, creo que nunca me había tocado.

—No sabía a quién llamar. Perdón. Vi tu luz. Oí la música. Era la canción. No tenía ningún sitio a dónde ir. Ninguno al…. Perdona.

Su tacto me es familiar, creo que es porque me recuerda al de mi hija. Tiene las manos suaves y calientes como las de ella. Mierda, Abril, cómo se lo voy a decir. Ya me vuelven a entrar las ganas de llorar. Aguanta, Oriol. Mariona me coge de la otra mano y me sacude.

—¡Oriol! ¡Mírame! ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Les ha pasado algo a Abril o a Nina?

La miro a la cara. Su aliento huele a jazmín. El mío debe oler agrio y asqueroso. Nunca la había mirado a los ojos desde tan cerca. Es como si los conociera desde hace tiempo. Me hundo en sus pupilas dilatadas.

—¡Oriol! Por favor, reacciona, ¿qué pasa?

Vuelvo a ver mi cuerpo desde fuera. Ya me he ido al techo dos veces hoy. Debe ser la demencia. De nuevo, estoy como paralizado. Veo desde arriba a la Hierbas sacudiéndome. Qué curioso es el destino. Mi mayor enemiga y voy a pedírselo a ella. Y no puede decirme que no. Pero no sé cómo decírselo. Mierda, solo de pensarlo

me entran más ganas de llorar y temblar. Vuelvo a estar dentro de mi cuerpo, que se mueve como una marioneta con las sacudidas de Mariona. Tengo que hablar. Tengo que pedírselo. Me tiene que decir que sí. Es la única que se atreverá a hacerlo. Necesito que me diga que sí.

—Me-me muero. Me acaban de decir que me estoy muriendo.

Mariona deja de zarandearme, pero no me suelta las manos. Ahora es ella la que se acerca y se mete en mis pupilas como si buscara que le hablara desde la retina. Y algo debe leer allí, porque vuelve a abrir la puerta del departamento y me arrastra dentro.

Miro a mi alrededor. Así que es aquí donde hace sus pócimas. Desde luego, todo huele a ella. A hierbas. A lavanda y a algo más. A jazmín y a mandarinas. Enciende una lamparita y me estira en un sofá de color blanco, frente a la mesa del despacho. No sé qué me dice, me dejo hacer, pero se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

Ahora trae una bandeja con botecitos de colores. Se sienta a mi lado.

—¿Me permites? Son solo aceites.

Asiento. Sí. Que haga lo que quiera. Ella destapa los frascos de sus pociones mágicas y enseguida me llega el olor. Es agradable, aunque no sé realmente a qué huelen. Se unta los dedos con unas gotas y me frota las muñecas. Repite lo mismo en mis sienes. Ahora noto el olor mucho más intenso y arrugo la nariz.

—Lo sé, es fuerte, es esencia pura. Pero te irá bien.

No digo nada, pero no dejo de mirarla. Creo que me ha hipnotizado. Cuando Nina me dijo que sabía hacerlo, yo le dije que era una bruja, y ahora me lo parece de verdad. Rebusca en su mochila remendada y saca un cuentagotas amarillo de un estuche.

—Son flores de Bach. Saca la lengua y ponla hacia arriba.

La obedezco como un autómata y me echa unas gotitas bajo la lengua. Saben a orujo.

—¡No lo tragues! Vuelve a sacar la lengua y deja que el *rescue* se absorba todo ahí, por favor.

Hago lo que me dice. Ella vuelve a poner su mano caliente sobre la mía y noto que me toma el pulso en la base del pulgar. Casi sonrío, la bruja también hace cosas de médico viejo. Tomar el pulso tranquiliza a la gente. Y creo que a mí me ha hecho efecto porque me siento mejor. Aunque puede que también haya sido por ese orujo que me ha dado. Cierro los ojos y suspiro. Mariona se levanta y llena dos vasos de agua. Pone uno a mi lado y da un sorbo al suyo. Me mira sin decir nada. Bebo un poco. Vuelve a poner su mano sobre la mía. No sé por qué ahora me acuerdo de mi madre arropándome cuando estaba enfermo. Creo que me siento mejor.

—Gracias, Mariona.

Pestañea despacio y se inclina hacia mí.

—¿Quieres contármelo?

La miro dudoso. No. No debería contarle nada. Es una desconocida a la que no le interesan mis penas y que, además, me odia a muerte. Basta con que le diga lo que quiero. Eso haré.

Pero no, no he acabado ni de pensarlo y ya estoy hablando como una cotorra y explicándole todo: los temblores, las contracturas, la pérdida de memoria, la resonancia que me aconsejó Bruna, el diagnóstico de esta tarde. Y no solo eso: me pongo a hablarle de mis miedos, de mi rechazo al ensayo y de que no sé cómo voy a decírselo a Abril. Sí, está claro que me debe haber hipnotizado con esos ojos de color Coca-Cola que no me quita de encima. Me escucha atenta, como si le importara muchísimo todo lo que digo, no sonríe, pero tampoco separa su mano tibia del dorso de la mía.

—¿Quieres que vea la resonancia?

Me encojo de hombros. No sé qué coño va a ver, ella ni es neuróloga ni nada, pero igual le hace ilusión.

—No vengo a que me des otro diagnóstico, pero mírala si quieres. Mira lo que te dé la gana, tienes mi permiso.

—¿No has venido a buscar otra opinión?

Niego con la cabeza. No lo entiende.

—¿Qué deseas entonces, Oriol? ¿En qué puedo ayudarte?

Cojo aire un par de veces. Me vuelve a costar hablar. No me creo que vaya a decir esto. Ella espera paciente sin decirme nada más. Bebo otro sorbo de agua. Pasa mucho tiempo, creo que una eternidad. Al final, lo suelto.

—Quiero que me ayudes a morir.

Pestañea de nuevo, pero no me contesta. Insisto.

—Mariona, no querré seguir viviendo cuando no pueda hablar ni aguantarme el pis. Tú siempre has dicho que estabas de acuerdo.

Ahora me dirá que yo no, y que siempre se lo he discutido. Pero no lo hace. Ha apretado la mandíbula como hace en las sesiones, pero no dice nada.

—Ya sé que también hay un comité de eutanasia en el hospital de Ponent. Pero no quiero ir allí. Quiero que me lo hagas tú. Aquí.

Por fin reacciona. Me habla con esa calma que normalmente no soporto, pero hoy me sienta como un bálsamo.

—Igual no es el mejor momento para decidir eso, Oriol. Te acaban de diagnosticar.

—Pero ¿lo harás?

—Ni me imagino por todo lo que estás pasando. Pero me gustaría que lo viéramos todo tranquilamente primero. Basarlo en una resonancia me parece un poco precipitado.

—Mariona, tengo todos los síntomas. Y la imagen es clara. Bruna

dice que me estoy fundiendo por momentos.

Se encoge de hombros, pero no suelta mi mano. Yo tampoco quiero que me la suelte.

—No pretendo darte falsas esperanzas. Pero aunque lo tuviéramos todo claro, hay mucho por hacer antes de decidir acabar con todo.

—¿Para qué? Ya les he dicho a ellos que no al ensayo. No puedo curarme. Nadie puede curarme. Solo podéis alargar mi agonía.

—Yo no hablo de curarte ni tampoco de alargar agonías. La medicina no solo se trata de curar. De hecho, curamos poco y se nos olvidan las partes más importantes. Las de aliviar y consolar en esas agonías.

Coño, es lo mismo que dice siempre Nina. Por eso deben ser tan amigas.

—Eso es de *sir* William Osler.

Mariona sonríe y la cara se le ilumina. Creo que nunca la había visto sonreír, es brutal cómo le cambia el rostro una sonrisa.

—Mariona, te dejo hacerme lo que quieras. Pero cuando llegue el momento, cuando esté mal y ya no haya nada más que hacer, ¿me ayudarás a morir?

Ella asiente aceptando el trato y señala mis manos.

—Mira.

Sonríe de nuevo, satisfecha como un mago después de hacer un truco genial. Extiendo mis dedos y sonrío yo también, sorprendido: ya no tiemblo.

5

Dance quien pueda danzar

Abro los ojos en cuanto entra el primer rayo de sol por la ventana. Da igual que sea sábado o lunes, mi cuerpo se rige por la luz que inunda la habitación por la mañana. Me cuesta madrugar en la oscuridad del invierno, pero ahora, con los días cada vez más largos, me despierto con las pilas puestas.

Salto de la cama directa a ver el mar. Es lo primero y lo último que hago cada día de mi vida. Mi madre siempre decía que acertó de lleno con mi nombre. *Mar i ona*. Mar y ola. Me lo puso porque le gustaba cómo sonaba, pero sin saberlo, su bautizo me marcó como un hechizo. Y es que, ya de bebé, mientras mis primos mayores se rebozaban haciendo pozos de arena, yo me quedaba sola y feliz en la orilla, acariciando las olas mediterráneas. Lo recuerdo, y lo sigo haciendo. Me encanta relajarme junto al mar, tocar las olas y perder la mirada en el horizonte, es algo que me hace sentir muy bien, como si estuviera bendecida por algún Dios.

Por eso, y aunque me costó algo indecente, me gasté todo el seguro de vida de Xavier en esta casa donde vivo, un rincón pequeño y sin apenas jardín en la costa sur de la isla. Es diminuta, un cuchitril, pero su ventanal en primera línea vale millones. Y, además, solo se ve el mar, ni playa ni gente. Frente a la casa solo hay olas, rocas y el faro: lo único que necesito para sentirme en el paraíso. Mi paraíso.

Abro el ventanal de par en par y dejo que el aire llene la casa y rebote en sus paredes blancas. Salgo al frío del amanecer, desnuda y descalza. Ni veo ni me ven, así que, siempre que puedo, me paseo sin nada de ropa por las rocas. Solo me podrían espiar desde el aparcamiento, pero el muro que rodea la casa oculta bastante la vista. Mi minúsculo jardín de cactus me lleva hasta las rocas. Mis rocas. En la más grande encontré clavados un par de ganchos de acero que me intrigaron unos días, hasta que encontré la escalera de cuerda en la cocina. Los antiguos dueños la colgaban ahí para salir más fácilmente del agua. Es un invento genial, que evita dejarse los pies trepando por la piedra. Luego vi que la mayoría de las calas de rocas también los tienen. En verano, la zona se llena de escaletas que desaparecen en octubre. Yo solo la quito cuando hay temporal para que no desaparezca entre las olas. Porque la uso todos los días del año.

Hoy el sol ya calienta un poco. Me encanta la sensación directa

de los rayos en mi piel. Me asomo al acantilado y, sin pensarlo dos veces, me tiro al agua. Está helada. Grito al salir a la superficie y agarro con fuerza la escalera. Sonrío. El frío me activa y me conecta con algo, una especie de corriente eléctrica tribal y salvaje que me da calma y salud. Salgo poco a poco del mar.

Hoy el baño helado no me ha calmado. Todo lo contrario, he salido bastante excitada. Es raro, puede que sea la primavera. Me voy a la ducha a ver si se me pasa con el agua caliente. Abro el grifo para que empiece a calentarse el agua y voy frotando en mis manos un trozo de pastilla de mi jabón casero. El olor a jazmín que desprende me encanta. Es mi aceite esencial favorito. Froto mi piel con la espuma blanca y me enciendo aún más. Ya me he enjabonado tres veces los pezones. Me río de mí misma, tiro el jabón y empiezo a apretarme la entrepierna con una mano. Madre mía, pero ¿por qué estoy tan salida hoy? Suerte que nadie puede oír mis gemidos. Descuelgo la alcachofa de la ducha y cambio de chorro al más estrecho y potente. Abro las piernas y apunto bien, moviendo la pelvis para buscar el lugar correcto. Del gemido paso al grito y no tardo ni dos segundos en correrme. Joder. Para que luego digan de las menopáusicas. Me quedo jadeando con la frente apoyada en las frías baldosas del baño y la ducha goteando en la mano. Acaricio el aluminio con el pulgar y vuelvo a abrir el grifo al máximo. Mi clítoris quiere más y no pienso negárselo. Ahora ya le doy directo y acabo de rodillas. Madre mía, dos seguidos y Nina metiéndome caña con sus juguetes de cien pavos. Viva la fontanería moderna y las alcachofas de chorros variables.

Al salir de la ducha, me miro en el espejo a ver si es verdad que ahora tengo menos arrugas. Qué va, eso del rictus es un cuento: tengo las mismas patas de gallo que hace diez minutos. Nunca sé cuándo Nina habla en serio o no. Con la toalla enrollada en la cabeza, me acerco a poner música desde el móvil, que aún sigue en la mesita de noche. Dios, cuántos mensajes de Nina.

—¿Ya te has despertado?

»Seguro que sí.

»Eres como un viejo.

»Ya debes estar bañándote en bolas.

»No sé cómo puedes.

»Con el frío que hace.

»Cuando acabes, llámame, anda.

»O envíame un mensaje.

»Tenemos que quedar para ir a comprar.

»Abril aún duerme.

»Ahora se acaba de levantar.

»Tía, dime algo.

»Espero que no te hayas ahogado.

—No, no me he ahogado, ansias.

—Escucha, no sé si quedar por la tarde en vez de por la mañana.

»Ayer estaba muy raro Oriol.

»Igual le digo de ir a comer los tres.

Ostras. Oriol. No había vuelto a pensar en él. Se me ha ido totalmente de la cabeza. Hemos quedado esta tarde. Y debería preguntarle como está.

—Por la tarde me va mal, tengo cosas que hacer.

—Bueno, cuando me conteste, te digo. Pero si eso, podemos quedar pronto y así puedo hacerlo todo. ¿Tú estás lista?

—En diez minutos estoy.

—Pues te paso a buscar a y media.

—OK.

Corro al armario y me pongo unos vaqueros y una camiseta negra. No me da tiempo a secarme el pelo, así que me lo recojo en un moño con una pinza plateada. Me pongo unos pendientes de aro y me rocío con agua perfumada con aceite esencial de jazmín. Mientras espero a Nina, me vibra el móvil. Es Oriol.

—Espero no despertarte. De nuevo, muchísimas gracias por atenderme ayer.

—Tranquilo, hace rato que estoy despierta. ¿Qué tal has dormido?

—Pues, la verdad, muy bien. Tus pociones funcionaron.

—Me alegro mucho. Pero no son pociones, es aromaterapia y tiene estudios.

—Era broma. En serio, gracias. ¿Sigue en pie lo de esta tarde?

—Claro, quiero valorarte y, según lo que veamos, proponerte algunas cosas.

—¿Indecentes?

—¿Cómo?

—Era broma también. Perdona. Ya me dijo Nina que tú no eras muy de bromas.

Oigo un pitido impaciente fuera.

—Está aquí.

—¿Quién?

—Nina. Ha venido a buscarme para ir de compras. ¿Te veo a las seis en la consulta?

—Allí estaré.

—¡Onaaa!

—¡Onaaa!

Mis dos locas. Me reciben como si no las hubiera visto en años. Gritos, abrazos, saltitos. Yo no soy tan expresiva como ellas, y, de hecho, al principio de conocerlas, tanta efusividad me ponía un poco violenta. No sabía qué pretendían conseguir de mí con tanto beso. Ahora ya me he acostumbrado y me encanta que me achuchen y me besen. Aunque nunca respondo, me dejo hacer de todo y entro sonriendo en el coche. Abril se sienta atrás y yo me pongo de copiloto. La verdad es que no sé qué posición me estresa más.

—Bueno, ¿adónde vamos? ¿Al puerto? —les pregunto. En el puerto es donde están la mayoría de las tiendas de ropa de la ciudad.

—Nooo. Vamos al centro comercial de Costa Norte. Abril quiere comprar maquillaje y allí está superbién de precio.

Miro a Abril y abro la boca para hablar.

—Ahórrate el sermón, Ona. Ya me has dicho mil veces lo del plomo y los metales pesados, y me da igual.

Me río. Adoro a Abril. Creo que es porque me recuerda a mí cuando tenía su edad. De negro riguroso y llena de *piercings*, no parece hija de Nina y Oriol en absoluto, los reyes de la ropa clásica de marca. Yo vestía igual a su edad, pero no éramos góticos, sino punkis.

—Pueden hacerte mucho daño, Abril. Por mucho que te molen. Y al planeta también.

—Pero yo solo me los pongo un rato y me los quito muy bien. Los pintalabios eco son una mierda.

—¡Abril! —replica Nina mientras se ajusta el cinturón y arranca —. No digas tacos.

—Pero es lo que es, los colores son horribles. Son de viejas. Y tú también dices tacos.

—Pero yo no tengo dieciséis años.

—¿Y qué? Digo tacos si me da la gana.

Nina se gira enfadada a mirarla, y yo miro intranquila la carretera con la mano izquierda lista para sujetar el volante o el freno de mano. Me pone nerviosa ir en coche con Nina.

—Abril, ya lo hemos hablado. Pase lo de las pintas que llevas, pero si empezamos con tacos y con estas salidas de tono, te vas al internado.

—¡Ni se te ocurra! —le digo a Nina.

—Mamááá.

Cruza los brazos, arruga el gesto y se pone a mirar por la ventana. Nina se vuelve a poner al volante y yo suspiro aliviada. Intento cambiar de tema.

—A mí me gustaría ver algo de ropa de verano.

Ahora se gira hacia mí, sorprendida. Pero ¿es que no puede mirar a la carretera nunca?

—¿Tú con ropa que no sean tus *jeans* y tus camisetas de la tienda

de Humana?

—Bueno, solo mirar un poco.

—¡Aleluya! ¡Dios es grande! Mariona Muscat Roig se va a comprar ropa de primera mano. ¿Estás enamorada? ¿Vas a buscar ligue?

Pongo los ojos en blanco.

—No, coño. Si lo sé, no digo nada.

—¡Que no! ¡Que me encanta! ¡Feliz el que no se enamora! ¡Vamos a quemar la tarjeta! ¡Sábado de chicas!

Me vuelvo a reír. Le aseguro que yo no pienso quemar nada y le pido a Abril que me ayude a elegir la ropa. Se le olvida que está enfadada y empieza a enumerarme todas las tiendas nuevas del centro comercial y los conciertos que iban a organizarse allí en verano. Nina sonríe sin decir nada. Prometo a Abril que le acompañaré a alguno de los conciertos si su madre nos deja.

Casi sin darnos cuenta, ya hemos llegado al Costa Norte. Suspiro aliviada al poner el pie en tierra. Me falta poco para besar el suelo como si fuera un papa. Pero aún me queda la vuelta.

Abril corre a ver el cartel que anuncia los conciertos de verano. Nina se acerca a mí.

—¿Ves? Cuando estás tú, se calma.

—Bueno, tú le has ido a la yugular también.

—¡Coño! Pero es que no puede decir tantos tacos, joder, que es una cría.

Me parto de risa con mi Barbie Killer favorita.

—Hay que lavaros la boca con jabón a las dos.

—Nooo, con jabón ecológico, nooo —se burla.

Le doy un manotazo y corro para alcanzar a Abril y entrar con ella en el centro comercial.

Oriol ya me está esperando a las seis menos diez en la entrada de las consultas. De espaldas a la puerta, mira el mar con una expresión ausente. Me resulta raro verle vestido de persona normal, como ayer, sin traje y en unos simples vaqueros. Bueno, muy simples no son, esos vaqueros valen un dineral. Y el polo inmaculado de marca que lleva tampoco debe ser barato. Pero le queda muy bien. El tío sabe arreglarse, está claro. Al oír mis pasos, se gira y me sonríe como si a él no le pasara nada y yo no fuese su peor enemiga. También me resulta muy extraño verle sonreír. Sin corbata y sonriendo, no parece tan dinosaurio. Sus ojos negros están menos tristes que ayer.

—Hola. Gracias por venir un sábado, Ona.

Es la primera vez que me llama por mi nombre corto. Le sonrío y

tecleo la clave de la puerta del edificio de consultas.

—Es un placer. Espero poder ayudarte.

Al entrar en la consulta, le señalo el mismo sofá blanco en el que se tumbó ayer.

—¿No me siento frente a tu mesa?

—No. Prefiero que hablemos aquí.

—¿Me vas a hipnotizar?

Suelto una carcajada.

—No era mi intención. Pero si te hace ilusión, lo hacemos.

Me mira con cara divertida.

—Nunca te había oído reír.

—No lo creo. Yo me río mucho.

—Pues nunca lo has hecho delante de mí.

Puede que tenga razón. En su versión *plasticosauria,* Oriol me da mucho asco y poca risa, pero hoy está diferente.

—Bueno, vamos a lo nuestro. He revisado tu historia tal y como quedamos.

—¿Y?

—Sigo creyendo que el diagnóstico es un poco precipitado. Podrían ser mil cosas.

—Pero Bruna es neuróloga, ya se lo habrá planteado todo.

—Seguro que sí, y no pretendo contradecirla. Pero ya que tú has tomado tu decisión, si me lo permites, me gustaría probar unas cuantas cosas.

—Pero ¿para qué?

—Por si acaso es algo más, pero, sobre todo, para mejorar tus síntomas.

—Está bien, acepto si tú cumples tu parte del trato.

—Ya te dije que sí.

—Pues, entonces, haz lo que quieras conmigo.

Me estoy metiendo en un buen berenjenal, pero no puedo decirle que no. No tiene a nadie que le ayude ni ninguna esperanza. Y debe estar muy desesperado para haber recurrido a mí con lo que me odia. No sé cómo se lo tomarán Nina y Abril cuando se enteren, pero es su voluntad y no la mía. Si me lo ha solicitado, tengo un compromiso ético. Todo el hospital me va a odiar, pero ya estoy acostumbrada, ser odiada está en mi zona de confort.

Oriol me interroga con los ojos. Creo que me he quedado un buen rato callada.

—Vale. Aparte de lo que he leído en tu historia de Neurología, ¿has tenido algún problema de salud?

—No. Algún resfriado y poco más. Hasta ayer, todo lo tenía perfecto. Como un chaval.

—¿Tomas algún medicamento? ¿Suplementos? ¿Drogas?

—No. Ni fumo ni bebo. Con mujeres sí que ando, eso sí.

Me guiña el ojo. No le veo la gracia. Creo que lo que pasa es que está haciendo una negación y por eso se ríe de todo.

—¿Y en eso no has notado ningún cambio, Oriol?

—¿Cambio? ¿En qué sentido?

—En tus erecciones.

—¡Doctora! ¡Qué preguntas!

Levanto una ceja. Él se ríe y me contagia. Este hombre es muy raro.

—No, sin cambios. Me sigue funcionando muy bien.

—Vale. Ahora quiero que me hagas un resumen de todo lo que comes y haces en un día normal.

—Lo que hago y lo que me como en un día. Eso puede ser un poco escandaloso, ¿estás preparada?

No puedo evitar reírme otra vez. ¿Es que todo se lo toma a guasa?

—Uuuh. He conseguido dos carcajaditas de la doctora Miércoles. Me van a dar un premio.

—¿Me llamáis doctora Miércoles?

—Te hemos llamado de todo, Ona. Pero es que no sonríes ni pagándote.

Le miro lo más seria que puedo, imitando a Miércoles Addams. He visto la serie y me encanta. Pero yo no debo tener ninguna gracia porque, en vez de reírse, Oriol me mira preocupado y traga saliva.

—Son bromas que hacemos, Ona. No te enfades, pero algunos motes te los has ganado a pulso.

Suspiro, luego dirán que no sé hacer bromas. Son ellos los que no me entienden ninguna.

—Venga, empieza a hablar de tu dieta. Que me da a mí que no me va a gustar lo que me cuentes.

Y así es. Cuando acaba su relato de lo que se toma en un día, mi cara debe ser todo un poema porque me mira asustado.

—Pero ¿los plásticos no estudiáis nutrición? ¿En serio crees que te alimentas con eso?

Duda antes de justificarse.

—Bueno, yo es que como muy poco entre semana porque no me da tiempo. Por eso tomo los suplementos. Son buenos. Son bebidas proteicas y bajas en calorías. Y son de un buen laboratorio, de calidad, si valen un dineral.

Le sigo mirando, incrédula. No me puedo creer que un médico coma así y que se crea tanto las propagandas. Él se levanta el polo y me enseña sus abdominales.

—Mira qué tableta. A la vista está que me sientan bien.

Me quedo mirándolos y trago saliva para no mandarlo a la

mierda. Yo soy la terapeuta, y ahora creo que me está tomando el pelo. Me estoy enfadando.

—Ese músculo es genético y desarrollado porque tienes testosterona y haces deporte, y no por esos batidos artificiales.

—Pues tengo dos cajas.

—Pues tíralas a la basura, pero ya.

Creo que se lo he dicho demasiado contundente porque me mira sorprendido, pero es que me parece increíble lo que estoy oyendo.

—¿Y qué proteínas como entonces?

—Joder, Oriol, pues proteínas de verdad.

Se pone a mirar al suelo. Creo que me estoy pasando. Respiro y procuro ser más amable.

—A ver… Huevos, pescado, legumbres, algo de carne. Mejor si son ecológicas, y aún más si son de la isla. Te haré un menú. ¿Vives solo?

Ahora parece escucharme otra vez.

—Sí.

—Pues lo haré para una persona. Pero tira esos batidos ya. No bebas ni uno más. Y, ahora, túmbate.

—Hum, cuántos imperativos usas. Me bronqueas, me tratas de tonto, me ordenas y ahora me mandas tumbarme. A ti te mola el sadomaso, el BDSM, ¿eh?

Ya he vuelto a caer. Me ha sorprendido y no he podido evitar la carcajada. Mierda.

—¡Oriol!

Me hace con los dedos el signo del tres. De las tres carcajadas.

—Anda, túmbate, por favor.

—Lo del por favor me pone menos. ¿Me vas a poner más aceites? ¿Un chupito de ese orujo de Bach?

—No. Voy a pincharte.

—¿Hoy toca acupuntura?

—No, voy a pincharte a la vieja usanza.

Y me levanto a por el carro de curas, sacudiendo la cabeza. Qué hombre. Creo que no se toma nada de lo que le digo en serio. Bueno, en realidad, solo está aquí para asegurarse de que cumpla mi palabra de ayudarle a morir y aprovecha para pasar bien el rato. Pero yo voy a intentarlo todo: es el padre de Abril.

Me mira atento mientras le inserto la aguja y extraigo la sangre para llenar tres tubos de muestras. Los etiqueto y los envío al laboratorio por el circuito neumático.

Saco después un vial que cargo en una jeringuilla y se lo inyecto en el otro brazo.

—¿Qué me has puesto?

—Tiamina.

—¿Vitamina B?

—Sí.

—Pero si ya te he dicho que no bebo. No me falta tiamina.

—Te sorprendería la cantidad de déficits de vitaminas que he encontrado en mis pacientes. Y no solo en bebedores. En el análisis he pedido tus niveles de vitaminas, pero también los de tóxicos y metales pesados. Con lo mal que comes y el aspecto de tus uñas, no me extrañaría que además de una vitamina B bajo mínimos, estuvieras lleno de plomo y de arsénico. Tienes alguna mancha cutánea que me dice a gritos la cantidad de nutrientes que te faltan. En África estábamos hartos de ver déficits y beriberis, y aquí cada vez es más frecuente.

Oriol se mira las uñas extrañado.

—Pues yo las veo como siempre. ¿Has trabajado en África?

—Sí. Mi marido y yo estuvimos varios años allí.

—Eso explica que sepas sacar analíticas y pinchar tan bien. Sabes hacer cosas que no nos enseñan ya en la escuela.

Aprieto con una gasa el lugar del pinchazo.

—Sí, allí hacíamos de todo.

—No sabía que estabas casada.

—Ya no.

—¿Te divorciaste?

—No…, él murió. En un atentado. Allí.

—Vaya, lo siento. Perdona, no lo sabía.

Quito la gasa y compruebo que ya no sangra. Le pongo un apósito para proteger la herida.

—No pasa nada.

—¿Tú estabas allí? ¿Te pasó algo?

—No, yo estaba en Girona. No… No quise acompañarle esa vez. Nos estábamos dando un tiempo.

—Vaya. Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias. Bueno, esto ya está.

—Y, ahora, ¿qué me vas a hacer?

—Por hoy nada más. Dejemos a la tiamina hacer sus cosas. Sí que te voy a dar un *roll-on* de aceites esenciales para que te pongas en las muñecas varias veces al día.

—Lo que tú digas. Mi cuerpo es suyo, doctora.

Me vuelvo a reír. Mierda, no puedo evitarlo. No me imaginaba que Oriol fuera tan divertido. Recojo la consulta y le explico la terapia que haremos mañana mientras bajamos las escaleras y salimos a la calle. A lo tonto, casi nos han dado las nueve.

—Te acompaño a tu coche —me dice.

—No tengo coche.

—¿Cómo que no tienes coche? ¿Y en qué vienes a trabajar?

—Andando.
—¿Vives aquí cerca?
—En Sol del Sur.
—Pero eso está como a cuarenta minutos a pie.
—Bueno, es media horita a paso ligero.
Me mira como si fuera de otro planeta.
—¿Ayer también te fuiste andando?
—Claro.
—Pero si eran casi las doce.
—Hacía una noche preciosa.
—Bueno, pues hoy no te vas andando. Yo soy un caballero y te llevo a casa.
Giro los ojos y protesto. Lo de caballero ya me chirría bastante, pero lo de ir en el coche no me gusta nada. Además de contaminar y destrozar la atmósfera, son las trampas más mortales que existen después de las motos. Aunque a este hombre no se le puede decir que no y acabo sentada en el asiento del copiloto apretándome el cinturón y rezando a un dios en el que ya no creo. Me debe notar nerviosa, porque pone la radio y busca una cadena de música clásica.
Le voy señalando por dónde se va a mi casa, y cuando llegamos al aparcamiento, se baja del coche corriendo, sin esperarme, y se pone a observar por encima del muro. Mira el caballero. ¿No tendría que haberme abierto la puerta? Salgo del coche y doy un portazo.
—¿Esta es tu casa?
—Sí.
—¿En serio?
—Que sí. ¿Qué problema hay?
—Lo flipo. Es que este sitio es una pasada. Es brutal. Brutal. ¡Me encanta! Recuerdo haber venido aquí de chaval. Antes no había este muro y saltábamos la valla para tirarnos desde las rocas. Es el mejor lugar del mundo y con el faro de James delante.
Sonrío orgullosa. En eso sí que le he de dar la razón.
—Me enamoré del sitio en cuanto lo vi. La casa en sí no es gran cosa, pero las rocas… ¿Quieres entrar a verlas?
—Me encantaría.
Saco las llaves de detrás de la maceta de la entrada y las pongo en la cerradura. No se me ocurre imaginar que invitándole a entrar estoy firmando mi sentencia de muerte.

6

No sé de qué me quejo, ya tengo lo que quiero

—¡Kampanilla!

—¿Kampanilla?

—¡Sííí!

Asiente y se pone a bailar a mi alrededor moviendo los brazos hacia atrás como si tuviera alas.

La miro divertido. No es la chica más espectacular de la sala, pero me ha llamado la atención su ropa y cómo se mueve. Es Kampanilla, claro que sí. Va vestida igual que la pequeña amiga de Peter Pank, el protagonista de mi cómic favorito. El pelo cardado y negro le hace la cara diminuta, como si fuera una niña duende. Lleva medias de red, los guantes de Gilda y pintura de guerra por toda la cara. Es clavadita al dibujo de Max, solo le falta llevar el pecho revolucionario al aire. Se lo voy a pedir, pero no me da tiempo a abrir la boca.

—¿Y tú? ¿Tú cómo te llamas?

—Pues Peter, claro. Yo soy Peter Pank.

Se ríe y me arrebata la botella de cerveza para darle un sorbo mientras sigue bailando.

—Eres igual de alto y llevas su cresta, aunque no estás tan flaco.

Creo que es un piropo. Me acerco a cogerle la cintura, pero se me adelanta su novio, que irrumpe entre los dos, le quita la botella y me la devuelve con cara de malas pulgas. La coge de los hombros y grita.

—¡A ti ya te vale! Si sigues así, te vas a casa.

Me mira con mala leche y se la lleva a rastras al otro extremo de la sala. Ella debe llevar bastantes cervezas ya, porque le da igual la bronca y sigue riendo y bailando, aunque le vaya pegando la bulla. Antes de desaparecer entre la gente, gira la cabeza y me guiña el ojo. Me río y vuelvo a mi cerveza y a la música del Último de la Fila. Me gusta este grupo nuevo, aunque no sea mi estilo. Mis colegas se han ido más adelante, con ganas de tocar más carne, pero a mí no me gusta estar apretado. Además, se oye igual de bien por toda la sala.

No han pasado ni dos canciones cuando noto una mano tibia que

tira de mi hacia atrás. Mi hada punki y larguirucha ha vuelto y me lleva a un rincón oscuro. Me empuja contra la pared y me asalta la boca. Le sabe a cerveza y a flores dulces.

—¿Y el tío con el que venías?

—¡Que se joda!

—Pero…

Mete la mano dentro de mi pantalón y acerca su boca de duende a mi oído. Me susurra.

—Quiero que me folles.

Arqueo las cejas, esto no me lo esperaba, pero ni se me ocurre negarme. La cojo en volandas y me la llevo a los baños. Se oyen gemidos dentro de uno de ellos. Parece que no somos los únicos con la misma idea. Ella se parte de risa. Se ríe como un bebé. Con sus piernas flacas enredadas en mi cintura, me meto en el primer sitio que encuentro, la empujo contra la pared y me bajo el pantalón. Se queda mirando lo que le descubro, con las manos agarrando las paredes, como si nunca hubiera visto algo así en su vida.

—¿Te gusta?

Asiente y se intenta bajar las bragas. En esa postura le es imposible y le ayudo tirando de ellas. La piel bajo la tela arde. No se las consigo quitar y meto la mano apartando el tejido tirante.

—A mí también me gusta esto.

Pongo la mano entera sobre su vulva, agarrándola fuerte. Le debe gustar mucho porque se arquea, así que le aprieto con el dedo plano en toda la hendidura. Eso le hace gemir más y yo me hundo en su carne hinchada, que me empapa al instante. Kampanilla se retuerce y se aprieta contra mi mano.

—Estás como una moto, niña.

Me mira enfadada, se agarra a mi pelo y tira para pegar su cara a la mía. Entonces me lo vuelve a pedir, esta vez con voz muy ronca.

—Que me folles, joder. ¡Ya!

Qué marimandona. Vuelvo a tirar de la tela de sus bragas para hacerme hueco hasta que suena un chasquido y me meto entero en ella. Grita cuando entro y me tira otra vez del pelo hasta hacerme daño. Me encanta. Yo ya no puedo parar y la empujo una y otra vez contra la pared como un perro loco, hasta correrme en un grito.

El alarido que he dado en sueños me despierta. Estoy empapado en sudor y agarrándome el pene, que, por supuesto, tiene una erección de mil pares de demonios. Vaya mañanitas que llevo, parezco un crío. ¿Tendrá que ver con la atrofia? Quizá la degeneración de mi cerebro va a despertar todos los retales olvidados de mi vida. Este era, por lo

menos, del Paleolítico.

Mierda, es pensar en la enfermedad de mi cabeza y ya se me baja todo. Adiós, chavalín. Voy a ducharme.

Mientras tomo el café, vuelvo a pensar en el sueño que he tenido. Mi punki loca, mi Kampanilla. Había olvidado su nombre. Menuda noche aquella. Y día. Nos escapamos de la disco antes de que acabara el concierto para evitar a su novio. Paseamos durante horas hasta llegar a su casa, un chalé con verja y jardín, cerca de la playa de Bogatell. Cantamos las canciones del grupo, nos besamos, nos volvimos a meter mano, nos reímos de sus bragas rotas y de nuestras vidas. Como si fueran muy largas, en esa época debíamos de tener los dos veintipico. Yo creo que ya rotaba en Sant Pau, o estaba a punto. Le dije que era pintor y ella me confesó que era actriz porno, pero que nunca la podría reconocer en ninguna película porque en el cine llevaba peluca. Quedamos en la horchatería de la rambla de su barrio al día siguiente, pero no apareció. Le había comprado unas bragas negras de encaje. Cuando me decidí a ir a su casa a dárselas, salió su novio y me echó con cajas destempladas. Me dijo que si volvía por allí, me mataría. De camino a casa, tiré a una papelera las bragas y su recuerdo. Y allí se quedaron hasta el día de hoy, en el que a esta maldita enfermedad se le ha ocurrido recuperar ese retal de mi vida. Suspiro y abro la nevera. Repleta de batidos y un poco de leche para el café. Si la Hierbas lo ve, me da dos hostias. Literales, porque creo que esa mujer sería capaz de hacerlo. Me río solo de pensarlo y me vibra el móvil. Es Nina

—¿Estás despierto?

—*Yes.*

—¿Estarás en casa a las doce?

—Voy a comprar un momento, pero en media hora estoy. ¿Por?

—Abril se ha dejado el retenedor.

—Para variar…

—Igual habría que llevarla al dentista a que le haga otro y que tenga uno para cada casa.

—Buena idea.

—Ya lo hablamos. Te veo en un rato.

Me quedo atontado mirando la pantalla. Me acabo de dar cuenta de que no le hará falta un nuevo retenedor. En unas semanas, Abril ya no tendrá ese problema porque solo vivirá en una casa. Pensar en eso me da dolor de tripa. Aún no estoy preparado para decírselo. Pero debería hacerlo cuanto antes. Quizá el fin de semana que viene.

Ya está todo comprado. Y en el mercado del domingo, todo de

kilómetro cero. Sano sano. Ona no se podrá quejar, yo cumplo mi parte. Coloco las bolsas de red sobre la mesa y tiro a la basura la lista de la compra que me hizo ayer.

Abro la nevera y la cierro otra vez. Me voy al patio y arrastro el contenedor amarillo hasta la cocina. Vuelvo a mirar los batidos venenosos. Me dan ganas de tomarme uno y lo abro, pero me acuerdo de lo que dijo la Hierbas y me da un poco de asco. Nada. Paso. Todos fuera. Voy vaciándolos de uno en uno en el fregadero y tiro los botes al contenedor.

La nevera se me ha quedado como las paredes de su chalé. Joder, vaya corte pasé ayer en su casa. Al ver ese salón, tuve claro que acababa de mudarse. Todo estaba tan impoluto y vacío como un quirófano. Y claro, como estaba tan agradecido por la terapia, me pongo amable y le comento si quiere algún mueble de mi trastero para llenarlo. Y va y se descojona. De mí. No me hizo ninguna gracia y le dije que a mí me parecía que esa decoración era un poco fría. Me llamó clásico, o sea, viejo, y me dijo que a ella le gustaba así. Que las casas llenas son de mentes vacías y que ella solo conservaba lo que realmente necesitaba o era importante.

Qué rara es, si ve mi despacho, me excomulga por tonto. Menos mal que cambió de tema y nos fuimos a ver las rocas. Eso no necesita decoración, es una gozada, la verdad. Si hubiera sabido que habían puesto a la venta la casa, me la hubiera pillado yo. Y no es solo por envidia, aunque siempre suelo querer lo que no tengo, pero es que ese sitio es mi sueño desde que era pequeño. Yo sí que me habría hecho un chaletazo como Dios manda, lleno de muebles, cuadros y habitaciones. Sin muebles reciclados ni minimalismos chorras de los suyos. Enorme, para vivir todo el año y ver el mar cada día.

No estuve mucho rato. Me ofreció un vaso de agua y me fui enseguida, antes de que me tirara a la basura por no ser importante ni necesario. Qué tía.

Suena el telefonillo. Son mis chicas. Tienen llaves, pero desde que un día me pillaron en plena faena, llaman primero. Entran parloteando; Nina vestida de colores y mi niña de entierro. La beso mil veces, evitando los *piercings*.

—Papááá. Qué pesado.

Nina alucina al ver todas las bolsas de la compra que tengo en la cocina.

—¿Tienes invitados?

—No, es que me apetecía comida sana.

—¿Todo esto es para ti?

Nina me mira con los ojos abiertos como platos bajeros.

—Es la comida de toda la semana. Ahora iba a organizarlo.

—¿Has organizado un menú semanal? ¿Tú?

—Sí. Lo he visto en unos vídeos. Se llama hacer *batchcooking*.

Abril se mea de la risa y Nina se me enfrenta en jarras.

—Estás muy raro, de verdad. ¿Ha pasado algo?

—Nada. ¿Qué quieres que pase? Me cuido.

Abril abre la nevera y se ríe.

—Papi, te cuidas, pero la tienes vacía.

—Ahora iba a llenarla con todo lo que he comprado.

Su madre se asoma al vacío del frigorífico y me vuelve a mirar a los ojos. Debe pensar que me drogo y chequea mis pupilas como la Hierbas.

—No lo metas todo aquí. La verdura y la fruta déjala fuera. Te has de comprar un frutero.

—Lo pondré de momento en la nevera, así está todo más ordenado. Si no, la mente no se me despeja.

Ahora se asusta. Realmente cree que me he trastornado.

—¿Te has follado a Marie Kondo?

Me echo a reír a carcajadas. ¿Cómo se le ocurren estas cosas?

—No, que yo sepa.

—Cada día estás más loco. Nos vamos a ir a la playa un rato. ¿Te animas?

Le diría que sí, pero no puedo. Esta tarde toca otra sesión de terapia y no me arriesgo a que Mariona no cumpla su parte del plan.

—Tengo una presentación que preparar. Otro día, avísame antes.

—Qué aburrido eres. ¿Me das un poco de agua?

Canturreo mientras saco del armario un vaso limpio.

—Sírvete entre tanto lo que te apetezca.

—¿Qué?

Sacudo la cabeza sonriendo. Ya sé que nadie me va a responder a ninguna de las letras de las canciones que me gustan, pero se me escapan. Es verdad que soy un poco friki. Ella se sirve del grifo. Hace años no se podía beber, pero ahora todo el agua de la isla está tratada.

—¿Es otra de tus cancioncitas de abuelo punki?

—Otra de esas.

—Un abuelillo aburrido. Lo que te he dicho.

Es el tercer día que entro en su consulta y ya me parece que llevo viniendo desde hace años. La luz que tiene este despacho y el olor a flores relajaría a cualquiera. Esta tía es muy lista y sabe cómo hacer que los pacientes se sientan bien. Está claro. Todo lo debe tener calculado: los colores, esa música rollo *spa*, la distancia simétrica entre los muebles, la posición de las patas de las sillas justo en las baldosas. Nada es irregular ni está fuera de sitio. Y eso da cierta paz, como esos

jardines japoneses de arena.

Hoy, ella ya estaba aquí cuando he llegado, preparando la bandeja de inyectables. A esta mujer le encanta pincharme. Me ha vuelto a inyectar tiamina y después una cosa quelante para eliminar los metales pesados. Al parecer, según mis iris, que ha mirado atentamente con una lupa, mi sangre tiene más plomo que Bonnie y Clyde juntos.

Pero lo mejor de toda la tarde está siendo ver su cara ahora. Me ha pedido que pase al baño a cambiarme, porque quiere ponerme sobre la piel de la espalda unas piedras negras calientes. Me ha dado una toalla y me ha dicho que me la ponga como un camarero, señalándose la cintura. Y no he podido evitarlo. He salido en pelota picada con la toalla doblada colgando del antebrazo.

—¿Qué le sirvo, doctora?

Me mira fijamente la entrepierna y se muerde los labios para aguantarse la risa. Yo no podría, aunque la tía lo hace. Se nota que se está descojonando por dentro, pero no se ríe. Me ha ganado. 0-1.

—Ponte en la camilla. Bocabajo, por favor.

Pues yo sigo con el juego.

—¿No puede ser bocarriba? Así lo tendría todo más libre.

—No. Bocabajo.

Ya me pone otra vez el tonito de ordeno y mando. Hay que ver cómo le gusta.

—Sí, ama.

Y me tumbo mirándola de reojo. Nada. Ni una risita. 0-2.

Coge la toalla y me tapa el culo.

—Oriol, a ti te hará mucha gracia, pero yo me tomo mi trabajo muy en serio.

Suspiro. Hoy me va a ganar por goleada. Más vale que me relaje.

—Ya, ya. Perdona. Es que me las pones a huevo y se me olvida que a ti las bromas no te van.

No me responde y empieza a ponerme las piedras de una en una en la columna.

—Quema un poco.

—Te acostumbrarás enseguida.

Cierro un momento los ojos, y cuando me doy cuenta, me he quedado sopa media hora. Ella me observa desde la mesa. Está escribiendo en el ordenador.

—Hostia, perdona, me he dormido.

—Ya. Es normal.

—¿Me has hipnotizado?

Sonríe levemente. No sé si eso cuenta como gol.

—Qué obsesión tienes con eso, Oriol.

Se levanta y me empieza a quitar las piedras. Las coloca

parsimoniosamente sobre un paño blanco.

—Ya puedes vestirte si quieres.

—Pues la verdad es que no sé si quiero, ahora me había quedado en la gloria.

No dice ni mu, así que me levanto y me voy a vestir con la sensación de estar flotando. Esto de las piedras me ha gustado mucho. Espero que lo repita la próxima sesión. Cuando salgo, ya está todo recogido y arreglado. Qué tía. Salimos directos al aparcamiento. Como siempre, se quiere ir andando, y como siempre, no le doy opción.

Subimos al coche, enciendo el canal de música clásica que le gusta y arranco. El ruido de un avión nos hace mirar hacia arriba. Vuela muy bajo hacia el aeropuerto.

—Aviones plateados.

Lo digo sin pensar y me arrepiento al instante. Es otra de mis letras y ahora le tendré que explicar también a ella que soy un abuelete friki. Pero ella contesta primero.

—Rozando los tejados.

Me da un vuelco el corazón y paro el coche en seco. Me giro hacia ella como si se me hubiera sentado al lado la chica de la curva. ¡Ha respondido a la canción del Último!

—Perdona, es que hay una canci…

No la dejo acabar. Sigo con la letra.

—Vestido y en la cama.

Suelta una carcajada y responde.

—Vigilo tu ventana.

Ahora soy yo el que se ríe. Pero a risotada pura. Alucino. Alucino en colores. Me lo hubiera esperado de cualquier persona menos de ella. A la doctora Miércoles le gusta mi música. Me confiesa que le encanta el Último desde siempre y que tiene una pequeña colección de vinilos y recuerdos de conciertos. Esta mujer es una caja de sorpresas y yo me siento como un niño de quince años, contándole cosas del grupo. Quito la radio y pongo mi mp3. Le digo que yo pensaba que le gustaba la música clásica. Ella me dice que el que tiene pinta de clásico soy yo y me cabreo un poco.

Arranco de nuevo el coche y cantamos como adolescentes hasta llegar a su casa. Nos quedamos hablando un rato de la música de los ochenta, de cómo eran los conciertos, de lo libres que éramos entonces. Ahora somos dos los abueletes frikis y nos contamos nuestras batallitas. Esta vez no entro en su casa, pero le acompaño a la puerta y aspiro el olor salado de la brisa. Saber que me queda poco tiempo para sentir estas cosas hace que las disfrute cada vez más.

—Hasta mañana.

—Buenas noches.

Hoy el mar me huele mejor que nunca.

7

Hueles a jazmín

—¡Bon dia!

Esas sonrisas que me regala Miquel cada mañana son como los días de enero con sol. Qué suerte tengo de tenerlo a mi lado. Alegra la vida a todo el que pasa por delante de la puerta abierta del departamento. Una vez me dijo que no cerraba porque tenía claustrofobia, pero tengo muy claro que solo lo hace para cotillear.

—*Bon dia,* Miquel.

—¿Qué tal tu finde, Onita?

—Curioso.

—¿Curioso?

No puedo contarle todas las cosas extrañas que me han ocurrido este fin de semana, así que mejor cambio de tema. Además, no soporto mentir y se me da fatal. Dejo la mochila en el suelo y me siento en la silla vacía frente a él.

—¿Y el tuyo?

Por supuesto, él tiene mucho que contarme y sé que lo está deseando. Me sonríe enseñando sus dientes perfectos. Solo con mirarle, ya me relajo.

—Es-pec-ta-cu-lar. Fiesta, playa, sexo, *show*. En ese orden, en el contrario y también todo junto. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. Y no me lo esperaba para nada.

Parece que los dos hemos tenido un finde inesperado. Le escucho muy atenta, me encanta oírle hablar. Me describe todo lo que han hecho desde el viernes con tanto detalle que hasta finjo escandalizarme, pero no paro de reírme. Nadie cuenta las cosas como Miquel, debería dedicarse a escribir o a hacer monólogos.

—Madre mía, qué energía, ¿no?

—No creas que tanta, ha sido brutal, pero estoy agotado. Superagotado.

—Pues no lo parece, tienes muy buena cara.

Se hace el ofendido y se sacude, dramático, el flequillo negro hacia un lado. Hoy no se ha puesto tupé.

—¿Perdona? Estás hablando con el rey del *make-up*, y lo sabes. A mí no se me notaría ni la muerte.

Entorna sus ojos oscuros y me hace un par de poses de *voguing*. Le respondo entre risas.

—Lo sé, lo sé.

Intento imitar las posturas que me ha hecho, para seguir la broma, pero me lo prohíbe negando con la cabeza. Ni siquiera a él le hago gracia.

—Déjalo, *miamol*. El modelaje no es lo tuyo. Por cierto, te he traído una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Un regalo?

—Sí. Y no te puedes negar a usarlo.

—Ay, me hace ilusión, pero me das un poco de miedo. ¿Qué es?

Abre su bolso plateado y saca de él un paquetito envuelto en un celofán rojo brillante, con un lacito más oscuro en un lado.

—Lo vi y no pude evitarlo.

Me emociona. Me sorprende que pueda haber pensado en mí fuera del trabajo. Yo nunca me acuerdo de nadie cuando voy de compras. En realidad, casi nunca voy de compras.

—Venga, ábrelo ya, Mariona.

Suspiro. Espero que no sea una broma, o por lo menos que si lo es, pueda entenderla. Miro el paquete, lo sopeso y lo huelo.

—¿Qué es?

—¡Ábrelo, coño!

—Valeee.

Le quito el lazo y el papel con cuidado. Dentro hay un paquetito de cartón. Busco cómo abrirlo sin romperlo.

—¡Que no eres cirujana, joder! ¡Destrózalo!

Lo consigo abrir sin rasgar nada y le miro levantando orgullosa las cejas. No seré cirujana, pero he podido hacerlo.

Me sorprendo al ver el contenido: un pintalabios rojo y un pequeño pasador plateado.

—¿Y esto?

—Te dije que quería que te lo pusieras, y como nunca me haces caso, pues te lo he comprado yo. No tiene plomo ni ninguna mierda. Es ecológico, vegano, orgánico y tiene todos los sellos esos que siempre buscas.

—¿Y el pasador?

—Pues para que te recojas el pelo lo justo, pero no con el moño de mi abuela. Que no es que esté mal tu moño, tiene cierto *glamour*, pero ¿siempre? Con este clip te lo puedes recoger por delante y lo llevas suelto y libre por detrás.

—Cuando se te mete algo en la cabeza…

—¡Exacto! No paro hasta que lo consigo. Ya te lo dijo Pep el otro día: soy un cansino. ¿Por qué te crees que cedió a casarse conmigo? Por pura cansinidad. Así que no te resistas.

Me levanto y me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

—Yo también me casaría contigo. Gracias por pensar en mí,

muchas gracias.

—Ay, Ona, es que, aunque puedas ser mi abuela, te veo como una hermana.

Le pego un manotazo en el hombro y se echa a reír.

—¡Serás cabrón! ¡No puedo ser tu abuela! ¡Joder! Que no tengo ni cincuenta y tres.

—Bueno, poder podrías. Pero es que con ese moño y sin pintar, además de poder serlo, lo pareces. Vas a ver.

Se levanta, me coge de los hombros y me empuja con fuerza para sentarme de nuevo en su silla. Deshace el moño, sacude mi pelo gris y lo deja suelto. Coge todos los mechones de la frente, los retuerce y me despeja la cara sujetándolos con el pasador.

—Pero mira cómo queda. ¡Mira!

Ya vuelve a hacer aspavientos, me sacude el pelo para todos los lados y yo me parto.

—Tu pelo me flipa, Ona. ¡Es una pasada! Suelto se te ondula y se pone enorme. Con esas mechas plateadas, pareces una mujer lobo.

Le enseño los dientes como si fuera a morderle.

—Ríete, pero estás mucho más guapa así, de loba *sexy*. Ahora los labios.

Me dejo hacer. Mientras me pinta, miro los componentes del pintalabios.

—Desconfiada.

—Solo quería ver qué tenía. Huele muy bien, como a romero.

—Romero, te lo como entero.

—¡Miquel!

—A ver, ponte de pie.

Me levanto y doy una vuelta sobre mí misma para mostrarle cómo he quedado.

Él palmotea satisfecho con su obra y vuelve a sacudirme el pelo.

—Así quiero verte todos los días, doctora Hierbas. Solo me falta llevarte de compras y tirar ese engendro de mochila a la basura.

Le lanzo una mirada asesina, pero se burla de mí.

—Ya, ya, no me sueltes el rollo. Ya sé que era de Xavier y que eres la viuda de España, y desde que se murió, ya ni follas ni te separas de esa mochila andrajosa. ¿No te vale con llevar el anillo de poder y darle vueltas como si fueras Frodo? Esa bolsa da mucha grima.

Suelto una carcajada. ¿Cómo puede hacerme reír diciéndome esas burradas? Es que no puedo con él.

—¡Miquel!

—Doctora Bolsón, le paso el plan de hoy, que lo tiene *petao*.

Le mato, ahora voy a ser un *hobbit* para todo el mes, lo veo venir.

—Dispara.

—Presenciales hasta la una, dos son nuevas que las envía Oncología, el resto ya las conoces. Isabel te llamará a las cuatro y las demás para tu estudio.

—¿Isabel no venía el viernes?

—Si, pero no es por ella, me ha dicho que quiere hablarte de su hija.

—¿Por qué?

—No me ha explicado nada, ya sabes cómo es. Le he comentado lo de que hablar conmigo es tan confidencial como contigo, pero nada, que no. Que ella solo quiere hablar con la doctora de la comarca.

—Ya te vale. ¿Vas a hacer de Tolkien toda la semana?

Se echa a reír a carcajadas y me dice que, como no me quite el anillo, me despida de mi pelo de loba, acabaré con los tres pelos del Gollum.

Gruño y me llevo a mi despacho las carpetas que me ha preparado. Coloco la mochila culpable en la taquilla y me siento para encender el ordenador.

—Miquel, ¿Lluna no ha venido?

—No, se ha cogido toda la semana. Creo que no viene hasta el lunes.

—Es verdad, que tenía el congreso de Madrid.

—¡Ah! Se me olvidaba. Ha llamado tu sobrina. Estaba de guardia y entraba en el quirófano, pero que luego te llamará, cosa de activismo, creo. Alguien de aquí que ha escrito a la asociación.

Qué bien. Mi querida Álex. La única cosa buena que ha salido de mi hermano. Médica como todos y recluida en Oxford como yo. Las Muscat tenemos adolescencias intensas y padres gilipollas con dinero.

—¿Es una I?

—Supongo.

Álex forma parte de varios grupos de activismo intersexual, la letra I de las siglas LGTBI iniciales. Ella nació intersexual, es decir, con características sexuales fuera de las normas binarias que la sociedad cree que son las correctas y, a pesar de mis protestas, su padre, el superdoctor Joan Muscat, no dudó en operarla como si estuviera enferma.

—¿Te ha pasado *mail*, o algún contacto?

—No, me ha dicho que te hace una videollamada luego, que así habláis un rato.

Me alegra oírlo. Así me pondrá al día de todo, porque con Joan paso de hablar. Es imbécil. Odio ser la hermana del príncipe encantador, del gran profesor. De grande no tiene nada, solo es un puto cirujano plástico engreído y carca.

Miro la pantalla del teléfono de la consulta. Qué raro. Nina llamándome por el fijo.

—¿Qué ha pasado?

—*Bon dia*, ¿no?

—Perdón, *bon dia*. Es que es muy raro que me llames. Tiene que ser algo grave.

—No, es que me apetecía oír tu voz. ¿Qué tal el finde?

Trago saliva. Hoy está todo el mundo empeñado en saber cosas de mi fin de semana. No quiero mentirle, así que le cuento solo parte de lo que he hecho.

—Leyendo al sol.

—Para variar. Estarás ya negra, cabrona.

Ya estamos con mi piel. Siempre se queja de que yo me bronceo al primer rayo de sol, mientras que ella solo consigue ponerse roja o, como mucho, beige clarito.

—Alguna ventaja debe tener no ser rubia.

—Nosotras fuimos a la playa el domingo. No te dije nada porque no sabía si vendría Oriol.

—No pasa nada. Ya sabes que yo prefiero las rocas a la arena.

—Una cosa.

Lo sabía. Había un motivo, y ahora viene el meollo de la cuestión.

—Dime.

—¿Le puedes preguntar a Miquel si sabe de algún cotilleo de Oriol?

Esta sí que no me la esperaba y me pone nerviosa.

—¿Qué cotilleo?

—No sé, está muy raro.

—Bueno, siempre está raro, ¿no?

—No, no, tú no lo conoces. Está raro.

—Pero ¿raro por qué?

—Yo creo que debe de tirarse a alguien del hospital y no quiere que lo sepa.

Doy un suspiro de alivio. ¡Bien! No he de mentir.

—Pues no sé, no creo.

—Ona, tú no te enterarías ni aunque te follara a ti, que estás siempre en Babia. Es Miquel el que se entera de todo.

—Vale, ya le preguntaré.

—No, pregúntale ahora, porfa.

—Mejor te lo paso, que yo espero una video.

Me levanto y le llevo el teléfono inalámbrico a Miquel.

—La jefa, que te quiere preguntar cotilleos.

—Uuuh —responde Miquel, feliz. Le acaban de pedir lo que más le gusta hacer.

Me vuelvo a mi consulta mientras oigo a Miquel sugiriendo a Nina que puede haber vuelto con Bruna, o tal vez se tira a la nueva de Onco. Cierro la puerta. Prefiero no escuchar nada para que no se me note en la cara. Miquel me conoce demasiado.

—¡Estás guapísima, tía!

Me hace reír, ella sí que es guapa y maravillosa, y se lo digo. Me encanta que me haga videollamadas desde cualquier sitio donde esté. Estos meses hemos hablado bastante menos por la diferencia horaria. Está preciosa, vestida con un pijama azul que resalta su piel morena. Por lo que veo por detrás, me llama desde el vestuario del hospital.

—En serio, tía, píntate más los labios. Te queda muy bien.

—Gracias, Álex. ¿Cómo estás? ¿Qué tal en Nueva York?

—Bueno, la ciudad mola mucho y en el hospital hacen cosas alucinantes, pero no me quedaría a vivir aquí. Echo de menos muchas cosas. Estoy pensando en presentarme a la plaza de ginecología del hospital de Ponent.

—¿En serio? ¡Sería maravilloso!

—Se lo he comentado a papá y me ha dicho que le encantaría y que nos vendría a ver.

Me cambia la cara en cuanto menciona a su padre.

—Papá ha cambiado mucho, tía. Si no, me obligaría a quedarme aquí.

—No puede obligarte a nada. Ya no.

—Lo intentaría. Pero está muy diferente, tía, de verdad.

—Me alegro mucho de que haya cambiado contigo, cariño. Pero, para mí, ya es tarde.

Hace un puchero y pone cara de niña buena. No puedo evitar reírme.

—Me encantaría que le dieras una oportunidad. En serio. Se la merece.

No le contesto. No puedo contestarle lo que yo creo que se merece su padre. Ella insiste.

—¿Sabes lo que ha montado? ¿Lo que ha hecho con el hotel?

Cojo uno de mis botes de aceite esencial de paz y calma y me lo paso disimuladamente bajo la nariz.

—Ya hablaremos otro día de eso, Álex. Ahora, dime, ¿qué era lo que necesitabas?

—Es una mamá de la isla, ha enviado un correo a la asociación, su hija es intersex y todo había ido genial en el colegio y en pediatría.

El protocolo más que perfecto.

—Funciona genial, los pediatras y los profes de la isla son una pasada. Ya quisieran en muchos sitios.

—Lo sé. Y por eso consultaba. La envía a un campamento religioso en la península y no permiten que se inscriba sin poner la cruz de la casilla de sexo.

—Pero ¿por qué la envían a un sitio así?

—Porque van sus amigas y es de fútbol. Al parecer, le gusta mucho.

Me quedo pensando. Lo que me pide el cuerpo es rogarle que no la envíe allí, que le ahorre aguantar a según qué personas. Pero esa madre ya debe saber todo eso. Y la niña más. Quien tiene que cambiar no es ella, sino la estupidez de los demás.

—Les haré un informe y se lo enviaré con la copia de la ley y de las jurisprudencias de otros juicios con campamentos.

—Esa es mi tía. Yo no puedo hacerlo porque estoy aquí. Pero tú la tienes en la isla.

—Ahora mismo la cito y se lo hago.

—Gracias, tía. Te dejo, que entro otra vez a quirófano.

—Adiós, cariño. Ve contándome.

—¡Sí! Y piensa en lo de papá, por favor.

Doy al botón rojo como si no hubiera oído la última frase.

En ese mismo momento, abre la puerta Miquel y se sienta frente a mí. Debía estar esperando fuera a que colgara. Él también está involucrado en grupos activistas de la isla. Está empeñado en que vaya con él y hable con los medios, pero Nina dice que tengo muy mala prensa y que la liaría.

—Era sobre una persona intersexual, ¿no?

—Sí. Lo de siempre. Le obligan a elegir casilla para ir a un campamento.

—Debería haber una tercera cruz para el tercer sexo y problema arreglado.

—No. Ni arreglaría el problema ni hay tres sexos. Los sexos son infinitos. Y la intersexualidad nos demuestra el universo tan diverso y maravilloso que somos los seres humanos. Como todas las especies, coño.

Miquel ladea la cabeza y me mira atento, invitándome a seguir.

—No debería obligarse a nadie a elegir casilla. Si quieres identificarme, mira mi foto y elige tu mierda de casilla mental, pero déjame vivir sin cajas.

—Me encanta cuando dejas de ser la Rottenmeier y hablas de tus famosas cajitas. Te vuelves otra persona, en serio. Deberías estar en la junta con nosotros.

—Bah. No os haría ningún favor, ya viste lo que pasó con la tele.

Hace unos años me hicieron una entrevista en la televisión local. En ella expliqué que meter a las personas en cajitas para clasificarlas era solo algo ficticio para hacer ciencia, pero que en la vida real no había cajas. Que los sexos, los géneros, las identidades y las orientaciones eran infinitas y que, si fuéramos estrictos, no habría suficientes cajitas en el mundo para poder meternos a todos.

Por supuesto, nadie lo entendió, pero a la gente le debió hacer gracia cómo lo dije, y los memes de las cajitas infinitas de la médica del Insular se hicieron virales. A Nina no le gustó nada y me prohibió dar más entrevistas.

—Eres una artista incomprendida. La Björk de la isla.

Le tiro la caja de los *kleenex*.

—Vete a la mierda.

Él se vuelve a su despacho imitando los gorgoritos de la cantante islandesa. Antes de que me cierre la puerta, le respondo:

—¡Pues Björk mola mucho! ¡Y está forrada!

Miquel vuelve a abrir la puerta de mi despacho tras dar dos golpecitos en ella. Tiene cara de circunstancias, de muchas circunstancias.

—Ona, preguntan por ti.

—¿Quién?

Se abre la puerta del todo y detrás de Miquel asoma Oriol en plan divo. Parece una *vedette* entrando al escenario.

—Yo.

Y se sienta frente a mí sin decir hola ni pedir permiso. Se fija en mi mesa y luego se queda mirándome, poniendo esa sonrisa de superioridad que odio. Me escanea de arriba abajo como si me estudiara, igual que Joan. Debe estar pensando qué es lo que me operaría para convertirme en una de sus *barbies*. Arrugo la cara, enfadada. Joder, un día es casi divertido y al siguiente vuelve a ser el mismo imbécil. No lo entiendo. ¿Y de qué va presentándose aquí, sabiendo que pueden estar Miquel o los otros? ¿No me había hecho prometer que lo haríamos todo en secreto hasta que se lo dijera a Nina? Con lo que odio mentir. Le hablo con muy mal tono.

—¿Qué pasa, doctor García?

Ahora es él quien frunce el ceño. Creo que se ha sorprendido, pero responde enseguida.

—Siento presentarme así, doctora Muscat. —Y resalta el doctora haciéndolo más lento—. Era para preguntarte si la reunión que tenemos esta tarde se puede cambiar a mañana.

—No hay problema.

Me pongo a mirar la pantalla del ordenador como si fuera lo más

interesante del mundo. No me apetece mirarlo. Él sigue hablando.

—Me ha surgido algo, pero vendré. No creas que me escaqueo de nuestra reunión.

Miquel no se ha ido de la consulta, aunque no me he dado cuenta hasta ahora. Nos mira alucinado, primero a mí, luego a él y otra vez a mí. Al final, se encoge de hombros y protesta.

—Pero ¿de qué coño de reunión habláis? Yo no tengo apuntada ninguna reunión hoy.

Joder. Ahora sí que me toca mentir a Miquel. Le odio.

—Es algo informal, Miquel, el doctor García y yo tenemos que hablar de…

—La radiofrecuencia —acaba Oriol al notar mis dudas.

—Eso, la radiofrecuencia. Estamos negociando qué nos va a dar Plástica a cambio de compartirla con ellos.

Miquel asiente como si le pareciera lo más lógico del mundo. Y seguramente lo es.

—Vale, pero lo apuntaré igualmente, Ona. Todo tiene que constar, que luego me pides la memoria anual y nos falta de todo. ¿A qué hora habéis quedado?

—Seis y media. Pero mañana.

—De acuerdo.

Y se va a su ordenador a escribirlo. Oriol no me quita los ojos de encima. Se inclina un poco hacia mí y me susurra.

—¿Darte a cambio? ¿Tendremos que pagar por usar la radiofrecuencia? Pero cómo te pasas, Hierbas.

Será capullo, no sé de qué se sorprende. Él haría lo mismo. O peor: no me dejaría usarla.

—No vamos a discutir eso ahora. Pero nada es gratis, Oriol.

—Vaya con la negociante catalana. Igualmente, nos vemos mañana, hoy tengo que ir con Abril al dentista. Pero no me puntúes negativo. El trato sigue en pie.

—Vale. Pero otra vez me llamas para decírmelo, no hace falta que vengas hasta aquí y se entere todo el mundo. Eres tú el que me ha pedido discreción. Me estás obligando a mentir, y yo no lo hago nunca.

—Es que me pillaba de camino, doctora Sinceridad.

Se inclina un poco más hacia mí y husmea.

—Hueles a jazmín. Y a lavanda.

Mierda, ya me ha hecho sonreír otra vez. Es un payaso.

—Me pongo esos aceites. Son terapéuticos y me gustan.

—A mí también. Te veo mañana.

Se va caminando tan divo como ha entrado, pero, antes de salir del departamento, se gira y me dice en voz alta desde la puerta.

—Por cierto, te queda muy bien el pelo suelto y esos labios

rojos. Pareces una india.

No puedo evitar sonreír otra vez, aunque no quiero. Qué cabrón es. Miquel suelta un gritito.

—¿A qué sí? Yo se lo he dicho también. Está guapísima así, es la india del Poblenou.

Oriol da un respingo y me vuelve a mirar intrigado.

—¿Del Poblenou? ¿Eres de Poblenou?

—Sí. De toda la vida.

Me mira con una expresión extraña y se va, dejando la puerta abierta. Ni que hubiera visto un fantasma.

8

Un fármaco precioso

—¿Vas a entrar a operar, Oriol?

La enfermera que nos instrumenta hoy se sorprende al ver que me estoy lavando en el antequirófano.

—Sí, claro. Es paciente mía.

—Ya, pero como el otro día… ¿Estás mejor?

Extiendo las dos manos hacia delante como prueba.

—Mira. Firmes y duras como todas las partes de mi cuerpo. Sobre todo, como una.

Le guiño un ojo y ella se ríe por detrás de la mascarilla. Hace años que trabajamos juntos, y conoce perfectamente mis bromas. Y, además, las entiende, no como Mariona.

—Pero ¿por qué el otro día te temblaban tanto? Me preocupaste mucho, te quedaste del color de una vela. Pensé que te ibas a caer al suelo redondo.

No dudo de que se preocupó. Yo también lo hubiera hecho. Trabajar en el quirófano saca lo bueno y lo malo de cada persona. Siempre hay minutos dramáticos, y muchas veces inesperados. En los equipos se crean lazos que van más allá de la amistad, es algo como de hermanos. Por eso me está costando callar lo que me pasa, pero no me atrevo aún a confesárselo a nadie.

—Supongo que era estrés, pero ya se ha pasado.

No le miento del todo. Sí que se ha pasado. Desde el día del diagnóstico, he ido mejorando. Ya me dijo Bruna que esto iría a brotes. En cualquier momento, aparecerán otras cosas más llamativas que un temblor. Puede que no pueda hablar bien, o que no entienda las cosas. Entonces ya se lo tendré que decir a todo el mundo y dejar de trabajar. Pero, de momento, prefiero que la vida sea igual que siempre. Como si no pasara nada.

—Pues no me extraña, Oriol. Has tenido un montón de guardias este trimestre. Demasiadas. Por edad, ya no te tocaría hacer ninguna.

Me hago el ofendido y arruga los ojos de la risa.

—Bueno, por edad tampoco debería tener una hija adolescente, y mira.

—Dicen que los sesenta son los nuevos cuarenta.

—Ya te digo. Pero no te pases, cielo, que aún me quedan un par de añitos para cumplirlos.

Hostia, me acabo de dar cuenta de que no llegaré a los sesenta y se me retuerce la tripa un poco. Canturreo para disimular mientras me acabo de lavar y entro en el quirófano. Me pongo la bata y los guantes y miro a mi ayudante.

—Vamos a ello. Ya pinto yo.

Desinfecto la piel de la paciente con la solución de clorhexidina tintada de rosa. Le hago un gesto a la auxiliar circulante para que ponga mi música. Al cabo de un momento, ya están sonando la guitarra de Quimi y la voz de Manolo García y empiezo a trabajar.

—Oriol, ¿vas a ir a ver a Muscat?

El corazón me pega un brinco en el pecho. ¿Y este cómo sabe que voy a la consulta de la Hierbas?

—¿A Muscat?

—Coño, ¿no te has enterado? Mañana es el curso de cirugía en vivo en el Hospital de Ponent. Al final viene todo el equipo del Central de Barcelona. Han conseguido traer al jefe.

Se me había olvidado lo del curso completamente. Me matriculé hace tiempo, pero no me lo apunté en la agenda. Debe estar en algún *mail* perdido que habrá que encontrar.

—Joder, no me acordaba. Gracias por decírmelo. Sí que voy a ir. Claro que voy a ir.

La intervención ha ido genial. Me da la sensación de que no ha pasado nada y que ya no voy a morir. Siento como si el diagnóstico y toda esa mierda hubiera sido un sueño.

Me estoy quitando el pijama quirúrgico cuando se abre la puerta del vestuario. Ya me vienen a recordar que la pesadilla es real. Qué cruz.

—Bruna, mira que te gusta verme en pelotas.

Se ríe y se da la vuelta. Viste una falda tan corta que parece que solo lleva la bata y los tacones.

—Hola, Oriol.

—Mejor así. Si entra alguien, pensaría mal.

—Como si no lo supieran ya.

—Será por ti, yo he sido una tumba todo el tiempo que nos duró.

Se gira de nuevo y se me enfrenta con los labios apretados. No le ha gustado que hablara en pasado.

—Escucha, tenemos que hablar.

—De lo que quieras menos de amor y salud. No es mi fuerte últimamente.

—Te han aprobado para entrar en el ensayo.

—Te dije que no quería.

—Tenía que ponerte en la lista. No puedes no hacer nada.

—¿Has puesto mi nombre allí?

—Sí.

—Te lo prohibí. Te dije que lo denunciaría.

Se acerca y me pasa la mano por la mejilla.

—Oriol, no voy a tolerar que te suicides.

Le aparto la mano y me agacho a por el cinturón.

—Pues eso es precisamente lo que voy a hacer. Voluntaria y conscientemente. Así que deja de darme la murga con eso.

Pasa de la decepción a la ira en un segundo.

—Si he significado algo para ti, te pido…

Apunto con mi dedo índice a su nariz.

—No me chantajees. Respeta mi decisión.

—Es una decisión estúpida.

Me aguanto las ganas de decirle que la estupidez fue liarme con ella, pero no se lo merece. Es una cría que todavía cree en cuentos de hadas.

—Bruna, cariño, es mi decisión. La ley me apoya y ya he solicitado que me asistan cuando decida que sea el momento.

—¿Qué? ¿La ley? ¿Estás loco? ¿Me estás hablando de que has pedido la eutanasia? Pero ¿cómo se te ocurre eso? ¡Tú estabas en contra!

—Nunca he estado en contra de la eutanasia, solo me negué a estar en el comité.

—Pero ¿por qué?

—Joder, Bruna, pues porque pienso. ¿No me has dicho que es rápido y me quedan unas semanas?

—Podrían ser unos meses.

—¿Y qué diferencia hay?

Se pone en jarras y me mira enfadada.

—No pienso dejar que lo hagas.

—No tienes ningún poder en eso.

—Nadie en el hospital te va a ayudar.

—Estás muy equivocada. Sí que tengo quien me ayude.

—No creo que nadie se atreva a…

Tiro el pijama al cubo y me voy, dando un portazo y dejándola con la palabra en la boca.

De vuelta a mi despacho, miro en el ordenador las intervenciones pendientes. El jueves todas las programadas están anuladas por el curso del Central. Joder, es que se me había ido totalmente de la cabeza. Lo que no sabía es que venía Joan Muscat, eso ha sido la

sorpresa de última hora. Él debe ser también de Poblenou, claro.

Qué curioso que me haya enterado de dónde era el mismo día que he soñado con Kampanilla. La verdad es que me molaría localizarla y ver cómo es ahora. Cuando Miquel dijo eso, se me ocurrió pensar que Mariona la podría conocer, como si Poblenou fuera una ciudad de la isla. Vaya paleto que soy. Aquí sí que acabas por conocer a casi todo el mundo, pero en Barcelona... Abro el Google Maps y busco rambla de Poblenou. No recuerdo bien dónde era la casa. Quizá por aquí. Esto ha cambiado mucho. Creo que es esta. La de al lado se parece también un poco. Pongo el *live*. Sí, sí, es esta. Creo. Hay una placa. Clico en ella. Es un hotel *boutique*. Lógico. No pone de quién es, lo anuncia una cadena de hoteles *boutique*. De todas formas, igual era una casa alquilada y vivía allí con el novio. Podría reservar una habitación para pasar una noche de las que me queden. En fin. Por aquí no encontraré a Kampanilla. «¿Qué pensabas, Oriol?, ¿que saldría saludándote en una foto del coche de Google?».

Me quedo mirando la verja del hotel. Es la misma que había, con esas espirales de hierro que parecen humo. Igual ha muerto ya. Me dijo que era actriz porno y no dudo que se la rifaran con ese aspecto aniñado que tenía. Pero trabajar de eso en los ochenta podía ser mortal. También tuvimos una pandemia entonces, aunque en esa la gente miraba para otro lado. Tuve muchos amigos que murieron de SIDA. Igual ella también. Seguro que ha muerto. Espero que estuviera tan satisfecha de haber vivido como yo cuando lo haga.

—¡Oriol! ¡Que estás en Babia!

Me giro hacia Mireia, que hace rato que intenta que le responda.

—Perdona, estaba concentrado.

—Ya, ya.

Se acerca y se pone a mirar la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué es tan interesante?

Me aparto y le dejo ver la foto del hotel *boutique*.

—Oye, qué chulo. ¿Vas a hacer una escapadita?

—Lo estoy pensando. Estaba mirando este hotel. Tiene muy buena pinta.

—La verdad es que sí.

Coge el ratón y bichea un poco más. Tiene mucha más habilidad que yo para eso.

—Es una casa antigua rehabilitada. Algún ricachón catalán que lo ha convertido en hotel para tener aún más *money*. Suelen ser espectaculares ese tipo de hoteles. Pásame la ubicación para cuando vaya a Barcelona.

Podría poner al Último de la Fila en mi honor, pero no. Siempre tiene esa música clinclanclín de centro de yoga. Un día vamos a acabar los dos levitando.

Ya me ha enviado a desnudarme. No le he querido hacer más bromas, pero tampoco me he puesto hoy la toalla. Me encanta cómo se fija en mi entrepierna sin querer y luego desvía la mirada rápido hacia mi cara como disimulando. Parece una niña pequeña jugando a los médicos.

—Túmbate.

Una niña, pero mandona. Me tumbo bocabajo y me miro el culo. Estoy muy orgulloso de mi cuerpo y lo he cuidado mucho, aunque al cabrón le haya dado por traicionarme ahora.

—¿Has notado algún cambio, Oriol?

—No. Ninguno. Bruna ya dijo que iría a brotes.

—Mmm…

Me coge una mano para mirarme las uñas. Su tacto es muy agradable, siempre tiene la piel caliente. Me toca muy suave el pulpejo de los dedos.

—Está mejor.

Después mira mi nuca y empieza a palpar a ambos lados de mi columna. Me da un escalofrío.

—¿Sigues temblando?

—No, eso ya no. Está mañana he operado y ha ido de puta madre, la verdad.

—¿Y duermes mejor?

—Lo cierto es que sí. Como un tronco.

Pone las manos sobre la camilla y me mira burlona.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Pues que igual sí que ha habido algún cambio, ¿no?

Qué tía. Estos alternativos siempre ven la magia en todas partes. Ahora resultará que me ha curado con cuatro piedras negras.

—¿Me has dado un fármaco precioso?

—Varios. Pero no creo que pueda convertir en realidad todos tus sueños.

Joder, ya me ha desarmado. Me acaba de contestar otra vez a la letra de una canción del Último. Me resulta muy raro que alguien entienda lo guapo que es eso. Ella lo hace. Nos miramos sonriendo, me están dando hasta ganas de darle un beso.

—Estás mejor, Oriol, está claro. Tenías un buen problema nutricional.

—O quizá lo que pasa es que se me ha pasado el primer brote.

—¿Te van a volver a ver en Neuro?

—No. No pienso volver a ir.

—Deberías.

—¿Para qué?

Me pone la toalla en el culo. A esta mujer no le gustan las buenas vistas.

—Para que sigan evaluándote. Eres su paciente.

Me giro un poco para hablar con ella y se me cae la toalla.

—No, ahora soy tu paciente.

—Yo no compito con nadie.

—¿Por qué quieres que vaya? ¿No va en contra de tus ideas?

—¡No! Qué manía tenéis todos con eso.

Y se agacha a recoger la toalla. Al hacerlo, se le abre un poco el escote. Vaya, nunca me había dado cuenta de lo pechugona que es la doctora Hierbas. Ella también tiene unas buenas vistas desde aquí. Noto cierto movimiento entre mis piernas y rápidamente me vuelvo a colocar bocabajo. Espero que todo lo que me haga sea de espaldas.

—Pero tu rollo es alternativo.

—No. No es ninguna alternancia, no hago elegir a nadie. Es Medicina Integrativa. Se trata de ver a las personas más allá de un órgano. De sumar, no de restar. No niego tratamientos, aunque no esté de acuerdo con algunos.

Ahora parece que se ha enfadado y me vuelve a colocar la toalla. Menos mal que estoy bocabajo, porque esta tía me pone cuando se cabrea.

—Pero la jefa de Gine dijo que le habías puesto a una paciente en su contra.

—No, ni mucho menos. Ella no le había dejado hablar ni decir lo que quería. Yo solo ayudé a que la paciente le dijera todo lo que se había quedado en el tintero.

—¿Y eso no es enfrentarlas?

—No. Eso hizo que se entendieran más. Sigue yendo con ella. ¿A que eso no os lo ha dicho?

—No.

—Pues eso.

Me deja tumbado y va a buscar uno de esos carritos sorpresa que tanto le gustan. Este es nuevo, tiene unas copas de cristal encima.

—¿Qué me va a hacer hoy, ama?

Se ha reído. No me lo puedo creer. 1-0. Espero que no me mande ponerme bocarriba o va a haber goleada.

—Qué manía con llamarme ama tienes.

—Es que me das mucho rollo BDSM.

—Pues no lo soy nada.

—¿Sabes lo que es?

—Sí, claro. Son las practicas eróticas relacionadas con esas siglas: bondage o ataduras, disciplina, dominación, sumisión, sadismo

y masoquismo.

Se ha puesto seria. Espero que ahora no me dé una ponencia sobre el tema.

—¿Y no te gusta?

—Lo respeto mucho y la estética es muy bonita, pero no.

—Yo creo que sí te va.

No me contesta y me muestra una de las cúpulas de cristal.

—Esta terapia se llama *cupping*. O ventosaterapia.

—Suena mejor *cupping*, o al menos huele mejor.

No le ha hecho gracia. 1-1.

—Se llama así porque son ventosas. Hacen vacío. Te las voy a poner en la espalda.

—¿Y para qué sirve?

—El *cupping* puede ayudar a muchas cosas. Y tiene cierta evidencia para el tratamiento del dolor muscular, aunque no es eso para lo que te lo quiero poner. He supuesto que no te importaría, pero si no quieres, hacemos otra cosa.

—Haz lo que quieras, tenemos un trato.

Calienta con un encendedor la cúpula y la pone sobre mi espalda. Noto una sensación de calor.

—Te quedarán marcas durante unos días, pero son sitios poco visibles.

—¿Como chupones?

—Bueno, un poco más grandes que un chupón, pero se van más rápido.

—Ah. ¿Es como lo que llevan algunos atletas?

—Exacto.

—Va a parecer que me he tirado a un pulpo.

2-1. Solo una sonrisa, pero es que en esta mujer reír contaría como un triple.

—Durará poco. Te daré un aceite después para que te pongas.

—Aún no me has dicho para qué me lo pones.

—Para eliminar tóxicos. Y para regenerar tejidos. No es nada mágico, se basa en estimular algo que ya sabe hacer tu cuerpo: la capacidad de repararse. Al producir el efecto ventosa, el cuerpo se pone en modo reparación. Mañana haremos descanso para dar margen al proceso.

Me encanta en modo profesora. En las reuniones, solo grita y se pone borde. Pero aquí parece la locutora de un documental. Casi me está convenciendo.

—Normalmente no lo hago yo. En el departamento lo hacen las fisioterapeutas, pero he imaginado que tú querías seguir con la discreción que me pediste. En el momento en el que lo digas, te cito con ellas. Lo hacen mucho mejor que yo.

—A mí no me parece que lo hagas mal.

—Hace muchos años que no lo hacía.

—Pues me encanta.

—¿El qué?

—Que hagas cosas conmigo que hace muchos años que no haces —le guiño el ojo.

Triple. 3-1. Se ha reído y hasta me da un palmetazo en el muslo. Ya he ganado.

—¡Oriol!

—Mmm, ama —gimo como si me hubiera encantado el golpe.

Pone los ojos en blanco y me sigue colocando copitas en la espalda.

Me estiro entero de nuevo y me relajo. Me estoy enganchando a estas tardes de terapia.

Le abro la puerta del coche. Hoy no me ha protestado al hacerlo ni al ofrecerme a llevarla a casa, pero se sigue poniendo tiesa como un palo al arrancar, como si no se fiara de mí al volante. Cuando nos ponemos a cantar con la música, se relaja un poco, aunque no pierde de vista la carretera. A esta le ha pasado algo gordo en un coche.

Aparco delante de la puerta de su casa.

—Me hizo gracia esta mañana lo de Poblenou. ¿Sabes que Manolo García también es de allí?

—Sí, aunque yo nunca le he visto fuera del escenario.

—¿No? ¿Nunca?

—No. Me fui de allí muy joven a estudiar fuera.

Ya me dijo Nina que había estudiado Medicina en Oxford.

—Pero me dijiste que fuiste a muchos de sus conciertos, ¿no?

—Sí, a todos los que podía. En vacaciones.

—¿Estuviste en el de Studio 54?

Asiente sonriendo. Mira, estuvimos juntos sin saberlo.

—Sí, y tengo una cinta de casete grabada de ese concierto.

—¿Una casete? ¿Y tienes el aparato para escucharla?

—No, ya no. Pero guardo la cinta.

—Pues te debió gustar mucho ese concierto, con lo poco que te gusta guardar cosas.

Se queda callada mirando el mar a lo lejos.

—No. La verdad es que no me gustó nada.

Vaya. Eso no me lo esperaba. ¿A qué fan no le gustó ese concierto?

—Pues a mí sí me gustó, y mucho. Yo estuve allí.

Se encoge de hombros y no me responde. Ya ha vuelto a poner

su cara de familia Addams.

—Mañana no podremos quedar. Voy a ver a tu hermano. ¿Quieres que te lleve?

Abre los ojos sorprendida. No me creo que no sepa que viene.

—¿A mi hermano? ¿Dónde?

—Opera en un curso de Cirugía en el hospital de Ponent.

—No lo sabía.

—¿No te lo ha dicho?

—No hablo mucho con él.

—Tu hermano es un tío brillante. He coincidido con él en varios cursos.

Se queda mirando sus pies como si alguien la estuviese riñendo. No me dice nada.

—¿Vendrás?

—No.

—Me hacía mucha ilusión llevarte.

Ni una sonrisita. Hoy parece que nada de lo que digo le sienta bien.

—He de irme. Gracias por traerme.

Miro cómo saca las llaves de la maceta y abre la puerta de su casa, tiesa como el palo de una escoba. Me hace un gesto de despedida con la cabeza antes de cerrar. Le estoy muy agradecido por todo lo que hace y me encanta que tenga tan buen gusto musical, pero esta tía es más fría que la tramontana de marzo. Desde luego, la Hierbas no ha sido actriz porno en su puta vida.

9

Mi dulce Sara

—Si hubieras hecho lo que toca hacer, no habría pasado.

—Si hubieras ido con más cuidado, no habría sucedido.

—Si hubieras caminado ese día, no se hubiera muerto.

—Eres mala.

—Eres tonta.

—Eres débil.

—Eres un desastre.

—Eres una puta.

—Eres culpable.

—Es tu culpa.

—Tú tienes la culpa.

Otra noche de insomnio. Y la voz ronca de Xavier resuena en mi cerebro repitiendo lo mierda de madre que fui. Y luego la de mi padre. Y la de Joan. La de todos los putos hombres que me han hecho llorar. Todos me gritan. A todos les odio y les quiero, si es que se puede hacer eso a la vez.

Me levanto y me pongo a limpiar de nuevo. Coloco los muebles unos milímetros más simétricos. Me pellizco la palma de la mano. Pongo música. La apago. Lloro. Me lavo la cara. Bebo agua del grifo. Me pongo aceite esencial de menta, tantas veces que me quemo la nariz. Salgo al jardín. Me quito los calcetines. Voy a las rocas. Me desnudo. Me tiro al agua. Rezo para que mi cabeza se estampe contra una roca. Ojalá se abra en mil pedazos y desaparezcan las voces que me atormentan y la angustia de mi garganta. Quiero poder dormir en paz y para siempre. Para siempre.

Pero no pasa nunca. Nado demasiado bien. Y cuando mi cuerpo se envuelve en el agua oscura, me tranquilizo y acabo tirada en la roca salada, esperando a descongelarme al sol. Como una sirena varada tras la marea. Después, el negro se vuelve naranja y dibujo a mi niña Sara entre las sombras. Mi dulce Sara. La pinto como pudiera haber sido, como yo me la invento. Con los ojos claros de su padre y la piel oscura de su madre. Recuerdo su cuarto azul y tantas noches en vela. Su cuna estéril. Y Xavier alejándose. Nos llegamos a odiar como animales. Por mi culpa.

—Me han ofrecido volver a Somalia.

—¿Vas a irte?

—Lo estoy pensando.

—O sea, que te vas.

—Creo que es lo mejor para los dos.

Él siempre sabía qué era lo mejor para mí. Pero se fue y yo me he quedado aquí, encallada en esta roca hasta que la marea, que debe ser también un tío, se decida a hundirme en el océano.

Caminar hacia el hospital me devuelve toda la vida que me ha quitado la noche. En esta isla, la luz del sol es diferente, es terapéutica, como un Prozac luminoso. Y estos días, la primavera empieza a inundar de esmeralda el paisaje. Joder, es un espectáculo cómo cambian las paredes de piedra del camino. Aunque vaya al ritmo de mi música, no puedo evitar detenerme a fotografiar todo lo que me parece bonito. Las rocas viejas y las flores nuevas, los algodones del cielo que parece un cuadro. El *ullastre* seco que se desmaya sobre un muro. Y los burros y los gallos, que se giran a saludarme. Es un orgasmo visual tan bestia que cuando llego al Insular, ya se me han ido el cansancio y las ojeras.

Entro en el despacho y dejo la mochila sobre la mesa. A pesar de mis paradas fotográficas, he llegado demasiado pronto. Me suelto el pelo para que Miquel no me riña y me pinto los labios en el baño. Aprovecharé este rato para ir a mi lugar secreto. Cierro la puerta del despacho y me escabullo a la azotea.

Con los ojos entornados, pienso en la terapia de Oriol. Me deja hacerle de todo, pobre hombre, pero no para de preguntarme sobre mi vida. Creo que lo hace para entretenerme y que le haga menos tratamientos. Tampoco es que haya muchos. Me he repasado todo lo que hay sobre la atrofia multisistémica en integrativa y no hay casi nada. Sigo pensando que tiene un problema nutricional importante. Debería estar empezando a notar mejoría con el cambio de alimentación, los quelantes y las inyecciones de vitaminas. Pero dice que no le funciona. Buscaré hoy más cosas en la base de datos. Igual llamo a los de Girona.

Pego un grito al notar una mano en mi hombro. Oriol me quita un auricular.

—¡Que no te enteras!

Me quedo resoplando con la mano en el corazón.

—Hostia, Oriol, qué susto me has dado. No te he oído.

—No hace falta que lo jures.

Se burla de la cara que he puesto y se sienta a mi lado con el auricular en la mano.

—Llevar el modo de cancelación de ruido es muy peligroso, Ona. ¿Lo llevas así cuando vienes caminando?

—Voy por sitios seguros.

—No existen los sitios seguros. Por favor, no lo hagas.

Se pone el auricular. Coge mi móvil sin pedirme permiso y cambia la canción. ¿De qué va ahora? Ya ha vuelto a mutar a su modo divo-machito. Su modo capullo. Se pone a mirar el horizonte. Él no necesita estirarse para hacerlo, hasta sentado me saca casi una cabeza.

—Buen gusto. Buenas vistas. No conocía este sitio.

—¿Me has seguido?

—Sí. Te vigilo de cerca.

—¿En serio?

Canturrea la canción que suena mientras asiente.

—Claro. Para que cumplas tu parte del trato.

—¿No te ibas al curso de Joan?

Mueve su cabeza al ritmo de la música y va acercando cada vez más su cara a la mía.

—Sí. Venía a buscarte por si has cambiado de opinión y te vienes conmigo.

¿Por qué se acerca tanto? Debería apartarme, pero no puedo. No sé por qué no puedo. Yo estaba aquí primero. La piel le huele muy bien, como a jabón antiguo. Ahora me mira la boca y me estoy poniendo un poco nerviosa. Joder, se está inclinando cada vez más a mí. Ya noto su aliento en los labios. Y yo sin moverme. Me he quedado como paralizada.

Nos separamos de golpe al oír el chirrido de la puerta al abrirse. Miquel nos mira como si fuera un juez sobre un estrado.

—Oriol, hola. Ona, te llaman.

Oriol me devuelve el auricular y me ayuda a levantarme.

—Estábamos hablando de…

—La radiofrecuencia —respondo.

Nos quedamos los tres callados. Acabo por hablar yo.

—Gracias por venir, Oriol, pero no voy a ir al curso.

—Lo lamento.

—Pásalo bien.

Salgo de la terraza seguida de Miquel rumbo a la consulta. En la escalera nos cruzamos con Bruna, la neuróloga, que me mira con cara de pocos amigos. Lo raro sería que alguien del hospital me pusiera buena cara.

Miquel cruza la puerta del departamento y se me pone en jarras.

—Lo flipo, Ona. ¿Os estabais morreando?

Me escandalizo y se lo niego rotundamente.

—Nooo. Joder, Miquel, solo oíamos música. Lo último de

Manolo García.

—No sé, Ona. Porque sé que no le puedes ver, que si no, ha sido como para ponerte en el reporte diario de Nina.

—No se lo digas, por favor.

Me ha salido un tono un poco suplicante. Miquel me mira extrañado. Miento de nuevo, Oriol es una mala influencia.

—Es que luego ella mete baza con lo de la radiofrecuencia. Y yo prefiero que lo negociemos nosotros. Y ya la conoces, Miquel.

Parece que se queda conforme. Al final, me va a salir bien esto de mentir.

—Sí, Nina puede ser muy pesada. Tranquila, no pensaba decirle nada. Además, ya está claro a quién se tira Oriol, es otra vez la de Neuro. Ayer los vieron juntos en el vestuario de Cirugía.

—Genial.

—¿Genial?

—Bueno, así se queda Nina tranquila, ¿no?

Noto que me vibra el móvil con un mensaje y, al ver quién es, me meto en mi despacho para contestar. Miquel se queda mirándome intrigado, intuye que le oculto algo, seguro.

—En dos minutos te pongo con la gerente de Naturbody. Contesta lo que sea, pero rápido.

—Vale.

—Perdona por lo de antes. Se me ha ido un poco la olla. —Es Oriol.

—Es normal. No te preocupes. Pasa a veces.

—¿Cómo?

—Has tenido una transferencia terapéutica. No pasa nada.

—¿Qué?

—Cuando se hacen terapias intensas como las que estamos haciendo nosotros, a veces, se proyectan sentimientos que no son reales. Se llama transferencia.

—Vaya. ¿Y eso te ha pasado más veces?

—Sí.

—¿Y? ¿Los pacientes se enamoran de ti o algo?

—Sí, pero se les pasa enseguida. Te durará muy poco.

—Joder, qué chasco. Qué poco romántico es eso, Ona.

—Ya. Lo siento.

—Que sepas que te has librado por muy poco de que no te comiera la boca.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y qué hubieras hecho?

—Explicártelo. Como hago ahora.

—Naaa, yo creo que te hubiera gustado. Seguro que mis transferencias son mejores que las de la banca March.

—XDD

—Oye, ¿seguro que no quieres que le diga algo a tu hermano?

—Seguro.

No la he oído entrar. Vaya día de sustos. Estaba concentrada en mis cosas y me ha sobresaltado su tosecilla.

—Ay, Abril. No me he dado cuenta de que entrabas. Perdona.

—No quería asustarte.

—Tranquila, soy yo, que me concentro demasiado y no me entero.

La miro. Siempre he pensado que era igual que Nina, pero hoy veo muchos rasgos de su padre en ella. Está guapísima, pero se retuerce los dedos nerviosa.

—Siéntate si quieres —le señalo la silla frente a mí—. ¿Esperas a tu madre?

—Sí, está en una reunión. Y papá se ha ido a un curso.

Cierro el portátil y me inclino hacia delante sonriéndole.

—Me alegra mucho que hayas venido a verme.

Se queda callada. Desea decirme algo, si no fuera así, no habría venido. Estaría chateando con sus amigas desde el despacho de Nina. Se debe de haber enfadado con ella y quiere que interceda.

—¿Quieres un poco de agua?

—Sí.

Me levanto a servirle agua fresca y aprovecho para sentarme a su lado, sin nada que nos separe. La observo beber despacio. Me devuelve el vaso.

—Gracias.

—¿Qué te preocupa, Abril?

Pongo mi mano sobre la suya, la mira un momento y rompe a llorar desconsolada. Le doy un abrazo.

—Desahógate, cariño. Sabes que te ayudaré en lo que necesites.

—Soy imbécil, Ona. Soy imbécil.

Me lo va repitiendo sin cesar entre hipos, suspiros y mocos. Le acerco la caja de pañuelos.

—No lo eres, cariño. Eres muy inteligente.

Fija sus enormes ojos tibios en el suelo.

—No. No lo soy. No usamos condón.

No le respondo.

—Y no me ha venido la regla.

Sigo callada. La miro suspirar entrecortada y pienso en lo mal que lo debe de estar pasando, conociendo a sus padres. Me levanto y cierro la puerta de la consulta con el pestillo. Vuelvo a sentarme a su

lado.

—¿Me vas a echar la bronca?

—No, Abril. Ya te la estás echando tú.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Responsabilizarte. Tomaste una decisión y corriste un riesgo. Ahora has de buscar soluciones para arreglarlo.

—Jo, la he liado parda, Ona. No sé qué hacer. ¿Qué hago?

—¿Me dejas examinarte?

Ya había explorado a Abril hace tiempo en la consulta, Nina la trajo por un dolor de regla terrible que no se le pasaba con ibuprofenos. Todo estaba bien aparentemente. Le enseñé a calmar el dolor con respiración consciente y cambiamos un poco su alimentación. Desde entonces, no me había vuelto a decir nada.

—¿Como la otra vez? ¿Por dentro y eso?

—Sí. He de hacerte una exploración, una ecografía y unos análisis.

—Si me he quedado embarazada, quiero abortar.

—Puedes hacerlo si lo deseas.

—Pero no se lo digas a mis padres.

—Tienes dieciséis años. Yo no voy a obligarte a decírselo. Pero creo que deberías. Ellos te apoyarían.

—No. Se enfadarían mucho. No quiero que lo sepan.

—Tus padres te quieren mucho, Abril. Te apoyarán en todo.

—¡No quiero que se lo digas!

—Yo no puedo decir nada si tú no quieres, tranquila. Pero me gustaría que lo pensaras.

—No.

—Está bien. ¿Lo miramos?

—Vale.

La acompaño al baño, le pido que se desnude y le doy una sábana para cubrirse. Le aseguro de nuevo que todo quedará entre nosotras y se prepara. La exploración y la ecografía son normales, pero le pido un test de embarazo en sangre y las pruebas de enfermedades de transmisión sexual.

—Pueden salir negativas, pero habría que repetirlas en unas semanas por si te has contagiado con algo. En un par de días lo tendré todo.

—Mis padres no verán nada, ¿verdad?

—No. Ellos no pueden ver tu historia.

—¿Seguro?

—Incumplirían la ley.

Me mira, ya sentada en la camilla, con la enorme sábana dándole tres vueltas a su cuerpo.

—¿Me visto ya?

—Tengo que pincharte otra vez, esta vez en el culo. Voy a ponerte un tratamiento por si acaso.

—¿Para abortar?

—No, para las infecciones.

—¿No crees que esté embarazada?

—No lo parece.

Da un suspiro de alivio.

—Abril, eso no quiere decir que no haya un problema.

—Bueno, si no estoy embarazada, no hay problema.

—Yo creo que sí lo hay. Vístete y lo hablamos tranquilamente.

—Que sí, Ona. Ya me lo has explicado muchas veces. El sexo tiene que ser inteligente.

—Lo es. El sexo es una dimensión humana, y los humanos somos seres inteligentes, aunque algunos no lo parezcan.

—Lo dices por mí. Yo he sido totalmente imbécil.

Le doy un beso.

—No me refería a ti. Tú eres inteligente, has hecho una locura, pero has venido a verme.

—No lo haré más, qué susto he pasado. Ona, ¿debería tomar pastillas?

—Si lo deseas, sí. Pero no para sustituir el preservativo. El preservativo es el mejor método para evitar las infecciones para las que te he dado el tratamiento.

—¿Y cuando no se pueden controlar y no les da tiempo? Él me dijo que le pasaba.

—Pues a ese chico habría que tratarlo.

—¿Tratarlo?

—Claro. Si no es capaz de controlar sus impulsos, habrá que estudiarlo. O ponerlo bajo custodia.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—Sí y no. Lo que te ha dicho no me parece de una persona muy lista. Ni muy madura.

Se queda pensando.

—Es un poco patético, sí.

—Al menos, ¿te lo pasaste bien?

Abril me niega con la cabeza.

—Pues dale pista. Fuera. Quédate solo con quien te haga reír y disfrutar. Con quien sume siempre y nunca reste. Con quien se dé cuenta de lo maravillosa que eres. Ya verás, podrás elegir.

—¿Tu marido era así?

No me atrevo a responderle.

—Perdona, te he puesto triste.

—No, no te preocupes. Estaba pensando en que tú me sumas y me haces reír y disfrutar. Así que me quedo contigo.

Se echa a reír.

—¡Y yo contigo, Ona!

10

Recuerdos que al final son un cruce de caminos

Transferencia terapéutica. Pues vaya chasco. Pensaba que me iba a decir lo típico: nos hemos dejado llevar, no deberíamos hacerlo, hagamos como si no hubiera pasado. Vamos, lo que me suelen decir todas.

En unos días, habría hecho un segundo intento, o un tercero, y gol. Como siempre. Pero no, con ella todo tiene que ser distinto, y ahora resulta que lo que tengo es un problema psicológico. Joder, lo triste es que debe ser verdad, porque si hace una semana me dicen que iba a intentar besar a la Hierbas, me descojono vivo.

Coloco mi chaqueta bien doblada en el asiento de atrás para que no se arrugue, y entro en el coche. Ya sabía que no iba a querer venir conmigo, pero cuando la he visto acceder al hospital, no he podido evitar seguirla. Iba canturreando como una cría con los auriculares puestos. Me ha hecho gracia ver cómo se escabullía por la escalera de incendios hacia la azotea. Desde la puerta, se olía su perfume de jazmín, ese que dice que es terapéutico.

Me hubiera gustado besarla y comprobar si sabe tan bien como huele. Pero eso debe ser también por la dichosa transferencia. Vaya mierda de enfermedad. En fin. Dejo el móvil en el asiento del copiloto, me pongo las gafas de sol, arranco el coche y le ordeno que haga sonar mi música. En tres cuartos de hora, me planto en Ponent.

La carretera general en esta época es una pasada. El campo se llena de todos los tonos de verde que existen y la pradera se convierte en un colchón de flores: margaritas, algaidas, *vinagrellas*… Me parece que en cualquier momento va a salir Julie Andrews por alguna ladera cantando *The sound of music*.

Le pido al *carplay* que cambie a Manolo y Quimi por la banda sonora de *Sonrisas y Lágrimas* y me pongo a cantar a gritos con la familia Trapp. Enseguida, veo aparecer el azul del mar en el horizonte, coronado por la silueta de las montañas de la isla vecina. Ya estoy en Ponent.

Atravesar la isla es un suspiro. Parece mentira que quepa tanta belleza en tan poco sitio.

Al salir del coche, me doy cuenta de que tengo un mensaje de Bruna esperando desde hace rato. ¿Qué querrá ahora esta niña? Le respondo y comenzamos a mensajearnos, qué cansina puede llegar a ser.

—Hola, Oriol.

—Dime, estaba conduciendo.

—He ido a verte a tu despacho y me han dicho que te habías ido.

—Sí, estoy entrando en un curso en el hospital de Ponent.

—Eso me han dicho.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás.

—Pues muy bien. Estupendo.

—Te he visto esta mañana con la Hierbas.

—Yo no te he visto.

—¿Qué hacías con ella?

—Me hace terapias de las suyas.

—Sus tratamientos son un fraude, solo sirven para sacar dinero a la gente.

—Pues a mí me los hace gratis y me están sentando muy bien.

—No me mientas.

—No te miento, no me cobra nada.

—Estás con ella por lo de la eutanasia. Ella es la única que estaba de acuerdo.

—Pasa de mí, Bruna, por favor. Déjalo ya.

—Aunque no entres en el ensayo, déjanos tratarte como es debido.

—Ya lo hemos discutido y no hay nada más que hablar.

—Al menos, déjame repetirte la resonancia y ver si hay cambios.

—Voy a entrar, llego tarde. Ya hablamos.

Esta tía está muy mal. Ahora va siguiéndome por el hospital para vigilar lo que hago. Es lo que me faltaba por oír. ¿No tiene una vida? Pongo el teléfono en silencio y entro a la sala de actos. Vamos a ver actuar al hermanísimo.

Qué docente es Joan. Es hábil, sí, opera de puta madre, también. Pero es que, además, lo explica de una forma que te lo hace vivir, es como si fueras tú el que tuviera la mano en la pinza. Es un dios y encima es guapete. No me extraña que mis chicos estuvieran tan emocionados por venir a verle. Les oigo comentar toda la intervención en los asientos de al lado y están casi babeando.

—Tía, lo hace sin ligar la arteria primero. Qué bestia.

—Yo tardo dos siglos en dar ese punto, y él lo ha hecho mientras hablaba a cámara, lo flipo.

—Yo me apunto a su máster. Sin duda. Nos podríamos apuntar todos y pedirle que hiciera las prácticas aquí.

El curso es para promocionar el máster que dirige Joan en el Central de Barcelona. El programa es una pasada. Yo había pensado en matricularme antes de saber lo de la mierda esta. Y si me hubieran dado un año de vida, en vez de unas pocas semanas, lo hubiera hecho, aunque solo fuera por el gustazo de operar con él.

Al ver cómo se mueve y explica, me acuerdo de Mariona. Incluso con la mascarilla puesta, se parece mucho a ella. Es curioso. Siempre que hemos coincidido, ambos teníamos la sensación de conocernos de algo. Creíamos que nos habríamos visto en algún congreso, pero no pensé que era por todo lo que se parece a Mariona. Son clavados. Los dos tienen rostros mediterráneos, con esa piel oscura y los ojos *cocacola*. Y son muy larguiruchos, aunque ella es bastante más menuda que él. Ona es alta para ser una tía, y Joan es casi como yo. De carácter sí que no se parecen en nada: ella es lo más sieso que he conocido, y él, la alegría personificada, un *showman* total. Nos tiene a todos con la boca abierta siguiendo cada paso que está dando. El tío te mantiene atento como si fuera la diva de un musical, pero es que además te hace sentir parte del espectáculo. Regala una palabra amable y una sonrisa a todo el mundo que le mira. Tiene un don.

Me acerco a él en el descanso del café. Está rodeado de gente que le felicita y le pregunta dudas, pero, en cuanto me ve, se escabulle de todos y se acerca hacia mí con un botellín de agua en la mano.

—¡Oriol! Qué alegría me da verte. No sabía que estabas matriculado. ¿Cómo estás?

Dios. Este hombre es un encanto. ¿Cómo pueden ser hermanos?

—Estupendo. A ti ya te veo fantástico, Joan. Como siempre.

—No me puedo quejar. Ven. Acompáñame afuera, que quiero tomar un poco de la vitamina D de la isla.

—Vamos, vamos, que la de aquí es la mejor del mundo.

Salimos a la enorme terraza que hay detrás de la sala de actos y se queda mirando el horizonte azul con la misma expresión que su hermana tenía esta mañana. Qué fuerte, es que son iguales.

—Qué privilegio tienes de vivir aquí, Oriol. Estoy pensando en comprar una casa en la isla. Si supieras de algo…

—Claro, te lo preguntaré. Pero tu hermana ya pilló el mejor sitio.

Ya se lo he soltado. No podía perder esta oportunidad. A ver qué consigo averiguar de ella.

—¿Conoces a mi hermana?

Sabía que le iba a sorprender. Me mira con curiosidad.

—¿Y quién no? Mariona es una mujer muy particular.

Vuelve a fijarse en el mar y da un sorbo del botellín.

—Ya.

—Esta mañana he ido a verla por si se quería apuntar a venir conmigo, pero no podía.

Se gira otra vez sorprendido. Aunque miran igual, él no tiene ese rictus de enfado eterno de la Hierbas.

—¿Te llevas bien con ella?

—Bueno, antes no mucho, pero últimamente nos tratamos bastante. Es amiga de Nina, mi ex.

—¿Y te ha hablado de mí? ¿Sabía que venía?

—No, se lo dije yo.

—Ya.

—¿Es tu hermana pequeña?

—Sí, por diez minutos.

—¿Sois mellizos? Vaya, no me lo imaginaba.

—Yo siempre he parecido bastante mayor que ella. Nació con muy bajo peso. Al parecer, la placenta me lo daba todo a mí.

No me extraña. Si yo fuera placenta y tuviera que elegir, también lo tendría muy claro.

—Pero se recuperó bien, ¿no?

—Sí. Pero se pasó meses en la incubadora. Y era un poco canija, aunque muy matona. Siempre se estaba metiendo en líos con gente poco recomendable. Cuando no eran *rockers*, eran punkis. Tenía a mis padres desesperados, y mírala ahora.

Estoy flipando. Le encanta hablar de ella. Y lo hace como con mucho orgullo y cariño, con lo borde que ha sido Mariona cuando se lo he nombrado. Ahora se ha vuelto a quedar en silencio mirando el mar. Debe ser algo típico de los Muscat.

—Oye, Joan, me está encantando el curso. Eres un *crack* total.

Sonríe sin quitar los ojos del horizonte.

—Gracias. No iba a venir a la isla, pero a última hora me convencieron.

—Pues me alegro mucho de que lo hayan hecho.

—También era porque quería… ¡El timbre! Vamos, siéntate a mi lado, que yo ahora no estaré en el debate de esta primera parte y quiero comentarte una cosa.

Le abro la puerta del coche a Joan. Su agencia le buscó un hotel cerca del hospital del curso, pero se confundieron y le instalaron al lado del Insular, en la otra punta de la isla. Esta mañana se ha venido en taxi, y no voy a dejar que coja otro ahora.

—Gracias por llevarme, Oriol.

—Solo faltaría. Si lo llego a saber, te traigo esta mañana.

Abro la guantera y rebusco en ella.

—Te voy a apuntar mi móvil para que me llames si necesitas cualquier cosa.

—Deja, dímelo y te hago una perdida, y así tienes el mío.

Guardamos nuestros teléfonos y arranco rumbo al este de la isla.

—Ha estado genial todo. He disfrutado muchísimo. Debería ser obligatorio para nosotros hacer un curso al trimestre por lo menos. Da energía y ganas de crecer. Mira cómo han salido mis chicos de entusiasmados.

—Sí. Son un encanto todos. Pues yo estaría encantado de venir a lo que queráis, y más si encuentro una casita por aquí.

—Te la encontraremos.

—¿Qué opinas de lo que te he dicho? ¿Te apetece?

Joan me ha ofrecido participar como profesor en su máster. Yo pensando en matricularme de alumno y el tío me quería como profesor. Me he emocionado. No sé cómo decirle que no voy a llegar a junio.

—Me apetece mucho, Joan. Es todo un honor.

—¡Bravo! Cuento contigo entonces.

—Será un placer.

Mira el paisaje y sonríe. Le cuento historias de cada sitio que cruzamos y hasta lo de Julie Andrews que se me ha ocurrido esta mañana. Se parte de risa.

—Qué luz tenéis aquí. Es alucinante.

Sonrío satisfecho. Estoy muy orgulloso de mi tierra y me encanta que la alaben.

—Es un lujo ser de aquí.

—Desde luego.

—Ona me dijo que vosotros erais de Poblenou, ¿no?

Noto cómo se gira a mirarme alucinado. No sé si es por haberla llamado Ona o porque ella me haya contado algo. Debe estar flipando de que su hermana tenga algún amigo.

—Sí, nuestra familia siempre ha vivido allí.

—Es un barrio bonito. Y ahora está súper de moda.

—Sí. En nuestra época no era un barrio tan *cool* como ahora. Pero mi padre no quiso irse nunca de allí, aunque con lo que ganó con la fábrica, podía haberse instalado en la zona alta de Barcelona. Adoraba el barrio y lo que hizo es hacerse allí una buena casa.

—¿Y tú? ¿Sigues viviendo allí?

—No, yo me subí a Sant Gervasi con mi mujer. Aunque ahora, después del divorcio, estoy pensando en volver.

—¿A la casa de tus padres?

—Las casas. Son dos iguales, mi padre quiso hacer una para cada hermano. No sé si volver, la verdad. Ahora hemos hecho un hotel y es bastante rentable. Un hotel *boutique* de esos que están tan de moda.

Pego un volantazo al oírlo. Un hotel *boutique*.

—Perdón, me he cegado con el sol.

Joan se ha asustado un poco, pero se ríe a carcajadas.

—Oye, que me molaría morir en la isla, pero mejor dentro de unos años, ¿eh? Dame tiempo a empadronarme.

Me río para disimular lo nervioso que me he puesto con lo que ha dicho. ¿Y si es la casa?

—Y, ¿dónde tienes el hotel?, ¿cerca de la rambla?

—No, cerca del cementerio, al lado de la playa de Bogatell. ¿Conoces la zona?

—Un poco.

Trago saliva. Lo es. Es la puta casa. Creo que no había ningún hotel *boutique* más en esa zona. No me lo puedo creer.

—¿Y por qué decidiste lo del hotel? ¿No hubiera sido mejor vender o alquilar?

—No. Además, hubiéramos tenido que alquilarlas juntas porque están comunicadas. Lo del hotel me ha costado mucho emocionalmente, no creas, hasta entonces solo habíamos vivido allí nosotros.

Joder. Joder. Solo han vivido allí ellos. Esto quiere decir que yo fui a su casa. Y que su hermana es… Kampanilla. Todo coincide. Hasta el gusto por los punkis. Hostia, me va a dar algo.

—La verdad es que era un chollo vivir allí, teníamos bastante libertad. Nos escapábamos los dos a la playa por la noche, aunque estaba bastante asquerosa en esa época. Pero Ona siempre ha tenido esa locura por el mar.

—Sí, ya verás. Te va a flipar su casa cuando la veas.

—Debería ir a verla. Sí. Iré a verla.

He dejado a Joan en el hotel disimulando mis nervios. Me ha dado mil veces las gracias por haberle recomendado ir a ver a su hermana. Yo no recuerdo haberlo hecho, pero quizá es porque estoy flipando. Esto es como el argumento de una de esas novelas que saco de la biblioteca de pacientes para leer en las guardias. Que se llamarán románticas, pero a mí me ponen muy cachondo.

Mientras entro en casa, mi cabeza no para. ¿Qué hago? ¿Se lo pregunto? ¿Se acordará ella de mí? ¿Me habrá reconocido alguna vez? No creo, no me hubiera tratado así. Ni yo tampoco a ella. Pero se tiene que acordar. Va a flipar cuando se lo diga.

Miro el reloj. Es tarde, ella ya no estará en el hospital y no me voy a presentar, así como así, en su casa. Abro la nevera y pillo una manzana. La voy mordisqueando y me siento en el sofá con el móvil. Vuelvo a ir al Google Maps. Le doy al *street view*. Es la casa. Está claro. Bueno, las casas, son dos iguales. Hermanos gemelos, casas gemelas. Lógico. Tienen el logo del hotel *boutique* las dos. Yo debí ir a la casa en la que ella vivía con su novio, el que me echó. ¿Sería ese el muerto, el de África? Yo creo que me tomó el pelo con lo de que hacía porno. Yo también mentí diciendo que era pintor. Ona ya debía estar estudiando en Oxford y habría venido de vacaciones.

Miro en la web del hospital a ver si hay una foto de ella. Nada. Anuncia su departamento con piedrecitas, flores de loto y pacientes que sonríen como en éxtasis. Nada de fotos de ella ni de los demás del equipo. Qué sosos son estos integrativos.

Abro el Instagram de Nina. Alguna tendrá. Qué va, mil *selfies* de ella en cada rincón de la isla. Más que un Instagram, parece un Tinder. ¿Y Abril? A ver. ¿Quién es este pavo con el que se da un pico? Creo que tendré que hablar con ella. Aquí. Abril tiene una con ella. ¡Y sonríe de lado a lado! Flipante. Veo que mi hija es la única capaz de sacarla en una foto y sonriendo. Capturo la imagen y la recorto para que salga solo Mariona. ¿Cómo se llamaba aquella *app* que me descargó Abril? Aquí está. CreaFacePro. Le pinto los ojos y los pómulos negros. Le cambio el pelo. Así enorme, y cardado. Negro entero. Y los aros. No me queda duda: es ella. ¿Y si me rapo el pelo yo y me pongo una cresta postiza? Le podría enviar una foto. O presentarme así en su casa. Seguro que así me reconocería y además se partiría de la risa.

Tiro el móvil al otro lado del sofá y pongo los pies sobre la mesa. Joder. ¿Quién me lo iba a decir? Se lo diré mañana en la terapia. Aunque no sé cómo hacerlo aún. Hostia, estoy muy nervioso. Voy a lavarme los dientes. Me miro al espejo. No me va a reconocer ni poniéndome otra vez cresta. Han pasado treinta años y tengo treinta kilos más por lo menos. Y estas arrugas de viejo. Y ya no voy de negro ni con cadenas, ni siquiera me queda el agujero del imperdible que llevaba en la oreja.

Me enjuago la boca y miro fijamente mi reflejo. Voy a ensayar.

—Hola, ¿qué tal, Kampanilla?

—Soy Peter, al fin te he encontrado.

—Me he acordado muchas veces de ti.

Ahora pongo voz de falsete.

—Oh, Peter, el que tanto amé.

—¿Dónde has estado hasta ahora?

—Aún te recuerdo, muchas veces pienso en ti.

Tengo mil mariposas en el estómago. No puedo aguantarme. Esta vez la Hierbas no se va a librar de que la bese, ni transferencias ni pollas. Tiro el cepillo al lavabo. Voy ahora.

He conducido como un loco hasta Sol del Sur. Me late el corazón a mil. Esto va a ser algo épico, una leyenda, un argumento de novela, una serie. Es que es hasta disparatado como argumento. La realidad supera la ficción, y es verdad. Golpeo su puerta tres veces y abre, sorprendida de verme. Pues ya verás cómo te vas a quedar cuando te lo cuente todo.

—Hola, Mariona.

—Hola.

—¿Puedo entrar?

—Claro. ¿Ha pasado algo?

—No, bueno, sí. Tengo que contarte una cosa.

—¿Otro brote?

—No, no, nada malo.

Me siento en su butaca vieja. Es bonita, pero la debe de haber reciclado de algún mercadillo.

—Quería hablarte de aquel concierto que comentamos.

—¿Cómo?

—El de Studio 54.

Levanta una ceja. Debe de pensar que me he fumado algo o que he empeorado. Menuda sorpresa se va a llevar. Me muero de ganas de ver su cara cuando se lo diga.

—Ah, sí. El de la cinta. Ahora te la traigo.

Se levanta y se va a un rincón del salón. La veo moverse y la recuerdo aquel día, mi punki larguirucha. ¿Cómo no la había reconocido antes?

—Bueno, no era por eso, pero sí. Me molaría verla.

Aún no sé exactamente cómo voy a decírselo. Ya surgirá. Veo cómo aprieta la pared y se abre una puerta oculta.

—Hostia, no me imaginaba que tuvieras armarios escondidos.

Me sonríe divertida. Ay, esa sonrisa de niña traviesa. El corazón me va a estallar.

—Armarios tengo que tener. Mira todos los que hay.

Y abre tres más con el mismo sistema, dando un par de golpecitos a la pared.

—Ona, me parece que lo tuyo es un zen un poco falso, lleno de

trampantojos.

Se ríe y rebusca en los estantes de uno de ellos.

—Hombre, algo tengo que guardar, pero sí que soy bastante minimalista. Solo conservo lo que de verdad importa.

Saca una caja de cartón decorada con fotos de los discos del Último de la Fila.

—Ese concierto fue muy importante para ti entonces si tienes la cinta.

—Ya te lo dije. No lo fue. —Se pone muy seria—. Pero me gusta mucho el grupo.

—Ya veo. Esa caja es muy bonita. ¿La hiciste tú?

—Sí.

Menos mal, ya vuelve a sonreír. Saca la cinta de casete y me la enseña. La abro. Que la haya comprado y guardado significa mucho, diga lo que diga. Dentro está un *ticket* doblado, debe ser la entrada del concierto. Al desdoblarla, me congelo. Se lee K&P, aunque la tinta esté casi borrada. El corazón me va a estallar. La miro. Me mira. Es el momento. Lo tengo que soltar. Lo suelto.

—Kampanilla y Peter. Lo escribiste.

Ahora se me queda mirando con unos ojos tan abiertos que me mareo. Le sonrío. Imagino que me devolverá la sonrisa y preguntará que cómo lo sé. Yo le diré que soy Peter y se lanzará a mis brazos. A lo mejor hasta me besa. Espero a ver qué hace. No sonríe. Se ha quedado quieta, y me sigue mirando sin pestañear, con una expresión rara.

—Kampanilla y Peter.

Se lo repito. Ahora me mira de arriba abajo, pero sigue muda.

—¿No te acuerdas, Ona? Tú ibas vestida de Kampanilla. La punki. De Max.

Nada. Ni se mueve. No entiendo nada. Le ha dado un pasmo o algo.

—Mariona, tú dijiste que eras Kampanilla y yo te dije que era Peter. Acabamos haciéndolo en el baño.

Ahora aprieta los labios. Se está acordando.

—Y luego lo hicimos en la playa. Lo pasamos superbién. Tienes que acordarte.

Se mueve. Menos mal. Coge el *ticket*, lo dobla y lo vuelve a meter en la carcasa de la cinta. Ahora pone la cinta en la caja y la cierra. Me mira y, por fin, habla.

—No recuerdo nada de eso, Oriol. Te equivocas.

La madre que la parió. ¿Qué le ha dado ahora? Si está clarísimo.

—Ona, ahí pusiste K y P.

—Puede ser cualquier cosa. La letra es borrosa. Hace muchos años de ese concierto.

—No. Es K de Kampanilla y P de Peter. Tienes que recordarlo.

—No. No recuerdo nada, te equivocas.

—No me equivoco, joder. También recuerdo tu casa.

—Ah, ¿sí? ¿Recuerdas mi casa?

Ahora se pone borde. Menudo tono ha puesto. Pues no creo haber dicho nada malo.

—Sí, la recuerdo. Y la he visto en Google, ahora es un hotel. Me lo ha confirmado tu hermano.

Se levanta de golpe y me mira como si estuviera poseída.

—¿Qué cojones le has dicho a mi hermano? ¿Le has contado esta puta teoría de mierda que tienes?

¿Qué le pasa? Nunca la había oído gritar, y menos hablar así.

—No, coño, pero ¿qué te pasa? Solo le dije que te conocía y que conocía Poblenou. Él me ha dicho que la casa era un hotel. Y cuando la vi, la reconocí.

Se vuelve a sentar. Respira acelerada y mueve los ojos como buscando algo.

—Bueno, pues te equivocas. Yo estuve en Studio 54, pero no recuerdo que me pasara nada con nadie. Fue todo muy aburrido, el peor concierto de mi vida.

La miro desconcertado. ¿Cómo puede decir eso? Igual no fue el mejor polvo de la historia, pero fue muy bonito. Coño. ¿Se ha olvidado de todo?

—Pero ¿cómo no lo vas a recordar? Joder, Ona.

—Hace muchos años de ese día.

—Pues yo no lo he olvidado.

—Ah, ¿no? ¿Lo has recordado toda tu puta vida?

Otra vez está chillando. Pero ¿qué coño le pasa? Parece el muñeco diabólico con ojos de asesina.

—Bueno, no, en realidad, no me acordaba. Pero el otro día tuve un sueño sobre ese día.

No me responde. Está respirando acelerada mirando el suelo.

—Creo que, al hablar contigo, mi cerebro me lo recordó y por eso soñé con ello.

—Un sueño no es un recuerdo. Tu cerebro se lo inventaría.

—Ona, que me acuerdo, coño. Eras tú. Eras Kampanilla.

—Tu demencia debe estar empeorando. Te imaginas cosas irreales.

—Anda, no me jodas.

—Vete a descansar. Estás enfermo. Estás peor.

¿Por qué es tan hija de puta ahora? ¿Qué coño le ha dado?

—Por favor, Ona, que tú me pediste que te follara y yo te lleve al baño, y además te encantó. ¿No te acuerdas de eso?

Se levanta y me señala la puerta.

—Lárgate de mi casa.

—Pero, tía, no puedes haberlo olvidado.

—Sí. Lo he olvidado. Estuve con muchos tíos y debían de hacerlo mejor que tú, porque a ti no te recuerdo.

No sé si llorar o partirle la cara. No tenía que haber venido. Es una cabrona. Es una hija de puta. Joder, si siempre lo he sabido, no sé en qué estaba pensando al venir. Qué cansado estoy de todo. Así que me ha olvidado.

—O sea, que eras una pedazo de puta.

Cierra el puño. Me aparto un poco. Esta cabrona es capaz de pegarme.

—Lárgate, imbécil.

—De puta a bruja de la seudociencia. Pues vaya carrera. Pobre Joan, lo que ha debido de aguantar.

—¡Que te largues!

—Claro que me largo. Y no quiero volver a verte.

—¡Lárgate ya! —grita histérica y me echa del salón a empujones. Cierra de un portazo. Aún la oigo insultarme detrás de la puerta.

—Cabrón. Ya me has jodido bastante la vida, capullo engreído. Imbécil.

Me acerco a la puerta y le grito:

—Eres tú la que se la jode a todo el mundo, zorra amargada.

11

Al placer de reencontrar

Asoma su cabecita rubia por la puerta. Está preciosa, peinada con dos trenzas de raíz. Parece salida de un cuento de hadas.

—Buenos días, Abril.

—Ay, perdón, Ona, buenos días.

Es la niña más educada que conozco cuando sus padres no están delante.

—No es obligatorio darlos.

—Ya.

—Pasa, anda.

Entra y se sienta en la silla después de pedirme permiso. Escondo la palma de mi mano debajo de la mesa. Esta noche me la he destrozado a pellizcos.

—No le has dicho nada a mi padre, ¿verdad?

Su padre. Intento disimular la rabia que me sube a la garganta. Solo con que me lo mencione ya me entran arcadas. Respiro hondo.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque está inaguantable. Me acaba de traer en coche. Le he pedido que me dejara aquí más pronto y que luego ya me iría andando al insti. Y me ha pegado una brasa que no te imaginas; que si había visto mi Insta, que si salía con un tío dándome un pico, que si me iba enviar interna. Pero supermosqueado. No sé qué coño le pasa.

—Estará preocupado por el trabajo, Abril. Estamos todos muy saturados.

La pobre no tiene la culpa de que su padre sea un gilipollas.

—Sí, pero hoy estaba muy capullo. Mucho. No le aguanto.

No se lo voy a negar. Le diría que sí, que es un capullo integral y un imbécil, y que yo tampoco le aguanto, pero Abril no se lo merece.

—No será por ti, cariño. Estoy segura.

Me coge las manos y me susurra como si me contara un secreto.

—No te lo he dicho.

—¿El qué?

—¡Me ha venido la regla esta mañana!

—¡Qué bien! Sabía que acabaría por venir.

Sonríe feliz y me aprieta las manos.

—Jo, Ona, es que me había rayado mucho.

—Lógico.

—Menos mal. Ahora ya está todo arreglado.

—Bueno, no del todo.

Le sirvo un vaso de agua y yo me pongo otro. Mira cómo lo hago y se vuelve a mí asustada.

—No me jodas. Han salido mal las pruebas. ¿Es eso?

Bebo un sorbo de agua, y ella me imita.

—Sí. Menos mal que hicimos el tratamiento.

—Pero ¿qué tengo? ¿Qué me ha pegado ese imbécil?

—Han salido dos pruebas positivas, la de gonococo y la de clamidia.

Bebe otro poco de agua y resopla.

—Joder, Ona, es un cabrón. Los tíos son un asco.

—Ya te digo.

Se me ha escapado y me mira sorprendida. Con ella siempre soy la mujer más moderada y calmada del universo. Pero hoy no es mi día.

—Quiero decir que estoy de acuerdo con que es un cabrón. Pero has de llamarle y decirle que lo es y que vaya a su médico a tratarse y a hacerse las pruebas. Por él y porque se lo pegará a otras.

—Claro que se lo diré. Y me va a oír. ¿Y yo? ¿Tengo que hacer alguna cosa más?

—De momento, no. Con lo que hicimos, debería estar cubierto todo. Pero repetiremos todos los test en unas semanas.

—Y si dan negativo, ¿estaré curada?

—Sí. Yo creo que ya lo estás. Pero, a partir de ahora, preservativo, ¿eh?

—No te preocupes, no pienso acercarme a un tío nunca más. En mi vida. Nunca.

Me río y me acabo el vaso. No dormir me da muchísima sed.

—Una cosa, Abril. Tengo que hacer la declaración obligatoria de la infección. Es algo que se envía a salud pública vía *online*, no tiene que verlo nadie.

—¿Seguro que no lo verán?

—Nadie debería verlo salvo los epidemiólogos.

—No quiero que lo sepan mis padres, por favor. No quiero que me envíen interna como a ti.

No se lo tenía que haber contado. Ahora no querrá estudiar fuera jamás. Ya hablaré más adelante con ella.

—Si no quieres, no se lo diré. Pero piensa que tus padres te adoran, lo entenderían todo. Y les encantaría que tuvieras la confianza de decírselo.

—No. Ni hablar. No quiero que lo sepan.

—Pues tranquila. Solo está escrito en tu historia y en el papel que te he dicho. Y nadie puede verlo sin tu permiso, sería un delito.

—Vale. Gracias, Ona.

Mira el reloj, se levanta y me da un abrazo. Tengo tanta angustia encima hoy que casi me emociona. Cómo adoro a esta niña.

—Que tengas muy buen día, Abril.

—Igual para ti, Ona, que sea el mejor día de tu vida.

Mientras espero que me llame Isabel, pienso en lo que ocurrió ayer por la noche. Me faltó poco para romperle la cara a ese imbécil. Y creo que lo debería haber hecho. Llevo mucho tiempo queriendo pegar un puñetazo a todos los tíos mierdas que me han jodido la vida, empezando por él.

Después de echarle de casa, me senté en la butaca a mirar mi caja de recuerdos, destrozada en el suelo tras mi ataque de rabia. Creo que estuve horas mirándola. Mi pobre caja, ella no tenía ninguna culpa. Yo tampoco la tenía esa puta mañana.

Que si me acuerdo de ese día, me decía el cabrón. Como si pudiera olvidarlo o anestesiar esa mierda de recuerdo.

Yo estaba loca por ese punki flaco. Ya le había visto en otros conciertos. Me hacía mucha gracia que tuviera amigos tan pijos con las pintas que llevaba. Pero él no me hacía ni puto caso. Nada. Mira que lo intenté, pero fui invisible a sus ojos hasta ese maldito día. Se me ocurrió vestirme de Kampanilla y le hice gracia. Había bebido un poco, pero no demasiado. Lo justo para provocarle y conseguir lo que yo quería: que me follara.

Peter fue quien escribió nuestras iniciales en el *ticket* de la entrada, decía que para que no olvidáramos ese día nunca. Manda huevos, y ahora el capullo no se acordaba ni de haberlo apuntado él. Cuando llegué a casa por la mañana, Joan me esperaba hecho un basilisco. Gritaba como un poseso. Loca. Zorra. Dónde estabas. Papá te ha ido a buscar con su amigo el guardia civil. Cámbiate, que no te vean con esa pinta. Pero no me dio tiempo. Al llegar, vio mi falda corta, mis medias de red y mis bragas rotas. Lo vio todo. Y yo no vi nada porque del primer golpe ya se me llenaron los ojos de sangre. Con el segundo, me tiró al suelo y me los tapé para no ver nada. Solo se oían los gritos de Joan y los chasquidos de mis huesos. Y yo no grité ni una sola vez porque ya sabía que si lo hacía, me pegaba más fuerte. Solo gritaba Joan. Y yo me hice una bola para aguantar y que no me matara. Pero me desmayé y me dio donde quiso.

Me sirvo otro vaso de agua antes de que suene el teléfono y acabo lo

que queda en la jarra. Tengo una cita telefónica con Isabel, mi paciente con pérdida de deseo. Anuló la última y hoy tampoco podía venir presencial. Temo que sea porque en el fondo no desea que la trate.

—Hola, Isabel.

—Hola, Mariona.

—Cuéntame. El otro día al final no pudimos hablar.

—No, tuve un lío de última hora y no pude llamarte.

Garabateo con el lápiz sobre la hoja que he sacado para escribir lo que me dice. No sé teclear con una sola mano, así que en las telefónicas vuelvo a las antiguas costumbres. Luego lo volcaré todo en su historia. Bostezo en silencio. Estoy agotada.

—No pasa nada. ¿Te pusiste el tratamiento que te receté?

—Cada noche.

—¿Has notado algún cambio?

—Tengo más flujo.

—Bien. ¿Te ha picado o algo?

—No. Nada.

—Perfecto. Ahora pasaremos a ponerlo dos noches a la semana.

—¿Solo dos?

—Sí.

Me encanta que le parezca poco. Eso quiere decir que le ha ido bien.

—¿Miraste las páginas que te dije?

—Sí. He hecho todo lo que me dijiste.

—¿Qué te parecieron?

—Bueno, los relatos son un poco intensitos. Me gustaron mucho más los audios.

Lo apunto. La literatura erótica es fantástica para excitar y provocar deseo, pero cuando hay un poco de bloqueo, la imaginación también se congela algo. Estimular el oído puede ser muy útil para empezar. De hecho, el audio-porno está cada vez más en auge. Y no me extraña.

—Los escucho de camino al trabajo. Aunque llego como una moto. Creo que los debería escuchar más al volver.

Se ríe. Yo también intento reírme, pero sueno muy falsa.

—Lo que me cuentas es fantástico, Isabel. Estás notando cambios, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Y las páginas de juguetes?

—Están bien, pero no me atrevo a comprarlos. Ya sabes que aquí nos conocemos todos y yo estoy metida en política. Si el repartidor lo ve…

—¿Quieres que te los compre yo?

—Pues me harías un favor. Cómprame el que a ti te parezca mejor y yo te lo pago.

—Claro. Lo haré. Y te regalaré también dos libros. Uno es de autoayuda, de una amiga sexóloga, que trata precisamente sobre el deseo perdido. Tiene una portada divina con un corazón rosa.

—Me encantan los corazones. ¿Y el otro?

—El otro es uno de mi prima Martina. Escribe historias intensas, pero con más argumento que los relatos. Igual te gustan más.

—¿Martina? ¿Martina Muscat es tu prima?

—Sí.

Hacía tiempo que no pensaba en Martina, mi compañera de correrías de la infancia. La quiero mucho. Nos llevamos solo unos meses y estábamos igual de locas las dos, pero su padre no era como el mío. Mi tío era un hombre bueno.

—Sé que es muy famosa, pero no he leído nada de ella.

—Pues te encantarán sus libros. Te avisaré cuando llegue todo. Pero, mientras, te voy a poner otro par de actividades más para hacer.

—Lo que me digas.

Le explico lo que quiero que haga. Esta vez es una lista de lo que más la excita y de sus recuerdos más eróticos.

—Madre mía. ¿Y lo tengo que poner todo en un cuaderno?

—Sería lo ideal, y mejor en papel, puedes escribirlo medio en clave si te da cosa. Solo para que lo entiendas tú.

—Vale. Ya veré cómo lo hago.

—Está yendo muy bien, Isabel. Va a ir muy bien. Pero la semana que viene me gustaría verte aquí, si te apetece. O, al menos, en videoconsulta.

Miro la hoja que he escrito. Sin darme cuenta, la he llenado de corazones rotos.

—Sí, sí. Quería haber ido presencial hoy, pero esta semana está siendo terrible.

Que me lo digan a mí. No sé qué más me puede pasar esta semana.

—Una cosa, Mariona.

—Dime.

—Me gustaría que vieras a mi hija. Por eso te llamaba el otro día.

—Claro. ¿Qué necesita de mí?

—Bueno, ella dice que nada, no quiere venir, pero yo se lo he pedido.

—Isabel, si ella no quiere, no has de obligarla.

—Vendrá. Le he dicho que, si no te ve antes, no le pago la operación.

—¿De qué se va a operar?

—De la vulva, dice que la suya es horrible.

Me quedo callada. Qué mal nos quiere el mundo a las mujeres. Esto es una epidemia terrible, pero no juzgaré hasta que la vea.

—Dile a Miquel de mi parte que la cite cuanto antes. Hablaré con ella.

Todo lo que ha pasado es por no hacerle caso a mi instinto. Me paso la vida diciendo a mis pacientes que se escuchen, que el cuerpo les habla, que su cerebro les habla. Y yo me he vuelto sorda conmigo misma. Absolutamente sorda. Mira que ya sabía que Oriol era un imbécil desde el cero coma, todo mi cuerpo lo sabía. Algo en mí lo reconoció el primer día, y por eso me ponía tan frenética. Joder, y yo pensando que ya había pasado página. Tanta terapia para nada. Esto es como la película *El día de la marmota*. Repitiendo el mismo día una y otra vez. Como si no tuviera más mierdas en mi vida de las que preocuparme.

Tenía quince años y estaba enamorada como se enamoran los adolescentes: de forma intensa y dramática. No me importaba morir si era por su amor, y me sentía una heroína al salir de la UCI. Y mientras me recuperaba con la pierna en alto y la mandíbula cosida, me imaginaba que él aparecía en la habitación del hospital, abriendo la puerta de golpe para rescatarme. «Kampanilla, he venido a por ti, te amo». Otros días pensaba que entraría por la ventana imitando a Peter Pank y dándole golpes a su sombra. «Kampanilla, vámonos volando al país de Punkilandia». Yo me reiría de sus tonterías y él me abrazaría y me llevaría volando en sus brazos, como en la discoteca. Nos iríamos lejos de los golpes de mi padre y los sermones de Joan. Yo estaba segura de que iba a venir. Peter era el hombre de mi vida: artista, listo, sensible, inteligente. Y, además, sabía dónde vivía yo. Me había acompañado a casa. No podía haberlo olvidado. No podía haberme olvidado. Pero pasaron las semanas y no apareció. Le pregunté a mi padre si alguien había preguntado por mí y me volvió a llamar puta.

El día que comprendí que Peter no vendría nunca, lloré. Lloré todo el día y toda la noche. Mi padre me quería pegar otra vez, decía que era una niña imbécil. Y Joan lloraba también y me pedía que me callara para que no me pegase de nuevo. Y, al final, me callé. Del todo. Nunca volví a llorar así. Ni cuando desapareció Sara de mi vientre. Ni cuando llamaron para decirme lo de Xavier. Aprendí a tragarme las lágrimas, aunque estuviera rompiéndome por dentro.

Miquel da dos golpecitos a la puerta y abre.

—Dime.

—Tienes visita.

Otra vez su cara de circunstancias. Le miro interrogante. Como vuelva a ser el capullo de Oriol, le abro la cabeza con la grapadora.

—Dice que es tu hermano.

Joder. Me levanto de golpe y me acerco a la puerta.

—Joan.

—Hola, Ona.

Miquel se acerca a mi cabeza, de espaldas a Joan, y me susurra:

—Sois clavados. Y tu hermano tiene un polvazo, ya te lo digo.

No le contesto. Miro a Joan sin saber muy bien qué hacer. Cualquier otro día lo habría echado con cajas destempladas o le habría dicho una burrada, pero hoy estoy hecha una mierda. ¿Por qué tiene que aparecer precisamente hoy?

—¿Puedo pasar?

Miquel mira a Joan. Yo no le digo nada, pero abro más la puerta. Mi hermano entra a la consulta y mira a su alrededor.

—Me gustaría que habláramos, Ona.

—Voy a buscaros agua —dice Miquel, recogiendo la jarra vacía.

Señalo a Joan el sofá, y yo me siento en la butaca frente a él. Se acomoda y acaricia el cuero blanco con la mano.

—¿Haces hipnosis?

Qué manía tiene todo el mundo últimamente con eso.

—Casi nunca.

—Es un sofá muy bonito.

—Gracias. Lo es. Me lo traje de Girona.

Cuando volví de Inglaterra, me instalé con Xavier en Girona. Alternábamos el trabajo de cooperación en África con la clínica alternativa de allí. Creo que fuimos algo felices hasta lo que pasó. Y luego me vine a la isla.

Nos quedamos callados otra vez. Me mira las manos. Supongo que se fija en que sigo llevando el anillo. Él no se llevaba bien con Xavier. No me incomoda el silencio, y sé que a él tampoco. Está relajado. Y yo. Es curioso, creo que hacía tiempo que no estaba tan tranquila.

—Te echo de menos.

Joder. Me lo suelta así. Sin anestesia. Don Perfecto me echa de menos.

—¿Me echas de menos desde que tu mujer te ha dejado y tu hija se ha ido?

Ya me salió el monstruo. Es que no puedo dejar de decirle burradas. Me pone mala que sea tan bueno en todo y que haya conseguido en la vida todo lo que yo me he ido cargando a posta. Ha

venido a hacer de hermanito listo. Y yo, como siempre, la mala, la puta y la tonta. Ahora me insultará y se irá. Y vuelta a empezar.

Pero no lo hace. No se va. No se enfada. Al revés, me mira como con mucha tristeza.

—No, Ona. Te echo de menos desde mucho antes, desde el día que te fuiste a Inglaterra.

Miro a la ventana y me rasco la nuca. Las hojas del pino empiezan a moverse. Va a saltar tramontana. Me encanta el viento del norte. Le respondo sin mirarle.

—Pues parecías encantado de que me fuera.

—No lo estaba. Pero sabía que era lo mejor para ti.

—Todos sabéis siempre lo que es mejor para mí.

No quiero mirarle. Sigo con los ojos en la ventana.

—No me mientas. Te alegraste de librarte de mí.

—No. En absoluto. Pero ya no sabía qué hacer para que no te juntaras con esa gente del barrio que tanto te gustaba. Papá hubiera terminado por matarte.

En eso tiene razón. Me volvía loca todo lo que se salía de lo normal. Y el día del concierto, casi no lo cuento. Me fue de muy poco. Tres operaciones y la pelvis hecha añicos. Y se creyeron que había sido por la escalera. Vuelvo a mirar el árbol. Me está empezando a doler la cabeza como cada vez que salta el viento.

—Cuando desapareciste de la discoteca, me asusté mucho. Pensaba que te habrían violado o matado y que nunca volvería a verte. Papá me encontró llorando desesperado.

—Y te chivaste.

—Ona, teníamos quince años. Estaba muy asustado. Y cuando te pegó, creí que me moría contigo.

Le miro a los ojos. Eso es verdad, le recuerdo gritando como un loco. Se puso delante de mi padre para que parase y recibió también.

—La que casi se muere fui yo.

—Lo sé. Y no olvidaré nunca lo mal que lo pasé esperando en esa puta sala de hospital. Juré que no volvería a pasar. Y no pasó. Desde ese día, solo recibí yo.

—¿Tú? ¿A ti también te pegó?

—Hasta que me fui a Stanford. La beca me salvó la vida, pero tú te separaste aún más.

¿Por qué me dice esto ahora? ¿No ha tenido años para hacerlo? Me levanto a abrir la ventana. Necesito un poco de aire.

—Te lo he intentado decir mil veces, pero nunca me dejas hablar. Solo te metes conmigo y con lo que hago. Y con tu marido era peor.

Cuando conocí a Xavier, me alejé aún más de todos. Solo iba a verles en Navidad y poco más. Pero estaba mejor sin ellos. O eso creo.

Miro el mar a lo lejos. Se están levantando muchas olas.

—Tú siempre me has querido cambiar, Joan. Nunca te he gustado. Ni a papá tampoco. Queríais que fuera un florero como mamá o como la tía. O como tu mujer. Una *barbie* rubia de bote. Y yo quería hacer cosas. Y pasarlo bien. Cuando las mujeres somos un problema, es mejor matarnos o enviarnos lejos. ¿No hiciste lo mismo tú con Álex?

Le oigo levantarse de golpe del sofá. Cierro los ojos, ahora sí que se ha enfadado. Las patas han hecho ese ruido tan horrible al arrastrarse por la baldosa. No me quiero girar. Ahora me insultará, o me pegará, o yo que sé. Pero ya me da igual. Son todos iguales.

—Pero ¿qué dices? Mariona, te adoro como eres. Eres mi hermana, joder. Si eres igual que yo. No, igual no, eres mejor. Eres admirable. Eres alucinante. Mira todo lo que has conseguido teniendo al mundo en contra. Eres la mujer más inteligente y luchadora que conozco. Si envié a Álex a Oxford fue para que se convirtiera en ti, coño. Quería que fuera como tú. Y lo he conseguido, porque sois jodidamente iguales.

Me doy la vuelta para mirarlo. Estoy respirando muy rápido. Se acerca a mí y me abraza. Me aprieta muy fuerte. Me quedo quieta. Huele a familia, huele a él. Ya no me acordaba de cómo olía mi hermano. Dejo que mi cara se aplaste contra su pecho. Quiero sentir, sentirle. Cuando me separo, veo que su camisa está empapada. Estoy llorando. Joder, estoy llorando como una niña pequeña. Tiemblo y suspiro como si tuviera cinco años. Joan también llora y me acaricia la cara.

Miquel suspira desde la puerta. Tiene lágrimas en los ojos y la jarra de agua en la mano.

—Dios, trabajar en esta consulta es como vivir en un *reality*. No quiero irme nunca. Voy a por *kleenex*.

12

No pretendo conseguir perdurar

—¡Oriol! Pero ¿qué coño te pasa hoy?

—Perdona, he dormido muy mal. Estoy algo despistado.

Mi compañero acaba de apartar de un golpe mis tijeras y ya se me han caído dos pinzas al suelo durante la intervención.

—¿Algo? Tío, estás fatal. Menos mal que no te he dejado cortar eso.

Me aparto de la mesa quirúrgica. Tiro con rabia los guantes sucios y la bata a la cubeta del suelo.

—Lo siento. Seguid vosotros. Si no, la acabaré liando más.

—Descansa, jefe. Tómate algo. O busca a esa pibonazo de Neuro para que te desestrese un poco.

Les levanto una ceja y se ríen todos.

—Creo que me iré a casa, chicos. Estoy muy cansado y me está empezando una migraña.

—Es que hay tramontana.

—Por eso debe ser todo.

Salgo muy cabreado del quirófano. Joder, es que no he dado una a derechas en toda la mañana. Hoy soy el caos y no es por la migraña, es que no puedo dejar de pensar en lo de ayer por la noche. Pero ¿cómo se puede ser tan mala persona? No sé, vale que no se acuerde de un pobre paleto o que no quiera reconocer que estaba muy salida en esa época, pero podría disimular, cojones. Podía haberme dicho que iba borracha, que no se acordaba bien, que vivía a tope, que es una casualidad que nos hayamos vuelto a encontrar. No sé, algo agradable y educado. No hacía falta que se me tirara a los brazos. Pero no, la tía va y me dice que no se acuerda y que o yo debía follar como el culo, o mi cerebro está fundido por la demencia. Vaya puta bruja. La odio. La odio muchísimo.

Abro la puerta del vestuario de una patada. Menos mal que no hay nadie dentro. Estoy hecho una mierda y no me apetece nada tener que hacer de Oriol el Simpático.

Me saco por la cabeza la casaca del pijama y la arrugo con rabia hasta hacerla un gurruño de tela verde. Creo que me estoy imaginando que se lo hago a ella. Lo que más me jode es que esa zorra tiene razón: mis neuronas se están deshaciendo. Por eso hoy he sido un peligro en el quirófano. La mano me ha vuelto a temblar y no he

sido capaz de concentrarme en nada. Ya me dijo Bruna que los brotes volverían y que no iban a mejorar.

Me siento en el banco de madera y me quito los zuecos de un par de patadas. Voy a escribir a Nina. Ha llegado el momento que tanto temía: tengo que dejar de trabajar, y ellas deben ser las primeras en saberlo.

—Hola.

—¿Pasa algo?

—No.

—¿Habéis tenido algún lío en el quirófano?

—Que no, coño, solo te saludaba.

—Oriol, es que solo me escribes cuando algo va mal.

—Pues hoy no. Era porque quería quedar con vosotras para contaros una cosa.

—¿El qué?

—Joder, si te digo que quiero quedar es porque no lo quiero decir por mensaje.

—¿Te vas a casar?

—No. Ya sabes que no creo en esas cosas, si me casé contigo fue por la niña.

—¿Has preñado a alguien?

—¿Cómo coño voy a preñar a alguien con la vasectomía hecha?

—¿Te ha pasado algo con Bruna? ¿O con la nueva de Onco?

—Vale ya, Nina. Que ya os lo contaré. ¿Podemos quedar luego?

—Esta tarde nos va fatal. Abril se va a quedar a dormir en casa de Lina, que tienen un trabajo de Sociales. Y yo he quedado.

—Vale. Bueno, cuando me digáis.

—¿Te va bien mañana? Oye, si es urgente, le digo a Abril que no vaya.

—No, no. Déjala. Puedo esperar.

—Bueno, si no, ya me dices.

—Tranquila. Mañana tengo el día libre, podemos comer juntos y así lo hablamos. ¿Os iría bien?

—Genial. Recogeré a Abril a mediodía y nos vemos en casa.

—OK.

Mañana. Pues mañana se sabrá todo. Vaya mierda.

Después de hablar con Nina, me quito el pantalón y lo tiro, junto con la casaca arrugada, al cubo de ropa sucia. Ni siquiera me sale bien el enceste. Siempre suelo hacer este gesto con cierta alegría, esa que se tiene después de acabar una intervención en la que, bien o mal, lo has dado todo. Pero hoy no ha sido así, hoy lo he tirado con rabia, con

mucha rabia, porque he operado como un verdadero zoquete. Y lo peor es que puede que esta sea la última vez que tiro el pijama al cubo. Vaya mierda de despedida del quirófano.

Abro mi taquilla para vestirme y oigo como se abre la puerta a mis espaldas.

—Oriol.

—Esto ya se está convirtiendo en una costumbre, Bruna.

—En el quirófano me han dicho que estabas aquí. Que te alcanzaría.

Ya me imagino las risas que se deben estar echando. La neuróloga que me han recomendado como ansiolítico ha aparecido a los diez minutos de irme.

—Pues aquí estoy, doctora. Para lo que necesite.

Ahora me toca mantener el tipo, aunque no tengo ganas de nada. Ella se da cuenta.

—Me han dicho que estabas un poco aturullado hoy.

—Sí. Estoy cansado. He dormido mal y hay tramontana.

Se queda callada. Yo también. Solo se oye el ruido metálico de la hebilla de mi cinturón al cerrarse.

—Oriol, los dos sabemos que lo que te pasa no es por eso.

Cierro la taquilla de golpe y me quedo mirando la puerta fijamente, como si pudiera leer la mierda de futuro que tengo en ella. Bufo y me dejo caer en el banco de madera.

—Joder, Bruna, yo pensaba que ya estaba mejor. Pero hoy me ha vuelto a temblar la mano y no me he podido enfocar en nada. Creo que ya no debo operar más.

Se sienta a mi lado.

—Te lo dije.

—Ya.

Me empieza a acariciar la mejilla con su mano helada.

—También te dije que para lo único que sirven las mierdas de la Hierbas es para sacar el dinero a la buena gente. Has hecho el tonto. Solo te ha entretenido y no tenemos tiempo que perder.

—Ya, ya. Es verdad. Soy imbécil.

—Esa tipa se aprovecha de la gente y les da falsas esperanzas. Como ha hecho contigo.

—Bueno, en realidad, a mí no…

—Sí. A ti no te lo parece porque ella es muy hábil y tú un inocente, pero sí. ¿Sabías que tiene un posgrado en hipnosis?

—¿En hipnosis?

—Sí, ha impartido clases en un máster y todo. Le he preguntado a una amiga de Girona. Dicen que es una de las mejores.

—Pero si me dijo que ya no hipnotizaba.

—Estoy segura de que te lo ha hecho sin darte cuenta.

—Hostia. ¿Se puede hacer eso?

—Pues claro. Tú eres muy inocente, Oriol. Y muy sugestionable.

He sido un gilipollas. Un auténtico bobo. Hipnosis. Por eso a veces me dormía en la consulta. Lo mismo debe haber hecho con Abril y con Nina. Seguro que hasta se lo ha hecho a su hermano. Qué cabrona es. Pero ¿cómo la pueden dejar trabajar? Joder, me estoy poniendo muy nervioso y los dedos me vuelven a temblar.

Bruna me coge las manos. Qué frías las tiene siempre.

—Oriol, aún no es tarde para que entres en el ensayo. Si conseguimos alargar tu vida un año, tendrás tiempo para muchas cosas. Imagina. Podremos disfrutar de un año juntos. Un año conmigo.

—Un año de Abril.

—Claro, un año de Abril. ¿No lo harías por ella?

Dios, sí. He sido un egoísta total. He estado haciendo el imbécil, pensando en que mi vida iba a ser como la de una novela romántica. Y solo es un puto drama barato. ¿Por qué se me va tanto la olla?

—No te agobies, cariño. Es normal. En circunstancias como la tuya, uno busca soluciones en cualquier sitio, y la mala gente se aprovecha.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me siento fatal. Estoy muy triste y soy un imbécil.

—Déjame que te ayude, Oriol.

Coge mi cara entre sus manos y me besa suavemente. La dejo hacer. Necesito que alguien me bese. Necesito que alguien me consuele.

Me está costando un mundo no ponerme a llorar. Bruna me ha arrastrado a su despacho y allí he firmado sin leer todos los consentimientos del ensayo. Haré todo lo que diga. Después, me ha llevado al Laboratorio para que me sacaran un montón de tubos de sangre. Parece que tengo las venas tan hechas mierda como el cerebro, porque la enfermera me ha tenido que pinchar mil veces hasta conseguir todo lo que querían obtener.

Tras dejarme exangüe, Bruna me ha llevado a Medicina Interna. Y eso ha sido lo peor: la punción lumbar. Tengo confianza en los médicos que trabajan allí y tampoco es que duela mucho, pero notar esa aguja entrar en mi espalda me ha dado mucha grima.

La siguiente excursión ha sido a Rayos, donde parece que estoy abonado. Otra tomografía de cuerpo entero y después me han metido de nuevo aquí, en este tubo estrecho de la resonancia magnética, que ya me parece el salón de casa. Intento poner la mente en blanco, pero estos golpes metálicos no me dejan. Si al menos fueran rítmicos,

podría dormir un poco. Me pongo a pensar en canciones, pero eso me recuerda a esa maldita bruja.

—¿Todo bien, Oriol? Dale al timbre si te agobias.

Sonrío. El técnico de radiodiagnóstico me ha tratado con mucho cariño. No sé si porque es así o porque sabe lo que tengo, pero se lo he agradecido muchísimo. Acaricio con el meñique el timbre que me ha dejado al lado de la mano. No me agobio. Todo lo contrario. Me gustaría quedarme en el tubo para siempre, morirme aquí. Así me evitaría tener que hablar mañana con mis chicas.

Pienso en la eutanasia. Ahora sí que se me ha jodido el invento. La única que me lo podía hacer es ella, y ahora ya no querrá. Lástima, porque con lo que me odia, seguro que me iba a matar de puta madre. Mejor que nadie. Pero paso de que su cara sea lo último que vea en mi vida. Tenía que haberle hecho caso a mi instinto. ¿Por qué no me escucharé? Esa tía nunca me cayó bien.

No acabo de comprender lo que me está diciendo Bruna.

—Oriol, es una buena noticia.

—Pero ¿cómo va a ser bueno que no me dejen entrar en el ensayo?

Estamos sentados en el despacho viendo la resonancia de mi cabeza en su *tablet*. No veo muchas diferencias con la última que hicimos, pero ella insiste.

—Ya no cumples criterios. Lo siento. El signo de la cruz no se ve tan claro, ni tampoco las lagunas. No se puede.

—¿Estoy mejor? —pregunto esperanzado.

—No. No digo que estés mejor, aunque está claro que no ha empeorado.

—¿Y entonces?

—Pues que puede que sea menos agresivo de lo que parecía.

—¿Puedo curarme?

—No he dicho eso. Pero si lo tratamos, quizá puedas tener más tiempo.

—Pero ¿no has dicho que no entro en el grupo para tratar?

—En el ensayo no. Pero hay otros tratamientos paliativos.

—¿Paliativos? Anda, no me jodas.

—Es una buena noticia, Oriol.

No entiendo su alegría. Me lo dice como si me hubiera tocado la lotería, pero yo solo escucho que ya no entro en el ensayo y que me envía a paliativos. Y que, en vez de semanas, serán meses de agonía. No veo la buena noticia por ninguna parte.

Bruna se ha empeñado en acompañarme a casa. Le he dicho que no estaba de humor, pero le ha dado igual. Conduzco en silencio. Ella me acaricia el pelo.

—¿Pedimos algo?

Voy a decirle que no, pero pienso en Mariona y cambio de opinión. Que se joda. Voy a comer lo más insano y procesado que encuentre. Si tuviera los batidos de chocolate en la nevera, me los metía uno detrás de otro.

—Sí, pide lo que quieras.

Abre una aplicación en su móvil y desliza el dedo sobre la pantalla.

—¿Qué quieres?, ¿mexicano, chino, búrguer?

—Lo que sea. Me da igual. Pero que tenga mucha grasa trans, mucho colorante, mucho conservante y mucho azúcar. Y metales pesados. Los más pesados que haya.

Se echa a reír.

—¿Y eso?

—Pues que ya me he cansado de la comida orgánica que me hacía comer la Hierbas.

—Puag.

—Eso, puag.

He disfrutado comiendo porquerías. Tengo la barriga repleta. Le doy un sorbo a la tercera cerveza y enciendo la televisión. Pongo un canal de música. Si hubiera fumado alguna vez, ahora me encendería un cigarro, aunque solo fuera para joder a esa imbécil integrista de lo sano y lo orgánico. No será el tabaco lo que me mate. Ni el colorante de los nachos.

Miro a Bruna.

—Has tenido muy buena idea. Hoy voy a dormir como un rey.

Bruna sonríe, se acerca a mi lado y apaga la música.

—Tengo otra idea aún mejor.

La miro sonriendo. Sé lo que va a hacer. Conozco esa mirada perversa. Y, mira, para lo que me queda en el convento, mejor lo paso comiendo y follando como un loco. Se lanza a mi regazo a comerme la boca como una posesa. Le sabe a salsa barbacoa picante. Me pide que le baje la cremallera y lo hago lento, despegando la tela del vestido como si fuera la piel de una gamba. Acaricio su piel suave y le paseo mi lengua por la nuca. Bruna es blanca y fría como un helado de nata. Me deja hacer y luego se pone frente a mí. Le regalo una sonrisa

malvada y me repanchigo en el sofá, dispuesto a disfrutar del espectáculo.

Bruna se baja poco a poco el vestido y lo desliza hacia sus tobillos hasta salir de él. Tiene un pecho precioso, casi no se nota que esté operado. Se los toca poniéndome su cara más lasciva, y yo ya empiezo a calentarme. Los botones de mi pantalón quieren salir volando. Ahora se relame, sabe que me pone a mil que haga eso. Yo gruño y ella me tira las bragas a la cara. Me quito el pantalón y libero a la bestia. Me levanto a por ella, pero no me deja. Se acerca y me vuelve a empujar de una patada contra el respaldo del sofá. No se ha quitado los tacones la muy peliculera.

—Quieto. No te muevas.

Se arrodilla y me lame, provocándome un escalofrío que me sube hasta la coronilla. Me arqueo hacia atrás y ella salta como una gata sobre mí, metiéndose mi erección entera. Joder, qué falta me hacía esto. Agarro sus caderas escuálidas y la dejo que me galope. Esto sí que es vida. Cierro los ojos para disfrutarlo más, pero Bruna para de repente y mira hacia abajo.

—¿Qué te pasa, Oriol?

—¿Qué me pasa?

Miro yo también y me da un ataque: mi pobre pene yace muerto entre nosotros.

—Hostia.

Intento reanimarlo con la mano, pero no da signos de vida. Bruna lo coge entre las suyas y tampoco reacciona. Está como para darle la hora de la muerte. Pero ¿qué mierda es esta?

—Perdona, Bruna, no lo entiendo.

—No te preocupes.

—Déjame seguir de otra manera. Ven.

Meto mi mano entre sus piernas y me la saca de ahí sin contemplaciones.

—No. Da igual. No pasa nada.

Se levanta y recoge su ropa. Me siento fatal. Vuelvo a tocármela, pero no hay manera.

—Lo siento.

—Que te digo que no pasa nada.

—Joder, es que esto es muy raro.

Se sienta a mi lado, suspira y me da un beso en la mejilla.

—Es porque he tenido muy mal día, Bruna.

—Cariño, no es por eso, es otro síntoma.

—¿Cómo que otro síntoma?

—La disfunción eréctil forma parte de la evolución de tu atrofia.

—Anda, no me jodas.

—Sí, lo siento.

—¿En serio? Pero esto no me lo dijiste.

—No sabía que iba a pasarte ya.

Me levanto y me aparto de ella. Pues solo me faltaba esto. Me tiro al mar ya.

—Déjame solo, Bruna. Vete a casa.

La mala leche se le nota en la cara. Está decepcionada conmigo, claro. Es que no sé qué coño hace aquí, con un viejo al que le quedan dos telediarios y que no sabe follar, ni hoy ni hace treinta años. Soy un inútil, una mierda de hombre.

—No. Me quedaré a cuidarte y a dormir contigo.

—Por favor, vete. Quiero estar solo.

—Mañana empezamos el tratamiento.

—No, Bruna. Ahora sí que me lo has puesto claro. No quiero hacer nada. Disfrutaré dignamente de lo que me quede de vida sin hospitales ni mierdas. Con mi música y mis chicas.

Vuelvo a encender el altavoz a tope y a tirarme sobre el sofá. Ella me mira enfadada y coge su bolso. Creo que no le ha gustado nada que dijera lo de mis chicas. O igual es mi música la que no le gusta.

—No voy a permitirte que hagas esto. No voy a quedarme sentada viendo cómo te suicidas.

Me pongo a cantar y pega un portazo.

—Soy un accidente…

Nadie me va a responder hoy, pero ya me da igual: mejor cantar solo que mal acompañado.

13

Como las alondras por la mañanita

—¿Ya estás en el aeropuerto?

—Sí. Pero no me iría, Ona. Me apetece mucho quedarme contigo.

Hoy he madrugado más que nunca para llamar a mi hermano antes de su vuelo. Me parece que floto. Ayer fue uno de los mejores días de mi vida, y sé que para él también. Nos fuimos hasta casa caminando de la mano, como cuando éramos niños. Cenamos en las rocas frente al mar y estuvimos hablando hasta las tantas de lo bueno y de lo malo. De todo. Charlamos, reímos, nos abrazamos, lloramos. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos a Joan. Al Joan de verdad, a mi Joan. Cuando repitió aquello de que me admiraba, volví a gimotear como una tonta. ¿Cómo es posible que una frase, un segundo, te pueda cambiar tanto la vida?

—¿Volverás?

—Claro, pronto. Pero tú también has de venir. ¿Has pensado en lo que te dije ayer?

—¡No me has dado tiempo!

—No pienso dártelo. Dime que sí.

Joan quiere que trabaje con él en Barcelona. Ha creado una fundación para financiar intervenciones de cirugía plástica a personas vulnerables. Mutilaciones genitales, heridas de guerra, cicatrices… Allí va la mayoría del dinero que da el hotel. Me emocioné cuando me lo contó. ¿Quién lo iba a decir? Su hija tenía razón. Ha cambiado. Bueno, no, lo que ha pasado es que ha vuelto a ser el mismo.

—Ona, necesitamos una integrativa allí. Y puedes acompañar a Álex en la parte de Gine. Aunque ya no ejerzas, siempre serás ginecóloga.

—Es muy tentador. Pero aquí estoy bien. Nina me aprecia mucho, como amiga y como profesional. Me daría mucha pena dejarla.

—Pues podríamos compartirte. Pídele media jornada.

—Es buena idea. Se lo diré.

—Me he quedado con ganas de conocerla, parece que la quieres mucho. Es la ex de tu otro amigo, ¿no? De Oriol.

Aprieto la mandíbula, aunque hoy ya no me importa tanto lo de la otra noche. Es como si Joan me hubiese puesto un bálsamo para el

alma.

—Oriol no es mi amigo.

—Vaya, por cómo me hablaba de ti, me pareció que te quería mucho. Le he propuesto ser profesor en mi máster. Es un tío muy bueno. Tenéis suerte de tenerle en la isla.

Me quedo callada. Me dan ganas de decírselo, de decirle quién es de verdad ese cabrón, pero no merece la pena. Solo le pondría de mal humor.

—Creo que tiene un concepto de la amistad bastante diferente al mío.

—Es igual, yo lo que quiero es que vengas. Pide esa media jornada a tu jefa.

Lo hablaré con Nina. Tengo que contarle todo esto que me ha pasado. Joan. Mi Joan. Es alucinante.

—¡*Bon dia*, Miquel!

Entro tarareando una canción del Último de la Fila. Miquel está subido en una escalera colocando archivos en las estanterías del pasillo.

—¡Uep, Ona! Cómo se nota que hoy eres la mujer más feliz del mundo. Qué bonito lo de ayer, ¿eh?

—Sí —entorno los ojos, mirándole con cara de boba.

—Disfruta, cielo, hoy lo tienes muy tranquilo. Solo hay una pareja nueva que envía Roser, de Oncología.

—Ya, pero después hay la dichosa reunión de directivos.

No me gusta nada ir, pero hoy menos que nunca. No quiero que se me quite esta sensación de ser la reina del mundo que tengo. Y solo de pensar en ver de nuevo a ese imbécil se me revuelve el estómago.

—No, Ona, la han suspendido. Podrás leer tus cosas y hacer tus trabajitos en Excel.

—¿En serio? ¿No hay reunión?

—Nop.

—¡Qué bien! Esto es un regalo del universo, no me apetecía nada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Joan te ha vuelto normal?

Le tiro la goma de borrar que tengo sobre la mesa.

—¡Yo soy muy normal!

—Sí, sí. Como las sargantanas negras. Pero me encanta verte tan feliz. Estás en racha, jefa. Hoy va a ser un gran día. —Y me canta—: Plantéééatelo asííí.

—¡Sí, sí! Ya es hora de que me pasen cosas buenas en la vida. Pero ¿por qué la han suspendido? No he visto ningún correo.

—Pues no lo sé. Han anulado esta mañana a primera hora, pero ni idea. Ha llamado Nina personalmente para decírmelo. También me ha preguntado a qué hora venías y qué hacías hoy.

Qué bien. Realmente estoy muy feliz. Nina debe querer quedar para comer conmigo, como hacemos muchos viernes. Saco el móvil y le envío un mensaje.

¡Bon dia! ¿Quedamos luego? Tengo que contarte una cosa.

Me muero de ganas de decirle lo de Joan. La próxima vez que venga a la isla, nos iremos a cenar los tres para que se conozcan.

Me doy cuenta de que tengo sin ver un mensaje de un número oculto. Debe ser algo de spam. A ver.

Hoy se te va a acabar el chollo, zorra.

Vaya. Es una equivocación, pero me ha dado escalofríos. Lo borro y le pido a Miquel que me pase a los pacientes. Vuelvo a mirar el mensaje que le he enviado a Nina antes de que entren. Es raro que no me conteste al instante, como hace siempre. Lo ha leído, pero me ha dejado en visto. En fin. Estará liada.

Tonia y Xec se sientan en mi sofá blanco. He leído su historia, viven en el campo y están juntos desde que eran unos críos. Tienen cuatro hijos y un montón de nietos. Lo del cáncer les ha debido trastocar la vida, porque he leído que nunca habían tenido nada importante de salud. Están bastante tensos, pobres. Miran hacia mis pies, luego hacia los suyos, después a su alrededor.

—Es muy bonita la consulta, doctora —ella es la que decide romper el silencio, y él solo asiente—. Y huele muy bien.

—Gracias, es aceite esencial de lavanda. Lo pongo porque calma y relaja. Me podéis llamar Mariona.

—Sí que huele a lavanda. Me recuerda a la casa de mi madre, siempre tenía. Y la música que tiene también relaja, docto… Mariona.

—Gracias. Estoy encantada de que hayáis venido a mi consulta. ¿En qué puedo ayudaros?

—Bueno, nosotros estamos muy bien, pero la doctora… Roser nos ha dicho que nos vendría bien hablar contigo.

He colaborado en varios cursos de Oncología. Son un servicio maravilloso, con una gran visión holística de los pacientes. Y las más abiertas a trabajar conmigo. Saben que no interfiero nunca en sus diagnósticos ni en sus terapias. Cuando surge alguna duda con un caso, me reúno con ellas para comentarla. Y deben estar contentas de cómo lo hacemos en Integrativa, porque son los que más pacientes nos derivan al departamento.

—¿De qué os trata Roser?

Se miran. Él toma la palabra ahora.

—Me han operado de la próstata, tenía un cáncer.

—Y ya está curado —puntualiza ella.

—Supongo que ha sido un proceso muy duro.

—Sí, Xec lo ha pasado muy mal.

Él musita un sí, mirando a la ventana. Ella pone su mano sobre la suya.

—Imagino que tú también, Tonia.

—Sí, pero ahora ya estamos bien. Todo está bien. Ha merecido la pena.

Él no dice nada. La mira un momento y devuelve la vista al árbol de enfrente.

—¿Y por qué crees que quería Roser que habláramos?, ¿qué os preocupa?

Se quedan en silencio. Escuchamos unos segundos la música hasta que ella se decide.

—A mí nada, no me preocupa nada, yo estoy muy bien y muy feliz de que todo se haya arreglado. Es él, que me dice que me tengo que buscar otro que esté sano.

Ya lo ha soltado. Yo asiento y miro a Xec, hasta que no soporta más el silencio.

—Es que ya no puedo satisfacerla, me la han dejado muerta con la intervención.

—¿No tienes erecciones?

—No. Ninguna.

—¿Ni por la mañana tampoco?

—Bueno, por la mañana sí.

—¿Y con ella jamás?

—Casi que no. Solo alguna vez.

—Pero ¿alguna vez sí?

—Sí.

Me vuelvo a quedar callada unos segundos.

—¿Cómo te sientes?

—Un inútil.

Me dirijo ahora a Tonia.

—¿Y tú?

—A mí no me importa. Yo solo quiero que esté bien y estar juntos y que me abrace.

—¿Y te abraza?

—Ya no.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Vieja y fea. Creo que ya no me quiere.

—¡Claro que te quiero!

—Pues no lo parece.

Se vuelven a quedar callados. Ahora son los dos los que miran el árbol.

—Aunque a cualquiera puede sucederle, sobre todo, con la edad, los problemas de erección de Xec son frecuentes tras el tratamiento.

—Sí. Ya nos lo dijeron.

—Aunque no siempre hacen falta, hay fármacos.

—Ya me han dado cosas, Mariona, y no ha funcionado.

—A lo mejor hay que dártelas de otra manera. O cambiar algunas cosas en la forma de tener sexo. ¿Queréis que lo probemos?

—Si me lo arreglas, me tomo lo que me des.

—No te voy a dar ninguna pastilla mágica, Xec. Ni va a ser fácil ni rápido. Pero si os apuntáis a mejorarlo, puede ser muy divertido.

—¿Qué hay que hacer?

—Tendréis que venir cada semana a verme y, además, te citaré para unas sesiones de ondas de choque.

Se miran y asienten entre ellos.

—¿Os apuntáis?

—¡Claro!

—Bien. ¿Sabéis lo que es el placereado?

—No.

—Os lo voy a explicar.

Les he contado lo importante que es toda la piel en el sexo y que podríamos empezar por buscar sensaciones nuevas, o al menos que no recuerden haber sentido antes. Les he propuesto tocarse desnudos un buen rato, pero sin pasar por los genitales. Usar las manos, pero también la lengua o lo que les apetezca. Poner música, usar aceites o incluso comida. Jugar con la nuca, la espalda, las orejas, los párpados, la cara posterior de la rodilla, los dedos de los pies…

Creo que nunca había tenido unos alumnos más serios y atentos.

Ha entrado como un huracán en la consulta mientras recogía los vasos de agua de Tonia y Xec. Casi se me caen al suelo.

—Pero ¿tú de qué coño vas?

—¿Qué te pasa, Nina?

—¿Que qué me pasa? ¿Que qué me pasa?

Me está asustando. Me grita con la cara desencajada y me va dando empujones hasta la pared. Me quiere pegar. Miquel entra en la consulta y se pone en medio.

—Chicas, por favor.

Nina le pega un manotazo y lo aparta de mi lado.

—¡Tú no te metas! Que no te enteras de una mierda.

Me pone cara de asesina en serie. Trago saliva.

—Oriol me lo ha confesado. Le acabo de llamar y me lo ha contado todo.

—¿El qué? ¿Qué te ha contado?

A saber qué le habrá contado ese gilipollas. No sé si me está hablando de la terapia, de Studio 54, de que le eché de mi casa o de qué. Por todo se puede haber enfadado Nina, pero, coño, enfádate con él, no conmigo. ¿Qué culpa tengo yo de que se haya casado con un gilipollas?

—No te hagas la mosquita muerta. Pero ¿cómo se te ocurre?

Me pone ojos de psicópata. ¿Me ha llamado mosquita muerta?

—¡Tiene una enfermedad grave! ¿Es que se te ha secado el cerebro? ¡Tenía que entrar en el ensayo, coño! Ahora puede ser tarde. Pero ¿cómo le convences de eso?

¿Qué? ¿Ahora soy yo la que le ha convencido? Igual también yo le he provocado la demencia y he arruinado el sistema sanitario del país. ¿De qué va este imbécil? ¿Qué mierdas se ha inventado?

—Nina, yo no le he convencido de nada. Él ha elegido todo solito.

—No me mientas, Bruna me lo ha contado todo esta mañana.

¿Bruna? ¿Dice que se lo ha dicho Bruna? ¿Y qué sabe ella de todo esto?

—No te miento, Nina. Fue decisión de Oriol. Él solo me pidió que…

—¿Qué mierdas va a decidir él? Oriol solo piensa con la polla. Le has engatusado con tu rollo zen y esotérico y te has puesto a hacerle hipnosis y sandeces.

Joder con la hipnosis. Que manía tienen todos con eso, coño.

—Nina, ¡eso no es verdad!

—Ni Nina ni hostias. Eres una falsa. ¿Te lo follas tú también?

—Pero ¿qué estás diciendo? Nina, no te pases. Entiendo que te enfades porque no te lo haya dicho, pero él me lo prohibió.

—¿Qué coño te va a prohibir? ¡Que te digo que me lo ha contado todo Bruna! ¿Qué pasa, que le odias tanto que querías matarle?

—Joder, Nina, pero qué te pasa, tú me conoces.

—Ya no. No te conozco. He tolerado todas tus mierdas porque dan mucho dinero al hospital, pero esto se pasa del castaño oscuro.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—¡Que esta vez te has pasado!

—¿Que toleras mis mierdas?

—Sí, tus mierdas. Tolero que hagas esto como terapia de tus problemas mentales y para darnos dinero, pero Oriol tiene una enfermedad grave que se tiene que tratar con medicina de verdad, no

con hierbas.

Me estoy enfadando mucho. No me esperaba esto de ella. No le tenía que haber contado lo de Girona.

—No me dedico a esto como terapia. Soy yo la que hace terapia. Soy médica, Nina.

—Serás médica, pero no haces medicina. Estás mal de la cabeza.

No me creo lo que me está diciendo. No puede ser.

—Si crees eso de mí, más vale que me vaya. No tiene ningún sentido que trabaje en este hospital.

—No te vas a ir.

—Claro que me voy a ir, pero ahora mismo además.

—No te lo permito, tienes un contrato. Si lo incumples, te meto un puro que no podrás trabajar en ningún otro sitio.

—¿Qué más te da a ti? Me acabas de decir que esto no es medicina.

—No, pero es lo más rentable del hospital. Nos das mucho dinero y no vamos a perderlo.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Miro a Miquel, pegado a la mesa, pálido y quieto como una estatua de mármol y tan alucinado como yo.

—No te vas. No te lo permito. Pero a Oriol ni te le acercas. Ya sé que quedabais por las tardes y te aseguro que ya no va a venir más. He hablado con seguridad y tu clave de la consulta está anulada. Solo entrarás y saldrás a las horas establecidas. Y voy a supervisar todo lo que hagas en tu consulta.

Ha salido tan rápido como ha entrado, llevándose toda mi calma y mi buen humor. Con la de veces que hemos criticado juntas el mercantilismo de algunos médicos, y resulta que a mí me había contratado para eso. Para sacar dinero. Qué tonta soy.

Me dirijo a la ventana y me pongo a respirar de forma consciente. Quiero frenar los latidos de mi corazón y sentirme mejor. Necesito pensar, porque ahora el cuerpo me pide romper todo lo que hay en esta mierda de consulta en la que nadie cree. Fijo la mirada en el azul del horizonte y le doy vueltas a mi anillo. Inhalo en una vuelta a la izquierda. Exhalo en seis a la derecha. Inhalo. Exhalo. Inhalo. Exhalo.

Noto cómo Miquel se acerca en silencio. Imagino que debe estar tan en shock como yo.

—Creo que me iré a casa, Miquel. Ya no me quedaba ninguna visita, ¿verdad?

Me responde con un no tan pequeño como un suspiro y me pone

la mano en el hombro. Le miro a la cara. Está muy preocupado. Debe pensar que me voy a cortar las venas.

—Estoy bien, Miquel. Tranquilo. No me lo esperaba de ella, pero tengo un máster en decepciones. No me matará una más.

No es del todo verdad, Nina y Abril han sido mis pilares en la isla, y esta hostia me ha dolido mucho, pero sé que pasará. Todo se pasa.

—Ona, ya la conocemos. Nina es como una botella de cava agitada. Lo saca todo sin pensar en el daño que puede hacer, pero luego se desbrava y vendrá a pedirte disculpas.

—Las disculpas no lo solucionan todo, Miquel. Ya sabes lo que pasa cuando rompes un jarrón.

—No, ¿qué pasa?, ¿que te compras otro?

No puedo evitar reírme. Solo él es capaz de hacerme soltar una carcajada en un momento así.

—Ay, Miquel, cómo te voy a echar de menos. Quería decir que aunque lo intentes reparar, aunque lo pegues, nunca será el mismo jarrón. Tendrá grietas para siempre.

Me encuentro mejor. La respiración consciente es ciencia pero parece magia. Cuatro inhalaciones y ya me siento Wonder Woman. Me quito la bata y la cuelgo en la taquilla. Él se rasca la barbilla, pensativo.

—Me encantan esos rollos zen que sueltas. Pero ¿qué es eso de echarme de menos?

—Me queda poco aquí, Miquel. Me aburro de luchar siempre en la misma batalla.

—No, joder, Ona. No te vayas.

Me encojo de hombros y no le contesto. Él insiste.

—Nina se va a arrepentir y vendrá a hablar contigo. La conozco.

—No lo creo. Además, está lo de Oriol. No sé qué mentiras le ha contado ese imbécil, y ahora me culpa de todo lo que le pasa.

—Pero ¿está tan grave?

—Sí.

—¿De morirse?

—Al parecer, sí. Al menos, eso dice su neuróloga, que no sé qué pinta en toda esta movida. Le ha diagnosticado una enfermedad degenerativa, una demencia rara muy grave.

—Ostras. Qué putada. ¿Y tú que piensas?

—Nada.

—Pero tú no debes estar de acuerdo con el diagnóstico, porque él ha venido contigo, con lo que te odia. ¿Te pidió una segunda opinión?

—No, no venía por eso.

Abre los ojos como platos y acerca su cara a la mía.

—¿No?

—No.

—Serás perra, os habéis liado. Lo sabía. Os pillé morreándoos en la terraza.

—Qué dices, qué asco. Yo no besaría a ese imbécil ni borracha. Vino porque quería que le gestionase el proceso de eutanasia.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Esa es la puta verdad, y no la mierda que se está inventando Nina. El gilipollas ese solo quería que le gestionase una muerte digna. Y yo acepté, porque…, joder, estaba hecho polvo y yo soy médica, coño. Y la única capulla que aceptó ser del comité aquí. Le propuse hacer terapia para mejorar sus síntomas y porque a mí no me cuadraba el diagnóstico. Y él aceptó a cambio de que lo ayudara a morir. Nada más. Y todo está escrito. Si ahora me va a fiscalizar todo lo que hago, pues que lo mire en la puta historia de ese cabrón. Yo todo lo escribo y lo firmo. Todo. Precisamente, por estas mierdas.

Miquel me mira con la boca abierta sin decir nada.

—Y, ahora, ¿qué cojones te pasa? ¿Qué he dicho?

—Nunca te había oído hablar tanto, tan seguido ni con tantos tacos.

—Es que me tienen hasta el puto coño.

Se parte de risa y me empieza a llamar poligonera y macarra de Poblenou. Me cuelgo la mochila a la espalda y le doy un beso.

—Me largo, Miquel. Que les follen a todos. Vente conmigo.

—No me lo digas dos veces, sobre todo, si está tu hermano.

—Pues hecho.

—Oye. Y si ahora no le haces la eutanasia tú, ¿dónde va a ir Oriol?

—Francamente, querido, me importa un bledo.

Creo que es la primera vez que he llegado a casa tan pronto del hospital. Pero hoy no estaba para poner datos en un Excel. Ya he empezado a pensar qué cosas me llevaré a Barcelona y cuáles dejaré aquí. Echaré de menos este paraíso, pero vendré todos los fines de semana que pueda.

Conseguiré que me rescinda el contrato y me indemnice. No necesito ninguna recomendación para trabajar con Joan y podría irme mañana mismo, pero el cuerpo me pide venganza. No me voy a ir tan fácil. Puedo hacer que mi departamento deje de serle rentable en cero coma. Y luego me iré a Barcelona a pasármelo bien con Joan. Y con mis primos. Volveré a parrandear con Martina, aunque tenga que ir a Londres a por ella. Cuando le he soltado todas esas palabrotas a

Miquel, me he sentido muy bien y me he acordado de Martina, mi prima la escritora. Nadie nos ganaba a malhabladas. La podría convencer para que volviera de Londres y se viniera también a Barcelona. Miquel se volvería loco, con lo que le pirran sus libros.

El sol empieza a ponerse, voy a sentarme un rato en las rocas a verlo. Los cactus de mi jardín me miran al pasar. Sobreviviréis sin mí, hijos míos, sois igualitos a mí: pincháis a quien se acerca y engordáis del aire.

Pongo la música bajita para poder escuchar las olas rompiendo en la roca. Esto sí que lo echaré de menos. Barcelona no es lo mismo. Quizá podría buscarme algo en Cadaqués, allí también hay tramontana. Llevo dos noches en blanco, hoy dormiré como una bendita escuchando este sonido. Oigo las ruedas de un coche sobre la gravilla de la entrada de casa. Me giro y no me lo puedo creer, es el Audi blanco de Oriol. ¿Vienen ahora a pegarme los dos? ¿Soy el *punching ball* de su puta familia?

Se abre la puerta del coche. Solo sale él. Mira hacia aquí y me agacho antes de que me vea. Me arrastro a la esquina de roca que oculta la casa y me pongo los auriculares en modo cancelación de ruido. De espaldas al mundo, miro el mar y canturreo por si acaso. No quiero oír sus golpes en la puerta. No es que le tenga miedo, pero paso de que me joda más el día. Que se largue. Que se vaya. Que me deje sola y en mi sitio.

Pego un brinco al notar una mano en el hombro. Pero qué huevos tiene. Ha saltado el muro. Y me mira con cara de mala hostia. Está claro que me va a pegar. Cojo una piedra del suelo y me levanto de un salto. Nos haremos daño, pero antes me va a oír.

Abro la boca para decirle todo lo que le he odiado desde hace más de treinta años y que hoy aún le odio más, por falso y mentiroso. Y que no se preocupe, que no me va a ver más porque me marcharé para siempre. Le quiero soltar todo de una tirada, lo que me ha hecho y cómo me ha jodido la vida. Pero no puedo decírselo. No me sale ni una sola palabra. No puedo hablar porque ahora está tapando mi boca con la suya y me besa como si fuera la única persona de su especie sobre la faz de la Tierra.

14

Dame tu caramelo, amor

No puedo dormir ni dejar de mirarla. Ha caído rendida en la cama, y no me extraña en absoluto después de lo de anoche. Me encanta verla respirar así, tan lento y tan rítmico. Podría estar mirándola siempre. Qué distinta es cuando su cara está relajada y pone esa media sonrisa. ¿Con qué estará soñando? Acerco la nariz a su pelo y me recorre un escalofrío por la espalda. Me encanta cómo huele y cómo le cae sobre el hombro desnudo. Es como si llevara una joya de plata.

Lo que ocurrió ayer fue muy extraño, como de una película de domingo por la tarde. Nina me despertó hecha una furia, gritaba como una loca. Bruna le había ido con el cuento y se lo soltó a pelo, sin anestesia. Todo: lo que tenía en la cabeza y que no había querido tratarme. Y me puso a bajar de un burro. Que si era imbécil, que si un insensato, que si egoísta, que no me funcionaba el cerebro. Cuando le hice la broma de que claro que ese era el problema, que se me estaba fundiendo el bolo, se enfadó aún más. Me dijo que estaba harta de que me tomase todo a guasa y que si no pensaba en ella y en Abril.

Entonces sí que me puse serio. Le dije que precisamente era en ellas en las que pensaba y que no iba a pasarme las semanas que me quedaban en una cama, jodiéndoles la vida. Que había hecho el testamento vital y pedido la eutanasia con Mariona. Me dijo que ya lo sabía y me montó otra vez el *pifostio* padre. Soltó pestes de ella, aseguró que la iba a matar, y a mí me pareció muy bien porque en ese momento la odiaba con toda mi alma. Le pedí que se asegurara bien de hacerlo, pero que yo igualmente no pensaba tratarme y seguiría con lo que ya estaba firmado y decidido, aunque fuera con alguien del otro hospital. Ella proclamó que por encima de su cadáver, y antes de que me colgase de malas maneras, le dije que me daba igual que fuera la gerente del puto universo, que la ley estaba de mi parte y que se tenía que aguantar. Y le recordé que habíamos quedado para comer en casa, que teníamos que contárselo a Abril.

Mi niña. Se ha dado cuenta de que estábamos enfadados, pero eso no es ninguna novedad. Le hemos dicho que estaba enfermo, pero su madre no me ha dejado confesarle que lo que tengo es incurable. Como Bruna dice que está progresando más lentamente de lo esperado, ha decidido unilateralmente que, al haber más tiempo, podemos ir poco a poco. Como en el chiste ese del gato que se subió al

árbol y al final se muere. Se lo ha dicho de forma tan suave que la pobre no le ha dado la más mínima importancia. Yo no sé si eso va a ser lo mejor para ella, la verdad, pero manda su madre. Ya se espabilará para explicárselo cuando yo esté muerto.

Nina la ha vuelto a reñir por las pintas que llevaba y la ha amenazado con enviarla interna. Hasta ayer no sabía por qué eso le aterraba tanto.

Se ha movido. Ahora me da la espalda. La tiene llena de lunares. No me extraña, está todo el día al sol como una lagartija. Espero que se los vigile. Me pongo a contarlos. Vuelve a moverse. Ha debido de notar que yo también lo he hecho. Esta cama es muy pequeña para los dos juntos, sobre todo, para mí, que se me salen los pies. ¿Habrá dormido alguien con ella aquí antes? Si es de mi talla, debe haber estado muy incómodo. Creo que nunca ha previsto tener más pareja que el muerto. Ahora que lo pienso, va a ser como una viuda negra, porque yo también la voy a espichar. Me muero por tocar su piel, pero no quiero que se despierte. Cierro los ojos.

Todo pasó cuando le iba a dar el beso de despedida a Abril. De repente, lo entendí todo: su reacción, el odio que me tenía, por qué la cara de Joan me resultaba tan conocida. No llegué ni a abrir la puerta del cuarto de mi hija. Hacía una videollamada con sus tres amigas y se oía todo desde fuera.

—Buah, tías, Blanca se va a estudiar a Estados Unidos. Le han dado la beca.

—Jo, que suerte, ¿no?

—Qué va, tía, lo de ir a estudiar tan lejos a mí no me mola tanto.

—Pues a mí sí me molaría, en plan, si fuéramos todas juntas.

—¿A Estados Unidos?

—No, tan lejos no, pero fuera de España.

—Sí, tía, a Irlanda o a Inglaterra. La pelirroja de segundo se fue a Dublín.

—Dublín vale, pero yo de Inglaterra paso.

—¿Por qué?

—Porque a una amiga de mi madre le mandaron a los quince castigada allí y dice que fue un puto asco.

—¿A los quince? ¿Castigada?

—¡Qué fuerte! ¿Y qué hizo?

—Su hermano la llevó a un concierto y se escapó a follar con un tío mayor que le gustaba: un pintor.

—¿Un pintor?

—¿Y follaron? ¿Con quince?

—Sí, tía, con quince.

—Qué tía. ¿Y la pillaron?

—Eso es lo más bestia: su padre le metió una paliza que casi la mata. Estuvo meses en el hospital.

—¿Su padre? Qué fuerte.

—¿Y el pintor?

—Ese desapareció, solo quería follar.

—Como todos.

—Ya te digo.

—Que cabrón.

—Sí, un cabrón.

Parecía que me hubiera electrocutado con el pomo de la puerta del cuarto de Abril. Me quedé paralizado mientras me llegaban cientos de bofetadas mentales, pero sopapos a mano abierta. Cómo podía ser tan tonto, joder. Imágenes, reales e imaginarias, sacudiéndome sin piedad. Sus piernas larguiruchas de niña saltando a mi alrededor, el Joan imberbe mandándome a la mierda, sus gemidos en el baño, el paquete de bragas en la papelera… Cuando me imaginé la paliza de su padre, me encendí de rabia y de culpa. Dios, meses en el hospital. La debió de romper entera. No me extrañó que me odiara. Ni que Joan me enviase al infierno cuando fui a buscarla a casa. Era él. No me sonaba

porque se pareciese a ella, es porque era él el que me envió a la mierda ese día en su casa. Lo que no sé es por qué no la he recordado a ella. Soy un imbécil. Mierda, un imbécil y un enfermo.

No recuerdo si llegué a despedirme de Abril. Volé a la velocidad de la luz hasta su casa. Tenía que pedirle perdón. Estaba tan lleno de culpa que quería vomitar. Desde el coche, me pareció distinguir su silueta al llegar, pero cuando aparqué, ya había desaparecido. Sabía que estaba aquí, coño, siempre está aquí. Por eso aporreé la puerta. Estaba cerrada y no era cosa de romperla, así que, tras cansarme de dar golpes, salté el muro. Y entonces la vi, recortando el horizonte como si fuera un hinojo marino.

La llamé, pero no me oía, esos putos auriculares aislantes la matarán un día. Así que me acerqué. Le pedía perdón, se lo gritaba, pero no me oía. Cuando le puse la mano en el hombro, se levantó de un salto y me miró con esa cara de niña asustada que pone a veces. Y no pude controlarme. No la dejé ni preguntarme a qué había venido. La besé. Hacía tantos años que deseaba ese beso que se me paró el mundo.

Después del beso, se quedó callada. Yo no sabía qué decirle ni por dónde empezar. Ella se quitó los auriculares muy despacio y se los metió en el bolsillo. Abrí la boca para volver a pedirle perdón y entonces me dio una hostia que casi me tira al suelo.

—Perdón. Me lo merezco. Lo siento, lo siento. De verdad, perdóname.

—¿Qué coño le has dicho a Nina? Lo has jodido todo.

La miré extrañado. Por un momento, no supe a qué se refería.

—Ah. Bruna se lo había dicho. Yo también se lo conté luego. Yo… Pero yo no sabía…

—¿No sabías qué?

Me levantó la mano de nuevo. Cerré los ojos esperando un nuevo bofetón.

—No sabía lo que te había pasado. Y lo cabrón que debes pensar que soy.

Siguió con la mano en alto. Y yo explicándome.

—Fui a buscarte a tu casa, Ona. Pero Joan me echó. Yo no sabía que era él, que era tu hermano, yo pensaba que era tu novio. Y que yo había sido tu rollo de esa noche. Joder, me dijiste que eras actriz porno.

Se quedó mirándome en silencio y bajó la mano.

—Perdóname, por favor. No sabía lo que te paso después. Hostia, ni que eras tan pequeña. Me siento un puto cabrón y un enfermo. Te juro que no soy pederasta ni nada de eso.

Y seguía sin hablarme.

—Solo quería pedirte perdón. Ya está. Siento haber saltado el

muro, pero no podía aguantarme. Tenía que decírtelo. Aunque no me perdones. Ódiame. Bueno, sigue odiándome. Pero tenía que decírtelo.

Y me giré para irme. No me da vergüenza que me vean llorar, pero tampoco era cuestión de ponerme a berrear allí delante de ella. Y ya se me estaban llenando los ojos de lágrimas. Entonces fue cuando me agarró del cuello y me arrastró a su boca. Y, aunque me joda reconocerlo, su beso fue mucho mejor que el mío.

Me he quedado dormido. Cuando abro los ojos, mi Kampanilla ya no está a mi lado. Su aroma a flores y hierbas permanece en la almohada. Hundo mi cara en ella y suspiro. Ese olor me da la vida. Me doy la vuelta y estiro los brazos y las piernas bajo las sábanas. Me siento tan bien que parece que me hubiera curado. Se podría parar el tiempo ahora, en este puto momento. Para siempre. ¿Por qué no me matas ahora, puta atrofia? La luz del sol entra por el ventanal y se refleja en las paredes blancas y limpias. Esta mujer vive en un quirófano. No tiene cuadros, ni fotos, nada. Debe guardar lo poco que tiene dentro de esos armarios ocultos tras la pared. Ahora que sé que existen, ya veo las leves líneas oscuras del hueco de las puertas en las paredes. Se deben de abrir apretando. Me muero de ganas de saber qué es lo que guarda allí, que es lo que de verdad le importa a Mariona.

Salgo de la cama y miro a través del ventanal. Mírala. Está sobre una esterilla haciendo yoga. Lleva una camiseta de tirantes negra tan enorme que no se le ve el pantalón. Se dobla como si fuera de chicle, ya me lo demostró anoche. Es curioso. Tiene un cuerpo de lo más normal, salvo por esa colección de cicatrices del abdomen. No tiene operadas las tetas, ni los labios, ni siquiera se tiñe el pelo. Y además le dobla la edad a las que me suelo llevar a la cama. Pero, joder, solo de verla agacharse como hace ahora, ya me estoy poniendo de lo más perro. Debe encender las partes de mi cerebro que aún no están atrofiadas. Mira ya cómo se me ha puesto al ver que no lleva pantalones, solo esas braguitas negras de abuela.

Salgo a su encuentro en todo mi esplendor.

—*Bon dia*, Kampanilla.

Se gira hacia mí y me sonríe. Dios, ¿cómo puede cambiarle tanto la cara una sonrisa?

—¿Dándole las gracias al Universo?

Levanta una ceja y me mira brevemente la entrepierna y luego a los ojos. Siempre hace lo mismo. Me parto.

—¿Por qué se las he de dar?

—Por poner en tu cama al mejor follador de la galaxia.

Se echa a reír y me tira el bloque de gomaespuma que estaba

utilizando.

—Serás creído.

—Hey, que te he regalado unos cuantos orgasmos, nena.

—Perdona, los orgasmos son míos, no tuyos.

—Bueno, algo de mérito tengo que tener en eso yo, ¿no?

Se vuelve a reír. Está muy guapa cuando ríe.

—Vale, te daré un poco de mérito. Pero no te pases.

—¿Por qué te has vestido? No hace frío. Y Nina dice que siempre estás en bolas.

—Por… Pues… Porque estabas tú. Me daba cosa.

—Después de lo que hicimos anoche no sé qué puede darte cosa.

Musita un ya, se encoge de hombros y se quita la camiseta. Me muero. Ella me vuelve a mirar de refilón lo que se está hinchando.

—Kampanilla, haz el favor de mirarme a los ojos, que se te van a los dulces.

—Si te estoy mirando a los ojos —me dice, aguantándose la carcajada.

—Nop, se te escapan a la fantasía que me está creciendo entre las piernas.

—Que no.

—No mientas. Ya lo hacías en la consulta, no podías dejar de mirarme la polla.

—Joder, es que eres un poco exhibicionista, ¿no te parece?

Empiezo a caminar hacia ella con la erección en pleno apogeo.

—Lo que se tengan que comer las gusanas…, que lo disfruten las humanas.

Se echa a reír y huye fingiendo estar aterrorizada. Yo me acerco a ella, haciendo el Frankenstein, con los brazos y el pene hacia delante, como si fuera un enchufe trifásico.

Gruño como un oso y ella grita. La persigo. Camina hacia atrás, acercándose peligrosamente al borde de la roca. Me da miedo que se caiga, pero ocurre lo contrario: cuando estoy a punto de atraparla, la muy ladina salta hacia un lado, me da un empujón y me tira al agua. Está congelada. Adiós enchufe.

Buceo hasta los peñascos del fondo y me agarro a ellos. Noto el tacto suave de las algas y las acaricio con los dedos. Debe de hacer más de cuarenta años que no estaba en este rincón, pero hay que ver qué poco cambia el mundo aquí abajo. Todo está en paz y calma. Un sargo perdido sale de detrás de una piedra, se queda inmóvil mirándome y huye nadando. Suelto unas burbujitas de aire por la nariz y las observo subir hacia la luz de la superficie. Veamos lo que tarda en

zambullirse a por mí. Uno, dos, tres… En cuanto veo la espuma, me lanzo a por ella como un tiburón y la arrastro de una embestida hasta la escalera de cuerda. Me agarro a la roca, tomo una bocanada de aire y la beso.

—Hostia, Oriol, me has asustado. Pensé que te habías dado un golpe. Tardabas mucho en salir.

—Me conozco este rincón mejor que tú, Kampanilla *meva*.

—¿Te tengo que llamar Peter?

—Llámame como te dé la puta gana.

Y mientras me sujeto con una mano en la escala de cuerda, le bajo las bragas con la otra. Se parte de risa.

—Ya veo que has estado muchas veces aquí. ¿Le hacías eso a todas?

—A todas. He escrito hasta un protocolo.

No para de reírse. Tiro su ropa interior por encima de la roca. Me inclino sobre ella y empiezo a darle pequeños besos en el cuello, en el canalillo y en el estómago. Lamo la piel salada hasta el ombligo y le sonrío perverso al ver sus pezones apuntando al horizonte, oscuros como la piedra sobre la que estamos.

—Kampanilla, eres peor que yo. Ya estás como una moto.

—Nadie es peor que tú, punki salido.

—¿Te he dicho que gané un campeonato de apnea?

Y me meto bajo el agua a rebuscar con la cabeza entre sus piernas. Le doy un lametón rápido y asomo la cara entre la espuma del agua revuelta.

—Estás como un cencerro, García.

—Sí. Y a ti te encanta que lo esté, ¿o no?

Como respuesta, me agarra del pelo y me vuelve a meter la cabeza en el agua. Cada vez la adoro más. Rebusco con la lengua y le acaricio con ella, palpando sus pliegues y haciendo círculos hasta encontrar el clítoris. Es fácil saber que he acertado porque le responde de forma inmediata. Saco la nariz fuera del agua, respiro y apoyo la barbilla en su monte de venus.

—Está la cosa muy interesante por aquí, doctora. Para que digan de las ancianas.

Me mira con la boca entreabierta. Sujeta con fuerza la cuerda de la escalera, no sé si por el calentón que lleva o porque me quiere pegar una hostia. Probablemente, son las dos cosas. Jadea y el pecho se le mueve arriba y abajo. Eso me está poniendo frenético.

—Tú eres mayor que yo, capullo.

—No creas que tanto.

Y vuelve a tirarme del pelo para meterme la cabeza bajo el agua, esta vez, de forma bastante más brusca. Me he arañado la barbilla con la roca. Me tira del pelo. La estoy poniendo a mil y me encanta.

Empiezo a darle más fuerte con la lengua, golpetazos, hasta que todo su sexo se retuerce sobre mi boca. Succiono y muerdo lo que pillo hasta que noto cómo abre más las piernas y se pega a mi cara como si quisiera metérsela dentro. Vuelvo a salir. Necesito aire y me muero por ver su cara.

—Dameee tu caramelo, amor….

Gruñe y me vuelve a hundir en el agua. Esta vez solo le doy un pequeño toque. Lo tiene hinchado como una canica, a punto de estallar. Salgo y me relamo.

—No sé si he de seguir. Me lo estoy pensando. ¿Y si me ahogo?

Me mira enfadadísima, y yo le sonrío inocente mientras pongo mis dedos dentro de ella y los abro. Gime como si la fuera a matar y se arquea sacando medio cuerpo fuera del agua. Ahora los arrastro sin piedad por la parte anterior de su vagina y los saco.

—Dime, Kampanilla, ¿qué quieres?

Gruñe cabreada, gime y se retuerce. Pego mi cara en su barriga y se lo repito.

—Kampanilleta *meva*, que qué quieres.

Me mira desesperada y me agarra otra vez del pelo. Yo me echo a reír a carcajadas cuando me grita a la cara lo mismo que me dijo hace más de treinta años.

—Que me folles, joder. ¡Ya!

—A sus órdenes.

Y aunque me estoy destrozando las manos y los pies con las aristas de la roca, tengo que obedecerla.

15

Eres la fiera que apenas conozco

Como cada mañana de mi vida, abro los ojos con el primer rayo de sol. Estoy en mi casa, pero enseguida me doy cuenta de que no es un día habitual. Además de ser sábado, Oriol me está roncando en la oreja y no sé si voy a poder aguantarme la risa para no despertarle. Ha pasado de punki escuálido a cirujano glamuroso, pero ronca como un oso pardo y me está empezando a babear el cuello. Yo seré una poligonera, pero él es un príncipe de barrio.

Me giro con cuidado para verle bien, le recordaba moreno y muy larguirucho. No sé si he mezclado mis recuerdos con el cómic de *Peter Pank* o si realmente Oriol era así en aquel entonces. Desde luego, ahora no lo es. Su cuerpo es grande, musculoso, y lleva el pelo corto y casi blanco. No me lo podría imaginar con cresta. Tiene bastantes arruguitas, sobre todo, en los extremos de los ojos. Ha debido sonreír mucho en la vida. Sus pestañas son enormes, como las de Abril. Se parecen bastante. La barba recortada le enmarca esos labios carnosos tan característicos de ella. Supongo que por eso me inspira esa ternura extraña que me tiene tan desubicada.

Me separo despacio de su cuerpo, abro el armario y me pongo lo primero que pillo. He de vestirme, no vaya a ser que se le ocurra pensar que no lo hago para él.

Entro a la cocina para poder mirar el móvil tranquilamente, hay un montón de mensajes de anoche.

Unos son de Miquel.

Hey, ¿cómo estás?

Porfa, dime algo

Tía, ¿estás bien?

Espero que sea que estás borracha

Otros de Joan.

¿Qué tal tu finde? He sacado billetes para el viernes por la noche.

Fiesta de pijamas. Álex también se apunta. Ha venido de sorpresa.

También de Álex.

Tíaaa. ¡Lo sé todo! He llorado como una gilipollas.

Nos vamos a ver el finde, ¿Te lo ha dicho papá?

Y de Abril.

Quería ir a verte, pero mamá me ha dicho que estás mala. ¿Estás mejor?

Contesto a todos, aunque deben estar durmiendo a estas horas. Miquel es un cielo, cómo le adoro. Le digo que no se preocupe y que no me voy a matar por ahora. A Abril solo le he respondido que estoy bien, sin entrar en más detalles, porque no le quiero mentir. Los de mi hermano y Álex me han llenado de alegría y casi se me escapa un grito. Tenerlos aquí a los dos, no me lo puedo creer. Abriré los dos sofás cama y dormiremos todos juntos en el salón.

Salgo al jardín como si fuera un *ninja*. No lo hago por cortesía, es porque si se despierta, no sé qué coño le voy a decir. Lo de ayer fue muy intenso, pero de día las cosas siempre se ven distintas y puede resultar muy violento. Si me quedo aquí, cerca de las rocas, a lo mejor, aprovecha y se larga en silencio. No sería la primera vez.

Antes de empezar a hacer los asanas, me pongo la mano en la entrepierna. Joder, como me escuece. Creo que anoche nos juntamos el hambre con las ganas de comer. El sexo siempre ha sido una parte muy importante en mi vida, y no solo académica. Y me parece que Oriol es un poco de mi estilo, practica un sexo bastante inteligente, aunque yo no me iría con veinteañeros, y menos del trabajo. No entiendo cómo alguien, fuera de una serie médica, puede pensar en tener sexo en el hospital.

Aguanto la postura varias respiraciones. El yin yoga me abre la mente y me la calma, pero hoy no soy capaz de retenerla y se me va de nuevo a todas las escenas de la noche. Me encantó darle la hostia que se merecía. Pero, después, tener a ese engreído a mis pies, pidiéndome perdón, uf, me derritió. La sensibilidad en un tío me pone como una moto. Y claro, al verle llorar, pasó lo que pasó. Ninguno de los dos imaginaba que íbamos a acabar así. La cara de sorpresa que puso cuando le metí la mano dentro del pantalón, como en Studio 54, fue para grabarla, aunque no tardó nada en apuntarse a la fiesta. Está claro: en eso nos parecemos bastante, pero en nada más.

Cierro los ojos al oír el crujido de la cama: se ha despertado y yo no quiero verle. Deseo que huya, que se vaya, que se oiga la puerta de la calle cerrarse de golpe. Cambio de postura y me quedo quieta a escuchar. No se va. Lo que se oye es el gozne de la puerta de cristal del jardín. No me queda otra que abrir los ojos para saludarle. Lo hago, y cuando le miro, no me puedo aguantar la risa: apoyado en el

quicio del ventanal, en bolas y con la espada en alto. Yo pensando en qué decirle, y él ya me viene pidiendo más guerra. Este hombre me va a matar.

—*Bon dia*, Kampanilla.

Después de nuestro interesante chapuzón, se ha vestido, ha preparado café para los dos y ha empezado a rebuscar en mi cocina. Me mira inquisitivo con los brazos en jarras.

—Tu nevera parece la de carpanta. ¿Es que tú no comes?

—Claro que sí. Pero solo compro las cosas del día. Y ayer no estaba para muchas historias.

Nos quedamos callados. No sé en qué parte del día de ayer se habrá quedado pensando, porque tiene para elegir.

—Tu café es muy bueno. Saldré a cambiarme y compraré un par de cosas para comer.

—¿Te vas a quedar a comer?

—Si me dejas, sí. Me gustaría hablar un rato contigo y ver la puesta de sol.

Miro hacia el mar, que hoy está muy azul y plano. Hay muy pocas nubes en el cielo.

—Claro, las vistas desde aquí son una pasada.

Me mira de arriba abajo. ¿Me ha guiñado el ojo?

—Sí, las vistas son una pasada. Y las del mar también.

Intento, sin éxito, ponerme seria.

—Serás tonto. Eso es un piropo de abuelo total.

—Pero te ha gustado. Te has reído.

Pongo los ojos en blanco, y él se acerca a darme un beso en la frente.

—No sufras sin mí, Kampanilla, que vengo en un rato.

Me esquiva el manotazo que le intento dar al salir. Incluso con la puerta cerrada se oyen sus carcajadas contagiosas. Sacudo la cabeza. Joder, no es propio de mí reírme con esas tonterías alcanforadas, a mí nunca me han ido ese tipo de cosas. Si le hubiera oído algo parecido en una sesión, habría vomitado en la mesa. Debo estar afectada por tanto orgasmo, tanta oxitocina y tanta endorfina. Me han goleado todas esas neurohormonas del placer, pero ya está, ahora me voy a controlar. Me vuelvo a tocar la vulva y la aprieto. Uf, si antes me molestaba, ahora, con la sal del agua, me está matando. Qué escozor tengo. Voy a darme una ducha helada y me pondré una de las muestras vaginales de Naturbody. Y después ya recogeré la casa, que Oriol me la ha dejado hecha un desastre. Nina ya se quejaba de lo desordenado que era y…

Nina. Me duele pensar en ella y en lo que dijo. No sé si seré capaz de perdonarle esta puñalada. Miro en el móvil a ver si hay algún mensaje de ella. Nada. Cero. Pues no voy a escribirle. Es ella la que lo tiene que hacer.

Mierda, no me puedo resistir, la quiero mucho.

Buenos días, Nina.

Espero un rato. Lo ha visto. Pone que está escribiendo. Ya no. Otra vez escribiendo. Ya no. Graba un audio. Espero un rato. Nada. Pues fin, punto final. Qué difícil es tener una amiga y que fácil es perderla. Dejo el móvil sobre la mesa y me llevo la mano al corazón, que también me está escociendo mucho.

Ha abierto con la llave que dejo tras el macetón de la entrada. Me ha encontrado al sol, sentadita al lado de mis cactus, con un libro y el vestido blanco de vuelo que me compré con su hija. La ducha fría y la hidratante de hialurónico me han sentado genial.

—Hola, lagartija. ¿Es que tú no tienes miedo al melanoma?

—¿Con mi piel?

Me encanta cuando pone esa cara de asombro. Se le levanta una ceja y la boca se convierte en un círculo casi perfecto.

—¿Perdona?

—Llevo protección, bobo. Y además es primavera.

—Aun así, creo que te pasas un poco, ¿no?

—Solo en mis días libres, y en verano me tapo.

Le señalo el toldo, aún recogido sobre la pared encalada de la casa.

—Tiene una tela bloqueante, no pasa ni un UVA. Pero, además, yo no soy nada blanca. Mira mi piel es…

—Un tipo cuatro por lo menos. Pero da igual, has de cuidártela, Ona, estás llena de lunares.

—Siempre los he tenido.

Deja la ceja levantada y no responde. La verdad es que me halaga que se preocupe por mí, pero no se lo voy a reconocer, así que me encojo de hombros, cierro el libro y miro detrás de él. Me ha entrado un poco de hambre.

—¿Qué me has traído?

Se inclina y me da la mano para que me levante de la silla. Ya apareció otra vez el galán de cine. Le dejo que me ayude. Huele muy bien, a gel de ducha y a perfume caro. Y a él.

—Ven a verlo, Kampanilleta.

Doy un gritito de asombro al ver la cocina. Está repleta de bolsas

con el logo del centro comercial.

—Pero, tío, ¿has dejado algo en el Costa Norte?

—Nada. Han tenido que cerrar por mi culpa.

Me giro y le encuentro pegado a mí, invadiendo todo el espacio entre los dos. Me acaricia la barbilla y me mira en silencio, con esos ojos que sabe poner de gato de Shrek. Nunca me había fijado en lo oscuros y profundos que son. Uf. Neurohormonas, parad.

—¿Y esto de vaciar centros comerciales lo haces con todas las…?

Ladea la cabeza, divertido.

—¿Que me follo? No. Esta es la primera vez.

—Mentiroso.

—En serio, no es que sea de los que se escabullen después de follar, pero me despido cortésmente. ¿Y tú? ¿Tú que haces después de follar?

—Yo me escabullo.

Y le doy la espalda para evitar ver cómo se desternilla. Me pongo a rebuscar entre las bolsas.

—Eres un poco exagerado, ¿no? Has traído comida preparada para un regimiento.

—No me riñas, es ecológica, orgánica y todas esas chorradas que te gustan.

—Pero...

—Lo que sobre lo comemos mañana.

Vaya, veo que pretende quedarse todo el fin de semana. Iba a protestar, pero como en el fondo me encanta la idea, me callo.

Voy colocando las bolsas vacías a un lado y su contenido en otro. Encuentro un bote de sirope de chocolate y otro de nata.

—Oye, esto no es orgánico ni saludable.

—Ya. Pero eso no lo vas a comer tú.

—Ah, ¿no?

—No, tú solo serás el plato. De postre. Tú serás el plato de postre. Mi postre.

—Ya lo había entendido a la primera.

—Te lo aclaraba. Como a veces te cuesta…

Le tiro uno de los botes directo a la cara, pero lo coge al vuelo. Lo coloca de nuevo en la mesa y se apoya en la pared. Me observa abrir las bolsas como si esto fuera un espectáculo y yo la *vedette*. Le falta aplaudir. En la siguiente que miro, hay preservativos como para regalar a una clase de secundaria.

—¿En serio? Vaya expectativas tienes, ¿no?

—He calculado en base a nuestro ritmo.

Me tapo los ojos fingiendo que me avergüenza lo que dice y le tiro unos cuantos condones por encima. Se troncha, y yo también. Me lo estoy pasando pipa y se me nota. Voy colocando en la encimera un

vino de la isla, fresas, bombones, gominolas, una botella de cava y una caja de color rojo con un lazo.

—¿Y esto?

Lo sacudo en el aire. No suena.

—Es para ti.

—¿Para mí? —me río—. ¿Un regalo? ¿Tanto te he impresionado?

—Uf. No lo sabes bien. Pero no te lo he comprado por eso.

—¿Entonces?

—Te debía este regalo. Te he comprado lo mismo que te compré el 6 de junio de 1986 y que acabó en la basura. Lo tiré cuando Joan me dijo que me rajaría si volvía a intentar verte.

Pienso en aquel día horrible. Hace una semana hubiera dicho pestes de mi hermano, pero hoy todo es bastante diferente.

—Joan estaba muy asustado. Volvía de dejarme en el hospital.

—Lo sé, lo sé. Pero tu hermano fue un poquito macarra, la verdad. Vaya pareja.

—Habló el punki de Armani.

Ahora es él quien me tira los preservativos. Tengo el suelo de la cocina lleno de paquetes de condones, pero no puedo dejar de reírme. Me pongo a abrir su regalo. Son unas braguitas diminutas de encaje negro, que dudo que me vayan a valer. Me echo a reír.

—¿Me compraste unas bragas aquel día? ¿En serio?

—Claro, te las había roto. Te prometí que te iba a comprar otras.

—¿Y las otras eran también así, de encaje negro?

—Sí. He buscado por todo el centro comercial hasta encontrar las que más se le parecían.

Me acerco a él y le doy un beso suave en los labios.

—Gracias. A mi niña de quince años le hubieran flipado.

—¿A que soy más encantador de lo que pensabas?

Me coge de la cintura y me aprieta contra él. Le vuelvo a dar otro beso, bastante menos casto que el anterior.

—No te creas. Follarás muy bien, pero me sigues pareciendo un poco capullo.

—Dios, qué cruz la mía, solo me queréis por mi cuerpo.

Hemos empezado a comer muy educadamente en la mesa, pero la formalidad nos ha durado muy poco. Primero se ha empezado a burlar de cómo usaba los palillos y se ha acercado a enseñarme. Aprovechando la excusa de la docencia, se me ha pegado como una lapa. Anda que no sabe ni nada. Entre la risa que me entra con sus tonterías y el roce de su aliento en la nuca, ya me ha ido llevando

donde él quería. El corazón se me ha empezado a acelerar y los palillos a temblar. Con la tontería de pillar dos fideos que me han volado por los aires, ya me ha tocado tres veces las tetas.

—Perdón. Otra vez sin querer.

Y me ha señalado la silueta de mis pezones bajo el vestido.

—Mira que eres sensible, Kampanilla. En cuanto me hueles, ¿eh?

No le he contestado. He intentado volver a pillar otro bocado de fideos para demostrarle que sé usar los palillos, pero la comida ha acabado en la falda de mi vestido, dejando un manchurrón de grasa. Ahí era donde quería llegar él. Me ha informado de que la grasa hay que lavarla enseguida para que no deje cerco y me ha ayudado amablemente a quitarme el vestido y la ropa interior. Mientras yo lavaba la mancha en el fregadero, él también se ha quitado la ropa.

—Es que todo es de Armani, como sabes. Mancharlo sería un pecado.

Y aquí estamos los dos ahora, comiendo *yakisoba* en el suelo, desnudos y partidos de risa con cada tontería que se le va ocurriendo. Y no son pocas, no sé de dónde las saca, pero ya me están doliendo los músculos de las mejillas de lo poco acostumbrados que los tengo a reírse. Cuando acabamos con el plato principal, se levanta a traer el arsenal que pretende usar de postre.

—¿Lo de nueve semanas y media no está ya muy visto, Oriol?

—Los clásicos nunca mueren.

—¿No me vas a vendar los ojos?

—Hoy no.

Me enseña el bote de sirope.

—¿Te gusta el chocolate?

—Me encanta.

—Pues te aguantas, porque no lo vas a probar, que no es ecológico: me lo voy a comer yo todo.

Me tumba en el suelo y me dibuja un círculo perfecto en el borde de mis dos areolas. Me impresiona lo rápido y preciso que ha hecho el trazo.

—Tienes muy buen pulso.

Pretendía decírselo como un piropo, pero él debe recordar su temblor, porque se mira las manos.

—Pues es verdad. Creo que follar contigo me cura.

—Qué poético eres.

—¿Y por qué no? Follar es pura poesía, y yo sé que tú piensas lo mismo. En eso sí que eres igual que yo.

Y se inclina a lamer las líneas que me ha dibujado. El ramalazo de electricidad que me produce su tacto es brutal. Menudo gemido he soltado. Y mi mano se ha ido sola a la vulva, que siento que me va a explotar. Le miro sorprendida.

—¡Joder!

Es lo único que se me ocurre decir. Aún estoy notando salvas de ese placer eléctrico por todo el cuerpo. ¿Qué coño me ha hecho? Oriol me mira curioso y me aparta las manos, sujetándolas detrás de mi cabeza.

—Si no te estás quieta, no puedo hacértelo.

Hasta que no lo ha dicho, no me he dado cuenta de que me estoy retorciendo como una culebra en el suelo. Me quedo lo más inmóvil que puedo para que me dibuje una nueva línea de chocolate por encima del pubis. Otra línea perfecta. Me calmo, pero en cuanto su lengua toca mi piel, millones de calambres recorren mi cuerpo y me hacen gritar. Intento liberar mis manos porque mi clítoris va a estallar y quiero tocarlo. Oriol me observa como si fuera un espécimen de estudio.

—Eres increíble.

Y no sé si es el calentón que me ha provocado o esa voz ronca con la que me lo dice, pero noto como si me poseyeran Lilith y toda su horda de divinos demonios. Me suelto, le tiro al suelo de un empujón y me clavo a su cuerpo sin darle tiempo ni a asombrarse. Cierro los ojos y empiezo a moverme. Estoy muy descontrolada, no puedo pensar en nada más que en arquear la columna y moverme. Noto que me agarra suave de la barbilla.

—Ona.

No le hago caso y sigo frenética, subiendo y bajando sobre él.

—Ona, mírame.

Niego con la cabeza. No, no quiero mirarle. Solo quiero sentir, morirme de placer.

—Por favor, Ona.

Entreabro al fin los ojos y me hundo sin remedio en el calor de los suyos. Me calma, freno, todo está bien. Toca mis caderas para ayudarme, pero no le da tiempo a hacer nada. En cuanto me pone los dedos encima, suelto un quejido inmenso, estallo y me largo del mundo. Se me llenan los ojos de lágrimas y me quedo jadeando y agotada, con las manos en el suelo y la cabeza gacha.

—Joder.

Me acaricia sin responderme.

—Perdona, no he podido parar.

Sigue callado y moviendo su mano por la curva de mi cintura a la cadera.

—Ha sido un poco bestia.

Sonríe y noto cómo se mueve dentro de mí.

—Oriol, ¿no me habrás puesto algo en la comida?

Estalla en carcajadas y me hace rebotar sobre él con cada una de ellas.

—¿Sí? ¿Lo has puesto?

—No, y menos mal; si encima te pongo algo, me matas como las mantis a sus churris.

Me tapo la cara con la mano.

—Perdona, perdona, de verdad.

—Tendrás que compensarme.

—Claro, pídeme lo que quieras.

Y me alcanza el *spray* de nata.

Nos hemos quedado medio dormidos en el suelo. Está todo pegajoso y lleno de nata y chocolate. Tengo la cabeza en su hombro y la pierna abrazando su cadera. Estoy agotada, pero aún seguiría: ese olor que destila me trastorna bastante. Me siento tan bien que no me importaría morirme en este momento. Y creo que él se siente igual que yo. Me acaricia la cara sin dejar de mirarme. Todo es muy raro. Irreal.

—Al coger el coche, me he vuelto a cruzar con ese paciente tuyo. Para mí que te acosa un poco.

—¿Qué paciente?

—El que salió de tu consulta el día que yo entré la primera vez. El día del diagnóstico.

Me quedo callada pensando un momento. No me suena nada de lo que me dice.

—Pero esa tarde yo no pasé consulta. Miquel se fue de fiesta y yo me quedé revisando los datos de Naturbody.

—Pues en tu sala de espera había un tío que se largó cuando entré. Yo no estaba muy centrado ese día, pero me acuerdo perfectamente.

—¿Y cómo era?

—Muy delgado, con un gorro negro hasta las cejas y pinta de guiri enfermo.

—Yo no tengo ningún paciente así.

—Pues le he visto varias veces merodeando tu consulta. Y hoy estaba en el camino de la entrada.

Me incorporo y me siento.

—¿De la casa? ¿Me quieres meter miedo?

—Claro, quiero quedarme a protegerte esta noche.

Me echo a reír. Qué mono es.

—No hace falta que te busques excusas de caballero andante. Me encantará que te quedes, aunque no me protejas.

Se incorpora a mi lado y me planta un beso en la mano.

—¿Sabes? Antes pensaba que si las cosas hubieran ido de otra

manera, ahora podríamos ser una pareja de esas que llevan cuarenta años juntos. Y tendríamos un montón de hijos y nietos.

—Qué horror.

—¿Horror? Pero si a ti te gustan los niños, Abril te gusta.

—Abril me encanta. Los hijos de los demás me gustan. Y los perros de los demás también.

Se parte de risa y me llama punki *destroyer*. Yo me encojo de hombros.

—En serio, ¿no te hubiera gustado tener hijos?

—No hubiera sido una buena madre.

Me toco la barriga instintivamente. Debo haberle sonado tan triste que deja de preguntarme y pone su mano al lado de la mía.

—Llevas una buena colección.

—Sí. Toda mi vida en cicatrices.

—Qué poética. Cuéntame esa vida, a ver.

Agacho la cabeza para mirarme la tripa y empiezo a explicarle la historia de cada uno de mis remiendos. Le señalo el más viejo de todos.

—Esta cicatriz es de la paliza. Me tuvieron que quitar un trozo de hígado y medio bazo. Fractura de pelvis, cúbito y radio. Tuve suerte.

—No sé si suerte es la mejor palabra para definir eso, pobre niña mía. Déjame verla bien.

Me empuja suavemente y me tumba en el suelo bocarriba. Resigue la cicatriz con los dedos y le da pequeños besos. Cuando acaba, me mira interrogante esperando que le explique la siguiente. Creo que esto me va a gustar.

—Esta es de un accidente de coche en África. Dimos tres vueltas de campana y se me clavó un hierro del salpicadero. Tardaron un día en encontrarnos.

—Por eso le tienes miedo a los coches.

—Yo no le tengo miedo a los coches.

—¿Que no?

—Solo a los conductores.

Se ríe y asiente.

—Buen punto.

Y repite el recorrido, acaricia despacio el trayecto de la herida y cubre de besos toda la cicatriz africana.

—Siguiente.

—Esta es una puñalada de barrio. Verídico. Mi prima Martina y yo nos metimos en una pelea. Me clavaron un cuchillo, fue leve, pero quedó mucha marca.

—Me estoy dando cuenta de que todos los Muscat sois bastante macarras.

—Lo dijo el finolis. Pero sí, ten mucho cuidado con nosotros. Somos un clan.

—No lo dudo. Te voy a besar un poco más por si acaso.

Cierro los ojos para sentir sus labios con más intensidad. Estoy disfrutando de lo lindo.

—Esta de aquí es de una apendicitis, ¿no?

—Sí. Y me tocó pasarla en Inglaterra. Fue horrible.

—Vamos a darle un poco más de mimos entonces.

Y sigue acariciando y besando. Creo que sólo nos queda la última. Esta se la podía saltar.

—¿Y esta brutalidad?

La señala, es la más grande, un trazo vertical irregular que recorre mi abdomen, del ombligo al pubis.

—Una histerectomía. Me quitaron el útero.

Prefiero no explicarle nada más.

—Qué desastre. ¿Una laparotomía media tan a saco? ¿En África?

Suspiro. Sí, fue un auténtico desastre.

—No, fue en Girona. Sangraba mucho.

—Una histerectomía de urgencia y por sangrado. Eso solo lo había visto en cesáreas.

No le respondo y vuelvo a cerrar los ojos mientras me la besa. No quiero que diga nada más. Le acaricio la cabeza y le pregunto yo para cambiar de herida.

—¿Y tú? ¿Tú tienes cicatrices?

Me sonríe perverso y se tumba de espaldas.

—Solo una. Fimosis.

16

Que dulce era hablar si te hacía sonreír

Vuelvo a tener su cuerpo dormido entre los brazos. Me relaja sentir esta piel, tan cálida y segura, y escuchar su respiración pausada. Merece la pena aguantar lo incómoda que es esta mierda de cama. ¿Se enfadará si le regalo una?

Se ha quedado grogui en un segundo, igual que ayer. Me recuerda a Abril cuando era un bebé: dice que tiene sueño, bizquea los ojos y cae en coma al momento. Ni se ha enterado cuando la he arrastrado a la cama. Así cualquiera se levanta con el sol. Yo voy al revés, no hay dios que me despierte por la mañana, y ahora parezco un búho marchoso.

Qué guapa es cuando sonríe. Pego los labios en su pelo. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes de lo bien que huele?

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien como este fin de semana. Menos mal que los dos tenemos las cosas muy claras y sabemos que solo buscamos buen sexo, porque somos tan distintos que nunca encajaríamos como pareja. Solo nos parecemos en lo sexual, en eso sí que somos iguales. Qué coño, creo que ella es bastante mejor que yo; aunque le gusta follar tanto como a mí, tiene mucho más claro lo que quiere. No busca satisfacer y quedar bien, como hace Bruna. Ella va a jugar, a gozar y a pasarlo pipa. Y da gusto verla disfrutar. Hasta cuando me devolvía lo que me ha quedado a deber después de su subidón, se lo ha montado bien. Me la ha embadurnado de nata y, mientras lamía y estrujaba mi glande entre sus labios, buscaba la manera de lograr su propio orgasmo. Eso sí, menudo manotazo me ha pegado cuando se me ha ocurrido agarrarla del pelo. Pensaba que me iba a partir el pene en dos con los dientes. Qué larga tiene la mano y qué mal lleva que la controlen. Para mí que le va el rollo dominatrix. Y a mí igual también, porque su mala leche me ha excitado más y en un segundo ya me estaba corriendo.

Bajo un momento la sábana que la cubre y me la imagino de cuero negro. La vuelvo a tapar o me tendré que ir al baño.

Ojalá todos los días que me queden de vida fueran como el de hoy.

—Oriol… Oriol…

Creo que me lo ha dicho varias veces, pero me cuesta despertarme. Debe ser muy pronto. Abro los ojos lentamente y le sonrío. No se puede ser más guapa.

—Oriol, te está llamando Nina.

Y me enseña la pantalla de mi móvil, que vibra insistente con la foto robada que más odia mi ex. Me encanta poner las peores fotos que tengo a mis contactos, así les contesto de mucho mejor humor. Con una mano agarro el teléfono que me tiende y con la otra a ella. Tiro hasta que consigo tumbarla en la cama junto a mí.

—Hola, Nina.

—Hola.

Ona se intenta zafar del agarre para dejarme hablar a solas, pero niego con la cabeza y no la suelto. Como no para quieta, me pongo a horcajadas sobre ella para que no se mueva. Estoy totalmente en bolas y recién levantado, así que le estoy mostrando lo mejor de mí mismo y en su mejor momento. Le entra la risa, pero aguanta como puede para que no la oiga Nina.

—¿Qué tal?

—¿Estás en casa?

—No, he pasado el fin de semana fuera.

—Ya, hemos ido a buscarte y no estabas. Por eso te llamaba. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Ni te lo imaginas.

Exagero la última frase, diciéndola sílaba a sílaba a la vez que muevo la pelvis. Ona pone los ojos en blanco y hunde la cabeza en la almohada. Lo está pasando fatal.

—¿Y eso?

—Ya te lo contaré.

—¿Vendrás a comer?

—No sé qué hacer.

Miro a Ona interrogante. Ella asiente con la cabeza, no sé si me da permiso o es que ya quiere que me largue.

—Bueno, sí que iré, que además os quiero contar una cosa.

—Espero que sea una cosa buena.

—Mucho. Muy buena. Te voy a contar una cosa muy buena. Muy muy buena.

Y vuelvo a resaltar las últimas palabras sacándole la lengua a Ona, que niega con la cabeza mientras murmura que ni se me ocurra contar nada.

—Vale, te esperamos en un rato.

—Ahí estaré.

Cuelgo y tiro el teléfono por los aires.

—Ven aquí, cosa buena que voy a contar. Que aún tenemos un

rato.

Nina deposita un beso en mi mejilla antes de abrir del todo la puerta. Está estupenda, como siempre, con uno de sus vestidos de marca y la melena rubia perfecta. Me mira con cierta preocupación.

—¿En serio estás bien?

—Muy bien.

—¿De verdad?

—Absolutamente.

—¿No has tenido más síntomas?

—Ninguno.

Y es verdad, no sé si es por la maratón de sexo, pero me encuentro mejor que nunca, o al menos mejor que hace muchos años. Nina parece no fiarse y me escanea de arriba abajo.

—¿Abril?

—Se está duchando, se acaba de levantar.

Otra ejemplar de búho. Deben ser los genes. Entramos en el enorme comedor, que está integrado con la cocina, como en la casita de Ona. Nina sirve un par de copas de vino y acaba de poner la mesa.

—He encargado arroz negro.

—Fantástico.

Es uno de mis platos favoritos. Es evidente que mi ex me está mimando. Mola estar enfermo.

—¿Sigues encabezonado en no hacer tratamiento?

—Que no hay, Nina. No hay tratamiento.

—Bruna dijo que sí.

—Solo es sintomático. Y yo no tengo síntomas.

Se sienta frente a mí y tabalea con los dedos en la mesa. Ahora viene un sermón.

—¿Y qué hacías con Mariona, entonces?

—Ya te lo dije, pero no me escuchas. Yo solo quería que me aceptase la solicitud de eutanasia.

—Manda huevos. Y de todo el hospital, ¿se te ocurre ir con ella?

—Joder, Nina, ¿me la ibas a aceptar tú? ¿O alguno de tus amigos?

Sacude la melena. Sabe perfectamente que nadie lo iba a hacer.

—No sé. A lo mejor. Yo qué sé.

—Ella es la única dispuesta a hacerlo. Por eso se lo pedí. Y que conste que siempre me insistió en que no fuera en secreto, que te lo dijera.

Se queda callada. Insisto.

—Como si no la conocieras.

—Pero ¿por qué dejaste que ella te hiciera tratamiento? Con Bruna no quisiste.

—Ni con ella. Pero Ona no estaba muy de acuerdo con el diagnóstico. Y sigue sin estarlo ahora. Ya sabes, ella cree que es un problema nutricional, venenos en la comida procesada y sus paranoias. Así que hicimos un trato.

—¿Qué trato?

—A cambio de que aceptase mi solicitud, yo me dejaba hacer análisis y terapias de las suyas.

Me escucha atenta. Por fin.

—¿Y qué cosas te hizo?

—De todo. De primeras, me pinchó un vial de tiamina y no sé qué quelantes para limpiarme la sangre y el hígado.

—¿Tiamina? ¿Creía que eras alcohólico?

—Yo le dije lo mismo. Que no bebía tanto. Pero no, creo que sospechaba un beriberi.

—Se piensa que sigue en África.

—No sé. Yo me dejé, además, lo hace con buena intención. Cree fervientemente en esas cosas.

Me mira con el ceño fruncido.

—Muy buena, pero lo hizo todo a escondidas.

—Que no, cansina. Pero ¡si sabes cómo es! Me pidió permiso para escribir todo en mi historia. Que si no se lo doy, no me hace nada. Y, además, me insistió en que te lo contara.

—Me lo tenía que haber dicho. Soy su amiga y su jefa.

—No me jodas, Nina. Sabes que no. Yo le dije que no. Si nos has machacado a todos este año con lo de la mierda de la confidencialidad, y nos la ponías de ejemplo. Si yo digo no, es no.

Se queda callada de nuevo. La conozco. Está buscando excusas para justificarse por algo. Debió de decirle de todo y ahora está arrepentida.

—La pusiste a caldo, ¿no?

Resopla y se bebe otro trago.

—Joder, sí, se me fue mucho la olla. Pero mucho.

Mira el fondo de la copa, se la acaba y se sirve otra.

—Coño, Oriol, es que esto que te ha pasado es una puta mierda.

—Ya, pero es mi mierda. Y ella no tiene culpa de nada.

—Pero el ensayo…

—Lo del ensayo es una caca de vaca, Nina. Es solo un estudio, y con suerte, me iban a dar unos meses más de agonía.

—Ya.

Se ha rendido rápido. Está claro que también ha leído el ensayo y sabe que tengo razón.

—Deja que yo elija lo que quiero hacer.

Nina suspira resignada.

—Va a ser muy duro, Oriol.

—Lo sé. Pero lo llevaremos bien.

—No sé.

—Nina, habla con Mariona. Habla con ella de una puta vez y arregla las cosas.

Me mira sin decir nada.

—Ella os adora. Te perdonaría, aunque hubieses matado al Dalai Lama.

—¿Ahora te llevas bien con ella?

—De hecho, lo que quería contarte es…

Me interrumpe Abril, que entra en la cocina corriendo y con el pelo empapado. Viste de negro riguroso, como siempre, y lleva un nuevo *piercing* en el labio.

—¡Hola, papá!

—Ven aquí, mi amor.

La siento en mi regazo como cuando era pequeña y me la como a besos. Ella protesta, pero se deja achuchar.

—¡Que no tengo tres años!

—Y no veas la pena que me da, con lo mona que eras entonces. Mírate ahora, qué horror de grande.

—¡Papá!

Se escapa y se sienta en su silla. Nina retira el envoltorio de papel de plata que cubre la paella de arroz negro y empieza a servirnos a los dos.

—Huele brutal, Nina.

—Sí, es del restaurante de abajo. Lo hacen superbueno.

—¿Hay alioli? —pregunta Abril. Su madre se lo pasa y yo sirvo agua en los tres vasos.

—Bueno, y, ¿qué tal vuestro finde, chicas?

—Muy bien, súper, lástima que ya es domingo —me responde Abril con los dientes negros de tinta y mira a Nina—. Está muy bueno, mami.

Su madre le sonríe y me mira después a mí.

—Yo no he hecho mucha cosa. Cuatro compras. ¿Y tú?

Es el momento. Respiro hondo antes de soltarlo.

—Pues yo he pasado todo el finde con Ona.

Las dos dejan caer el tenedor en el plato. Ha sonado como si fueran campanas.

—¿Con Ona?

—Pero yo te había dicho…, te había prohibido…

—No ha sido para hacer terapia.

—Pero, papá, ¿tú no te llevabas mal con ella?

—Sí, pero ahora me llevo bien. Tanto que llevo desde el viernes

en su casa.

Me miran alucinadas. Abril no puede abrir más la boca.

—Nooo —dice Abril, mirando primero a su madre y luego a mí—. No me jodas, papá, ¿os habéis liado?

—¡Abril! ¡Esa boca! —la riñe su madre, que inmediatamente me pregunta—. No me jodas, Oriol, ¿os habéis liado?

—Sí. Nos hemos liado.

Hala, ya lo he dicho, qué descanso. Tengo que empezar a decir más las cosas y no esconderlas, vaya gustazo.

Abril rompe a reír a carcajadas y su madre se bebe su tercera copa de vino de un trago. Yo me parto viéndolas.

—Qué fuerte, papá. Qué fuerte. Es que lo flipo. Con Ona, qué fuerte.

—Joder, joder —repite Nina.

—Papi, ¿y como os ha dado por enrollaros? Si no os hablabais. Si os caíais fatal.

—Pues, mira, fue un poco por ti.

—¿Por mí?

Me mira sorprendida.

—Sí, el viernes, cuando iba a darte un beso, te oí hablar con tus amigas por vídeo. Les contabas lo de la paliza que le habían pegado a Ona de jovencita por culpa de un tío, un pintor.

Mira a su madre. Por la cara que pone, creo que ella también conocía ese episodio de la vida de Mariona. Me vuelve a mirar.

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Te dio pena de lo que le había hecho ese pintor cabrón?

—Es que ese pintor cabrón era yo.

—La hostia puta.

—¡¡Abril!!

Al salir de casa de Nina, veo que tengo tres llamadas perdidas de Bruna. He dejado el móvil en silencio sin darme cuenta, y, en el fondo, me alegro de haberlo hecho, porque hemos estado tranquilísimos los tres toda la tarde. Estoy feliz de haber venido y de haberles contado todo. Me quedo mirando la pantalla del móvil. No me apetece nada hablar con ella. Podría mandarle un mensaje de texto y decirle que no puedo atenderla, pero sé que hemos de zanjar la situación. Mira, igual hoy es el día de cerrar todas las cosas pendientes. Marco su número mientras camino a por el coche. Me contesta al primer tono.

—Hola, Oriol.

—Hola, Bruna, he visto que me has llamado.

—Sí, varias veces.

—Lo tenía en silencio, perdona.

—Quería saber cómo estabas.

Joder, soy un egoísta. Ella se preocupa por mí, y yo la rehúyo como si fuera la peste, con lo bien que se ha portado, y más con toda esta mierda de la enfermedad. Le he cogido manía, y no sé por qué.

—Estoy muy bien, Bruna, gracias por preocuparte.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

No sé cómo decirle que lo único que me apetece está esperándome en Sol del Sur.

—No puedo, Bruna. Tengo bastante lío hoy.

—¿Lío?

—Sí.

—¿Qué lío? ¿Y con quién?

Esto es lo que me pone más nervioso de ella. Ese afán por controlar todo lo que hago. Al principio de enrollarnos, me hacía gracia, pero ha llegado a ser un poco obsesiva.

—Bruna, eso son cosas mías.

—Tengo derecho a saberlo.

—¿Qué? ¿Cómo que tienes derecho?

Lo he dicho muy alto. Una señora que pasaba a mi lado se ha girado asustada. Le pido perdón con un gesto y bajo el tono.

—Bruna, por favor, lo hemos hablado muchas veces.

—Estás otra vez con ella, ¿no?

Madre mía, ahora se está poniendo en modo paranoico.

—No sé de quién me hablas, Bruna, pero los dos podemos estar con quien nos venga en gana. Lo nuestro no era…

—¿Me estás dejando?

Joder, esto ya parece *Atracción Fatal*, aunque seguro que ella ni había nacido cuando se estrenó esa peli de miedo. Espero que no la haya visto, no sea que coja ideas.

—¿Dejando? Bruna, coño, no se puede dejar lo que nunca se ha cogido.

—Yo pensaba que teníamos algo muy bonito.

Lo dicho. Ahora es *Glenn Close* total. La mala de esa película. Me estoy acojonando.

—Bruna, ha sido muy divertido, hemos pasado muy buenos ratos. Pero lo dejamos claro desde el principio, los dos tenemos nuestras vidas.

—Es ella, la vieja esa, que te ha sorbido el seso.

Se le ha ido la olla. ¿A qué viene esto?

—¿Perdona?

—La Hierbas.

—Se llama Mariona.

—¿Estás con ella?

Me quedo callado y pienso en qué es lo mejor. Ya se lo he dicho a Nina y a Abril, que es lo único que me importa, así que no hay razón para callarlo.

—Pues sí. Ya que lo quieres saber, estoy con ella.

—Eres un hijo de puta y se lo voy a decir a Nina.

—¿Qué coño dices?

—Que se lo voy a decir. Ella te ha prohibido verla.

—Estás loca, tía.

—Tú eres el que está loco. Ahora mismo la llamo.

—Pues llámala. Nina ya lo sabe.

—¿Se lo has dicho? ¿Le has dicho a Nina que estás con la Hierbas?

—Sí.

—De mí no le dijiste nada. ¿Es que te ha pillado con ella?

—Bruna, por favor. No quiero seguir con esta conversación, has entrado en un bucle.

—Esa tipa es un bicho. Un fraude, una mentirosa y una aprovechada. Te está engañando.

—Basta ya. No quiero enfadarme contigo. Basta.

—Oriol, estás muy equivocado y te vas a arrepentir. Luego me vendrás a buscar, cuando estés malo otra vez.

—No voy a seguir discutiendo, Bruna, es mi vida y yo decido cómo vivirla. Punto final.

—Te vas a arrepentir, Oriol. Os vais a arrepentir los dos.

Y, sin más, me cuelga. Menos mal, porque lo estaba deseando. Me ha puesto muy nervioso.

Para calmarme los nervios, he ido a buscar helado. Ecológico por si acaso. No sé si a Mariona le gusta el helado, pero a mí sí, y además tiene muchas utilidades.

—¿De qué lo quiere? —me dice el dependiente.

—Un par de terrinas de chocolate y otra de nata.

—Un clásico.

—Es que es para un regalo.

—Quedarás muy bien. Te lo van a devorar.

—Es la idea.

Y sí que he quedado bien, porque se me ha lanzado en plancha cuando ha visto la bolsa con el nombre de la heladería. Le gustan tanto como a mí. Nos hemos tomado un cucurucho cada uno, sentados en las rocas delante de una espectacular puesta de sol. Su sonrisa me endulza más que el helado.

—¿Ha ido bien la comida?

—Muy bien.
—¿Están bien las dos?
—Sí, aquí el único enfermo soy yo.
Le pega un lametón a la bola de chocolate y se gira a mirarme.
—Yo no lo tengo tan claro, Oriol. Estás mejorando mucho.
—Eres una cabezota, Hierbas. Pero gracias por creer en los milagros.
—Bueno, el tiempo lo dirá.
—Sí, el tiempo lo dirá.
Nos hemos quedado de nuevo callados, enarbolando nuestros cucuruchos frente a las olas.
—Por cierto, se lo he dicho.
Casi se le cae el helado al agua.
—¿Qué?
—Que se lo he dicho.
—Pero ¿por qué?
—Pues porque se lo quería decir. ¿Qué problema hay en que lo sepan?
—Pues… que… no sé. Es sexo, ¿no?
—Sí, solo sexo. ¿Te da vergüenza?
—No.
—Pues a mí tampoco, y estoy hasta los huevos de esconder las cosas.
Vuelve a darle un lametón al helado. Lo está gozando, tiene todo el bigote manchado de chocolate.
—Pero ¿se lo has dicho a las dos?
—Sí. Les he dicho que he pasado todo el finde contigo.
Ahora le pega un mordisco al cucurucho, y yo la imito.
—Joder, ¿y qué ha dicho Abril?
—Se partía de la risa. Le he dicho que todo es por su culpa.
—Qué mona es. ¿Y no se ha enfadado?
—Qué va. Le ha encantado.
Se le ha quedado la sonrisa puesta. Me flipa cómo le gusta mi niña.
—¿Y Nina?
—Nina se ha sorprendido, pero no ha dicho nada, ni bien ni mal. Está más agobiada por lo mío y por lo que te dijo. Yo creo que hablará contigo un día de estos. Está arrepentida, te quiere mucho.
Ahora ha suspirado y ha puesto una cara que me han entrado celos. Creo que quiere más a mis niñas que a mí. Es lo que hay.

Al final no hemos cenado más que el helado. Todo ha venido porque

le he vuelto a hacer la broma de que es una dominatrix. Ella y las bromas. No hay manera de que pille una. Y claro, va y me responde:

—Os lo tomáis muy a la ligera, pero el BDSM no es solo una práctica para alegrar el sexo, es toda una filosofía.

—Entonces, ¿lo eres?

—No. Ya te dije que lo respeto mucho. Me encanta la estética, el juego y la ciencia que tiene detrás, pero no lo comparto.

—¿Ciencia? ¿Qué ciencia?

—Pues para empezar neurológica, precisamente. El equilibrio entre dolor y placer, ese casi orgasmo que uno siente al aliviar un dolor intenso. La plasticidad cerebral que puede hacer que se confundan estímulos y terminaciones nerviosas. Lo encuentro apasionante. No sé si las personas que disfrutan del BDSM lo son de base o entrenan sus receptores a ello, pero estoy segura de que las sensaciones que experimentan son mejores que cualquier droga.

—Yo te veo muy domina, Kampanilla.

—Oriol, ¿me estás escuchando?

—Claro, me encanta cuando te pones en modo profe. Pero es que, mientras hablas, te imagino vestida de látex con una fusta en la mano y se me pierde un poco el hilo.

Ahí me pega un manotazo y, claro, yo gimo como si tuviera un orgasmo. Es que me las pone a huevo.

—Tú has visto mucho porno.

—No creas, me gusta mucho más leer que ver. Y he leído sobre el tema.

—¿Ensayos?

—No, quita, ensayos no, novelas.

—¿Novelas de BDSM?

—Las guardias son muy largas. Me zampé toda la saga del Grey en su época. Y a Megan Maxwell. Y a tu prima, que es la caña.

—¿Tú lees novelas románticas?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Es un crimen o algo?

—No, no, pero flipo. No me lo imaginaba.

—¿Te parece poco masculino?

—No, no. Al revés. Me encanta, pero te hacía más de… No sé… ¿Reverte?

Eso me hace reír a mí. Al parecer, los alternativos también tienen prejuicios.

—Reverte me gusta mucho también. Y más géneros. Me encanta leer. ¿Hay que elegir? ¿No se puede ser omnívoro?

Cuando le digo eso, me doy cuenta de la cara que me está poniendo y de que se está mordiendo la esquina del labio inferior. Ya la empiezo a conocer y sé lo que significa ese gesto: a la tía le pone cachonda que lea.

—Claro que sí. Es que no sé, me has sorprendido. No imaginaba que leyeras novelas románticas.

—Pues sí. Y las que tienen rollo *kinky* y BDSM me ponen mucho, la verdad.

—¿Sí?

—Sí.

—Ven.

Y así he acabado por hacerle una bromita de nada que encima ni ha entendido. Sin cenar y atado de pies y manos a los pies de su cama, con una erección tan bestia que se me están saltando las lágrimas.

—Kampanilla, por favor, vale ya, que esto me va a explotar y te vas a quedar sin juguete.

—¿Yo te he dado permiso para hablar, perro?

17

A la sombra en el oasis que me inventé

—*Bon dia*, Miquel.

No puedo dejar de sonreír. Creo que he venido dando saltitos por la carretera. Tengo tantas neurohormonas de placer circulando por mi sangre que hasta al entrar en el mar de la calma que es mi consulta me dan ganas de cantar.

Miquel se levanta de su asiento para abrazarme. Lo hace como siempre: fuerte, intenso y apretado, pero el abrazo de hoy le ha durado un poco más de lo habitual. Está preocupado.

—Ya sé que me lo has dicho doscientas veces por WhatsApp, Ona, pero ¿de verdad estás bien?

—Que sí, cansino, de verdad. Estoy muy bien.

Se queda mirándome a la cara extrañado y me saca un mechón de pelo del moño, pero no dice nada más. Me quito la mochila y entro a la consulta con ella en la mano. De repente, me acuerdo.

—Oye, Miquel, ¿Lluna o alguno de ellos tiene un paciente frecuentador, que sea alto y muy delgado, con un gorro negro de esos de rapero? ¿Te suena?

—Sí que me suena, pero no de aquí. He visto un tío así estos días por el hospital, con pinta de guiri. Pero no es nuestro. Yo creo que debe ser de Onco. Se le ve malito. ¿Por qué?

—Me han preguntado por él. Pensaban que era nuestro.

Hoy me ha parecido verle de lejos, en la entrada del recinto hospitalario, pero cuando he llegado, ya se había esfumado. Debe ser un paciente oncológico que vive por mi zona.

Dejo la mochila en la taquilla, pongo la música, coloco los sofás y las sillas sobre su línea de la baldosa y me pongo a abrir todos los cajones de la mesa, de uno en uno.

Miquel me observa desde la puerta.

—¿Qué buscas?

—Nada, bueno, sí, quería una hidratante vaginal. ¿Dónde están las muestras de Naturbody?

—Las guardé en el armario grande, te las saco. ¿Son para alguna cita de hoy?

Saca una caja decorada llena de muestras del estante más alto.

—Eh… No, es para mí.

Lo digo lo más bajo que puedo. Pero me oye. Vaya si me oye.

—¿Qué? ¡Lo sabía! Te lo he notado en la cara al entrar.

No sé cómo lo hace, no sé cómo se entera de todo.

—¿El qué? ¿Que tengo sequedad?

—Nooo, cabrona. ¡Que has follado como una reina! ¡Se te ha quitado el rictus!

Me parto de la risa.

—¡Miquel! Qué pesados sois con el dichoso rictus.

Me empuja hasta el sofá y hace que me siente. Él hace lo mismo y me coge las dos manos.

—Cuéntamelo todo, perra. Al final me hiciste caso y entraste en Love App, ¿no?

—¿En Love? Ni hablar. Eso es para vosotros, los de treinta.

Se me acerca y me toca el entrecejo y las patas de gallo.

—¿Entonces? Porque esto está terso y relajado, aunque tengas el chirri escocido.

—Vete a la mierda.

—Vengaaa, tía, cuentaaa.

—Te lo cuento si me das las cremas.

Se levanta a por la caja, la abre y me da una. Le levanto una ceja. Me entrega la caja entera y yo cojo un puñado. Monta de nuevo un escándalo.

—¡Madre míaaa! ¡Todo lo que hay que hidratar! Te han dejado muerta. Joder, cuenta ya, cabrona, no seas mala.

—Vale, pero no lo cuentes mucho por ahí, porfa. Él ya lo ha contado, pero yo paso.

—¡Èl! O sea, que es un tío. Y yo que pensaba que te molaban más las tías.

—¿Por qué?

—No sé, por como eres.

—¿Qué tendrá que ver eso? La orientación sexual no tiene que ver con…

—¡Calla, cansina, y cuéntame con quién te has enrollado!

—Creo que siempre me han gustado más los bio-hombres, pero una vez…

—¡Al grano, coño! Déjate de bios ni bias. ¿Quién es? ¿Es del hospital?

Cuando asiento con la cabeza, pega tal grito que se asoma uno de los fisios del fondo a ver qué pasa. Le pido perdón con un gesto y le tapo la boca a Miquel mientras el pobre hombre se vuelve a meter en su consulta. Él sigue en modo cansino.

—Quién. Quién. Quién. Quién. Quién. ¡Dime quién!

—Valeee. ¿Te acuerdas que me preguntaste si Oriol y yo nos habíamos enrollado en la terraza?

Une sus manos y se las pega a la boca, con cara de expectación.

—¡Sí! ¿Me mentiste? ¿Tú has mentido?

—No. No te mentí.

—¿Entonces?

—Entonces te dije que Oriol me daba asco.

—Sí, me acuerdo.

—Pues ya no me lo da.

—Aaah.

Se levanta y vuelve a hacer aspavientos.

—¡Nooo! ¡Oriol! No me lo puedo creer. ¡Es flipante!

Intento hacerle callar, pero me desternillo de la risa con sus gestos, no para.

—No me lo puedo creer, Ona. Es que no me lo puedo creer.

—Pero ¡chitón!

—Pero, Ona, es que esto es una bomba: me explota la cabeza. ¡Follando con tu enemigo! ¡Como la película! ¿O era durmiendo?

No puedo parar de reír y de decirle que baje la voz. Al fin, se calma, vuelve a sentarse en el sofá y a cogerme de nuevo las manos.

—Por favor, Ona, por favor, necesito saberlo.

—¿El qué?

—Cómo folla. ¿Es tan brutal como dicen?

—¡Miquel!

—Dicen que es un dios, una bestia parda, el Thor del sexo.

—Bueno, un poco sí.

Y pongo una sonrisa que le hace estallar de nuevo en gritos y exclamaciones guarras. Acabarán saliendo de todas las consultas a llamarnos la atención. Le vuelvo a tapar la boca.

—Shhh. Sería más Loki que Thor. Es un poquito payasete.

—Uy, que cariñoso te ha salido eso. ¿Te me has enamorado, Hierbecillas?

—No, no, que va. No es amor, ha sido sexo y ya. Un fin de semana brutal, pero ya está.

—¿Cómo que ya está? ¿Te ha follado y hasta luego, Mari Carmen?

Levanto una ceja.

—No me ha follado. Nos hemos follado los dos. Y yo no he hecho nada que no quisiera hacer.

—Vale, perdón. Pero ¿un folleteo y ya está? ¿Punto final?

—Claro. Ha estado muy bien, superbién, dejándonos llevar, pero ahora cada uno tiene que seguir su vida. Que bastantes problemas tiene él con lo que tiene.

—Ostras, es verdad, no me acordaba de lo de su enfermedad. Y, aún con eso, ¿te ha follado tan bien?

Le miro fulminándole.

—Perdón… ¿Os habéis follado los dos tan bien, el uno al otro

equitativamente, de igual a igual, pero tan bien?

No puedo con él.

—Pues sí, supongo. La verdad es que no me ha dado un respiro en todo el fin de semana.

Ahora es él quien levanta la ceja.

—¿Y no parecía débil o enfermo ni nada?

—En absoluto.

—A ver si va a ser todo mentira.

Tonia y Xec no parecen las mismas personas que vinieron la semana pasada. Han entrado a mi consulta con una actitud totalmente diferente, como rejuvenecidos. Se han ido directos a sentarse al sofá blanco y me miran expectantes y cogidos de la mano.

—Buenos días. Me encanta volver a teneros por aquí. Se os ve genial.

—Hola, Mariona.

—¿Cómo os ha ido? ¿Os ha ayudado la conversación que tuvimos el otro día? ¿Y el tratamiento de fisio?

Se miran entre ellos. Están decidiendo quién va a hablar. Tonia es la que toma la palabra.

—Mira, Mariona. Se lo hemos dicho a Roser.

—¿El qué?

—Que tendría que enviarnos a todos aquí.

Sonrío y me emociono un poco.

—¿Eso es que estáis contentos, entonces?

—Mucho. Es que, además de que está mejor, nos has quitado todo ese agobio que teníamos a la hora de mantener relaciones. Sobre todo, a él.

—Claro, es que ahora entiendo que no pasa nada si no se me pone un día dura, con perdón, que puedo hacer muchas otras cosas. Lo que decías de que siempre hay lengua, mano y más.

Xec siempre pide perdón cuando dice algo sexual. Eso es algo en lo que deberíamos trabajar también, pero lo dejaré para otro día.

—Muchas, y puede que hasta mejores.

—Sí, algunas mejores. Eso del placereado y la erotización, con perdón, me ha resultado muy interesante. Y las páginas que nos pasaste. He aprendido muchas cosas.

—Lo único es que…

—Dime, Tonia.

—A mí tanto juego me ha dado un poco de escozor. No creo que sea infección, pero me escuece. Este fin de semana ha sido… —mira a Xec y los ojos le ríen— un poco intenso.

Casi le digo que ya somos dos. Sonrío y saco de mi bolsillo un par de cremas de Naturbody.

—Ponte esta hidratante. Es mágica.

—Hola, Mariona.

—Isabel, ¿cómo estás?

Es mi última visita antes del descanso. Viene como siempre, de punta en blanco, y deja su bolso carísimo sobre la mesa.

—Pues mira, la verdad es que yo fenomenal, pero no he conseguido traerte a Aina.

—Si ella no lo desea, hemos de respetarlo.

—Pero es que a mí me gustaría que hablaseis, sobre todo, de lo de la vulva. Yo no quiero que se opere. Me parece que está un poco perdida. Si tú le explicases las cosas como son…

—Isabel, hemos de respetar su decisión, aunque no estemos del todo de acuerdo. Pero antes de que lo haga, te voy a pasar unas direcciones web y unas *instagrammers* que me gustan mucho para que se las hagas llegar, ¿vale?

Me levanto y voy al ordenador para enviarle los enlaces a su correo.

—Las había guardado en un documento para dárselas a ella, te las envío a tu *mail*. Reenvíaselo, por favor.

—Pero ¿y si, a pesar de eso, sigue empeñada en operarse?

—En la información que te paso se habla de vulvas, de lo maravillosas y distintas que son todas, y que no hay una vulva estándar ni mucho menos. También hay chicas que explican su experiencia, buena y mala, con la cirugía. Tu hija no es ninguna niña, aunque a ti te lo parezca. Si después de informarse de todo decide operarse, es su decisión y tenemos que respetarla. Eso sí, no la dejes que vaya a cualquier sitio.

—No, hablaría con Oriol. Supongo que le conoces, es el jefe de Plástica. Todo el mundo dice que es muy bueno. ¿A ti qué te parece?

Me he puesto nerviosa solo de oír su nombre, joder. A ver si se me pasa la tontería, que ya es lunes y la fantasía del fin de semana se ha acabado.

—Sí, sí. Es muy bueno. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido a ti?

—Espectacular. La verdad es que no tengo nada que decirte, creo que estoy hasta mejor que antes. Los dos libros me han encantado, pero el de tu prima Martina…, telita marinera. Me he comprado dos más de ella.

—Me alegro de que te hayan gustado.

—Pero, Mariona, si eres tan rápida con tus terapias, no vamos a

ganar un duro en la fundación. Tienes que ir más lenta, hacer más visitas y así cobrar más. Que si no, no eres rentable.

—Isabel, pero si yo…

—Era una broma. Ya me dijeron que no pillas ni una.

—¡*Bon dia*, Miquel! ¿Está Mariona?

Oigo la voz de Oriol en la puerta y asomo la cabeza desde detrás de mi pantalla. La boca que se le ha quedado a Miquel parece un buzón de correos. Oriol no espera su respuesta, entra en mi consulta y cierra la puerta con el pestillo. Me lo está diciendo todo con los ojos y yo se lo niego con la cabeza.

—Ni se te ocurra.

—Es tu hora de descanso.

—Nina ha dicho que no puedes acercarte a mi consulta.

—No, Nina ha dicho que no puedes tratarme, pero no ha dicho nada de venir a verte. Y, además, ya sabe que estamos liados.

Me rasco la cabeza.

—Pero pensaba que… Aquí no, Oriol. No es apropiado.

—Tranquila, si solo vengo a saludar, me gusta mucho hablar contigo y, además, tenemos que hablar de la radiofrecuencia.

Respiro aliviada. Qué susto me ha dado.

—Ah, vale. Pues precisamente estaba con el protocolo ahora mismo.

Y le señalo la pantalla del ordenador.

—A ver, quiero verlo.

Se levanta de la silla y se pone detrás de mí para ver bien la pantalla. Acerca su cabeza a la mía y, en cuanto lo huelo, ya noto cómo se me altera el pulso. Estiro los brazos para colocar la pantalla a su altura, y él aprovecha para meter las manos, como dos serpientes, debajo de mi camisa.

—¡Oriol!

—Es que se me van solas. Te huelo y me pongo como un toro.

Intento enfadarme, pero su cara… Es imposible no reírse.

—Sigue enseñándome el protocolo. Me interesa y yo soy capaz de hacer dos cosas a la vez. ¿Tú no? Me decepcionas.

Me río y abro el documento, aunque me cuesta mover el ratón de lo que me está temblando la mano. Ya empiezo a notar mucha tensión entre mis piernas. Él finge mucho interés en la pantalla, pero ya me ha desabrochado el sujetador, me está pellizcando los pezones y yo me estoy poniendo a mil. Joder, que es mi despacho y ahora mismo lo cogería, le quitaría la ropa y me lo tiraría sobre la mesa. ¿En quién me he convertido?

—Oriol. Paremos. No es el lugar. Ni el momento.

—Es tu hora de descanso. Cada uno descansa como quiere, ¿no?

Me da un lametón en los labios y me señala la mesa ginecológica.

—Ese sí es un buen lugar. ¿No te da morbo?

—Ni se te ocurra.

—Tienes razón. No podrías trabajar más. Te recordaría siempre a este dios del sexo y ya no conseguirías hacer ecografías sin ponerte cachonda.

Me intento aguantar la risa y me hago la ofendida.

—¡Oriol!

—Te voy a llevar a un sitio en el que tú no entras. Así no te creo ningún condicionamiento para tus futuras consultas.

—¿Qué sitio?

Como respuesta, me coge en volandas y me lleva al vestuario de los pacientes.

—Qué recuerdos me trae esto de llevarte en brazos, *Kampanilla*, pero ahora pesas el triple y no sé si voy a poder contigo.

—Vete a la mierda.

Me coloca en la repisa de obra donde están las toallas, y tira todas al suelo con el brazo.

—¡Oriol!

—Luego te las recojo, maniática.

No me ha dado tiempo ni a contestarle, porque ya se la ha sacado y me está bajando las bragas. Solo de ver cómo me mira, ya me he fundido entera y le he abierto las piernas buscándole. Entra en mí como si yo fuera de mantequilla y le agarro del pelo. Suelta un gemido ronco.

—La semana pasada me estaba imaginando esto.

—¿Esto?

—Sí, cuando te agachaste a por la toalla y te vi esas tetazas. Qué escondidas las tenías.

Le tiro fuerte del pelo enfadada.

—Serás capullo.

—Dios, me encanta cuando te enfadas.

Y empieza a moverse él ahora como un poseso. Le tapo la boca con la mano para acallar sus gemidos, aunque los golpes de mi culo contra la pared deben de oírse por todo el departamento. Solo cuando me quedo jadeando sobre él, después del orgasmo, me doy cuenta del escándalo que hemos montado. Joder. Nos han debido de oír hasta en la cafetería. Abro la boca para decirle que está loco y me la cierra con un beso.

—Me tienes un poco loco, Kampanilla.

—Eso es lo que te iba a decir.

Y le doy un lametón en los labios.

—Pero loco o no, vas a colocarme otra vez todas las toallas. Ya.

Aunque me llama dominanta y mandona, me ayuda a vestirme, coloca las toallas y sale de la consulta todo digno, dejándome sentada ante mi pantalla de ordenador, roja y totalmente despeinada.

—Hasta otra, Miquel. Me ha encantado repasar el protocolo de radiofrecuencia. Está muy bien diseñado, pero creo que volveré a pulir algunas cosillas más que me han quedado pendientes.

Miquel se descojona vivo y yo parezco el farolillo de un restaurante chino. Me cago en todo, el muy cabrón me va a machacar con esta visita toda la vida.

He olido su perfume antes de levantar la cabeza para verla. Pone su cara de circunstancias y yo no sé cuál de las mías elegir para saludarla. Para regocijo de Miquel, ha dejado la puerta abierta y veo su cara asomar desde la esquina, con las cejas como dos arcos de media punta.

—Hola.

—Hola, Nina.

—Me enviaste un mensaje.

—Y me dejaste en visto.

—Ya.

No le contesto.

—Me cabreaste mucho.

La miro y sigo sin decir ni media palabra.

—No empieces con esa mierda del silencio psicológico, dime algo.

—Es que no tengo nada que decirte. Me has dicho que te cabreaste y eso ya lo sé.

—Pues podrías decirme que tú te cabreaste también.

—Es que yo no me cabreé, Nina.

—Ah, ¿no?

—No. Yo me decepcioné. No tenías derecho a decirme eso.

—Ya.

—Me dijiste cosas horribles.

—Ya. Me pasé un poco.

—¿Un poco?

Se sienta delante de mí y suspira. Se retuerce un mechón de pelo.

—No es cierto.

—¿El qué?

—Lo que te dije. Solo era para joderte, porque estaba muy

enfadada.

—Pues me jodió. Mucho. ¿Contenta?

—No. No estoy contenta. Perdóname.

La miro de arriba abajo. La conozco. Lo está pasando fatal.

—Perdóname, Ona, por favor, no quiero que te vayas.

Y me coge las manos por encima de la mesa. Se las aparto.

—Ya, ya sé que no quieres: soy muy rentable.

—Que no, capulla, que no quiero que te vayas tú, coño, que se me fue la olla.

—Pero se te fue mucho, tía.

—Joder, es que me acababan de decir que Oriol se moría y que tú no habías dejado que se tratase.

—Eso no es verdad.

—Ya. Ahora sé que no es verdad.

—Pero pensaba que me conocías.

—Se me fue la olla. Me creí lo que dijo Bruna.

—Y a la niña esa, ¿desde hace cuánto la conoces?

Nos quedamos mirándonos sin decir nada. Ahora soy yo la que le cojo las manos.

—Nina, entiendo que te cabrearas, pero te pasaste un huevo. Y si te envié el mensaje es porque te quiero mucho, aunque seas una insoportable y te hayas portado como una hija de puta.

—Entonces me perdonas.

—Claro. Pero me jode mucho que desconfiaras de mí, como si no me conocieras.

—Perdona, tía, de verdad. Es que pensé…

—No soy tan rara, Nina.

—Bueno, lo de rara mejor lo dejamos estar. A friki solo te gana uno que me conozco… Por cierto, ¿lo de follártelo ha sido una venganza?

—Hostia, Nina.

—Es que… como no me has pedido permiso para follarte a mi marido…

—¡Nina! No es tu marido.

Se echa a reír.

—Que es una broma, joder, qué siesa eres. Como si te quieres follar a mi abuelo. Que te tires a Oriol hasta me hace gracia. Además, podremos comentar las jugadas y podré recomendarte… —deja de hablar al ver mi cara y se ríe—. Que es broma, gilipollas.

Se levanta a darme un abrazo tan fuerte que me deja sin aire. Lo necesitaba tanto que se me escapan un par de lágrimas y ella me las recoge con los dedos.

—Te quiero mucho, friki catalana. Oriol tendrá muchos defectos, pero tiene buen gusto y es muy buen tío. Además, veo que sigue

follando de vicio: te ha dejado sin rictus.

Miquel grita desde la entrada.

—¡Yo se lo he dicho el primero!

Las dos estallamos en carcajadas, y él vuelve a gritar más fuerte.

—¡Me encanta trabajar aquí!

18

Vamos a querernos, mi pequeño amor

Oigo vibrar un móvil. Abro los ojos y me deja ciego el sol que arrasa el cuarto. Pestañeo hasta acostumbrarme a la luz y sonrío al reconocer mi alrededor: me he vuelto a quedar a dormir en casa de Ona. Cuatro noches seguidas en la misma cama, estoy batiendo mi propio récord. El ruido de llamada ha cesado, así que me quedo un ratito más remoloneando. Qué gusto da dormir oyendo este rumor de olas, esta casa es un lujo. Anda que no es lista ni nada mi Hierbas.

De nuevo llaman. Ya me había quedado otra vez sopa. Sin levantar la cabeza de la almohada, alargo el brazo hacia la mesita y cojo el móvil. Miro la pantalla de reojo. Es Nina.

—Buenos días, Nina.

Vaya voz de cazalla que tengo.

—Hola. ¿Te he despertado?

—Sí, pero creo que ya me tocaba. ¿Qué hora es?

—Las once.

—La hostia.

No pensaba que fuera tan tarde. He dormido como un chaval.

—Bueno, Oriol, estás de vacaciones.

Es verdad, no me acordaba. Nina quería que pidiese la baja cuando se enteró de lo de la atrofia de mi cerebro, pero yo pasé. Como no sé si podré llegar a mis vacaciones, me las he cogido antes. Sienta mejor un modo vacacional que uno de baja.

—Sí, pero quería aprovechar para hacer algunas cosas.

—Pues yo te quería pedir una.

—Dime.

—Pero no te enfades.

—Joder, si ya empiezas así, mal vamos. Dispara.

—He estado hablando con el director del Hospital Central.

—¿De Barcelona?

—Sí.

—Es donde trabaja Joan, el hermano de Ona.

—A él no le conozco, pero a Pere sí, es el director. Coincidimos en el máster de Gestión.

—Sí, me acuerdo de él.

Un tipo muy agradable y colado por Nina. Me suena que se enrollaron en el máster y se quedó enganchadísimo de ella.

—Le he pedido que su jefe de Neurología valore tu caso.

—¿Y eso? ¿Te ha comido el coco Mariona?

—No, no. No hemos hablado de ti. Bueno, sí, pero no de eso.

—Vaya par de arpías, ya me estoy imaginando qué os habéis contado.

Nina se echa a reír. Ayer ya me dijo, feliz, que habían hecho las paces.

—Tranqui, Mariona es muy discreta para todo. No es como yo. Aunque tampoco me iba a sorprender con lo que me contarais, ¿no?

—Bueno, quizá sí te sorprenderías.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente.

—Pero ¿por ti, o por Ona?

—Por ella, me da mil vueltas.

—A ver si has dado con tu alma gemela.

Sonrío y me llevo la mano a la entrepierna.

—En el sexo, puede. Ona es alucinante.

—Uy, qué cariñoso ha sonado eso, a ver si te has enamorado.

—¡No! Nina, esto es solo sexo. Ya te lo dije.

—Sí, sí. Lo sé. Ella también me lo ha dejado bien claro.

No sé por qué eso me decepciona un poco. Debe ser la falta de costumbre, eso solo lo suelo decir yo.

—Sí. Lo tenemos muy claro los dos.

—Ya. De todas formas, es muy raro.

—¿El qué?

—Joder, que te folles a mi mejor amiga. Es superraro.

—Oye, que yo no me la follo: nos follamos los dos, el uno al otro y el otro al uno.

—Ya, ya. Pero me agobia un poco.

—¿Por qué? Somos tus mejores amigos. Antes nos odiábamos y ahora follamos: progresamos adecuadamente.

—Sí, pero si volvéis a odiaros, me dejáis otra vez en medio. Y eso es una mierda.

—Le propondré hacernos *follamigos* y todo arreglado.

—¿Y si os hacéis pareja?

—Es imposible, somos como el agua y el aceite. No nos parecemos en nada.

—Bueno, yo no creo…

—¿Qué te ha dicho Pere? ¿Tengo que ir a Barcelona?

—De momento, no, pero quería pasar tu historia al de Neuro. Y necesito tu permiso para eso.

—Claro, claro. Lo tienes.

—Te envío el consentimiento al *mail* para que me lo firmes *online*, ¿vale?

—Perfecto. Te lo envío en cuanto me arregle y encienda mi ordenador.

—¿No te molesta que le haya llamado?

—Qué va. Me parece bien una segunda opinión. Pero no pienso entrar en ensayos ni mierdas sin garantías, Nina. Recuérdalo.

—Sí, sí. Tú decides. No haré nada sin ti delante. Quedaremos con ellos cuando revisen tu historia.

—Gracias.

Cuando cuelgo, intento enviar un mensaje a Ona para contárselo, pero mi móvil muere. Otra vez me he dejado el cargador y me he quedado sin batería. Voy a mi casa a arreglarme y lo enchufaré allí.

Me hubiera gustado llegar otra vez a su rato de descanso, pero hoy estoy en modo relax y paso de correr. Me he duchado con tranquilidad, me he puesto guapete y he esperado a tener al menos un cincuenta de batería. Igual cuando llegue, ha acabado ya la consulta y nos podemos ir a comer juntos con Nina.

El *parking* está hasta los topes. Me ha tocado aparcar superlejos, así que estoy llegando al hospital en modo Mariona, caminando con la música puesta y viendo el paisaje. Qué rara y qué mona puede llegar a ser. En fin. Entro al departamento y lo primero que veo es su puerta cerrada. Miquel está en su mesa, contestando al teléfono. Me mira y se parte de risa. Joder, ayer lo debió de oír todo, me va a costar mantener la compostura delante de él. Me siento más digno que un rey en la silla que tiene enfrente y espero que termine de dar la cita que está concertando. Ona cuenta maravillas de su eficiencia y de lo que facilita el trabajo a todos. Deben ser muy amigos, se les ve muy cómplices. Cuelga el teléfono.

—Hola, doctor García.

—Oriol.

Mueve la cabeza de arriba abajo despacio, muy teatral.

—Hola, Oriol.

—Hola, Miquel.

—Ona no está.

—¿No está?

—Ha salido un momento. Porque supongo que vienes a lo de la radiofrecuencia.

Me mira con bastante sorna y su voz suena con mucha más.

—Exacto, a lo de la radiofrecuencia.

—¿A pulirlo un poco más?

Le están brillando los ojos de la risa. Será cabrón el tío. Intento

no sonreír.

—Sí, venía a pulirlo un poco más.

—Vaya, a Ona le va a quedar el protocolo divino.

Me tengo que morder el labio para no descojonarme. Se me está escapando una lagrimita por la esquina del ojo.

—Sí —digo con la voz entrecortada—. Me encanta que todos los protocolos queden perfectos.

—Lo sé. Lo dice todo el mundo.

—¿Qué dice?

—Que dejas los protocolos perfectos. Que arreglas y pules muy bien todo.

Miro al suelo apretando los labios. Estoy a punto de estallar en carcajadas. Me quito la lágrima de la esquina con disimulo. Joder con Miquel.

—Claro, me encanta hacerlo y, además, se me da muy bien.

—Eso también lo dicen todos. Y todas.

—No sabía que era tan famoso.

—Ni te lo imaginas.

Nos quedamos mirando. Más vale que cambie de tema.

—¿Y se puede saber dónde ha ido la dueña del protocolo que me gustaría tener ahora entre manos?

Se le ha escapado una carcajada, pero ha disimulado con un acceso de tos y me señala con el dedo hacia arriba.

—A su terraza.

—Pues voy allí. A por ella y a por su protocolo. Gracias, Miquel.

—Un placer. Una cosa…

—¿Qué?

—La puerta de la terraza no tiene pestillo.

Ahora soy yo el que se echa a reír. Qué tío. Me encanta. Como se descuide Ona, lo ficho para mi departamento.

Efectivamente, la puerta del escondite de Ona no tiene pestillo, pero hoy tampoco lo voy a necesitar. O eso creo. Al abrir, me la encuentro como el primer día que la vi aquí, con los ojos fijos en el trocito de mar del horizonte, y escuchando su música. En eso es bastante predecible.

Hoy no la he asustado. No sé si es que me ha olido o ha visto mi sombra, pero en cuanto he abierto la puerta, se ha girado sonriendo y se ha quitado los AirPods.

—Hola.

Le he respondido con un morreo en toda regla.

—Me vas a malacostumbrar, Oriol.

—Y aún no sabes lo que viene ahora.

Mira hacia la puerta preocupada.

—Aquí no hay pestillo.

—No hace falta.

Le muestro la bolsa que escondo en la espalda. Cuando la reconoce, se vuelve loca y me devuelve el morreo.

—¿De qué me lo has traído?

—De chocolate.

Es como una niña pequeña. Le abro su vasito de helado y clavo en el chocolate la cucharita de madera.

—Ten. Goza, mi vida.

Se parte de risa, coge un poco de helado y me lo acerca a los labios. En vez de tomarlo, le cojo la cucharilla.

—Gracias. Pero yo me he traído otro también, así que te lo devuelvo.

Me meto el helado en la boca, pero no lo trago y con la lengua llena de chocolate me voy a la suya. Ella me la estruja para quedárselo todo y después se relame. La miro en silencio, diciéndole de todo con los ojos.

—Oriol, que no hay pestillo.

—Vale, ya me calmo.

—Podrías traer luego un poco más de helado a casa.

—¿Me estás invitando otra vez a dormir contigo?

—Bueno, si te apetece. Es que esto del helado me ha dado ideas.

—A mí también. Y además estoy deseando que llegue el fin de semana para encerrarte en casa y no darte un respiro. Uy, ¿qué pasa?

Ha puesto una cara de circunstancias que me da miedo.

—Es que este viernes vienen mi hermano y mi sobrina a casa.

—Vaya, me han chafado el plan.

—Lo siento. Se me había olvidado decirte que venían.

—Ya puedes sentirlo, porque ahora voy a tener que hacerte antes del viernes todas las cosas que tenía planeadas. Yo te llevaré helado, pero tú llévate un montón de esas cremas hidratantes que usas o no vas a poder caminar.

—Oriol, que me estás poniendo nerviosa.

—Creo que nerviosa no es la palabra.

—¿Y cuál es?

—Hay para elegir. Ya sabes que yo leo mucha literatura.

—Demuéstramelo, experto en Romántica.

—La palabra más acertada sería cachonda. Pero también sería correcto acalorada, caliente, excitada, animada, juguetona, lúbrica, exaltada, perra, perraca… ¿Quieres más?

Se parte de risa.

—Para…, por favor

—¿Cuál eliges, entonces?

—Cachonda me gusta más.

—Pues cachonda te vas a quedar hasta que vaya a verte por la tarde, con tu helado. Mira que no haberle puesto pestillo, qué incompetencia.

Se enjuga las lágrimas y pasa la lengua por todo el fondo del vasito de helado para no dejar ni una gota de chocolate. Después empieza a darle vueltas con el pulgar a su anillo, como cada vez que piensa. A saber qué maldades tendrá ahora la cabecita de mi Kampanilla.

—Ese anillo es el de tu…

No sé cómo llamar al muerto, porque ex no es lo que toca, y marido ya no es.

—De Xavier, sí. Bueno, es el mío de casada, no el suyo. El suyo no lo encontraron. Solo la mochila con sus cosas.

—¿Tu mochila?

—Sí.

Ahora entiendo lo de la mochila remendada y cutre que arrastra siempre. El anillo tampoco se lo quita nunca, ni para dormir

—Le debías querer mucho.

Se queda un momento en silencio y mira el mar.

—Le quise, sí.

—¿Nunca has pensado en quitarte el anillo?

Le da un par de vueltas más, mirándolo.

—Sí. Pero significa muchas cosas. No solo es por él.

Me la quedo mirando, esperando que me lo explique, pero no lo hace.

—Me lo quitaré cuando sepa que voy a morir.

—¿Para tirarlo al mar?

Como tiene esa obsesión por el mar, es lo primero que se me ha ocurrido.

—No, al mar no, lo dejaría en algún sitio para que lo recogiera alguien y lo usara. Yo sí que me tiraría al mar. En mis voluntades he puesto que me tiren, incinerada o no, pero al mar.

—Yo también lo he pensado. Ayer, cuando tomábamos el helado en las rocas, pensé en que ese sería un buen sitio para morir.

—Sí, ese es el mejor sitio. Yo lo he pensado mucho… Algunas noches, me he tirado al agua y he estado un rato en el fondo pensando en lo bonito que sería morir allí.

Creo que ha pensado en voz alta sin darse cuenta de que yo estoy aquí con ella, porque se ha sobresaltado y me mira preocupada.

—Tía, eres una pedazo de friki. Pero no puedo estar más de acuerdo contigo.

Me derrito cuando me mira así. Le plantifico otro beso.

—Ona, ¿te apetece que nademos juntos esta noche?

Me ha besado antes de irse de una forma que casi se me olvida que no hay pestillo. Pero se tenía que ir. Le quedan aún un par de pacientes presenciales y por la tarde tiene una reunión con Lluna, su compañera de departamento, que ha vuelto por fin de no sé qué *training* de sus cosas alternativas. Yo me he quedado un ratito más en la terraza al sol, contestando mis mensajes retrasados.

Abril me ha escrito.

Bon dia, papi.

Solo era para saber si estás bien.

Disfruta de tus vacas.

Y pásalo bien con Ona :P

Le contesto dándole los buenos días y las gracias, que estaba sin batería y que iré a comer a casa, que nos veremos allí.

También tengo un mensaje de Joan, el hermano de Ona.

Bon dia, Oriol.

Te he enviado el programa del máster, este fin de semana voy a ir a la isla a casa de mi hermana, así que podríamos quedar y vernos.

Le respondo que me encantará quedar cuando quiera y que iré a buscarlo al aeropuerto.

No sé si Ona le ha dicho algo a su hermano de lo nuestro. Supongo que no y es lógico, total, él no vive aquí ni viene apenas, y esto nos durará poco. ¿Se acordará él de cuando me echó de su casa?

Guardo el móvil y me levanto. Voy a comprar postre para comer en casa de Nina. Iré a la heladería de nuevo y así mato dos pájaros de un tiro. Me van a hacer cliente del año.

Cuando salgo de la terraza, me topo de frente con Bruna. Está apoyada en la escalera con los brazos cruzados y un morro de tres palmos. Creo que me estaba esperando.

—Hola, Bruna.

—Hola.

—¿Me esperabas o qué?

—¿Ahora folláis en la terraza?

—¿Perdón?

—¿Tú te crees que soy imbécil?

—No, ni sé a qué viene esto. No tengo que darte ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer.

Se acerca y me coge de las manos. Se las aparto. Me pone

nervioso.

—Es una mala persona y no te das cuenta. Se está aprovechando de ti y de tu enfermedad. ¿Es que no lo entiendes?

—No. Me parece que la que no entiendes nada eres tú.

—Estás muy equivocado con ella, Oriol, y te lo voy a demostrar.

He llegado a Sol del Sur a media tarde. Me la he encontrado en el jardín, en posición de loto y mirando al mar.

—¿Qué haces?

—Respirar.

—¿Respirar?

—Sí. ¿Te apuntas?

—Claro, me sale muy bien, lo hago desde hace cincuenta y ocho años.

—¿Sí?

No me acostumbraré nunca a que no pille ni una. Qué cruz.

—Era una broma, quiero decir que respiro desde que nací.

—Ah. Pero no es eso.

Ni una gota de gracia le hace. A veces me parece de otro planeta.

—Supongo que te referías a lo de la respiración del yoga.

—Exacto. Como la del yoga, pero sin asanas, sin posturas.

—Vale. Venga, me apunto, me vendrá bien para relajarme.

—La respiración consciente no es solo para relajarse.

—Ah, ¿no? ¿Para qué más sirve?

—Para todo. Y todo bueno. Ven, siéntate aquí conmigo.

Me siento al lado de ella. Madre mía, qué bien huele.

—Solo con prestar atención a tu respiración, solo con eso, ya puede cambiarte la vida.

Ella es la que me lo está cambiando todo, así que respiraremos cuanto le apetezca. Me encanta en modo profe entusiasta.

—Respirar bien impacta mucho en salud, pero no nos enseñan nada de esto en la carrera. Y tiene más evidencia que muchas cosas, que lo sepas.

—No te lo voy a discutir, tranquila, nunca más discutiré contigo.

—Nunca digas nunca. No es científico.

—Vale, vale, científica, pero empieza a respirar, porque necesito relajarme, que te estoy oliendo y ya me estoy poniendo como una moto.

Me mira el paquete y se echa a reír al darse cuenta de que es verdad.

—Estás muy salido hoy.

—Sí. ¿Te digo sinónimos de salido?

Ya se me ha ido a otro mundo, dándole vueltas al anillo. Debe estar pensando en qué tipo de ejercicio de respiración va a enseñarme. Da un par de vueltas más y ahora se levanta y me da la mano para que yo lo haga también. De repente, se quita toda la ropa. No pierdo un segundo y me la quito yo, agarrándole esperanzado de las caderas.

—¿Ya no respiramos? ¿Vamos al lío?

Me da un beso suave en los labios.

—No, vamos a respirar. Hazme caso.

Pues habrá que hacérselo. Me dejo a arrastrar hacia sus sofás, a los que deja sin cojines para hacer una especie de trono de almohadones en el que me coloca, sentado, con las piernas abiertas y el mástil erguido sin bandera. Para una foto.

Ahora se sienta ella enfrente, me abre las piernas y se arrima a mí hasta abrazarme con ellas y colocar más almohadones a su alrededor. Más que respirar, me tiene jadeando.

—Kampanilla, que me vas a matar.

Ha puesto su vulva pegada a mi pene, pero no me deja entrar ni hacer nada.

—Quieto. Déjame hacer, anda. Confía en mí.

—No, si yo confío, pero este tiene vida propia. No sé si lo voy a poder controlar.

—Confía. Déjate llevar por mí.

—Llévame, llévame donde te dé la gana.

—Dame la mano y respira conmigo.

Pone mi mano en su pecho y la suya en el mío. Con la otra, me toca la cadera y se acerca hasta meter mi erección en ella. Ahí es donde yo quería estar. Pero insiste en que ni me mueva. Así que me quedo quieto y obedezco, inhalando y exhalando como me dice.

Respiramos y noto su corazón en la palma de mi mano. Respiramos desde la pelvis y mi corazón se va allí. Respiramos por la columna, y en la cabeza. Respiramos en un círculo que nos une y pasa por todos esos sitios. Respiramos sin parar, inhalando y exhalando hasta conseguir sincronizar nuestros latidos. Y, ahora, cuando más relajado estaba, voy y estallo en mil pedazos.

No puedo ponerle palabras a lo que nos ha pasado, joder, no sé si es que no las hay o que se me quedan todas cortas. Ya me había dicho ella que esto iba ser una pasada, pero yo pensaba que se refería a que me daría más placer o más excitación. Pero no, esto ha sido distinto, ha sido más. Como esa llama sagrada que arde pero no se quema. Me he vaciado del todo para llenarme otra vez. Sin tiempo ni espacio,

como en una de esas dimensiones de la película del doctor Strange. Y el orgasmo, joder, ha sido tan tarde y tan bestia que me he quedado en el limbo.

Quizá Kampanilla es una bruja, pero yo me dejaré encantar por ella cada día. Y que me esclavice si le apetece.

Después del cataclismo, nos hemos quedado abrazados sobre los almohadones del sofá.

—Esto es sexo tántrico, ¿no?

—No exactamente. El tantra es algo más complejo.

—¿Y qué es lo que hemos hecho?

—Respirar.

—Joder, Ona. Ha sido más que eso.

—Respirar es mucho más de lo que crees. Es todo, es la esencia de todo. Si lo usas bien, haces que todo cambie.

—Desde luego.

Nos volvemos a quedar en silencio. Le beso los párpados.

—¿Esto lo hacías con Xavier?

—Sí.

—¿Y qué tal?

Se gira hacia mí riendo y me planta un beso.

—¿Quieres que te puntúe? ¿Ya estamos con el ego del machito ibérico?

—No, no es eso. Es que…

—No voy a hacer comparaciones. Cada persona es distinta.

—Vale. Pero ¿he aprobado?

—No es cuestión de nota. Oriol, tú me gustas mucho y la experiencia ha sido una pasada. Pero no es algo que dependa solo de la compañía, es, sobre todo, de uno mismo. Si tú lo has pasado bien, no es por mí, es por ti.

Pues yo debo estar de puta madre, diga lo que diga mi resonancia, porque para mí ha sido la hostia. Pero me hubiera gustado que me dijera que conmigo ha sido el mejor de su vida. Si, como me dijo Nina, el marido era más hierbas que ella, en esto debían ser la pera. No debería tener celos de un muerto, pero me da un poco de envidia.

—¿Cómo le conociste?

—¿A Xavier?

—Sí.

—En el Human Rights.

—Anda, como a mí, en un concierto del Último.

—No. A ti no te conocí en un concierto del Último.

—¿Cómo que no?

—A ti ya te conocía de antes de Studio 54. Te tenía bastante fichado.

Ahora me ha dejado a cuadros.

—¿Me perseguías? ¿Con quince años?

—Es la edad de perseguir. No lo voy a hacer con treinta.

—Bueno, si yo te contara lo que hacen las de treinta…

Pienso en Bruna, claro.

—Me tenías un poco loca, con esa cresta y esa ropa punki que llevabas. Te había visto en varios conciertos y estaba totalmente enamorada de ti: ya sabes, la adolescencia y las hormonas.

La adoro. Con eso ya lo ha arreglado todo. Ahora ya me da igual cómo follara su marido, o si se ha tirado a Rocco Siffredi, yo fui el primero del que se pilló.

—Bueno, y que yo siempre he estado muy bueno, chica, no me quites mérito.

—No te lo quito. Sí que estabas muy bueno.

Me la como.

—¿A Xavier también lo perseguiste?

Vuelve a ponerse a dar vueltas al anillo.

—No, a él no. Yo no le había visto nunca hasta esa noche.

—¿Y te liaste en el concierto con él también?

Se echa a reír.

—¡No! Eso solo pasó contigo.

Bien. 2-0 para mí.

—Un amigo me lo presentó en el concierto, cuando se enteró de que él también estaba en Oxford, haciendo Medicina.

—Anda, en Oxford también. ¿Y no os conocíais de allí?

—Oxford es un poco más grande que esta isla, Oriol.

—¿Me estás llamando paleto?

Se desternilla y se abraza a mí.

—Un poco, sí.

—Hostia, Ona, pero por muy grande que sea Oxford, si los dos sois de Barcelona y los dos hacéis Medicina, podíais haber coincidido.

Se sigue riendo de lo ofendido que estoy.

—No, yo aún no había empezado la carrera, y él era de Girona. No teníamos nada en común.

—¡De Girona! Ah, por eso acabasteis allí.

Ahora se le ha cortado la risa de golpe.

—Sí, acabamos allí. En realidad, todo acabó allí.

No entiendo a qué se refiere, pero se ha quedado tan sería y lo ha dicho de una forma tan triste que se me agita el alma y siento que la tengo que abrazar mucho más fuerte. Y lo hago.

19

El beso de tu voz en el alma

Me he deslizado muy despacio hasta el suelo para no despertarlo. Ni siquiera se ha movido el edredón cuando he salido como una serpiente, pero él ha debido notar algo, porque al instante se ha desplazado al hueco que he dejado para abrazar mi almohada. Pero qué mono es. Ahora pensaba que iba a abrir los ojos y decirme algo, pero no, sigue absolutamente grogui.

El sol ha asomado hace rato, pero no me podía despegar de él. No quería. Me voy a preparar un café. Tengo que espabilar e irme pitando porque hoy hay un montón de trabajo. Lleno una taza de mi droga favorita y me vuelvo a la puerta de la habitación con ella en la mano. Míralo, duerme como un bebé grande. Cómo le voy a echar de menos cuando nos cansemos de follar. Y nos hartaremos pronto, lo sé, los dos lo sabemos. Las neurohormonas que ahora nos llevan locos tienen fecha de caducidad, unos pocos meses a lo sumo. Y entonces llegará ese momento en el que su voz ya no me besará el alma, no nos excitará vernos ni olernos, y si se nos ocurre empeñarnos en seguir, aparecerán los defectos. Yo me cabrearé por su desorden y sus convencionalismos. Él se enfadará por mis manías y porque no entiendo sus bromas. Y nos gritaremos y nos odiaremos.

Al menos, él no me podrá dejar embarazada. Bueno, ahora ya ni él ni nadie, claro. Pero seguro que se nos ocurre alguna excusa para continuar intentándolo y la liamos. Quizá deberíamos cortar antes de que pase eso y empezar a follar solo de vez en cuando, sin tanta intensidad. Ser *follamigos*. Se lo tengo que proponer. Así, igual, no lo pasamos tan mal después. Voy a tomarme otra taza.

Creo que, en realidad, lo que me apetece repetir no es el café, sino verle. Cuántas veces he soñado despierta con volver a sentir esto. Me pasaría toda la mañana mirando cómo duerme. Ahora se ha destapado del todo y no deja nada oculto a mi vista. Le doy otro sorbo a mi taza de café. Podría llamar a Miquel y decirle que estoy mala y que no voy. Me quitaría la ropa y volvería a la cama a frotarme con él hasta impregnarme toda con el perfume de su cuerpo. O despertarle de otra manera, a besos o metiéndome… Joder, más vale que me vaya o no me va a quedar otro remedio que quedarme.

Lavo la taza, la seco y la dejo en su sitio. Se me ocurre pedirle a Miquel que avise a mantenimiento para poner un pestillo en la puerta

de arriba. Seguro que hoy viene a verme de nuevo. Ya me lo imagino haciéndome de todo en la terraza del hospital, entre paciente y paciente. No, mejor no pongo pestillo.

Cuando estoy a punto de cerrar la puerta, pienso en Bruna. No me creo su diagnóstico, es imposible que Oriol tenga una atrofia multisistémica. Ya sé que el cerebro se adapta a todo y es imprevisible, pero su cuerpo funciona de maravilla y se le han quitado todos los signos de enfermedad que tenía aquel primer día en mi consulta. Me crean o no, lo que sea que tuviera, ya no lo tiene.

Mierda, qué tarde se me ha hecho. Más vale que me vaya o no voy a llegar a la sesión con Lluna. Cierro la puerta de casa con cuidado y me pongo los auriculares. Los vecinos han debido alquilar el chalet, porque hay un coche negro nuevo aparcado delante. Miro al cielo, parece que va a llover, pero el día sigue siendo precioso. Soy muy feliz. Más que nunca.

Dejo atrás el camino de piedras de la urbanización y me pongo en el arcén de la izquierda de la carretera. He de acelerar más el paso o Miquel se preocupará porque nunca llego tan tarde. Pienso en enviarle un mensaje, pero no puedo perder el tiempo parándome a escribir. Además, ya empiezan a caer gotitas, creo que va a diluviar, pero me da igual: ni siquiera me pongo la capucha. Canturreo lo último de Manolo García y acaricio con la mano izquierda los dientes de león que huyen de la pared seca y se están empezando a mojar. Me empapan la mano y la huelo. Todas las plantas huelen mejor cuando llueve. Joder, estoy como drogada, benditas neurohormonas. Me da igual llegar tarde, que llueva o que se caiga el mundo. Ahora mismo en mi cabeza solo hay una cosa y se apellida igual que mi cantante favorito.

Al doblar la primera curva, le veo de espaldas. Lleva el gorro negro embutido y una sudadera de Open Arms. Los vaqueros parecen buenos, pero le quedan enormes. Debe vivir por aquí cerca. Le hago una seña con la mano.

—¡Hey! ¿Hola? ¡Hey!

No se gira. Vuelvo a gritarle y voy corriendo hacia él, pero no me oye y desaparece en la entrada de una casa. Ya lo decía yo, no es ningún acosador, merodea por aquí porque es un vecino. Debe haberse trasladado hace poco a la zona. Al pasar, me fijo en el recinto en el que se ha metido y memorizo el número de la casa. No se ve a nadie. A la vuelta me pararé y entraré a ver quién vive aquí. Yo creo que sí que le he visitado alguna vez, porque algo en él me resulta muy familiar.

Miro el reloj. Con la tontería de espiar su casa, se me ha hecho aún más tarde. Subo el volumen de la música y empiezo a trotar un poco al ritmo de la batería. Si corro, en quince minutos, llego. La cancelación de ruido de mis AirPods me impide escuchar el grito de advertencia de los chicos. Tampoco el rugido del motor del coche que se está lanzando a por mí.

No me ha dado tiempo a sentir el golpe. Los auriculares han salido volando al mismo tiempo que yo, que he sido lanzada con fuerza contra la pared seca del camino. He visto cómo se acercaban las piedras a mi cara y, antes de que todo se hiciera negro, un chasquido de huesos y un ruido de motor acelerando.

Creo que ha pasado mucho tiempo. Oigo gritos que no entiendo y abro los ojos. Joder, me duele mucho la cabeza y tengo la cara y el cuello empapados.

—¡Está viva! Tranquilo, tío, ella también está viva.

Me giro al murmullo de voces de mi derecha. Dos chavales hablan con un hombre tendido en la carretera. Está hecho un desastre. Creo que nos ha atropellado un coche a los dos. Me intento incorporar y una chica me lo impide. Debe tener veinte años, lleva el pelo rapado y va vestida de ciclista, como los otros dos chicos. No me había dado cuenta de que estaba a mi lado.

—¡No! No te muevas hasta que no llegue la ambulancia. Ya la hemos llamado.

Murmuro que soy médica, como si eso me hiciera inmune a algo, pero no surte efecto. Me sujeta apretando mis hombros contra el suelo.

—Tu amigo te ha salvado, ese coche se te iba a tirar encima.

Pestañeo y la vuelvo a mirar. No entiendo nada. ¿De qué está hablando? ¿Mi amigo? Me vuelvo a girar hacia la carretera. Yo no caminaba con ningún amigo. Entorno los ojos y reconozco su sudadera roja, es nuestro misterioso paciente.

Vuelvo a intentar incorporarme y ella insiste en sujetarme.

—No. Tenéis que estar quietos hasta que llegue el 061. No se puede mover a los accidentados.

Vuelvo a cerrar los ojos. Tengo la esperanza de que esto sea una pesadilla. Pero los chicos empiezan a gritar de nuevo.

—¡Se ha desmayado! Anna, ¡se ha desmayado! Tía, que este se muere.

La chica me suelta para ir hacia ellos y yo aprovecho para incorporarme un poco y mirar a mi supuesto salvador. Un par de coches se han parado en la carretera y han puesto los triángulos de

advertencia. Se está acercando mucha gente. Un señor me grita.

—¡No se mueva, no se mueva!

No le hago caso y empiezo a gatear hacia el herido. Gimo de dolor al primer paso, joder, me duele todo el cuerpo, pero, sobre todo, la cabeza.

Le han puesto de lado y me da la espalda. Me acerco un poco más. Me duele tanto la cabeza que voy a vomitar. El hombre tiene las piernas destrozadas. Hay un montón de cristales rojos en el suelo. Agarro su hombro y le pongo bocarriba para ver si respira. Todos me gritan escandalizados al ver lo que hago. Todos menos la chica.

—Es médica —dice ella.

Ha debido decir la palabra mágica porque se hace el silencio y yo puedo comprobar que el herido late y respira.

Le doy unos golpecitos en la mejilla.

—¡Hey! ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

El hombre suelta un gemido de dolor y abre lentamente los párpados. Todo el mundo suspira aliviado menos yo, que, de repente, dejo de respirar. Porque cuando el herido abre los ojos y los fija en los míos, se me congela la sangre y no entiendo nada. Miro a los chicos un momento, como si ellos pudieran explicarme algo, y vuelvo a hundirme en sus ojos azules. ¿Por qué este hombre tiene sus ojos?

Y, entonces, me sonríe y la cabeza me estalla. Se me llenan los ojos de lágrimas y niego. No puede ser. Él agarra mi mano y me susurra antes de volver a desmayarse.

—Perdóname, Ona.

—Joder, Xavier, joder.

Me tienen que arrancar las manos de su pecho. Cuando entró en parada, empecé a reanimarlo y no he podido parar hasta ahora. Estoy sudando a chorros. No me ha importado toda la cantidad de gente que se ha ido arremolinando, dejando un círculo vacío, de miedo o respeto, entre nosotros. Tampoco he parado al oír llegar a la ambulancia, ni cuando los chicos le explicaban a Cesc lo que había ocurrido.

—No ha sido un accidente, nosotros lo hemos visto desde el desvío.

—El cabrón ha acelerado a por ella.

—Y el señor de Open Arms se ha tirado en plancha para salvarla.

—Como un portero de fútbol.

—Sí, pero el coche le ha pasado por encima.

—Le ha aplastado todo, ha sido horrible.

—Y, ahora, ella le ha salvado a él.

—Ella es médica.

—Pero está sangrando mucho.

Suplico al médico del 061 que me suelte las manos.

—Para ya, Mariona, que ya tiene latido. Estate quieta, por favor. Déjanos a nosotros.

—No puede morirse otra vez, Cesc. No puedo permitirlo.

Tengo los ojos llenos de lágrimas, pero no las dejo salir.

Cesc me mira de arriba abajo preocupado y me toma el pulso. Se gira a sus compañeros.

—Lleváosla vosotros, está en *shock*. Yo me encargo de este.

No consiguen arrastrarme, me resisto como una loca porque no me quiero separar de él. Pero cuando me ponen de pie, lo empiezo a ver todo rojo. Me doy cuenta de que lo que me cae a borbotones de la frente no es sudor, sino sangre. Y dejo de luchar porque vuelvo a quedarme inconsciente.

Suena un monitor. La frecuencia cardíaca es rítmica pero acelerada, a unos cien latidos por minuto. Cuando me doy cuenta de que es la mía, abro los ojos y el ritmo se acelera tanto que hace pitar la máquina. Me incorporo de golpe y se me escapa un quejido. Estoy en la cama de un box de observación de Urgencias. Dios, me estalla la cabeza y la cara me está doliendo horrores. Me la intento tocar, pero está cubierta por un vendaje.

Miquel me empuja por los hombros para que me vuelva a acostar.

—Ona, quieta, te acaban de coser la frente, menuda hostia te has dado.

Le miro como borracha, me miro el brazo y después el soporte al que estoy unida. Tengo una vía puesta y me están pasando un suero a chorro. Intento hablar, pero no puedo mover los labios. Se me escapa un gemido que me da pena hasta a mí. Le susurro:

—Miquel, ¿qué hacemos aquí? ¿Y la consulta? Voy a llegar tarde.

—Joder, deja la consulta tranquila, te lo he anulado todo. Has tenido un accidente.

De repente, me acuerdo de todo. La carretera, la lluvia, la pared seca. ¡Sus ojos!

Me vuelvo a intentar levantar y Miquel vuelve a empujarme.

—Que te estés quieta, que llevas un zurcido en la cara y has perdido mucha sangre.

—¿Dónde está Xavier?

—¿Qué Xavier?

Me mira como si estuviera loca.

—Xavier. Me salvó. Estaba conmigo en la carretera.

—Ah, el que te sacó de la carretera. No sabía que se llamaba Xavier. En Politrauma. Al pobre le ha pasado el coche por encima.

Me levanto de la cama otra vez, quiero ir a verlo, pero las piernas no me aguantan. No me caigo al suelo porque Miquel me sujeta.

—Quieta, Ona, por favor. Que si no, te van a meter otro chute. Dicen que te has puesto como una loca en la ambulancia por el golpe en la cabeza.

Mierda, me acuerdo. Creo que he pegado a uno de los médicos. O a todos. Creo que a todos.

—Tengo que ir a verlo.

—Ona, le están estabilizando, déjales currar.

—Es Xavier. Me salvó.

—Ya me lo has dicho, Ona. Descansa, luego preguntamos.

No lo entiende. No sé cómo explicárselo. Se cree que estoy loca por el golpe en la cabeza.

—Que es Xavier. Xavier es el que me salvó.

Me mira con pena y me da la razón para que me calle.

—Ya, cariño. Que sí, que es Xavier.

Joder, no hay manera de que lo entienda. Le muestro mi anillo y le doy dos golpes con el dedo.

—Xavier, Miquel. Xavier. Que es Xavier. Que ese tipo es Xavier. Mi Xavier.

—La hostia puta. Vamos.

Me ha obligado a ir en una silla de ruedas, aunque creo que podría caminar perfectamente. Con tal de que me acerque a ver a Xavier, me dejo llevar a cuchos si hace falta. Pero no me ha llevado a Politrauma, Miquel ha empujado mi silla hasta el despacho del médico de Urgencias, que nos ha mirado al entrar con cara de asesinato.

—Cesc, o te la traía, o me mataba.

Creo que lo ha entendido. Estoy segura de que él habría hecho lo mismo en mi lugar, los médicos somos los peores pacientes y los familiares más insoportables. Sobre todo, en Urgencias. Y si no me comprende, me da igual, yo no me voy del despacho sin que me explique cómo está Xavier y me deje entrar a verlo.

Y sí, lo ha hecho. Nos ha explicado a los dos que ya lo han conseguido estabilizar, pero que no lo van a llevar a la UCI.

—No se llama Xavier, Mariona, sino Narcís. Narcís Martí Roig.

Al oírlo, se me escapan un par de carcajadas. Ha elegido

nuestros segundos apellidos y las fiestas de Girona. Cesc me mira preocupado, cree que me he vuelto loca. Realmente, mi risa ha sonado como de brote psicótico.

—Mariona, ¿estás bien?

—Sí, sí, tranquilo. No se me ha ido la olla. Es que no se llama así, pero lo que ha elegido por nombre me ha hecho mucha gracia.

Creo que lo he empeorado más. Cesc mira a Miquel consternado. Y la cara de Miquel no es que se diferencie mucho de la suya.

—En teoría, el TAC está bien, debe ser todo del golpe.

Me enfado un poco.

—¡No es el golpe! ¡No estoy loca ni en *shock*! Estoy orientada y consciente, coño. En mal estado general porque me duele la puta cara, pero tengo bien la cabeza. Hostia.

—Tranquila, Mariona.

—Le conocía, le conozco. Ese es un nombre falso. ¡Ese hombre es mi marido!

No me creen. Creo que ni Miquel me cree en el fondo, porque me sigue mirando con mucha pena. Insisto.

—Su nombre es Xavier. Xavier Gómez Martí.

—Ona, el DNI que llevaba dice Narcís y su historia cuadra con el TAC, es un paciente terminal de Onco. Tiene historia en el hospital.

Dejo de insistir porque ahora me ha matado de pena.

—¿Terminal?

—Sí, este hombre ya estaba muy mal antes del atropello. Pero esto ha sido la guinda. Por eso no va a ir a UCI.

Me pongo a llorar desconsolada. Miquel me abraza y yo le doy un manotazo, no quiero que nadie me toque. Intento cubrirme la cara con las manos, pero no puedo ni rozarla de lo que me duele.

—Ona, Ona.

Miquel no sabe qué hacer, al final, le dejo abrazarme, pero eso no hace más que empeorar las cosas, porque entonces lloro más. Lloro como si en ello me fuera la vida, que en realidad se me va. Medio servicio de Urgencias nos mira desde la puerta, y me da igual. Se me va a partir el pecho por la mitad de la angustia que tengo.

El compañero al que he pegado en la ambulancia entra con una *tablet*. Me mira y me sonríe.

—Perdona, lo siento.

—Tranquila, no pasa nada.

Le tiende la *tablet* a Cesc, que lee algo, levanta las cejas y después me mira. Se acerca y se agacha para hablarme a la altura de la silla. Me coge de la mano.

—Ona, lo vamos a subir a planta para que pase sus últimas horas. Allí podrás estar con él.

Asiento. Le doy las gracias. Me estoy muriendo de pena, pero iré

con él.

—Lo que me acaban de pasar es su documento de últimas voluntades. Tiene firmada una no reanimación. No lo sabíamos, ni tú ni yo, pero ahora, cuando entre en parada otra vez, que lo hará, no podremos hacer nada. Nada.

Vuelvo a asentirle. Es lógico. Xavier ya tenía un *do-not-resuscitate* firmado cuando estábamos en Oxford.

—En el documento completo pone a quién deja de familiar responsable de sus últimas voluntades.

Miro a Cesc. Ya sé lo que va a decir. Lo tengo muy claro.

—Mariona Muscat Roig. Te había nombrado responsable a ti, Ona.

20

Quiero estar donde tú estés

Su consulta está vacía y Miquel tampoco se encuentra en su puesto. Me imagino que, aunque está medio lloviendo, habrán ido a su rinconcito en la terraza, así que subo allí con mis helados. Hoy le he traído uno a Miquel, va a flipar. Abro la puerta sonriendo y dispuesto a soltarles una broma, pero allí no hay nadie. Qué extraño. Vuelvo a bajar al departamento de Integrativa y entro hasta el fondo. Todas las puertas están cerradas. En una de ellas, se oye una especie de música de ambiente de esa que pone siempre Ona, igual es que hoy ha cambiado de consulta. Llamo con un par de golpes de nudillo. Se abre la puerta y asoma una médica de ojos claros. Me suena mucho de verla por el hospital, pero no sabía que trabajaba aquí.

—¿Hola? ¿Tenías hora?

Tiene una vocecita dulce y musical. Me relajo solo de oírla. Sonrío y ella ladea su cara pecosa de duende.

—Hola, buscaba a Ona.

—Ona no ha venido hoy. ¿En qué puedo ayudarte? Me llamo Lluna y trabajo con ella en el departamento.

Casi se me escapa la risa. Me ha parecido que iba a decir que trabajan en el departamento de magia. Me recuerda mucho a un personaje de Harry Potter o de cualquiera de esas series de niños mágicos.

—Encantado, Lluna, no habíamos coincidido. Yo soy Oriol, soy el jefe de Plástica.

—Es verdad, me suena haberte visto en la cafetería.

—Sí, tú también me sonabas, pero no te ubicaba aquí.

Y no entiendo cómo no lo había imaginado, porque este ser no podría estar en otro departamento que este, el de magia. Me parto. Se lo tengo que contar a Ona.

—Dime, Oriol, ¿en qué puedo ayudarte?

Ya ha vuelto a ladear la cabeza. Madre mía, parece que vaya a agitar las alas o a levitar en cualquier momento. Miro a su consulta, llena de mandalas. Huele tanto a incienso que me estoy colocando.

—Gracias, eres muy amable, pero no es nada médico, solo venía a saludarla.

—Ah, pues no sé dónde puede estar, lo siento. Yo tenía apuntada una sesión con ella hoy, pero no ha venido.

—¿Y Miquel?

—Miquel sí que ha venido, pero le han llamado de Urgencias a primera hora y no ha vuelto. No sé, no me ha llamado.

Esta mujer vive en otro mundo. Creo que no se entera de nada. A ver si no va a ser incienso lo que estoy oliendo.

—¿Y sus pacientes? Los pacientes de Ona. ¿No tenía hoy consulta?

—Pues no sé. No ha venido nadie. Bueno, sí, una médica de Onco, o de Neuro. Me la he encontrado en el despacho de Mariona, buscando algo que se había dejado el otro día, pero no lo ha encontrado. Al final no me ha dicho su nombre.

—Esto es muy raro. Voy a llamarla. Gracias, Lluna.

—Un placer.

Y se vuelve a meter en su consulta. Me da la sensación de que sus pies no tocan el suelo. Dejo la bolsa de los helados en la mesa de Miquel y saco el móvil. Estoy un poco intranquilo, tengo la sensación de que ha pasado algo malo. Escribo a Mariona. No contesta. La llamo. Tampoco. Vuelvo a marcar. El contestador. Cada vez estoy más nervioso. Telefoneo a Nina.

—¿Qué pasa?

—Nina, ¿tienes el teléfono de Miquel, el del departamento de Mariona?

—No, pero estará por aquí, ¿por qué lo quieres?

—Igual es una tontería, pero me estoy agobiando un poco. No sé qué ha pasado, pero no están ninguno de los dos en el departamento, Mariona no me coge las llamadas y Lluna me ha dicho que Miquel se ha ido a Urgencias esta mañana y no ha vuelto.

—Es raro, sí. Incluso de ellos. Deja que le diga a Cati que me pase el teléfono.

Oigo el ruido de sus tacones alejándose, hablar con su secretaria y después volver.

—Te está enviando su contacto al móvil. ¿Dices que ha ido a Urgencias?

—Sí.

—Espera que mire. Voy a ver cómo están de ocupación. Te pongo en altavoz.

—Vale.

La oigo arrastrar la silla y luego teclear.

—No ha habido mucho movimiento esta mañana en Urgencias, el panel está casi vacío. Un par de banales y dos traumas en boxes. Los nombres ya sabes que no se pueden ver. Déjame ver el 061. Solo han salido a un tráfico esta mañana, con dos heridos, uno grave. No sé si serían familiares de Miquel, tampoco puedo ver los nombres. Hostia. Joder.

—¿Qué?

—El accidente ha sido en la carretera de Sol del Sur.

Le cuelgo el teléfono y echo a correr hacia Urgencias. El corazón se me va a salir del pecho. Ahora necesito alas, no corazón.

Nina y yo llegamos a la vez a la puerta de Urgencias y no hace falta que nos digamos nada: cruzamos el pasillo corriendo y entramos en el despacho común de los médicos como dos huracanes. Todos dejan de teclear y se giran.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está Ona?

Todas las miradas se dirigen a Cesc, que se nos queda mirando a los dos sin saber qué decir.

—Oriol. Nina. Yo no puedo… No podemos…

Lógico. Nuestra directora-gerente lleva una buena temporada machacando con el rollo de la confidencialidad y la protección de datos. Sin cesar. Nos ha hecho varias pruebas sorpresa, de esas para pillar, y Cesc debe de pensar que le estamos haciendo otro, así que no va a decir ni Pamplona. Fantástico. Vivan las moderneces de la dirección.

Miro a Nina con cara de mala leche. De eso sirven sus chorradas. Me pone los ojos en blanco, se da cuenta de lo que está pasando y toma el mando. Afortunadamente, nadie miente como ella.

—No es ningún examen, Cesc. Sabemos que Mariona estaba en el accidente. Nos lo puedes decir todo.

Cesc se cruza de brazos y niega rotundo.

—No, no puedo.

Nina suspira, me mira de nuevo pensativa y vuelve al ataque.

—A los familiares puedes decírnoslo.

—Ya, pero vosotros no sois familia de Mariona.

—Yo no, pero soy su mejor amiga. Y él sí que es familia. Oriol es su pareja. No están casados, pero viven juntos en Sol del Sur. A él sí que le tienes que informar.

No sé quién de la sala se ha quedado con la cara más flipada al oírla. Cesc me mira interrogante, y yo muevo la cabeza de arriba abajo.

—Sí, sí. Vivo con ella en Sol del Sur. Pero justo esta mañana me quedé en casa, ella se fue andando. Si la hubiera llevado en coche…

No estoy mintiendo en nada, de hecho, lo del coche lo llevo pensando un buen rato. Cesc lo da por bueno.

—Ella siempre viene andando, Oriol. No te eches la culpa.

—No sé. Tenía que haber estado con ella.

—Tranquilo, Mariona se ha llevado un buen golpe, pero está bien. No sabíamos a quién llamar, la ha acompañado Miquel todo el rato. ¿Os ha llamado él?

Nina asiente, la cabrona. Yo contengo la respiración.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—Un atropello. Al parecer, la iba a arrollar un coche que iba como un loco. Su acompañante la ha empujado para evitarlo y se ha llevado la peor parte.

—¿Y ella?

—Se ha estampado de cabeza contra la pared seca y se ha abierto entera la frente. Ha perdido bastante sangre, pero ya está suturada. Se ha agitado mucho, muchísimo. Pero el TAC está bien.

Mi suspiro de alivio se ha oído por toda la sala.

—¿Y el otro?

—Ese no creo que salga, pobre. Es un paciente terminal, con un cáncer hepático muy avanzado y las heridas son graves.

—¿Dónde están? ¿Dónde está Ona?

—Ha subido a planta. Miquel está con ella. Yo quería ingresarla en el box de observación, sobre todo, por el brote de agitación que ha hecho, pero se ha negado, quería irse a la habitación con Narcís, o como se llame. No creo que ese hombre pase de la noche.

—¿Y el conductor?

—Ni se ha parado. Unos chavales lo vieron todo, pero no pillaron la matrícula.

—Qué cabrón.

—Ya ves.

Nos hemos sentado en la sala de espera de la planta. Hasta que no salga de la habitación la médica de guardia, hemos de esperar aquí. No voy a protestar, ahora ya estoy más tranquilo.

Abro su bolsa remendada. Me la han dado a mí, con sus malditos AirPods. Los tiraría a la basura ahora mismo. Si no fuera por esa mierda de cancelación de ruido, seguro que no la habrían atropellado. Le voy a regalar unos de esos que se ponen por fuera de la oreja porque estos son un peligro. Aquí está el estuche vacío, tiene todo tan ordenado como su casa, aunque tampoco es que tenga muchas cosas en la mochila, mi niña minimalista. Guardo los auriculares en su sitio. Nina habla a mi lado con Cati para que anule la reunión que tenía esta tarde.

Saco la *tablet* de la mochila, tiene toda la pantalla resquebrajada del golpe. Nina ha colgado.

—Se ha quedado sin iPad.

—Eso es lo de menos.

—Sí, desde luego.

La vuelvo a guardar en la bolsa, veo que tiene la cartera intacta, las llaves y el móvil. El móvil ha tenido suerte, estaba en un bolsillo protegido con un paquete blandito. Joder, si son las bragas enanas que le regalé, la tía las lleva en la mochila. Pero qué rara puede llegar a ser. Desbloqueo el móvil. 123456. La he visto poner la contraseña, Ona es la persona más hackeable del mundo. Si hasta deja las claves en *post-its* pegados al ordenador de su consulta. Tiene mil llamadas perdidas mías y un mensaje de texto de esos que le envían. No sé por qué no los denuncia. Dice «vas a morir, puta». Pues vaya día para decírselo hoy, la verdad. Se lo enseño a Nina, que flipa al verlo.

—Si ella no los denuncia, lo haré yo. Amenazar a un sanitario es delito.

Guardo el teléfono en el mismo bolsillo, junto a mis bragas. De repente, me acuerdo.

—Nina.

—¿Qué?

—Habría que llamar a Joan.

—¿No lo tendría que hacer ella?

—No sé si está para muchas cosas.

—¿Él sabe lo vuestro?

—No. No creo.

—Ya le llamo yo.

—Mejor.

—Pásame su contacto.

Está llamándole, pero cuelga al ver a Miquel salir de la habitación con una botella de cristal vacía en la mano. Está claro que va a rellenarla para ella, cualquiera se atreve a darle algo de plástico. Me acerco a darle un abrazo.

—Nos acabamos de enterar, Miquel. Vaya susto.

—Hola, Oriol. Joder, sí.

—¿Está bien?

—Sí, ahora sí, pero se le veía el hueso de la frente. Y estaba como loca, ahora ya está tranquila.

Nina lo abraza también.

—Miquel, muchas gracias por estar con ella.

—No hay por qué darlas, Nina. La quiero mucho. Menudo susto me ha dado.

—Pues sí. Le ha ido de poco. ¿Cómo la ves?

Miquel balancea la cabeza, como dudando.

—Del golpe está bien, ya la conoces, es como un roble. Le dieron los puntos dormida, pero porque la habían sedado antes. Había pegado a los sanitarios en la ambulancia.

—¿Qué?

A mí no me sorprende tanto como a Nina. Ya sé el pronto que tiene.

—Creo que fue la leche. Sangrando como una fuente por la cabeza y les tumbó de dos hostias. Quería irse con la otra ambulancia a reanimar al otro.

—Su salvador.

—Sí, es de eso de lo que está muy jodida. Del golpe no.

—¿De qué?

—¿No os lo han dicho en Urgencias?

—Nos han dicho que Ona estaba bien.

—Digo lo del otro.

—Ah, sí, del otro. Que estaba muy mal, pero ya de antes. ¿Le conocía mucho?

—Joder, Oriol.

—¿Qué?

—¿No te lo han dicho?

—¿El qué?

—Que el otro herido es su marido.

Entramos los tres en la habitación. Ella está sentada en una silla de ruedas a la cabecera de la cama. Se ha quitado el vendaje compresivo y lleva la herida al aire. No parece ella, es como un boxeador después de un combate. Si no fuera por el pelo, no la reconocería con esa cara tan hinchada y morada.

Nos oye entrar y se gira. Menuda brecha. Le divide la frente en dos y le llega hasta el ángulo externo del ojo. Le han dado puntos sueltos. Ya tiene otra cicatriz para la colección. Habrá que arreglársela un poco más adelante. Ahora me mira a los ojos, joder, tiene tanta pena dentro de ellos que me dan ganas de llorar.

Me agacho a darle un beso, pero me aparta la cara. Imagino que es porque le duele, pero también retira su mano cuando voy a tocarla. Entonces me señala al hombre de la cama, que reposa con los ojos cerrados.

—Ya, ya. Es la hostia. Miquel ya me ha dicho quién es. ¿Tú cómo estás?

Se toma unos segundos para contestar.

—Bien.

—Pues no lo parece.

—Yo estoy bien. Es él quien está mal.

Volvemos a mirarlo. Casi no ocupa bulto en la cama, está extremadamente delgado, aunque es muy alto. Creo que más que yo.

Me siento con Nina y Miquel en el sofá cama de acompañante. Miro a Nina, estoy por felicitarla por estos sofás y hacer una bromita, pero me callo. Vuelvo a poner mis ojos en la boxeadora de la ambulancia.

—Ona, te he traído la mochila. ¿Quieres que te traiga algo de casa?

Niega con la cabeza.

—Me quedaré contigo esta noche.

Vuelve a negarse, esta vez mucho más firme.

—No.

—No pienso dejarte sola.

—Oriol, tengo que estar sola. Gracias, pero no.

Y mira a la cama.

—Pero tienes que descansar.

—Ya tendré tiempo para descansar.

Tiende la mano a Miquel. Sin mediar palabra, este le entrega la botella de agua que le ha traído y una pajita de bambú. Este tío es la hostia, yo no hubiera pensado en eso. Claro, la pobre no puede ponerse la botella en la boca con esos labios tan hinchados. Le da las gracias a Miquel y bebe un poco a través de la pajita. En ese momento, Xavier suelta un pequeño gemido y le miramos todos. Sigue con los ojos cerrados. Ona se remueve intranquila en la silla.

—Gracias por venir, de verdad. Pero ahora tengo que estar sola. Se va a despertar.

—Pero Ona…

—Miquel, vete tú también a descansar, llevas aquí toda la mañana acompañándome.

Le miro un poco celoso, adoro a Miquel, pero me hubiera gustado ser yo el que recibiera su agradecimiento. Yo tenía que haberla cuidado.

—Estoy bien, Ona.

—Gracias a todos, pero, de verdad, tengo que estar a solas con él.

Le miramos. Ha abierto los ojos y me está observando en silencio. A mí. Tiene los ojos fríos, de un azul casi transparente.

—Hola, Xavier. Gracias por lo que has hecho, tío.

Asiente con un gruñido, pero sigue sin decir nada. Dan un poco de miedo esos ojos.

—Ona, vengo a verte luego.

—No, no, por favor, no vengas.

—Pero ¿y si necesitas algo?

—Si necesito algo, te llamo.

Me acerco a ella y le susurro.

—Por favor, llámame con cualquier cosa.

—Lo haré, tranquilo.

—¿De verdad no quieres que me quede?

Ha dudado un momento, pero insiste.

—No. Tengo que cumplir la voluntad de Xavier.

Me he venido a comer algo a casa de Nina. Bueno, esto es casi una merienda-cena porque, sin darnos cuenta, nos han dado las tantas en el hospital. Cuando hemos querido llegar a casa, pasaban de las seis y no habíamos ni desayunado. Ahora me estoy poniendo ciego a pan con sobrasada y queso. Qué hambre y qué sed. Nina también está devorando, ha sido una mañana muy intensa.

—Quédate a dormir aquí hoy, Oriol. Estamos más cerca del hospital por si nos llama.

—Sí, te lo iba a pedir. Gracias.

—Le he dado a Miquel el día libre mañana. Se ha portado muy bien con ella.

—Es una pasada ese tío.

—Sí, es brutal. Hace tiempo que pienso en él para meterlo en un proyecto.

—Ona te va a matar si se lo quitas.

—Bueno, cuando ella esté a media jornada, no lo necesitará tanto.

—¿Media jornada? ¿Y eso?

—¿No te lo había dicho?

—No.

Frunzo el ceño. No sabía eso, ella no me ha dicho nada. Joder, ¿qué más cosas me esconde?

—Se quiere ir a trabajar con su hermano. De momento, reducirá la mitad de la jornada.

—¿De momento? ¿Es que piensa dejar la isla?

—Creo que él le insiste mucho.

Noto una sensación de vacío en el estómago. Mariona no me cuenta nada de ella. ¿Por qué será tan rara? Lo lógico es que me lo hubiera comentado también a mí, no solo a Nina. Ya sé que lo nuestro es todo sexual, pero, coño, un poco amigos creo que ya lo somos. Le vuelvo a dar a la sobrasada.

—¿Y Abril?

—Tenía entreno de vóley, debe estar al llegar.

—¿Le has dicho algo?

—No. ¿Se lo dices tú? Conmigo lleva unos días muy cruzada.

Asiento mientras me preparo otro trozo de pan con sobrasada.

—¿Tienes miel?

Se ríe y me la acerca.

—Lo has pasado mal, ¿eh?

Dejo el pan en el plato. Es cierto, los nervios siempre me hacen comer como una lima.

—Hombre, es que menuda mañanita.

—Sí, pero no has dicho ni una palabra sobre el tema.

—Yo no tengo nada que decir a eso.

—Oriol, no hagas lo de siempre. No finjas que no pasa nada.

—Es que no pasa nada. Es su vida.

—No me jodas, Oriol. Lo de que aparezca ahora su marido muerto es muy raro.

—¿Tú crees que lo sabía? ¿Crees que sabía que estaba vivo y aquí?

—No sé, no la veo tan maquiavélica, la verdad.

Le pego un mordisco a la sobrasada con miel. Dios, qué rico, es como un orgasmo.

—Bruna dice que sí lo es. Que es muy maquiavélica. Pero me niego a creer lo que dice. Aunque a veces hace cosas tan raras que me hace dudar.

—¿Bruna o ella?

—Joder, pues las dos.

Suena el teléfono de Nina y lo coge al instante.

—¡Hola, Pere!

Vuelvo a soltar lo que queda de rebanada en el plato. Pere es el director del Central, la debe de llamar para decirle la opinión de su neurólogo sobre mi caso.

—¿Qué tal? Yo muy bien, gracias. Ay, no me digas esas cosas, que ya soy una señora mayor. Sí, sí. Claro que quedaremos.

Ya está ligando. No pierde una oportunidad la tía.

—Escucha, Pere, estoy precisamente ahora con Oriol. ¿Te puedo poner en altavoz? Ja, ja, ja. Sí, eso mejor no lo digas por el altavoz. Lo pongo.

Pone el móvil sobre la mesa después de apretar la tecla.

—¡Hola, Pere! Soy Oriol.

—Hola, Oriol. Encantado de conocerte. Precisamente ayer hablábamos de ti con Joan Muscat, que me ha dicho que vendrás a las presenciales del máster.

—Sí, sí. Estoy encantado de participar con vosotros.

—Y nosotros de que vengas.

—Es todo un honor.

—Escucha, he hablado con mi jefe de Neurología, le he comentado lo que me dijo Nina de los síntomas y la resonancia. Él opina que lo de la atrofia es raro, y que el origen podría ser cualquier cosa, hasta nutricional. Pero que le gustaría ver las resonancias.

—Claro, Nina os envió el enlace a mi historia.

Nina asiente, aunque Pere no la vea.

—Sí, yo os envíe el enlace abierto.

—Nina, allí no había nada.

—¿No funcionaba el enlace?

—Sí, el enlace a la historia de Oriol, sí. Pero en su historia no había nada. Ni una anotación, ni resonancia, ni análisis, ni nada. Alguien ha borrado todos los documentos de su historia.

—¿Qué?

21

He visto el paraíso y el infierno

Les quiero mucho, pero estaba deseando que se fueran los tres. Cuando están a mi lado, me siento muy bien y creo que me hacen mejor persona. Pero Xavier ha pedido que le acompañe en su muerte y he de hacerlo. Y si estoy con él, prefiero estar sola: no me gusta en lo que me convierto teniéndolo delante.

Yo me sentía culpable de su muerte. No solo por no haber estado allí, que es lo que piensa todo el mundo, sino por habérsela deseado muchas veces. Y cuando el deseo se hizo realidad, claro, apareció la culpa. Supongo que por eso no he sido nunca capaz de deshacerme de sus cosas. Ni lo podré hacer jamás, porque ahora se va a repetir la historia de culpa y sufrimiento. Y, esta vez, encima, es verdad: yo tengo toda la culpa. Si no hubiera estado tan distraída, si hubiera sido capaz de evitar el coche, no habría tenido que salvarme. Joder, es como si le hubiera matado dos veces.

—Estás horrible, Ona.

Ya vuelve a ser él.

—Ya. Pero podía haber sido mucho peor.

—Sí. Te he salvado la vida.

—Lo sé. Gracias.

—Qué poco efusiva. ¿Es que querías morir?

¿De verdad estamos manteniendo otra vez esta conversación? Lleva diciéndome esto desde que hemos subido. Siempre igual, ¿por qué todo es tan complicado con él?

—No. Ya te dije antes que te lo agradezco mucho, pero no puedo mover la cara, no me pidas efusividad.

—En realidad, nunca has sido muy efusiva, al menos, conmigo.

—No empecemos.

—Es la verdad. Eres la mujer más fría que existe. Ni cuando éramos novios. Llórame al menos un poco. Me estoy muriendo. ¿O es que estás en *shock* aún?

—Podría. Estabas muerto hasta hace unas horas.

—Y lo estaré dentro de un rato, no te preocupes. No te daré mucha guerra.

Más puñaladas. Calma. No puedo discutir. Lo estoy acompañando en un tránsito. Todo debería ser tranquilo, dulce, pausado. Él se mira las uñas y se toma el pulso.

—Un par de horas, no me doy más. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé.

—He vivido para salvarte la vida. Qué cosas, ¿eh? Siempre he estado a tu lado, entre tus brazos o a miles de kilómetros. Pero ahora que te he salvado, ya me podrás perdonar.

Vuelve a quedarse dormido. Bendita morfina. Yo también querría un poquito de ese suero que le entra por la vena. Bebo un sorbo de agua de la botella que me ha dejado Miquel y miro por la ventana. ¿Cómo se puede odiar y querer a la vez a la misma persona? Menudos nubarrones vienen.

—Te folla bien, ¿eh?

Se ha incorporado un poco. Me está clavando los ojos azules. No ha perdido ese brillo maligno.

—Hablo de tu cirujano. El que me ha dado las gracias por salvarte.

Suspiro, me está empezando a doler la cabeza otra vez. Calma. Respira.

—Que si te folla bien.

—Pues sí, me folla de puta madre.

Se vuelve a tumbar, riéndose.

—No te enfades, no era ofensivo, solo quería saberlo, me alegro de que te vaya bien.

—Gracias.

—Yo te quiero mucho, aunque no te lo creas, Ona. Si he venido aquí es por ti. Y, mira, te he salvado la vida.

—Sí, me has salvado la vida.

—Ese día no pude hacerlo yo, pero hoy sí.

Me gustaría contestarle que ese día no era a mí a quien se la tenía que haber salvado, pero no tiene sentido. ¿No puede hablar de otra cosa que no sea lo de siempre? ¿De filosofía? ¿Del sentido de la vida? ¿Del tiempo?

—¿Me perdonas?

—Sí, Xavier. Te perdono. Hace tiempo que te perdoné.

—Yo creo que no me has perdonado nunca.

—Que sí.

—¿Y por qué no viniste a buscarme a África?

—Porque que te perdonase no quiere decir que tuviéramos que seguir juntos. Además, fuiste tú el que se largó.

—Porque te habías vuelto loca.

Cierro los ojos. Claro que me había vuelto loca. Y quién no.

—Siempre has sido débil, Ona.

Sí, siempre lo he sido. Si no, no estaría aquí. Se vuelve a dormir.

La tramontana ya está empezando a soplar. En esta habitación no se nota tanto como desde otras zonas del hospital, pero se oye. Y me encanta. Adoro sentirla, este viento es puro poder, pura naturaleza en acción. Me hace sentir muy pequeña, invisible. Ahora mismo, en mi casa, se estará cayendo el mundo y el mar debe estar destrozando las rocas, salvaje y precioso.

—Ona…

Me tiende la mano y me acerco a dársela.

—Lo siento, Ona.

—Ya.

—Ya sabes que se me va la olla a veces.

—Sí.

—Yo no quería que me vieras así. Quería que me velaras ya muerto.

—¿Por qué lo has hecho?

—Tenía que salvarte. El coche iba directo a por ti.

Le aprieto más la mano.

—No. ¿Por qué no volviste después del accidente? ¿Por qué dejaste que te dieran por muerto?

Coge aire con dificultad y mira al techo.

—No lo había planeado. Bueno, un poco sí, aunque no así. Pero como tardaban tanto en venir a buscarnos y los otros estaban muertos, vi la oportunidad y me largué. Dejé la mochila y tiré el anillo.

—Pero ¿por qué?

—Ya estaba enfermo. Necesitaba el dinero para tratarme en Alemania.

—¿Qué dinero? Si el seguro de vida estaba a mi nombre.

—Había otro seguro de vida.

—Ah, a nombre de Narcís, claro.

—Exacto. Y bastante más alto. Aún te va a quedar un pico cuando me muera. Narcís te lo va a dar todo: la vida y la bolsa. Vas a poder dejar de trabajar.

—No quiero dejar de trabajar.

—No me jodas, no me digas que te gusta estar en el hospital, haciendo esa mierda integral que haces.

—Integrativa.

—Mira que te encanta someterte a ellos. La Integrativa es un invento para lavarle la cara a la medicina sucia. Prostituye la esencia. Pero tú siempre has sido un poco puta.

—Xavier.

—Siempre te ha gustado mezclarte con ellos. ¿Al cirujanito le gusta tu rollo alternativo?

—Xavier, no empieces.

—No estoy celoso, tranquila. Ya te lo he dicho antes. Me alegro

por ti si eres feliz, aunque hayas tirado por tierra todos tus principios.

—Mis principios son mis pacientes.

—Pues por ellos es precisamente. Los estás engañando.

—Bueno, tú te has tratado en Oncología, ¿no?

—Pues no, no me han hecho ningún tratamiento. Solo vine para poder tener historia aquí y hacer el documento de voluntades. No te lo he puesto nada difícil, hasta tú podrás hacerlo.

—Joder.

—Perdona. Era una broma, se me olvida que no las entiendes. ¿Has leído el documento?

—Sí.

—Pues eso. Yo solo quería que me velaras después de muerto y que tirases mis cenizas en el campo. Si puede ser, en un bosque. En el mar ni se te ocurra, no tengo esa obsesión tuya y de medio mundo. Ya bastante sucio está. Que mi cuerpo alimente la tierra como debe ser. ¿Lo harás?

—Sí, lo haré.

—Al principio, las cosas nos iban muy bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien.

—Tú estabas entusiasmada con la idea de venir a vivir conmigo.

Cómo no lo iba a estar. Yo solo quería evitar mi casa llena de golpes y gritos. Oxford era horrible, pero las vacaciones eran lo peor. Estaba muy enamorada de él y creía que, yéndome, nadie me pondría más la mano encima. Pero todos acabamos por seguir patrones.

—Sí.

—Pero luego empezaste a mirar a otros, y a tirártelos.

—Ni miré ni estuve con ningún otro, Xavier.

—Coqueteabas con todo el mundo.

—Xavier, yo no miraba a nadie, pero las cosas se acaban.

—Pero no te fuiste.

—Me dejaste embarazada.

—Era lo normal. Éramos pareja.

—Yo no quería tener hijos.

—¿Ves? Y luego me culpas a mí.

Ahora le hubiera matado yo. Menos mal que se ha dormido otra vez. Está empezando a respirar un poco mal. Le queda poco.

La cabeza me va a estallar. Cojo la mochila para buscar un ibuprofeno. La abro. Joder, la *tablet* se ha roto. El móvil vibra. Está lleno de llamadas perdidas de Miquel, Oriol, Nina y Joan. Y el loco de los anónimos. Debería bloquearle. Les contesto a todos.

El primero que leo es de Miquel.

Llámame con cualquier cosa. Luego paso a verte.

No dudo en responderle.

Estoy bien, de verdad. Gracias.

Tranquilo, descansa, esto acabará pronto y mañana me tocará hacer todo el papeleo.

Tengo otro de Oriol.

¿Estás bien?

Avísame si necesitas cualquier cosa.

Da igual la hora que sea. Estaré pendiente.

Le contesto dándole las gracias, y abro el siguiente, que es de Nina.

Llámanos con cualquier cosa.

Te queremos mucho, friki.

También le doy las gracias y le digo que no voy a ir a trabajar mañana. Ella no tarda en responderme que no quiere que me reincorpore hasta que esté bien y que me coja la baja.

El último es de Joan, está en línea, y sé que querrá hablar de lo que sucede.

—Llámame en cuanto puedas. Me lo han contado todo —me pide.

—No puedo llamarte ahora, estoy acompañando a la persona que me salvó.

—Ya sé con quién estás y no me gusta nada que estés a solas con él.

—Se está muriendo, Joan.

—Pues llámame en cuanto esté muerto.

Dejo de escribir cuando noto que Xavier se mueve.

—¿Con quién te escribes?

Ya ha vuelto a revivir. Me aprieta la mano. Su piel tiene un color grisáceo y jadea un poco.

—Con Joan.

—Ah, el gemelo listo. Ahora te llevas bien con él. Lo vi en tu casa.

—¿Me acosabas?

—No. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Me acosabas.

—¿Qué tal le va a Joan?

—Muy bien.

—A él nunca le caí bien. Celos de gemelos, supongo.

—Supongo.

—Me echó la culpa de aquello. Como tú.

—Yo no te he echado la culpa, Xavier. Lo que pasó pasó. Pero me hubiera gustado verla.

—¿Para qué? Tú no la querías.

—Tú nunca has sabido lo que yo quería.

—No, eres tú la que nunca sabe lo que quiere y nos culpas de eso a los demás. Solo piensas en ti.

Joder. Tiene razón en eso. Siempre culpé a Joan, y él me defendió. Y a Peter, y él había vuelto. Y lo que hice aquella noche con quince años fue culpa mía, la había liado parda yo solita. Y ellos estaban asustados. Y con Xavier siempre me enfado. Pensaba que se había muerto por mi culpa. Y ahora va a pasar otra vez. Lo miro, se ha vuelto a dormir. Me voy a tomar otro analgésico.

Ya se está acabando todo. Me ha dicho mil veces más que me ha salvado la vida y yo le he perdonado otras mil más. Lo que no sé es si me podré perdonar a mí. Le tengo agarrado de la muñeca, su pulso es como una culebrilla, ya apenas se nota.

Debería sentir más pena por él, me ha salvado la vida.

Ha entrado el enfermero y la médica de la planta. Han confirmado la muerte y me han dejado estar un rato más agarrada a su mano. Ya no palpita nada en ella y me he puesto a llorar. Todos piensan que lloro por su muerte, pero estoy llorando porque me acabo de imaginar que podría estar haciendo esto con Oriol, como él me pidió. No puedo seguir con él, no quiero pasar esto con él. No quiero sufrir más. Le tengo que decir que se acabó. Quiero que todo se acabe. Me estoy cansando un poco de la vida otra vez. Como en Girona.

Se lo llevan, envuelto en una sábana blanca como si fuera Jesucristo. Me dejan estar un rato más en la habitación. Llamo a Oriol.

—Hola.

—Qué raro que llames por teléfono. ¿Ya está?

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Bien. Gracias por preocuparte y por haber venido antes.

—Es lógico, ¿no?

—No, no tenías por qué.

—Yo creo que sí.

—Has sido muy amable. De verdad. Y con él también.

—Me ha parecido un buen tío. Y te ha salvado.

—Ya. Me ha salvado.

—¿Voy a tu casa?

—No, mejor que no. Mañana tengo mucho lío. Quiero dormir y

madrugar.

—¿Lío? ¿De entierro y demás? Puedo ir a ayudarte.

—No, prefiero ir sola. De verdad. Ya le he dicho a Nina que mañana no iré a trabajar.

—Joder, deberías cogerte una baja.

—No, no, el viernes estaré de vuelta. Ya tengo mejor la cara.

—¿Seguro que no quieres que vaya a tu casa? ¿Te llevo helado?

—No, no. De verdad, gracias. Nos vemos el viernes.

—Claro, iré a buscar a tu hermano por la tarde. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias.

He bajado a la cafetería. Todo el mundo me mira, parezco un monstruo. Y no solo lo parezco, también lo soy. En vez de ayudar a Xavier a hacer un tránsito pacífico, he permitido que discutiéramos como siempre. Se han acercado dos médicos de guardia de Urgencias a preguntarme si estaba mejor. Tengo que esperar que hagan el certificado y venga la funeraria. Mañana, a estas horas, lo podrán incinerar. Afortunadamente, Miquel y Nina han avisado a todo el mundo y me han facilitado las cosas. Así podré irme a dormir ya. Lo estoy deseando. Dormir escuchando el viento y las olas.

Voy a pedir un taxi. Marco ahora el teléfono de mi hermano.

—Hola, Joan.

—¿Ya está?

—Sí.

—Vaya, ha sido muy rápido.

—Estaba muy mal.

—Ya veo.

—¿Cómo estás tú?

—Bien.

—¿Tu cara?

—No voy a ganar ya ningún concurso de belleza.

—Miss Hampa puede que sí, me ha dicho Nina que pareces un sicario.

—¿Has hablado con Nina?

—Sí, ella me llamó para contarme lo de tu accidente. Qué maja es.

—Sí, pensé que te había llamado Oriol.

—¿Oriol? ¿Por qué? ¿Tu amiga no es Nina?

—Bueno… Oriol y yo nos hemos enrollado un poco.

—¿Tú y Oriol? Vaya.

—Es solo un rollo.

—Es buen tío. Me gusta.

—No te entusiasmes. Es sexo y ya está.

—Oye, ¿quieres que pillemos un hotel el viernes y así no interrumpo tu romance?

—¡No! Ni hablar. Ya te digo que es solo sexo. Es algo temporal. Igual ni llegamos al viernes.

22

Como barca en la mar

He recogido la lavadora, tendido toda la ropa y planchado. Entremedio, me he leído una novela en el Kindle, contestado a todos los *mails* que tenía pendientes y limpiado los zapatos. También he ordenado los armarios de la cocina y colocado la despensa con toda esa dichosa comida ecológica.

Pero ella sigue sin llamarme.

Vuelvo a mirar el móvil. Nada, ni un puto mensaje desde las doce. La llamada de esta mañana ya fue bastante rara, que si gracias por tu interés, que si era muy amable con ella, que no me preocupase tanto y que prefería estar a solas. A solas. Pero ¿cómo coño va a querer estar sola una persona a la que se le ha muerto alguien? Ona es un poco psicópata, de verdad. Y un pelín maleducada, me ha dejado en visto en todos los mensajes que le he enviado.

Voy a darme una ducha, cuando estoy ansioso, lo que mejor me viene es un buen orgasmo. Me quito toda la ropa y me observo en el espejo. Aunque estoy muy bien, se me notan los años. Y la edad me debe estar volviendo tonto, porque nunca me habían preocupado estas chorradas con las tías. Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente golpee en mi cabeza y se deslice por mi espalda. Relax. Placer. Pienso en el día de la respiración, a ver si me animo un poco. Estuvo de puta madre eso del tantra que no fue tantra. Intento imaginármela tocándome, lamiéndome o cuando se corre. La visualizo aquí, jugando conmigo. Cierro los ojos. Me toco. Joder, es que ni con esas: vaya mierda de erección que tengo. ¿Qué cojones me pasa hoy?

Me seco y me vuelvo a mirar al espejo. Nada, parece una gominola colgandera. Ahora va a resultar que otra vez los brotes de la mierda esa se me van a ir a la polla. Pues prefería el temblor. Si es que soy imbécil.

Mientras me visto, se me van los ojos al móvil, voy a desgastar la pantalla de mirarlo. Solo hay un mensaje de IKEA. Pues vaya mierda. Lo cojo y marco el teléfono de la persona que más me conoce en este mundo.

—Hola, Nina.

—Dime.

—¿Sabes algo de Mariona?

—Sí, estaba haciendo lo de la funeraria, le daban las cenizas esta

tarde.

—¿Ha hablado contigo?

—Hace un rato. ¿Por?

No me lo puedo creer. Mariona habla con todo el mundo menos conmigo. Y, ahora, ¿qué coño la habré hecho?

—¿Te ha llamado? ¿O ha sido por WhatsApp?

—Las dos cosas.

La madre que la parió. Me estoy cabreando mucho.

—Joder, ¿y a mí por qué no me contesta?

—Pero si ella me ha dicho que habíais hablado esta mañana.

—Sí, pero solo una vez, y me dice chorradas. Le dije que si quería que le acompañase y me dijo que no. Que quería ir a lo de la incineración sola. Se iba a pillar un bus. ¿Tú te crees que se tiene que ir en autobús cuando yo la puedo llevar?

—Quiere estar sola y tranquila, Oriol.

—Pues no lo entiendo. Se ha pasado todo el día fuera de casa. Mucha tranquilidad no tiene.

—¿Has ido a su casa?

—Sí, y no estaba ninguna de las veces que he ido. Y, además, ha quitado las llaves de detrás de la maceta. ¡Las ha quitado!

—Oriol.

—¿Qué?

—¿Por qué estás tan obsesionado?

—No sé. Tengo la sensación de que algo va mal.

—Claro que va mal. Mariona ha tenido un accidente, tiene la cara como un nazareno y va a enterrar a su marido por segunda vez. No creo que tenga ahora muchas ganas de follar.

—Pero no era por follar, Nina.

—Tú siempre acabas por follar.

—Que no, que es por estar con ella.

—Oriol, tranquilo. Déjala respirar. Cuando se recupere, le seguís dando. ¿Qué es lo que temes?

Me pregunta que qué es lo que temo. Joder, pues está claro lo que temo, que se haya cansado de mí. Eso temo. Que ya no le guste. Que me haya dado el piro por culpa de un puto muerto.

—Nada. No temo nada. Solo quiero que esté bien.

—Pues déjala en paz. Además, mañana está empeñada en volver a ir a currar. La vas a ver allí y listo. Todo volverá a ser como antes.

—¿Te ha dicho que mañana va a ir a trabajar?

—Sí.

—Vale. Perdona, es que estoy muy agobiado y le doy vueltas a todo.

—Ya.

—Debe ser la enfermedad. ¿Puedo ir a dormir con vosotras?

—Vale.
—Gracias.
—Pero no te lo tomes como una costumbre, que ya llevas dos días.
—Que no. Solo hoy.
Cuelgo. A ver si me calmo. Ayer, cuando nos fuimos de la habitación, Ona tenía una cara de tanta pena y cansancio que se me rompió el alma. Me muero por cuidarla, pero no me deja. Y sigo teniendo esa sensación de que le va a pasar algo malo.

Nina me sorprende abriendo la puerta en chándal. Vale que es de marca y con letras doradas, pero sigue siendo un chándal.
—¿Y eso?
—Que me he liado, perdona. Vengo del *gym* y no me ha dado tiempo a cambiarme. Voy a recoger a Abril al entreno de vóley. Vuelvo en nada.
—¿Preparo la cena?
—Na, pide una pizza, harás feliz a tu hija.
—No, no, nada de procesados, ya os haré algo rico y sano, que he aprendido mucho de eso.
—Lo que quieras.
Me da un beso en la mejilla y se va repitiendo que no llega, con las llaves del coche en la mano. Vuelvo a estar solo. Pero esta vez solo será un rato. Abro la nevera para ver qué se me ocurre hacer para cenar a mis chicas, aunque, antes de decidirlo, me suena el móvil. Lo miro esperanzado, pero no es ella, sino su mellizo.
—Hola, Oriol.
—¿Qué tal, Joan? ¿Como estás?
—Bien. A punto de ir a veros.
—Llegas mañana por la noche, ¿verdad?
—Sí.
—Os iré a buscar, avísame al llegar.
—No hace falta, Oriol, por eso te llamaba. Te lo agradezco muchísimo, pero Álex ha querido alquilar un coche para recorrer la isla. Quiere ir a ver el hospital de Ponent, que han sacado una plaza de Gine.
—Que no se preocupe por eso, si hace falta, la llevamos allí todas las veces que quiera.
—Se lo he dicho, pero está empeñada en alquilarlo y no hay tutía. Qué te voy a contar, es igual que mi hermana.
—Uh, entonces, no hay nada que hacer: alquilará el coche.
Le oigo reír. Se ríe igual que ella.

—Oye, ¿cómo está? ¿Has hablado con ella? Porque a mí no me contesta.

—Sí, ayer hablamos, y esta mañana un par de veces.

Vaya. Aquí todo el mundo habla con ella menos yo.

—¿Y?

—Bueno, esta mañana me he tenido que enfadar con ella.

—¿Por qué?

Vaya novedad. No sé por qué lo pregunto. No conozco a nadie que no se enfade con ella por algo, salvo sus pacientes. Y Joan es una persona normal.

—Bueno, es que cuando está Xavier por medio, ella es…

Una psicópata, dilo. Si es que al final lo va a ser, es la historia de la novela del gemelo malo.

—Oriol, su marido no era tan bueno como ella va diciendo a todo el mundo.

—Pero sí le salvó la vida.

—Ni eso le redime, era un hijo de puta, ya te lo contaré algún día.

—No hace falta, tranquilo.

—Bueno, quería que lo supieras, porque ella ya me dijo que…

—¿Qué?

—Que habíais tenido un rollo.

Un rollo. Anda, ahora soy su rollo.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí. Perdona. Igual no tenía que habértelo mencionado. Ya me ha dicho que no es nada serio.

Claro, nada serio. Un rollito nada serio. Muy bien, Hierbas. En tu línea.

—Sí, supongo que no es nada serio.

—Que sepas que me hubiera gustado que lo fuera, no creas, tú eres muy buen tío. Y ella…

Ella no, ya lo sé. Ella es una egoísta manipuladora que hace lo que le da la gana.

—Ella siempre toma malas decisiones, Oriol, pero no le digas que te lo he dicho.

—No, no te preocupes. No creo que la vaya a ver mucho.

—Igualmente, quedamos este fin de semana a tomar algo, ¿eh?

—Claro que sí.

—Aunque no sea con mi hermana, nos vemos tú y yo. Tengo muchas cosas que hablar contigo.

—Sí, sí. Llámame cuando estés aquí. A mí también me apetece mucho.

Cuelgo y suelto una retahíla de tacos. No sé por qué estoy tan enfadado. Si esto tenía que acabar tarde o temprano, yo lo quería así.

Siempre me quejo de las historias que duran mucho, así que me ha ahorrado el trabajo de cortar a mí. Debe ser eso lo que me cabrea, no haber cortado yo, que se me haya adelantado. Ya lo dice Nina, que he topado con la horma de mi zapato. Pero es que ella no ha tenido ni los ovarios de cortar como Dios manda, me ha hecho un *ghosting* con todo el morro. Y encima voy a tener que aguantarla hasta en la sopa, porque Nina la adora incluso más que antes, y mi niña ni te cuento. Y luego está su hermano. Joder, vaya cruz que me ha tocado. Se me va a hacer hasta largo lo que me queda de vida.

Miro en internet el número de una pizzería y llamo. Pido de todo y mucho, lo más guarro y lo más procesado que leo en la carta.

—Papiii, ¡me encanta la cena que has pedido!

Las he recibido con la mesa puesta y en ella todos los manjares que ha traído el repartidor. Nina se ha quedado a cuadros.

—¿No ibas a hacer tú la cena?

—He pensado en mi niña. Mírala, está feliz.

—Desde luego. Con esto vamos a cenar un mes.

—¿Qué plan tenemos para el fin de semana, chicas?

—Mariona quiere que conozca a su hermano —dice Nina—. Estoy pensando dónde irnos a cenar con ellos.

Vaya, a ella sí que la invita a su reunión familiar. Qué nivelazo.

—Me alegro mucho, Joan es un encanto de hombre.

—¿Cómo es?

—Como Ona pero en normal.

—¡Oriol!

—¡Papá!

—Es que es así, joder, son mellizos y se parecen físicamente un montón, pero solo en eso. Joan es un tío normal, y Ona ya sabes.

—¿Tienes alguna foto con él? Solo he visto la del LinkedIn.

—¿Le has bicheado ya en internet? No me jodas, Nina.

—¿Qué?

—Que luego me los dejas todos hechos mierda y me dan la vara.

Abril y Nina se parten de risa.

—Que no, que solo es curiosidad. En la del LinkedIn no se parece tanto a Mariona.

Rebusco en las fotos de mi móvil. Encuentro la que nos hicimos en el curso del hospital de Ponent y se la enseño.

—Aquí le tienes.

Abril mete su cabeza entre los dos para ver el móvil.

—Hostia, papi, es igual que Ona pero en tío.

—¡Abril! Ay, es muy mono.

—¡Nina! Ni se te ocurra.

Abril se lanza a por un pan de ajo pasando por encima de mí y se ríe.

—Molaría mucho. La melliza con mi padre y el mellizo con mi madre.

—No, ya no. Siento decepcionarte, pero ya no estoy con Ona.

—¿Cómo? Pero si Ona no me ha dicho nada de eso.

—A ti no, pero a Joan sí.

—¿Qué?

—Ya te dije que era algo breve. No pasa nada. Estoy bien. No se me va alterar el pulso por esto.

Nina me mira y frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—No estás bien ni de coña.

No le contesto y me dirijo a Abril.

—Bueno, señorita, a lavarse los dientes y a la cama. Que hoy no es viernes. Y mañana hay clase.

—Puf. Valeee. Voy.

Se me lanza a los brazos, la estrujo y me la como a besos. Se acerca luego a besar a su madre y se dirige hacia su cuarto.

—¡Y nada de *tiktoks*, Abril! Dientes y a dormir.

—Sííí.

Ya estamos recogiendo la mesa cuando suena el timbre de la puerta. Miro el reloj de la cocina. Son las diez de la noche, no sé quién puede ser a estas horas. Nina me niega con un gesto.

—Yo no he quedado con nadie.

Me levanto y abro la puerta. No me lo puedo creer.

—¿Qué haces aquí, Bruna?

—Vengo a hablar con vosotros.

Voy a preguntarle que cómo coño sabía que yo estaba en casa de Nina, pero no me da tiempo a abrir la boca.

—Vengo a hablaros a los dos de Mariona y de lo que ha hecho. Os está engañando a todos. No se puede tolerar y yo no pienso quedarme de brazos cruzados.

No hemos dormido nada. Yo estoy sentado en silencio en la sala de reuniones desde hace veinte minutos. Bruna está a mi lado. Nina ha venido al hospital antes que yo y me ha dicho que la esperemos, porque quería comprobarlo todo. Soy imbécil. Soy gilipollas integral.

No sé cómo estaba tan ciego.

Bruna me da la mano, pero se la aparto y hace un mohín de disgusto. Me da igual. Agradezco lo que ha hecho por nosotros, pero yo, a partir de ahora y hasta que me muera, novelas y manita. No quiero más problemas.

Ahora llega Cati, la secretaria de Nina. Coloca un par de folios delante de cada silla y su *tablet* en la cabecera de la mesa, al lado de Nina.

Empieza a aparecer gente. El primero es Pedro, el jefe de Neurología, que mira sorprendido a Bruna. Ella le saluda y se aparta de la mesa, colocándose en una silla al lado de la pared. La jefa de Ginecología la mira de reojo, pero no le hace ni caso, y la de Urología ni la ve. Van todos ocupando sus sillas. No es que tengamos sitios asignados, pero, con los años, todos acabamos por sentarnos en el mismo lugar, y hasta te sienta mal que alguien lo ocupe. Cuando llegó Mariona a trabajar, ya no quedaba espacio en la mesa, así que le tocó ponerse en una esquina, al lado de Cati.

Aquí viene. El corazón me ha dado un vuelco al verla, pero estoy muy enfadado. Se le ha deshinchado la cara, aunque aún tiene toda la frente morada. Se ha cubierto la herida con un apósito delgado que le cruza la frente. Vaya huevos, me sonríe como si no hubiera pasado nada. Yo no muevo ni un músculo de la cara. Se me queda mirando un segundo, como extrañada, pero no dice nada y saca una carpeta llena de papeles de su mochila remendada. Mira por dónde, hoy va a ser el día de enseñarnos los papeles.

La jefa de Cirugía se dirige a Cati.

—¿Y Nina?

—Está reunida solucionando unos asuntos desde esta mañana temprano. Ha dicho que la esperemos.

—Yo tengo quirófano, no puedo estar toda la mañana aquí.

—Y yo tengo consulta —dice la de Otorrino, mirando el reloj.

—No tardará mucho —les responde Cati.

Y, entonces, Mariona levanta la mano.

—Si no os importa…

Todos la miramos. A ver ahora qué coño quiere decir.

—Quería comunicaros que he solicitado una reducción a media jornada. Eso implica que, a partir de ahora, la jefatura pasará a las manos de Lluna, si estáis de acuerdo.

—¿Y eso? —le pregunta Roser. La jefa de Oncología es la única que se lleva bien con ella.

—Mi hermano quiere que trabaje en la Fundación que ha montado en el Central.

—¿Donde hacen la cirugía solidaria para las mutilaciones genitales?

—Sí.

—Vaya. No podemos competir con eso.

Mariona le sonríe. Todo el mundo se queda callado y ella entrega las hojas con las peticiones de reducción de jornada y de cambio de jefe a Cati, que las guarda en su carpeta.

Joder, se lo dijo a Nina y ahora se lo ha dicho a todo el mundo, pero de mí ha pasado como de la mierda. Es que no sé cómo he estado tan ciego. Levanto la mano.

—Yo también tengo que decir algo. Iba a esperar a Nina, pero como todos tenéis prisa y ella tarda, lo voy a decir de parte de los dos.

Todo el mundo me observa sorprendido. Miro a Mariona a los ojos y se lo digo.

—Me opongo a que le concedamos la reducción de jornada.

—¿Por qué? —me pregunta ella.

Qué huevos. Y pregunta que por qué. Se lo suelto a bocajarro.

—Porque lo que mereces es un cese. Un despido inmediato. Y Nina gestionará un expediente disciplinario por todo lo que nos has hecho. No deberías volver a trabajar en ningún hospital, eres un auténtico peligro.

No dejo de mirarla y apenas se ha inmutado. No sé si ha abierto más los ojos porque están muy hinchados aún. Quizá respira algo más rápido de lo normal, pero no ha abierto la boca. Tampoco me ha quitado los ojos de encima, me taladra con ellos como si pudiera ver más allá de mi nuca. Los demás no paran de hablar.

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué ha hecho?

—Lo que dices es muy gordo.

—Cómo te pasas, Oriol.

—Oriol, lo vuestro es algo personal que no debería afectar al hospital.

Asiento con la cabeza y me explico ante los directivos.

—Sí, estoy de acuerdo en que es personal, pero afecta al hospital. Porque lo que ha hecho conmigo y con Nina lo podría hacer con todos vosotros y con vuestros pacientes, y, además, no es la primera vez que lo hace.

—Explícate.

Me lo dice contundente y de mala leche. Vaya cara que tiene.

—Ahora mismo, y además te traigo todas las pruebas, para que todo el mundo las vea.

Me giro a Bruna, que me pasa la carpeta que nos mostró ayer por la noche. La pongo encima de la mesa y saco los papeles. Todos

los directivos se acercan a mirarlos. Mariona no, ella sigue sentada expectante, mirándonos a todos sin mover un músculo.

—Primero. Y esto no lo voy a denunciar judicialmente para no implicar al hospital, pero te lo merecerías.

Tiro sobre la mesa la copia de la declaración obligatoria de enfermedad a nombre de mi hija. Gonococia. Casi nos da un ataque a Nina y a mí cuando Bruna nos la enseñó.

—Diagnostica a una menor de una enfermedad de declaración obligatoria y no se lo comunica a sus padres. Además, la trata sin permiso. Sin nuestro permiso. No nos dice nada, ni que mantenía relaciones de riesgo, ni nada.

—Ella no quería decírtelo. Y, desde luego, viéndote ahora, me parece normal.

—Claro, a ti te parece normal que las niñas de quince vayan follando por ahí, ¿verdad?

Ha apretado la mandíbula y hace un gesto de dolor. Más me duele a mí.

—Abril tiene dieciséis años.

—Es una menor.

—Es una menor responsable.

—Los cojones responsable. Es una niña. Tú no puedes visitarla sin mi consentimiento.

—No tienes razón.

—Sí que la tengo.

—La ley es clara. Abril no quería que os lo dijera.

—Ya, también decías eso de mí.

—¿Y no era cierto?

—No. Bruna me ha abierto los ojos. Todo lo haces mediante trucos psicológicos. ¿Sabéis que tiene un máster en hipnosis y en técnicas de persuasión inconsciente?

Miro a mi audiencia y todos murmuran. No lo sabían y están flipando. Ella se queda muda. Lógico, la hemos pillado. Pues no hemos acabado aún.

—Segundo. Muchos no lo sabéis, pero tengo una enfermedad neurológica grave, una atrofia multisistémica.

Se vuelve a oír un murmullo general. Yo sigo.

—Ella nunca ha estado de acuerdo con ese diagnóstico y me convenció, supongo que hipnotizándome, para que no me tratase.

Mariona niega con la cabeza.

—No digas que no. Usaste todo eso que sabes. Pero cuando viste que te íbamos a pillar porque hemos pedido una segunda opinión a Barcelona, has borrado mi historia.

—¿Que yo qué?

Le tiro la hoja con el registro informático del acceso a mi

historia y el borrado de las pruebas. Con su número de usuario subrayado en fosforito amarillo.

—Usaste tu usuario para borrarlo. Lo tuyo nunca ha sido la tecnología, no sabías que todo queda registrado, ¿verdad?

—Eso no es cierto. Yo no he borrado nada, ni he accedido a tu historia desde que Nina me lo prohibió.

—Sí que es cierto, y demuestra tu falta de escrúpulos. Como la de pagar tu casa con el seguro de vida de un marido que decías que estaba muerto y del que vas a cobrar otro pastón ahora. No me extrañaría que lo del coche fuera cosa tuya para sacar más dinero. Y le tiro la copia del seguro de vida y del testamento que aún no sé cómo ha conseguido Bruna.

—¿De dónde has sacado esto?

—No nos creías capaces de averiguarlo, ¿eh? Te crees que todos somos unos paletos de isla pequeña.

—Sacar eso del juzgado es un delito, Oriol.

—Lo tuyo sí que es delito. No solo eres un fraude, sino un peligro.

Y tiro el último papel, el recorte de periódico del diario de Girona.

—¿Sabéis que ella y su marido resucitado se cargaron a un bebé y una madre en Girona? La convencieron de no ir al hospital con nosotros, los terribles médicos normales. Una embarazada de alto riesgo pariendo en una casa perdida en la montaña. ¿Sabéis por qué Ona ya no hace de Gine? Porque no la han dejado ejercer más después de eso. Solo le dejan dar aceititos y masajes.

Ahora se ha quedado pálida. Esta sí que no se la esperaba.

—Nos has engañado a todos. Pero se ha acabado. Todo se ha acabado ya, Hierbas.

Pensaba que se iba a poner a gritar y a discutirme todo. Que se iba a enfadar como en todas aquellas sesiones de antes de que estuviera enfermo. Imaginaba incluso que podría darme una hostia. Con lo larga que tiene la mano, no me hubiera extrañado nada y me hubiera venido muy bien para añadirlo al expediente disciplinario. Pero no, esta bruja siempre tiene que hacerlo todo diferente al mundo.

Cuando le he dicho lo de Girona, que es donde pensaba que se iba a enfadar más con ese orgullo y esa soberbia que tiene, no ha dicho nada y se me ha quedado mirando de forma extraña, como si se estuviera acordando de algo muy importante. Ha empezado a darle vueltas al anillo, debía pensar cómo insultarme. Pero al final no lo ha hecho, y creo que hasta me ha sonreído. O se ha reído. De forma muy

breve, pero juraría que lo ha hecho. Después, nos ha mirado a todos uno por uno y solo ha dicho una frase.

—No hace falta que me ceséis: dimito. Me aburrís.

Ha cogido su mochila andrajosa y se ha levantado para irse con todo el morro.

—No te irás de rositas, Hierbas. Me aseguraré de que no trabajes en ningún hospital.

—No pienso hacerlo.

—Claro que no. Ni lo intentes.

—No me verás más, ahora ya sé lo que quiero.

Y se ha largado.

23

No soy el centro del mundo

Me sujeto la cabeza para no golpearme con el váter. Tengo los codos apoyados en la taza y estoy vomitando con tanta intensidad que me parece que el estómago se me va a dar la vuelta. Como siga haciendo tanta fuerza, se me van a saltar todos los puntos de la frente. Joder, otro más, me muero de dolor. Menudo escándalo estoy montando, se deben oír las arcadas desde la calle.

Miquel me mira preocupado escondido tras el quicio de la puerta. He entrado corriendo, sin decirle nada y directa al baño porque ya notaba todo el desayuno en la garganta.

—¿Te ha sentado algo mal?

El pobre me lo dice sin mirarme, porque no hay cosa que más asco le dé que esto. Es capaz de vomitar solo de imaginarse que alguien lo hace, con lo que si ha sido capaz de acercase tanto a mí ahora, es que me quiere mucho. Me limpio la boca con papel higiénico.

—Todo.

Me echa una mirada de reojo, pero gira los ojos para otro lado enseguida. La visión de lo que hay dentro del inodoro no es apta para nadie, y menos para él. Tiro de la cadena mientras se fija en un punto de la lejanía de la consulta y esnifa el frasco de lavanda de mi mesa. El baño huele fatal.

—Creo que hay una epidemia de gastroenteritis.

—No, Miquel, lo que hay es una pandemia de gilipollas.

Y vuelvo a vomitar con estruendo. No sé de dónde me sale tanta comida.

Miquel cierra los ojos y pega más el frasco a su nariz, como si eso pudiera silenciar los sonidos guturales que salen de mi garganta. Yo siempre he sido de vomitar con muy poco glamur. Se está poniendo pálido.

—Larga de aquí, Miquel. Espérame fuera o acabaremos los dos peleándonos por el váter.

Me obedece, menos mal. Cierro los ojos y respiro profundamente. La barriga me empieza a doler menos. Me vuelvo a limpiar y me miro al espejo. Menuda cara tengo, aunque me veo mucho mejor que cuando he llegado hace cinco minutos. La verdad es que me siento bastante más aliviada, como si en vez del pan con

tomate hubiera sido capaz de regurgitar todo lo que me hacía daño en el corazón. Me toco el pecho delante del espejo: a todos les encanta romperme algo. Pero esta vez ya tengo claro el camino. Xavier dijo que yo no sabía lo que quería. Ahora lo sé y voy a ser libre.

Escupo en el váter, creo que ya no queda nada. Tiro de la cadena y me quedo mirando cómo se van todos los trocitos de mi corazón por el sumidero.

Bebo un poco del grifo delante del espejo. El agua está asquerosa y yo cada vez más guapa. Me mojo la cara y me suelto el pelo. Saco del bolsillo de la bata el pintalabios que me regaló Miquel. Me pinto con cuidado los labios. Aún están un poco hinchados, así que parece que me haya puesto hialurónico. Me veo espectacular. Me sacudo el pelo y lo dejo que me caiga a su bola, salvaje, como me gusta. Como una india. Voy a sentarme en mi mesa por última vez.

Miquel vuelve a acercarse.

—Tía, estás guapísima. Hay que ver qué bien te sienta vomitar.

Me echo a reír.

—Me siento bien.

—Voy a meterme los dedos a ver si me pongo guapetón, que hoy es viernes.

Me río a carcajadas. Me mira sorprendido.

—Vaya, sí que estás bien.

—Sí. Estoy genial.

—¿Te digo lo que hay hoy?

—No, no, hoy no voy a pasar consulta. Pásale todo a Lluna.

—¿Qué? Vale. Lo que digas.

Se me queda mirando extrañado, pero se vuelve a su mesa para hacer las gestiones. Solo tiene que dar dos clics.

Miro la pantalla y le doy al botón de imprimir. Espero que salgan todos los documentos que quiero en la bandeja de la impresora. Los leo, los grapo y los coloco sobre la mesa. Le doy las últimas vueltas a mi anillo, dejo la mochila en la silla y me quito la bata. Reviso que todo esté bien situado y salgo de mi consulta.

Miquel está colocando muestras en el armario. Me mira de arriba abajo.

—Nena, hoy vas a arrasar. ¿A dónde vas?

Me acerco y le doy un abrazo muy apretado.

—Ay, Ona, ¿y eso?

—Te quiero mucho, Miquel. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Te voy a echar mucho de menos.

—¿Qué?

Se aparta y me mira asustado.

—¿Qué estás diciendo? Pero ¿no te ibas solo media semana?

—No, me voy del todo.

—¿Qué? ¿Del todo? ¿Por qué?
Le doy un beso en la mejilla.
—Porque estoy cansada de escuchar palabras vacías, palabras que son cansancio.
Cree que me he vuelto loca, claro. Se lo explico mejor.
—He dimitido. Me iban a cesar.
—Pero ¿cuándo? ¿Por qué?
—Ahora, en la sesión.
—¿Y no pensabas decírmelo?
—No me ha dado tiempo. Te lo digo ahora.
—Por eso has vomitado. ¿Qué te han hecho esas perras?
Me quedo callada un momento. No sé ni cómo explicárselo.
—Todo lo que dicen y te van a contar es mentira, pero que sepas que no me voy por eso. Eso siempre me ha dado igual.
—Claro. Plántales cara, como siempre.
—No, Miquel. Paso. Ahora les toca luchar a otros.
—Joder, Ona, pero aún hay cosas por hacer.
—Que siga Lluna. Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer en esta vida.
Se me acaba de ocurrir una idea.
—Bueno, no todo. Me queda una cosa pendiente.
Miquel me mira con cara triste, es la única persona que me va a echar de menos. Lo que voy a hacer le va a encantar.
—Ven.
Me acompaña de nuevo a la consulta intrigado.
Abro la mochila y saco la urna. Se lleva las manos a la cabeza.
—Hostia, hostia, Ona, ¿eso es lo que me imagino?
—Sí.
Grita escandalizado.
—No me jodas. ¿Llevas las cenizas de Xavier en la mochila?
—¿Dónde las iba a llevar? Es su mochila.
Le sonrío y me voy con la urna al baño.
—¿Qué haces?
Subo la tapa del váter y destapo la urna.
—¡Ona! ¡No! ¡Estás loca!
Empieza a hacer aspavientos y yo me río a carcajadas.
—¡No se te ocurrirá! ¡Qué grima, por favor!
Vuelco la urna y dejo caer en cascada todas las cenizas al agua. Miquel dice que se va a desmayar. Yo tiro de la cadena partida de la risa.
—¡Estás como una cabra! ¿Qué haces?
—Poner a Xavier donde debe estar.
—Pero ¿por qué?
—Porque ya era hora, tenía que haber hecho esto hace muchos

años.

—¿Tirarlo por el váter?

—Sí. Tirarlo por el váter.

—Tía, estás como un puto cencerro. ¿Esto no está prohibido?

—Que yo sepa no. Son aguas negras, es donde ha de estar.

—Yo esto no lo voy a contar. No va a volver a mear nadie aquí.

Nos hemos quedado los dos mirando el inodoro.

—Miquel, ¿sabes a dónde va a ir el agua del váter?

—A la depuradora, ¿no?

—Sí. ¿Y de ahí?

—¿Al mar?

—Exacto.

Me vuelvo a reír. Me siento liberada.

—Mariona, ¿seguro que estás bien?

—Mejor que nunca.

—Joder, lo que ocurre en este Departamento da para una novela.

—Y para cien.

Vuelvo a besar a Miquel y le doy el abrazo más grande que hasta entonces le había dado a nadie.

—Te quiero mucho, mucho, Miquel.

Y me voy. Empiezo a caminar rápido, porque no quiero llegar tarde ni mirar atrás. No sé cuánto durará la tramontana, y lo que quiero hacer lo quiero con ella.

Al salir del departamento, me he cruzado con la Guardia Civil. Les he oído preguntar a Miquel por Nina. Él se ha ofrecido gustoso a acompañarlos. No me extraña, ese uniforme nuevo les queda muy bien a todos, y Miquel es Miquel.

También he visto a Xec y Tonia yendo a una visita con Roser, me han preguntado por mi cara. Les he dicho que me marchaba, pero que les iría superbién con Lluna.

Cesc estaba a la entrada del *parking*. Se ha acercado a saludarme y se ha sorprendido de verme tan bien. Es que realmente estoy genial, me siento genial. Estoy tan liviana que creo que me deslizo por el aire en vez de caminar. Noto cómo todas las personas con las que me cruzo me miran con admiración al pasar. Estoy guapísima. Me despido de todo el mundo y se creen que es porque es viernes.

Me paro a la entrada del camino de Sol del Sur. He de llamarles ahora. Me apoyo en la pared seca, bajo la sombra del olivo más grande. Me contesta al teléfono la secretaria de Joan.

—Hola. ¿Me pasa con el doctor Muscat, por favor? Soy su

hermana.

—El doctor Muscat no se puede poner ahora, está reunido. Llame luego.

Y me cuelga.

Pruebo con Álex. Me sale su contestador. Qué voz tan bonita tiene. Vuelvo a intentarlo con Joan.

—Hola. ¿Podrías decirle a Joan que se ponga? Es urgente, dile que soy su hermana.

—Ahora le daré el recado al doctor.

Y, de nuevo, me deja colgada. Vuelvo a intentarlo.

—Ya le he dicho que está en una reunión muy importante.

—Lo sé, pero dígale que me llame ya, es urgente.

Por fin. No me cuelga. Oigo sus pasos que se alejan y después vuelven.

—Dice que la llama en cuanto pueda, que ahora no se puede poner.

Me quedo sin hablar con él. Me apetecía oírle, pero igual va a ser mejor así para ellos. Se iban a poner nerviosos. Soy un poco egoísta.

Decido dejar un mensaje en el contestador de Álex.

—Hola, chiqui. Os he llamado a los dos, pero estáis ocupados. Es lógico y no pasa nada.

Miro las hojas del árbol. Ahora no sé qué decir. El contraste del verde del olivo y el azul del cielo es precioso. Son tan distintos que el azul se ve más azul y el verde más verde.

—Joan, no te hago un audio porque todo el rato se pone tu secretaria, pero no te enfades conmigo. Este también es para ti, es para los dos.

Respiro hondo un par de veces. A ver cómo lo digo sin emocionarme.

—Sois lo mejor que existe y que me ha pasado en este puto mundo. Qué suerte tiene la humanidad de teneros y qué poco os merece.

Trago saliva.

—Joan, ha sido un lujo haber compartido útero contigo. Siento haberme quedado con la mejor parte de los genes. Álex, cuida mucho a tu padre y sé muy feliz. Os quiero mucho, mucho. Muchísimo. Desde antes de que existierais.

Mierda. Me está temblando un poco la voz. Toso un poco para que no se note.

—Soy muy feliz y he tomado mi decisión, libre y sin coacciones. No lo hago por nada ni por nadie, es una decisión totalmente meditada.

Me apoyo en el tronco del árbol y vuelvo a respirar un par de

veces.

—La culpa no existe, es un invento. La vida son accidentes y decisiones que se toman y ya está. Esta es mi decisión y nadie puede convencerme de que no la tome.

La cabeza me duele un poco, me tenía que haber tomado otro ibuprofeno. Empiezan a aparecer nubes. No me puedo entretener más.

—Os quiero.

Cuelgo. Ya está. Dicho. Ya no me tiembla la voz. Ahora ya es el momento, mi momento, y voy a disfrutarlo. A casa.

Miro el horizonte. La tramontana está soplando tan fuerte que se va a llevar el mundo. El mar tiene que estar precioso.

Pongo el modo avión en el móvil, y busco el directo del Último de la Fila. Quiero escuchar esa versión de *Insurrección*, es la mejor de la historia. Activo el modo cancelación de ruido de mis AirPods y empiezo a andar. Nadie me había visto jamás tan sonriente en el camino de la carretera de Sol de Sur.

24

El difícil arte de vivir

Le he soltado todo lo que le tenía que decir. Todo. Le he detallado sus mierdas una a una. Pero no me he podido quedar a gusto. Me ha faltado decirle lo que me ha dolido su engaño y cómo me jode haberme sentido utilizado con no sé qué mierda de objetivos. También me hubiera gustado contarle que ha roto mis ilusiones de un plumazo y que nunca me había sentido tan solo en mi propia casa. Quisiera haberle dicho cómo me ha jodido la vida, y que, en la poca que ya me quede, no podré volver a ser el mismo. La odio. La odio porque la he querido mucho. Más que a nadie en mi vida.

Estoy agotado y vacío. Exhausto. Me he quedado de pie, apoyado en la mesa y con la cabeza gacha. Me duele el pecho, que se me ha quedado hueco, y estoy luchando para no ponerme a llorar delante de todos. Ahora sí. Ahora quiero morirme. Irme lejos del mundo. Desaparecer.

Roser me toca el hombro.

—Vaya, Oriol, siento mucho lo de la atrofia. Pero ¿tú estás seguro de todo lo que has dicho? Ona es una de las personas más íntegras y buenas que conozco. Yo creo que debe de haber algún error.

—Ojalá, pero me temo que no. Las pruebas que nos ha traído Bruna son bastante claras.

La oncóloga mira con recelo a Bruna, que se ha puesto a mi lado y me acaricia en silencio el otro hombro. Roser insiste.

—A veces las cosas se pueden malinterpretar, Oriol. Yo le ofrecería la oportunidad de darnos su propia versión.

—No se la merece. Eres demasiado ingenua, Roser. Me temo que te ha engañado tanto como a mí.

Nina entra en la sala de reuniones cargada con un montón de carpetas. Yo sigo medio tirado sobre la mesa con todos los jefes a mi alrededor, consolándome. Nos echa un vistazo extrañada y mira interrogante a Cati.

—¿Qué coño ha pasado aquí? ¿Dónde está Mariona?

—Se ha ido —le responde Bruna—. Ha dimitido.

Nina la mira con una cara que me acojona hasta a mí.

—¿Y tú que haces aquí?

—Tengo derecho a estar delante, yo os he traído todas las pruebas.

Nina entorna los ojos, pensativa. Debe valorar la situación.

—Es cierto. Sí, la verdad es que es mejor que también estés. Siéntate con todos.

Bruna sonríe satisfecha y le obedece, acercando hacia la mesa la silla de la pared donde estaba antes. Se coloca a mi lado. Nina sacude su melena y se acerca a Cati para comentarle algo al oído. La secretaria abre los ojos sorprendida y sale corriendo de la sala. En cuanto se va, Nina se sienta en su silla y tira el montón de carpetas que ha traído sobre la mesa. Hace tal estruendo que todos nos callamos *ipso facto* y la miramos.

—¿Os queréis sentar de una puñetera vez?

Suena con tanta mala leche que no hemos tardado ni un segundo en hacerlo.

—¿Alguien me va a explicar por qué cojones habéis empezado la sesión sin mí?

Me miran todos. Trago saliva.

—A ver, Nina, tú has dicho que tardarías, y ellos tenían prisa. Mariona ha dicho lo de su jornada y, entonces, yo le he dicho todo lo que teníamos que decirle.

—¿Qué? ¿Qué coño le has dicho?

—Pues todo, Nina, se lo he dicho todo.

Pega un golpe con la palma de la mano en la mesa que retumba en toda la sala.

—Pero ¡tú eres imbécil! ¿No te había dicho que me esperases?

—Nina, se lo tenía que decir. Además, es a mí a quien ha engañado. Era cosa mía, no tuya.

—Tú no eres más gilipollas porque no entrenas.

—Pero ¡¿qué dices, Nina?!

Resopla y sacude la cabeza.

—Qué cruz. Llevo aquí currando desde las seis de la mañana para que llegues tú y la líes.

Abre las carpetas y nos enseña un montón de papeles impresos. Todos alargamos el cuello para mirarlos.

—Ayer por la noche, llamé a Joana, de Servicios Jurídicos, para que me consiguiera un permiso urgente. Necesitaba entrar en vuestras historias y comprobar si era cierto lo que nos dijo ayer la niña esta.

Señala a Bruna con la cabeza, que protesta por el tono con que lo ha dicho.

—Oye, Nina, no te tolero…

Nina ni le contesta.

—Joana es increíble, a primera hora ya me lo tenía todo listo.

Me he revisado toda la actividad clínica reciente de Mariona, incluyendo dos historias en detalle: la de mi hija Abril y la de Oriol.

Abre una de las carpetas y le da un par de golpecitos a la montaña de papeles que contiene, inundados de *post-its* y de subrayados en fosforito.

—La cabrona es impecable. Lo registra todo, hasta el mínimo detalle, y además lo redacta como si fuera una novela.

—Eso es lo que hace una psicópata —apunta Bruna. La mayoría de los directivos quirúrgicos le dan la razón.

Nina les fulmina a todos con la mirada, pero no responde. Me desliza un papel.

—Los informáticos me han dado esto. Lee.

Todos se levantan y se acercan a mirarlo.

—Esto ya lo teníamos, Nina. Es el registro de cuando borró mi historia.

—Sí, es el día y la hora a la que se borró tu historia, que, por cierto, ya está recuperada del servidor de seguridad y enviada a Barcelona. Léelo.

Mientras me lo da, se mira un mensaje en el iWatch y sonríe. Leo la hoja, no entiendo qué me quiere decir.

—Pero esto ya lo vimos ayer, Nina. Es el nombre de usuario usado para borrar la historia. Y es el suyo.

—Tanta Agatha Christie leída y no has aprendido nada. Fíjate en la fecha.

—Es el día…

—Exacto, el día del accidente. Y mira la hora.

—¿Qué pasa con la hora?

Ahora me lanza un informe, el del 061.

—Contrástalo con las horas del informe de los chicos de Cesc. A la hora en la que se borró tu historia, Mariona estaba recién sedada dentro de la ambulancia, después de haber hostiado a dos médicos.

—¿Qué?

—No estaba ni consciente ni en el hospital. Ella no pudo hacerlo.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No lo puedo saber. Pero está claro que alguien usó su ordenador y sus claves, aprovechando que ella estaba fuera de combate a esa hora.

—¿Le hackearon la cuenta?

—Oriol, Mariona es tan confiada que guarda la llave en una maceta y tiene las contras en *post-its*. No hace falta ser ningún genio, cualquiera podría haberlo hecho. Bueno, cualquiera con mucha mala fe.

Miro a Bruna, que ni se ha inmutado. Recuerdo que Lluna dijo que una médica había entrado en la consulta esa mañana. Voy a

decirlo, pero Nina ya me ha lanzado otra cosa, esta vez es un montoncito de hojas grapadas con el nombre de mi hija resaltado en amarillo.

—Lee. Esta es la historia de Abril. Está todo escrito y firmado. Le insistió en que hablara con nosotros en las dos únicas visitas que le hizo, la revisó de arriba abajo, le hizo una ecografía y el cribado de enfermedades de transmisión sexual. Y ya la trató con antibióticos antes del resultado. Antibióticos, con el asco que le dan a Ona. Pero era lo indicado. Hizo lo correcto.

Cojo las hojas y las leo por encima.

—Vale, pero tenía que habernos avisado, Nina. ¿Y si hubiera hecho una alergia? ¿O si hubiera estado embarazada? ¿Iba a darle las pastillas para abortar sin decirnos nada?

—Sí. No podía decirnos nada. Abril le había dicho que no, y ya tiene dieciséis años cumplidos.

—Me parece increíble. Pues yo se lo hubiera dicho a sus padres.

—Pues tú hubieras acabado en la cárcel porque eso es un delito.

Gruño. No entiendo esa mierda de leyes. Abril es una niña, hostia. Vuelvo a abrir la boca para protestar, pero Nina sigue atacando. Ahora me saca otro montón de hojas grapadas, esta vez con mi nombre.

—Tu historia. Impecable también. Con una descripción exhaustiva de todos tus síntomas y los signos que te veía en la piel y en las uñas.

—Y en el iris, no te jode. Vaya chorradas.

Me tira otro papel.

—¿Chorradas? Esta es tu puta analítica. La que te pidió el primer día, antes de ponerte la tiamina. No la ha visto nadie, ni ella, porque le cerramos el acceso a tu historia.

La leo y me quedo helado. La hostia. No tengo casi vitamina B y el plomo está por las nubes. Miro a Nina.

—Pero… ¿entonces?

—Exacto, tenías un beriberi y la tía te lo curó en la primera visita.

—Joder.

—Sí, joder. Porque si no te pilla ella, te hubieras muerto de algo de lo que no se muere nadie que no haya nacido en el siglo XV. Y todo por esas mierdas que te comes.

—¿Tengo beriberi?

—Tenías. Por eso los síntomas han desaparecido y las resonancias han cambiado. Barcelona dice que las últimas pruebas que te hiciste son normales. Sí, Oriol, ni atrofia ni pollas en vinagre. Mariona es la mejor médica que he conocido jamás y te ha salvado la vida. ¿Lo entiendes? Te ha salvado la vida.

Todos se han lanzado a mirar la analítica. El de Medicina Interna está analizando la historia. Yo me estoy mareando. Apoyo las manos sobre la mesa.

—Pero ¿todo aquello del parto? ¿La madre y el bebé muertos?

—También he hablado con el director del hospital de Girona. Les conocía bastante, porque él trabajaba en Urgencias de Olot en aquel entonces. Me ha dicho que el marido de Ona era un radical y bastante peligroso, pero que a ella siempre la han considerado una médica muy prudente. Hizo varias guardias de Gine en Girona, hasta que lo dejó por depresión y un intento de suicidio. Eso yo ya lo sabía. Fue cuando la conocí.

Bruna rezonga.

—Ya os he dicho que estaba loca. Y tú encima lo ocultabas.

Nina aprieta el puño y respira hondo. Yo intento entender lo que está diciendo.

—¿Me quieres decir que Xavier la obligó a hacer ese parto? ¿Que por eso se quería matar?

—No, ella no lo hizo. Fue Xavier el que asistió un parto de alto riesgo en domicilio. Un parto que acabó con un bebé muerto y una madre en la UCI. Le tuvieron que hacer una histerectomía urgente por una hemorragia masiva.

Dejo de respirar. Ahora la cabeza me está dando vueltas como una peonza.

—¿Sabes cómo se llamaba esa madre, Oriol?

Sí. Ya sé la respuesta. Me acabo de dar cuenta. Su cara pálida cuando dije lo de Girona. La cicatriz. Su hermano poniéndome a Xavier a caldo.

—Oriol, la madre era Mariona.

—Joder. Joder. La he cagado.

—Pero mucho. La has cagado mucho.

Bruna se ha puesto a darnos voces, como en un ataque de histeria.

—Estáis todos equivocados. Os está engañando. No lo entendéis. Ella hace esos trucos. Es todo mentira. Lo ha maquinado todo.

Nina se planta ante ella.

—Cállate ya, Bruna. Cierra el puto pico de una vez. Tú eres la que está equivocada.

—Le vas a matar, a ti no te importa Oriol. Tú quieres que se muera. Y él necesita que yo le cuide, tiene una enfermedad grave.

—Mira, no quiero pensar que hayas sido capaz de inventarte un diagnóstico tan horrible por esa obsesión que tienes con él, espero que solo haya sido un error diagnóstico.

—No es ningún error. Está enfermo. Mira la resonancia.

—Bruna, Oriol no tiene ninguna atrofia, en el Central ya se lo han revisado todo. Me lo acaban de decir por mensaje. Yo creo que eras tú la más interesada en que nadie pudiera revisar su historia.

—Ella habrá cambiado la última resonancia.

—Espero que estés loca.

—Yo no estoy loca.

—Más te vale estar como una puta cabra, porque si no, no te vas a salvar.

—¿De qué?

—De mí. Y de la ley. Afuera te esperan unos señores de verde. El juez no entiende cómo hemos podido acceder a un testamento que aún no está abierto.

—No he incumplido ninguna ley. Se puede acceder a todo eso por internet.

—También van a preguntarte si era tu coche el que estaba aparcado en la casa de los vecinos de Ona el miércoles.

Se queda pálida.

—Elegiste mal la casa, Bruna. Son unos ingleses forrados. No son como Ona, que deja la puerta abierta y las contraseñas en *post-its*. Estos tienen cámara de seguridad hasta en el baño.

—Esto es una caza de brujas. Me habéis odiado siempre.

—No, siempre no. Pero como lo del coche sea verdad, te juro que te voy a poner la cara peor que la de Ona. Los de verde van a tener que protegerte de mí, pedazo de zorra. Estás como una puta cabra. Vete con ellos o les diré que entren a por ti y te esposen.

Estoy escuchándolas, pero ni las miro. Es como si ya no fuera conmigo. Me cubro la cabeza con las manos y me insulto. Soy una mierda, soy un hijo de puta, no me va a perdonar jamás. Yo me creía un justiciero y resulta que soy peor que el cabrón de su marido.

Roser se planta ante Nina.

—Creo que deberíamos ir todos a pedirle disculpas. Aunque se vaya, sin duda. Después de lo que le hemos dicho, no creo que quiera estar más ni en la isla. Hemos sido unos cabrones.

Me levanto.

—No, Roser, tú no has sido. Ninguno de vosotros. Todo es culpa mía. He sido yo el cabrón. Joder, soy el cabrón de toda su vida.

No me replica. Saben que es cierto. Pero a Nina le parece bien la propuesta.

—Sí, vamos todos. Tenemos que ir todos.

Nadie protesta. La de Cirugía llama al quirófano para que la sustituyan y se apunta también. Nos vamos en comitiva por el pasillo ante el asombro de todos los que nos cruzamos de camino al departamento de Integrativa.

Miquel está en la puerta de la consulta de Mariona, hecho un manojo de nervios. Está tan agobiado que ni le sorprende que hayamos venido a verle los trece jefes juntos.

—Nina, te estaba llamando al despacho.

—¿Qué pasa?

—Que Mariona se ha ido.

—¿Ya se ha ido?

—Sí, se ha ido. ¿Tú lo sabías?

—Me lo imaginaba. Yo también me hubiera largado cuanto antes. Ahora la llamo, no pasa nada.

—Sí pasa, joder. Sí pasa.

—¿Qué pasa?

—Que estaba muy mal, estaba muy rara.

—Ya, ya. No me extraña.

—No me entiendes. Está muy mal. Ha vomitado hasta la primera papilla, y después ha tirado las cenizas de Xavier por el váter.

—¿Qué?

—Y se descojonaba. Me ha abrazado, me ha besado, ha dicho que me quería un montón y se ha ido.

—¿Cómo?

—Que se le ha ido la olla. Por completo.

Yo también hubiera tirado todo. Poco me parece lo que ha hecho. Si a mí me dicen lo que le he dicho yo, destrozo el hospital. Pero ella lo ha dejado todo como siempre, ordenadito y colocado como la casa de Marie Kondo. Yo habría tirado hasta el sofá por la ventana. Me acerco a su mesa.

—Se ha dejado la mochila en la silla. No habrá ido muy lejos.

Me acerco a ver los papeles que tiene sobre la mesa y pego un grito.

—Nina, ¡ven!

—¿Qué?

Todo el mundo entra en el despacho a ver qué ocurre.

—¡Es un documento de voluntades anticipadas! ¡Su documento de voluntades anticipadas!

Y lo agito en el aire para que lo vea. Al hacerlo, se oye el tintineo de algo que cae rebotando al suelo. Miquel se agacha a recogerlo, y cuando reconoce lo que es, entra en pánico.

—Es el anillo. ¡Se ha quitado el anillo!

Los ojos se me llenan de lágrimas al entender lo que significa.

—Nina, se va a matar. Joder, que se va a matar.

25

Dame mi alma y déjame en paz

Me he puesto el directo de *Insurrección* en bucle. Me encanta el sonido de ese uh-uuh que se oye al principio de la canción, mezclado con la batería. Me hace botar y reír. Es la mejor banda sonora para recorrer mi último camino de vuelta a casa. Nadie es mejor que nadie, pero esa desconexión de voz en el tú-ú la borda. Es el otro García, el auténtico. Porque Oriol solo ha sido un espejismo.

Retales de mi vida. Supongo que eso es lo que veré cuando esté allí abajo: todos esos retales cosidos uno detrás de otro. Cuando mi cuerpo se quede sin oxígeno, empezará la tormenta neuronal de recuerdos. Espero que mi cerebro elija solo los buenos.

Ya no tengo ninguna incertidumbre, ya sé lo que quiero: que mi alma esté por fin en paz.

En la vida hay muchos días de color *beige*, días neutros en los que nada nos llama la atención y parece que pasan sin pena ni gloria. Son como un relleno, como los extras de las películas. No los recordamos, pero en el fondo son los más importantes, ya que solo en esa tranquilidad del *beige* podemos ser nosotros mismos.

Yo he tenido pocos días *beige*, la verdad. Mi vida ha sido una montaña rusa desde que Joan me dejó sin oxígeno al colocarse el primero para salir. Un Dragon Khan, pero lleno de bajadas. La vida son momentos altos y bajos, decía mi abuela, pero la mía es una caída vertiginosa hacia el infierno. Por eso deseo tanto la calma, quiero aburrirme eternamente entre los peces.

El día de Sara no fue *beige*, fue un puto desastre desde el principio. Todo salió mal. Aunque Xavier me lo tenía prohibido, por la mañana me fui en coche hasta Barcelona para ver a Álex, que había venido del colegio de Oxford. Mi marido iba a trabajar todo el día en Olot, así que cogí la autopista y me planté en una hora en casa de mi hermano. Adoro a mi sobrina. Se parece mucho a mí, pero su montaña rusa tiene muchos más subidones. Nos fuimos juntas a la Illa a comprar cosas para Sara. Vaqueros, gorritos, baberos, juguetes. Álex me criticaba que no escogiese un nombre neutro, como el que ella usa ahora.

—Si no le gusta, que se lo cambie como has hecho tú, antigua Alexandra.

—Te odio. Que no te oiga nadie, por favor.

—Pues a mí Alexandra me parece precioso, pero siempre quise Sara.

—Lo sé, por la canción de ese grupo.

—Sí, mi dulce Sara.

—¿Y si no es una niña? No te has hecho ninguna ecografía.

—Sé que es una niña. Lo sé, lo siento en las tripas.

—Qué científico. ¿Por qué no te haces una y la vemos? No tiene por qué enterarse.

—No es solo por él, yo tampoco la necesito. No quiero interferir en un proceso natural.

Mentía, lo estaba deseando. Pero le tenía miedo. No quería reconocer ante nadie que Xavier me aterraba. Parece mentira, con lo macarra que yo he sido y cómo me enfrentaba de pequeña ante todos los chulitos de mi barrio. Pero sus ojos de hielo me paralizaban. Antes del embarazo, me quise ir un día a dormir a casa de Joan y me pilló haciendo la bolsa. Casi me mata. Después siempre pedía perdón y me decía que era porque me quería demasiado y por su trauma infantil de abandono. Y yo me lo creía.

Por eso, cuando no me vino la regla, me dieron todos los males. Nunca quise ser madre, y ya tenía una edad, pero, sobre todo, no quería que nadie pasara por lo mismo que yo. Así que no le dije nada. Pero me pilló las pastillas para abortar en el bolso. Qué gritos me dio. Lo que llegó a decirme. Pero ese día no me pegó. Lo bueno de estar embarazada es que le daba miedo pegarme. Aunque lo que salía de su boca era peor que un puñetazo.

«Eres imbécil. No he visto mujer más tonta».

«Estás muy gorda, no vas a poder parir si sigues comiendo así».

«No me toques, no pienso follarte, estás horrible».

El día de Sara, ese horrible día, volviendo de Barcelona, me di un golpe en el coche. El conductor de delante frenó en seco, yo lo hice también y el de atrás no pudo evitar chocar conmigo. Tuvimos que parar a hacer los papeles en la cuneta, vinieron los *mossos* y, en ese momento, llegó el. Había acabado antes y tuvo que pasar en ese instante. Vaya mierda de suerte. Me fulminó con la mirada. Fue exquisito y amable con los *mossos* y con los conductores, y se mostró muy preocupado por mi barriga, en la que se había quedado grabada la marca del cinturón de seguridad. Me dio un beso en ella y aseguró a todo el mundo que iríamos al hospital para comprobar que todo estuviera bien. Cuando llegamos a casa y vio las bolsas de la Illa en el maletero, me dio la primera bofetada. Me hice un ovillo en el suelo del garaje para proteger la barriga hasta que se calmó. Le rogué que me llevara al hospital para ver a la niña, pero fue imposible.

Por la noche, me despertó el dolor. Era como un retortijón enorme que me abría la espalda en dos, como si me arrancaran la medula espinal tirando de la cabeza. No imaginaba que una contracción pudiera doler tanto. La barriga se me puso como una piedra. Ya había cumplido treinta y ocho semanas, así que podía ser perfectamente el inicio del parto. Le desperté. Me hizo un tacto vaginal para ver si había dilatado. Eso me hizo hasta gracia, hacía meses que no me tocaba y ahora me metía los dedos hasta la garganta.

—Estás de parto.

—Pues vámonos al hospital, Xavier, por favor.

—No, a saber que te van a hacer allí. Te ingresarán. Te pondrán fármacos. Yo quiero que mi hijo nazca aquí, de forma natural y en el campo.

—Pero solo es para que vean que todo va bien, por favor. Que me hagan un monitor y nos volvemos para casa.

—No, Mariona, estás de parto, nos van a obligar a ingresar.

—En el hospital de Girona me conocen, me dejarán irme si se lo pido.

—No.

—Y si no, pedimos un alta voluntaria.

—Que no, si no hace falta. El niño se mueve y tu embarazo ha ido bien. Yo sé que tú vas a ser capaz de parir como una leona.

Se lo supliqué toda la noche. Yo ya lo sabía, ya lo había notado, pero no quería reconocerlo. Sara había empezado a irse en esa primera contracción. Me había dolido demasiado. Había durado demasiado. Como las otras fueron más tolerables, pensé que me había equivocado, hasta que empecé a sangrar.

—Xavier, por favor, llama a la ambulancia, esto es un desprendimiento de placenta. Me duele mucho otra vez.

—No sabes aguantar un parto.

Y eso es lo último que recuerdo.

Cuando desperté en la UCI, me lo encontré pegado a mi cama, sujetándome la mano. Sus ojos azules no se separaban de los míos y todos decían lo maravilloso que era mi marido, que no se había movido de mi lado. Solo tenía una pregunta que hacerle y enseguida me dijo que no, que ella no había sobrevivido. Era una niña. Le pedí verla, y también me lo negó. Dijo que ya la habían incinerado, que yo llevaba dos días intubada, y que eso había sido lo mejor para mí. Que así me había ahorrado sufrimiento y que él lo había pasado por mí. Él y la manía de todos los hombres de mi vida de decidir qué es lo mejor para mí. Pero ¿qué coño sabrán? A mí me daba igual que fuera peor, yo solo quería besar a mi niña muerta, aunque no me mirase o estuviera helada. Como si hubiese estado podrida, era mi Sara. Mi dulce Sara. Necesitaba despedirme, abrazarla, decirle todo lo que la

quería y que no había podido hacer nada más por ella. Pero no me dejó, no me dejaron. Sara se fue, y yo ni le vi la cara.

En la planta de hospitalización, me dijo lo de mi útero. Se fue con mi niña. La verdad es que eso me dio igual, no me supuso ningún trauma. El mundo me parecía tan horrible que lo último que quería era traer otro ser inocente al infierno.

Lo único bueno de toda esa mierda fue que no volvió a ponerme la mano encima, aunque empezó a echarme la culpa de todo: de haber cogido el coche, de no saber parir, de ser una deforme por mi pelvis rota, de haberme quedado estéril.

Un perito vino a hablar conmigo cuando me dieron el alta. El Colegio de Médicos había denunciado a Xavier por imprudencia temeraria, pero yo les dije que no recordaba nada de lo que había pasado. Lo de la denuncia fue cosa de mi hermano, que se había pasado la semana de la UCI yendo y viniendo de Barcelona a verme, aunque entonces no nos hablábamos. La demanda no llegó a juicio, porque cuando lo citaron la primera vez, estaba en África y ya nunca más volvió de allí, hasta ahora.

Después de que él se fuera, intenté volver a trabajar. Ya me habían ofrecido varias veces hacer guardias de Ginecología en el hospital de Girona, así que acepté. Fue toda una experiencia, ya que hasta entonces solo había ejercido de ginecóloga en África. Cuando volvíamos a Girona, solo nos dedicábamos a la alternativa, y Xavier no me dejaba ni acercarme a un hospital. Los odiaba.

Me gustó mucho trabajar allí. Estuve muy bien una temporada, pero los partos acabaron por removerme demasiado las heridas y opté por dejarlo. Entonces me encerré en casa y dejé de comer. Joan me arrastró a una consulta de Psiquiatría para que me tratasen. Aproveché las pastillas que me dieron para construirme una salida rápida de este mundo, pero me salió mal. Joan me encontró. Esa vez fue él el que me metió los dedos hasta la garganta, aunque por la boca. Me ingresaron en Salud Mental un mes. Joan me regaló un Kindle cargado de novelas y libros de autoayuda que me hicieron más efecto que las pastillas. Volví a devorar libros, que ya se me había olvidado. Y, además de literatura, me lancé a leer Psicología y Medicina Integrativa. El bendito Kindle de mi hermano fue el que me trajo a esta isla, mi maravilloso paraíso y destino final.

Ya he llegado a mi lugar en el mundo, abro la puerta y vuelvo a dejar las llaves tras la maceta. Así, Joan y Álex podrán quedarse a dormir esta noche. No hay muchas cosas en la nevera, pero siempre pueden pedirse algo. Ahora la casa será para ellos y sé que la aprovecharán muy bien, a los dos les encanta la isla y seguro que vienen a disfrutarla los fines de semana.

Miro las paredes de mi casa, es tan bonita. He sido muy feliz

aquí, más que en ninguna parte y más que en mi vida, sobre todo, estas últimas semanas. Creo que he llegado a querer también mucho a Oriol, aunque al final fuera solo un espejismo. Pero ha merecido la pena, las emociones son tan mías como los orgasmos. De nadie más.

Empiezo a rebuscar en los cajones de la cocina. Juraría que me quedaba alguna brida de cuando hicieron las obras. Aquí están, son transparentes, qué bonitas. Así no fallaré esta vez.

Me despido de mis cactus, no me van a echar de menos. Como el resto del mundo, podrán vivir perfectamente sin mí.

No sé cuánto me durará la música en los AirPods, espero que lo suficiente.

Deja el móvil sobre las rocas y cambio la canción del disco. Pongo en modo continuo *Cuando el mar te tenga* y el volumen a tope. Me quito la ropa y ajusto las tres bridas, una en cada muñeca y otra uniendo a las dos. Tengo que usar los dientes, pero me ha quedado bien. Así no podré nadar.

Miro el horizonte. Hay muchas olas y mucho viento, es el momento, es mi hora. La tramontana ruge y levanta toda la espuma del mar, como en la canción. Que hable el mundo y calle el hombre. Mis hombres. Que se callen todos de una puta vez. Salto.

No quiero cerrar los ojos, quiero verlo todo. El agua está helada, pero la luz del sol llega hasta el fondo. La inmensidad del agua me emociona, y aunque el sonido de la música empieza a apagarse, en mi cabeza sigue sonando la canción. Sonará eternamente porque el mar ya me tiene.

26

Vuela al viento, espuma del mar

Todo el mundo se ha puesto a gritar y a moverse como loco por la consulta. Los fisios, Lluna y un par de pacientes han salido de sus cubículos y no entienden nada de lo que está pasando. El departamento de la calma se ha convertido en un guirigay de gente, voces y gritos. Esto es un caos. Nina me coge de los hombros y me sacude con fuerza.

—Pero ¿qué estás diciendo, Oriol?

No sé si no me cree o no quiere creerme. Se lo repito de nuevo.

—Que se va a matar, Nina, que Mariona se va a suicidar.

Miquel asiente y mueve la cabeza de arriba abajo, compulsivo. Se le ve cada vez más nervioso. Tiene el anillo de Ona en la mano y lo aprieta entre sus dedos.

—Sí, Nina, ella no se lo quita jamás. Jamás.

Me lo tiende. Es un anillo de plata ancho y muy sencillo. Estoy harto de verla dándole vueltas en el dedo. Siempre que está barruntando algo, lo gira con el pulgar o con la otra mano. Y ahora lo ha dejado en la mesa, se lo ha quitado y ella me dijo que solo lo haría el día que supiera que iba a morir. El estómago me empieza a doler, creo que voy a vomitar. Se lo cojo a Miquel y lo miro, dentro está grabado el nombre de Xavier, pero también pone Sara. Debe ser el bebé. Joder. Lo tiro sobre la mesa y les grito a todos.

—Vamos. ¡Hay que encontrarla! ¡No podemos perder más tiempo!

—Pero ¿a qué sitio?, ¿dónde coño vamos?

—¡A Sol del Sur!

Me he puesto en el asiento de atrás con la cabeza pegada a la ventana para distraerme con algo y no ponerme a llorar. Vamos en el Mercedes de Nina, pero lo lleva Miquel, ella tiene demasiado tacón y yo estoy de los nervios.

Roser se ha metido en nuestro coche y el resto de directivos nos siguen en comitiva con los suyos. Ona no se podrá creer la que hemos montado para ir a buscarla. Va a flipar cuando nos vea llegar a todos. Dios, espero que nos vea. Por favor, que todo acabe en unas risas y me haya equivocado.

Me muerdo el puño mientras veo cómo pasan uno detrás de otro los *ullastres*. A ella le encantan esos árboles tan típicos de la isla, sobre

todo, los que más ha retorcido el viento. Busco su silueta en el camino. Ojalá se haya entretenido mirando uno de ellos. Que no le haya dado tiempo a llegar, por favor, me estoy muriendo de angustia.

—Corre, por lo que más quieras.

Nina está a mi lado, no para de dar instrucciones a Miquel. Ahora me mira y me pone la mano en el muslo, que no para de movérseme.

—Tranquilo. No pasará nada.

—Joder, Nina. Qué imbécil soy.

—Sí, pero ahora no pensemos en eso.

—Es que como le pase algo, me muero.

Lo estoy diciendo en serio y creo que Nina se está dando cuenta. Si ella desaparece, yo me mato. Nunca había estado tan agobiado. Mariona me ha abierto su casa, me ha salvado la vida, me ha hecho sentir cosas que ni conocía, y yo solo he sabido hacerle daño y fastidiarle la vida desde el principio. Por favor, que lleguemos a tiempo.

—¿Estás seguro de que se ha ido a casa, Oriol?

—Seguro. Lo va a hacer allí detrás, en las rocas, donde la escaleta. Se va a tirar desde allí.

—¿Como estás tan convencido de eso?

—Porque lo hemos hablado.

—Joder, ¿habéis hablado de cómo suicidaros?

Me encojo de hombros y vuelvo a mirar por la ventana. ¿Por qué vive tan lejos, coño? El camino no se acaba nunca.

—Yo alucino con vosotros. Sois de lo más friki que conozco. Los dos. No me extraña que os hayáis liado, es que sois culo y pedo. ¿Y tú también te ibas a tirar de allí?

—Sí. Y te juro que lo voy a hacer como no lleguemos a tiempo, Nina.

—Llegaremos.

Me coge la mano, pero ya no hay nada que me calme.

—Llama ya a la ambulancia, Nina.

—Ya te he dicho que no puedo aún. No sabemos si se va a tirar, igual nos la encontramos tomando café.

—Pero ¡si no contesta al teléfono!

Miro el móvil y vuelvo a llamarla. De nuevo, el contestador.

—Tened fe. No está tan loca.

Miquel se gira a mirar a Nina.

—¡Sí que lo está! Y se va a tirar, yo también estoy seguro. Todas esas cosas que me ha dicho eran por eso.

Me enfado al ver que desacelera para hablar con Nina.

—¡Tú calla y corre!

Roser habla por primera vez.

—No puede correr más, Oriol, si no, nos vamos a matar nosotros. Y si es verdad que se va a tirar, tenemos que llegar vivos para impedírselo.

Miquel grita mientras acelera.

—¡Que sí es verdad! ¡Que se va a tirar! ¡Que ella es así! ¡Vosotros no la conocéis bien!

Nina se cae sobre mí al dar la curva de entrada en el camino de la urbanización. ¿Es que no podía vivir en las primeras casas?

—Nina, llama a la ambulancia.

—Oriol, que no sabemos aún si…

—Llama a Cesc y díselo al menos. Que estén pendientes.

—Ya se lo he dicho. Tranquilo. Llegaremos a tiempo, ella no corre tanto.

Que ya se lo ha dicho. Ella dice que no, pero siempre va por delante. Eso es que sabe que tengo razón.

—Ha pasado demasiado tiempo, Nina. Teníamos que habernos venido antes.

Me suena el móvil. Mierda, es Joan. Se lo enseño a Nina.

—No contestes. Se va a poner histérico y no podrá hacer nada.

Rechazo la llamada. Al cabo de dos segundos, Joan llama a Nina. Me enseña su móvil.

—Eso es que ya lo sabe. Se lo debe de oler por algo. Son gemelos.

Ella también rechaza la llamada, ahora se ha puesto más nerviosa. Ya no soy yo solo el loco.

—Nina, por favor. Que no haya llegado a casa, por favor, que no se haya tirado.

—Oriol, tranquilo, que llegaremos.

Rompo a llorar desconsolado encima de su hombro.

—Joder, Oriol, que llegaremos.

Por fin estamos llegando, han sido los diez minutos más largos de toda mi vida. Estoy aterrado porque no he podido ver su silueta en el horizonte y a ella siempre se la ve desde aquí. Me estoy temiendo lo peor.

Miquel conduce tan rápido que, al llegar, el coche derrapa descontrolado sobre la gravilla. Roser y Nina gritan asustadas pensando que vamos a volcar, pero yo ya estoy abriendo la puerta del coche antes de que frene. Salimos los cuatro como locos hacia la puerta y yo le pego un patadón para entrar. Me destrozo el pie, pero no consigo abrirla. Miro a Nina agobiado, ella ya ha sacado las llaves de debajo de la maceta y me está diciendo de todo. Entramos corriendo a la casa llamándola a gritos, pero no está. Ni rastro de ella dentro. Yo tengo claro dónde ir a buscarla. Camino rápido hacia el ventanal y se me escapa un sollozo al verla.

—Está ahí.

Vienen los tres a la ventana. Nina suspira a mi lado.

—¿Lo veis, exagerados? Está en las rocas, como siempre: en pelotas y mirando el mar.

Pero yo me doy cuenta al instante.

—¡No! Ella siempre se sienta en el borde de la roca. Solo se pone de pie para saltar. Va a tirarse. ¡Va a tirarse!

Abro el ventanal de par en par y echo a correr hacia ella gritando su nombre. No se gira, debe llevar esos putos AirPods. Los voy a quemar en la hoguera.

Justo cuando llego a su altura y estoy a punto de tocarla, se tira. Se ha hundido. No me ha oído. Ni se ha dado cuenta de que ya estaba a su lado. Me quedo paralizado mirando el móvil, que está apoyado en una piedra y con el nombre en pantalla de la canción que está sonando: *Cuando el mar te tenga*, del Último de la Fila. Yo hubiera elegido la misma.

Nina llega casi al mismo tiempo que yo y también mira el móvil.

—Es que es friki hasta para suicidarse. Sois culo y pedo. ¡Tírate a por ella! ¿A qué coño esperas?

Roser y Miquel también gritan histéricos que me tire. Y lo hago. Me tiro. No me he dado cuenta de que voy completamente vestido y sacudo los pies para poder nadar. Mis pobres Jaime Mascaró se deslizan hasta el fondo.

El agua está helada. Abro los ojos y la busco. No la veo, joder, no la veo. El mar está superrevuelto con este viento y estas olas. Por favor, tengo que encontrarla. Atisbo su pelo blanco flotando, ahí está, se mueve como una muñeca de trapo. La corriente la está golpeando contra el peñasco. Buceo hacia ella buscando su mano, no sé qué mierdas lleva en las muñecas. Le tiro del pelo hasta poder cogerla de las axilas, está inconsciente. Espero que haya hecho un espasmo y no haya aspirado agua. Jalo de ella hacia arriba. Nado como puedo, la ropa me molesta un montón, pero la tengo que sacar, como sea, ya veo la escaleta de cuerda.

Cojo una bocanada de aire al llegar y saco su cabeza del agua.

—¡Ayudadme, la tengo!

Nina grita de alegría.

—¡La tiene!

—¡Ayudadme a subirla!

Roser y Miquel se arrodillan y tiran de Ona hasta dejarla tendida sobre las rocas. Yo les ayudo empujando desde abajo, haciendo fuerza con los pies descalzos en la escalera de cuerda. Oigo a Nina hablar por teléfono.

—Ven pitando, Cesc, Oriol la ha sacado del agua y está inconsciente. Sí, azul como un pitufo. Ahora lo mira. ¿Late?

Le toco el cuello, está gélido.

—¡Sí!

La oncóloga le coloca la cabeza de lado y mira sus manos.

—¿Lleva una brida?

Miquel le responde.

—Tres.

—¿Tres? ¿Para qué?

—No sé, para asegurarse de no nadar supongo. Es pro hasta para eso.

No hago caso a lo que dicen, a mí me da igual que sea profesional, que lleve una brida o cincuenta, yo solo quiero despertarla. Tiene pulso, pero es muy débil, apenas un hilillo. La piel de los labios es violeta, están cianóticos. Le golpeo las mejillas.

—Ona, Ona.

No me responde. Su pelo blanco destaca en la piedra. Joder, hasta así está preciosa. Por favor, no te mueras.

Vuelvo a darle golpecitos en la cara, esta vez más fuerte.

—Ona, Ona, por favor, Ona

Hace un pequeño amago de respirar, sus labios palidecen y Miquel da un grito.

—¡Está sangrando!

La herida de la frente se ha puesto a sangrar a borbotones y su pelo se está tiñendo de rojo. Debe tener más heridas en la cabeza.

—¡Haced compresión en las heridas!

Solo le faltaba esto, con toda la sangre que perdió en el accidente. Roser pone sus manos en la frente de Mariona y aprieta con fuerza. Miquel busca más heridas de la cabeza y hace lo mismo.

Vuelvo a darle en las mejillas.

—Ona, Ona, coño, espabila.

Cuando le tomo de nuevo el pulso, me bloqueo.

—¡Está en parada! ¡Mierda, no! ¡No!

Miro al cielo, luego a la casa, Roser grita y Miquel chilla llamando a Nina.

—¡Está en parada, Nina!

—¡Oriol! ¡Hazle RCP, cojones! ¡Reanima! ¡Que Cesc está llegando!

Reacciono y empiezo a reanimarla como un loco.

—No te mueras, Ona, no te mueras. Yo ya no podré vivir si no estás tú.

Comprimo las treinta veces que tocan, o eso creo, y le insuflo aire en la boca. Miro a Roser. Le está apretando con una mano la herida de la frente y tiene los dos dedos de la otra en su cuello, comprobando el latido de su carótida. Niega con la cabeza. Suelto un gemido y vuelvo a presionar con más fuerza su pecho con mis dos

manos unidas. Espero no romperle nada. Estamos todos callados y, aparte de las olas, solo se oyen mis gruñidos del esfuerzo y los sollozos de Miquel. Ella sigue inerte. Nada. Ni un signo de vida. Roser sigue negando con la cabeza, pero yo no voy a parar. Me van a tener que arrancar los brazos porque no pienso separarme de ella. De reojo, veo que todos los jefes han llegado y se aproximan. Espero que no se les ocurra ponerse a reanimarla ellos, o mi Kampanilla no sale de esta. Ni ellos, porque les mato como me la toquen un dedo. Por favor, que llegue Cesc en su ambulancia.

27

Duérmete al arrullo de la brisa

El murmullo de su respiración. Sí, puede que me haya sugestionado con la letra de la canción que he escuchado antes de saltar, pero, al final de todo, eso ha sido lo que he visto: a Oriol roncando plácidamente en mi lado de la cama. El último retal de mi vida, mi último recuerdo. Y luego todo se ha fundido a negro. Ahora ha aparecido una luz, como si se hubiera abierto un túnel en el fondo del mar. Produce un resplandor muy intenso, pero no me ciega. Puedo mirar ese camino luminoso directamente y me hace sentir muy bien, como después de un orgasmo. Creo que estoy viendo a mi madre en el fondo. Claro, esta debe ser la última tormenta neuronal, esa que se tiene justo antes de morir, cuando se apagan todas las conexiones del cerebro. Siento paz, mucha paz. Pero ahora alguien me tira del pelo. No, eso no, por favor. No quiero recordar a mi padre más, quiero ir a ese túnel con mi madre. Ella se ha ido. Hay otra luz, pero es fría y me deja ciega. Tengo mucho frío. Creo que Oriol me está besando. Y otra vez me fundo a negro.

Me duele mucho la cabeza. No puedo abrir los ojos, hay algo que me los tapa. Tampoco puedo mover los brazos ni las piernas, pesan demasiado. Es como si tuviera una losa caliente encima. Quiero gritar, pero no me sale la voz, mi boca también está cubierta con algo. No recuerdo qué ha pasado ni dónde estoy. Solo recuerdo andar perdida. Puede que me hayan secuestrado. ¿Me habrán enterrado viva? Me empiezo a poner un poco nerviosa, pero enseguida me hundo otra vez entre las sombras.

Oigo el pitido de un monitor. Esto ya me ha pasado antes. Creo que he vuelto al día del accidente de coche, por eso me debe doler tanto la cabeza. Escucho el ritmo del sonido. Mi frecuencia era mucho más rápida ese día. Tampoco oigo el ruido de los otros boxes. No estoy en Urgencias. Intento moverme y abrir los ojos, pero sigo sin poder

hacerlo, hay algo que me lo impide. Me pongo nerviosa y la frecuencia se acelera. Creo que alguien está a mi lado.

—Vamos a limpiarte un poquito, Mariona, que aún tienes el pelo lleno de sangre.

No sé quién es la mujer que me está hablando, pero me tranquiliza tanto oírla que me están dando ganas de llorar. Creo que me está tocando, pero no estoy muy segura.

—Vaya susto les has dado a todos, criatura. Dicen que fue un cabrón contigo.

Debe hablar de Xavier. No, ha dicho criatura. ¿Y si he vuelto al hospital de Barcelona? ¿He vuelto al día de la paliza?

El monitor va un poquito más rápido cuando lo pienso, pero después vuelve a caer y me voy no sé dónde.

—¿Tú crees que nos oye, Vir?

Es la voz de Miquel. No estoy en Barcelona. Entonces, ¿qué hago aquí?

—Estoy segura de que muchos nos oyen, aunque estén sedados. Además, a algunos les cambian las constantes según quién esté con ellos. Se nota a quién quieren cerca y a quién lejos. Mira contigo y conmigo lo tranquila que está.

Ella es la voz que me calma, mi cuidadora, mi diosa. Así que se llama Vir. Debe ser de Virginia. Sonreiría si pudiera hacerlo. Cada vez oigo las cosas más claro. Así que estoy sedada. Llevo un respirador, lo estoy oyendo cerca, pero no noto nada en la garganta. En realidad, no noto casi nada de mi cuerpo, lo que me angustia un poco. Igual me he quedado atrapada en un cuerpo inerte. No puedo abrir los ojos, solo les oigo.

—Mariona, por si me oyes, qué susto nos diste ayer.

¿Ayer? No recuerdo qué hice ayer. Pero me gusta mucho escuchar a Miquel. Me pone de buen humor.

—Mariona, te quiero mucho. Por favor, ponte bien. Y si te vas a Barcelona, yo me voy contigo. Que, además, tu hermano está buenísimo.

La diosa se ríe. Yo también me río, aunque no se me oiga.

—Sí que lo está, Miquel. Ya podía trabajar aquí y mejorarnos un poco la media.

—Ya te digo. Y si no, apúntate tú también a venir a Barcelona.

Se parten de risa los dos. Me encanta oírlos reír. Esta vez sí que me duermo a gusto, como si flotase en una nube blanca.

La diosa habla con una mujer. La reconozco, es Marta, la intensivista. Así que estoy en la UCI del Hospital Insular.

—El segundo TAC está bien. Y la analítica después de la última transfusión le ha mejorado mucho. Entró en parada cardíaca por la anemia, no por el golpe, menos mal que la aguantaron con la RCP hasta el hospital.

—¿La vas a extubar?

—En nada, está respondiendo muy bien.

—Menos mal.

—Creo que ese capullo le dijo de todo.

—Sí, pero está hecho polvo. Él la sacó del agua y empezó la reanimación. No se ha movido de la silla en toda la noche y se la ha pasado llorando. Ahora se ha ido a comer algo.

—Sigue siendo un capullo, Vir.

—El hermano sí que es una monada.

—Sí, pero la directora ya le ha echado el ojo, no para de revolotear a su alrededor.

La diosa se ríe. Oírla me vuelve a hacer reír a mí por dentro. Siguen hablando de Nina. No me imagino a mi hermano con ella, aunque, bueno, a él siempre le han gustado las pijas, y a ella está claro que le van los plásticos.

Mi hermano habla con mi diosa.

—Sí, doctor, le van a quitar la sedación. Está todo bien.

—Joan, llámame Joan. ¿Y cuándo?

Qué majo es. Qué bien lo hace todo. Me gusta oírle, me encanta que esté aquí. ¿Habrá venido Álex?

—Supongo que en unas horas, está evolucionando muy bien..., Joan

La diosa está coqueteando con mi hermano. Me parto.

—Menos mal. Qué susto. Cuando escuché su mensaje de despedida, creí que me daba algo, me fui al aeropuerto con mi hija y adelantamos el vuelo. Menos mal que Oriol la sacó del agua.

—Sí, pero…

—Ya, ya lo sé. Si no le hubiera dicho todo eso, quizá no se hubiera tirado, pero tampoco tuvo ningún apoyo de nadie estos días. La atropella esa neuróloga trastornada, incinera sola al cabrón de su marido, que creíamos muerto. Y luego la sesión. A mí me llamó tres veces y no contesté. No la ayudé. Todos tenemos la culpa de esto.

La culpa no existe. Ahora lo recuerdo todo.

Ya oigo hasta lo que dicen cuando están más lejos. Creo que Miquel y Oriol están hablando de mí fuera del box.

—La van a despertar.

—¿Ya? No han pasado ni veinticuatro horas.

—Dicen que está bien. Voy a contárselo.

—¿A contárselo?

—Seguro que nadie se lo ha dicho, y yo sé que nos oye.

Cómo adoro a Miquel. Claro que me lo llevaré a Barcelona, le daré mi sueldo entero si hace falta.

—Ona, ya te van a despertar. Tengo muchas ganas de poder abrazarte y hablar contigo.

Pues abrázame ya. No sé por qué no lo haces. Seguro que me vendría bien un poco de esa energía tan maravillosa que tienes.

—Cuando te fuiste, me asusté mucho. Nos fuimos todos a buscarte. Cuatro coches. Oriol casi te coge y luego se lanzó a por ti. Te salvó la vida.

—Sí, casi te pillo en el aire. Menos mal que te saqué y te reanimamos. Nos has dado un buen susto.

Me vuelvo a enfadar, y más al reconocer a Oriol. Otro que presume de salvarme la vida. Me cabreo mucho. La frecuencia cardíaca empieza a dispararse.

—Nos ha oído. ¿Lo ves?

—Sí, tienes razón. Me ha reconocido. Por eso se acelera.

Escucho su voz cada vez más cerca.

—Yo también te quiero, mi amor. Por favor, despierta.

¿Mi amor? El monitor se vuelve loco. Me he puesto a mil. Mi diosa entra gritando.

—Pero ¿qué coño le hacéis?

He notado su mano en mi muñeca. La frecuencia me baja inmediatamente.

—La estáis poniendo muy nerviosa. Salid los dos. Ahora necesita calma.

No, no necesito calma, solo necesito que ese capullo se vaya. No quiero escucharle.

Me ha puesto algo porque vuelvo a notar cómo reboto entre nubes y desaparezco.

—Les he dicho a todos que se vayan.

Es mi diosa. Está hablando conmigo.

—Creo que solo es por García. Le debes de querer mucho, porque entras en arritmia en cuanto aparece por la habitación. Por eso no te conviene que esté. Hemos cerrado la puerta.

Habla de Oriol. Sí, por favor, que no entre. No quiero oírlo más.

—No le podía decir que se fuera solo él, así que los he echado a todos.

Podrías dejar entrar a Joan. Y a Miquel. Ellos me hacen reír.

—Esto te va a molestar un poco. La doctora te va a quitar ahora el tubo.

Noto un dolor intenso en la garganta y tengo una arcada. No sé si he vomitado o he eructado, pero he hecho un montón de ruido. Qué poco *glamour* tengo. Nina seguro que ni tosería.

—Eso es, respira.

Respiro. Respiro. Voy a intentar concentrarme en eso. Si alguien lo sabe hacer, soy yo, aunque esté sedada o en coma. Inhala. Exhala. Inhala. Exhala.

—Ya está. Todo a ritmo. Y la saturación perfecta.

—Es una pasada lo bien que está con todo lo que ha pasado. ¿Será por el yoga y esas cosas que hace? Porque mañana me voy directa a su departamento.

—También debe haber algo genético. Mira a su hermano. ¿Sabías que son mellizos?

Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Estoy muy cansada. Necesito dormirme otra vez.

—Respira bien. Pero no acaba de responder a estímulos.

Marta está hablando. Creo que hay un montón de gente en la habitación. Todos gritan.

—¿Cómo que no responde a estímulos? Joder, ¿se ha quedado en coma?

—Pero es pronto para decirlo, ¿no?

—¿No se va a despertar?

—¿Y no podéis ponerle algo más?

—¡No puede quedarse así!

Todo son lamentos. Así que me he quedado en coma. No quiero. No se está mal, pero no quiero. Esto era lo que no quería. Intento dejar de respirar. Aguanto el aire todo lo que puedo. El monitor empieza a pitar y me vuelvo a ir a no sé dónde.

Abro los ojos. Lo veo todo borroso, pero se está aclarando por momentos. No estoy en casa. Ahora recuerdo, estoy en un box de la UCI. Es uno de los nuevos que hicieron en la pandemia. Muevo la cabeza. Joder, cómo me duele todo, pero la muevo. Intento mover los

pies. Qué alivio, sí se mueven, ya pensaba que no iba a poder nunca más. Y las manos, las miro, sí, puedo mover los dedos. Gracias. Gracias. Gracias.

Me giro despacio hacia la luz que entra por la ventana, es muy pequeña, pero no tiene la persiana echada. Aunque es de día, oigo a alguien roncando a mi lado. Cuando me doy cuenta de quién es, se activan las alarmas del monitor y empiezan a pitar como locas. Oriol se despierta y abre los ojos, asustado.

—¡Ona! ¡Mi amor! ¡Estás despierta!

Intento insultarle, pero me cuesta mucho abrir la boca. Quiero levantar la cabeza y las manos, pero no tengo fuerzas. Una enfermera entra en la habitación y me habla.

—¡Mariona! Bienvenida.

Reconozco su voz, es mi diosa, la que me ha acompañado todo este tiempo a oscuras. Echa a Oriol sin contemplaciones, me limpia la boca, que debe estar llena de babas, y me recoloca en la cama. Me lleno de amor mirándola.

—Voy a incorporarte un poco, ¿vale? Así verás a toda tu familia cuando entre.

Intento sonreírle. Creo que lo he conseguido porque me devuelve la sonrisa. Le cojo de la mano e intento darle las gracias, pero no me sale la voz.

—Tranquila, ya hablarás. Date un poco de tiempo. Bastante haces con moverte así. Es increíble, estás muy fuerte, Mariona.

Oriol vuelve a entrar. Se acerca sonriendo y me coge la mano. Se la aparto.

—Lo sé. Perdóname. Siento todo lo que te dije. No tenía razón.

Me está pidiendo perdón. Cojo una bocanada de aire y me intento incorporar más. Los brazos ya me aguantan. Él me ayuda y acerca su cara a la mía. Pone cara de pena y esos ojos de querer besarme. Los tiene llenos de lágrimas. Hago un esfuerzo y saco toda la fuerza que me queda dentro. Me apoyo en la mano izquierda y le doy un bofetón con la derecha que le gira la cara.

28

Cuando todos seamos libres

Ellos se han ido a tomar algo. Yo no tenía nada de hambre, solo ganas de llorar. He vaciado todas mis lágrimas sentado a su lado y creo que me he quedado un instante dormido, porque me ha sobresaltado la alarma del monitor. Y entonces la he visto, girada hacia mí, mirándome. Se me ha abierto el cielo. Me he llenado de tanta felicidad que solo quiero saltar y gritar como un loco. Joder, le había rezado hasta a los dioses del Olimpo. Lo han conseguido, se ha despertado. Quiero contarle todo de golpe, todo lo que ha pasado y todo lo que la quiero, pero no sé por dónde empezar.

—¡Ona! ¡Mi amor! ¡Estás despierta!

Cuando me lanzo a abrazarla, entra la enfermera que me odia y me aparta de su lado con mala leche.

—¡Mariona! Bienvenida.

Dejo que la atienda, pero me asomo por detrás de su uniforme azul para sonreírle, quiero que me mire, que me diga algo. Pero la enfermera se da cuenta, se gira y me envía a empellones hacia la puerta.

—Por favor, sal y ve a avisar a los demás. Yo me encargo de ella.

Es que no me soporta, creo que me culpa de todo. Y, probablemente, tiene razón, porque todos hemos acabado por empujarla a esto, pero, sobre todo, yo. Voy a buscar a los demás.

No he parado de correr hasta la cafetería. Me he recorrido medio hospital trotando de alegría, sin prestar atención a nada ni a nadie, y entro jadeando en el comedor. Ya estaban empezando a comer. Joan levanta la cabeza y me mira asustado.

—¿Qué ha pasado?

—¡Se ha despertado!

Todos los platos se han quedado abandonados en la mesa. Ahora somos cinco los que esprintamos en dirección a la UCI.

Nos arremolinamos alrededor de ella y, a pesar de las protestas de su enfermera, yo me siento en el borde de la cama y le acaricio la mano. Ella aparta la suya. Es lógico, supongo que está enfadada conmigo, solo debe recordar toda la mierda que le vomité en esa horrible sesión

de ayer. Me entran ganas de llorar.

—Lo sé. Perdóname. Siento todo lo que te dije. No tenía razón.

Se intenta incorporar un poco más, pero le cuesta mucho. Los músculos no le deben responder bien aún. Le ayudo a hacerlo. Qué alegría volver a sentirla viva, me encanta tocarla y notar su piel en mis manos. Qué bien huele. Cuando me inclino a besarla, me da una hostia que casi me tira al suelo. Pues menos mal que no tenía fuerzas. Me quedo mirándola sorprendido.

Marta, la intensivista, acaba de entrar.

—¿Cómo está? ¿Se mueve bien?

Miquel le responde, aguantándose la risa.

—Perfectamente. Le acaba de partir la cara.

—¿A Oriol?

—Con todas las ganas.

Marta también ahoga una risita. Aquí todos se lo pasan bien a mi costa. Vuelvo a intentar cogerle la mano y la quita.

—Ona, perdóname, lo sé, soy un imbécil. No me tenía que haber creído lo que decía esa niñata, pero, joder, ya sabes que soy muy tonto. Perdóname, por favor.

Abre la boca e intenta decir algo, pero pone cara de dolor. Nina se da cuenta.

—Quiere agua. Voy a que me den un vaso.

Pobre, debe tener la garganta hecha polvo de las intubaciones y de todo. No había pensado en eso, qué lista es Nina.

—Me has salvado la vida, Ona, tenías razón con lo del plomo y la tiamina. Perdona por no creerte.

Vuelve a abrir la boca, pero solo le sale un susurro. Me acerco a escucharla mejor y me da otro bofetón.

Miquel y Joan hacen un gesto de dolor. Nina entra con el agua.

—¿Qué ha pasado?

Joan le responde.

—Le ha zumbado otra vez.

—¿Sois todos los Muscat tan macarras?

—Todos. Y algunos hasta más.

Mariona ha mirado a Joan con mala cara y le tiende la mano a Nina para que le dé el vaso. Bebe un sorbo y traga.

Todos la miramos expectantes, deseando que nos diga algo. Esperando sus primeras palabras. Abre la boca para hablar y me mira fijamente.

—Eres un puto capullo.

Le he vuelto a pedir perdón. Se lo estoy suplicando.

—Lo siento, Ona. De verdad que lo siento con toda mi alma. No tenía razón, tú no hiciste nada de lo que te acusaba. Todo lo que te dije eran las mentiras que me había creído de esa loca.

—Gilipollas.

—Sí, soy gilipollas. Pero yo pensaba que ya no me querías, que pasabas de mí. Y yo quería morirme, porque yo no paso, yo te quiero, joder. Estaba muy jodido porque te quiero. Y tú encima me has salvado la vida.

—Imbécil.

—Sí, es verdad. Soy muy imbécil. Yo pensaba que solo me querías por el sexo. Que está bien el sexo, y yo también te quiero por eso, pero, coño, que es más que eso. Y voy y te digo todo eso sin razón. Porque no es verdad, tú eres perfecta. Y yo un mierda.

Ahora se ha quedado callada. Pone una cara rara, se muerde la esquina del labio un momento y suspira.

—Que eso me da igual. Es que eres tonto. ¿No lo entiendes?

—¿Cómo que te da igual? ¿Qué es lo que no entiendo?

—¿Te crees que me importa lo que dijiste? ¿Crees que me ha importado alguna vez lo que piensa la gente de mí?

Jadea por el esfuerzo de hablar. Yo me quedo callado. Tiene razón, la verdad es que nunca le ha importado lo que opinásemos los demás. Ella siempre ha hecho y deshecho lo que le ha venido en gana sin importarle lo que le dijesen.

—Entonces, ¿por qué me has pegado?

Vuelve a beber agua. Coge aire y me responde.

—Por no respetar mi decisión. Yo había decidido tirarme.

Todos la miramos alucinando. ¿Qué está diciendo ahora?

—Pero la habías tomado por mi culpa. Por todo lo que te dije.

—Eres un puto ego con patas. ¿Quieres dejar de creer que eres el ombligo del mundo?

—¿Yo?

Traga saliva. Su voz suena ronca y se le escapa un gesto de dolor con cada frase.

—Sí, tú. Me la suda lo que dijeras. No te hice ni caso, como siempre. Pero en ese momento me harté de todo, me cansé de vivir. Me aburríais. Me aburría la vida.

Joan interviene.

—Pero, Ona…

Ella le responde de malas maneras.

—Tú calla. A ti te lo expliqué todo en el audio. Y bien clarito. No sé cómo lo has permitido, te tenía por más listo que este.

Ahora mira a Miquel y a Nina.

—Os dejé el testamento vital impreso en la mesa. ¿Es que nadie lo leyó? En él pone que no quería que me reanimaseis.

Miquel balbucea.

—Bueno, es que… yo encontré el anillo.

—¿Y qué? ¿Por qué no habéis respetado mi decisión? ¿Es que nunca podéis respetar la voluntad de la gente?

Me quedo callado mirándola. No me esperaba esto. Está muy enfadada.

—¿Tú no lo leíste, Oriol?

Me encojo de hombros.

—Yo solo leí el título, y entonces me cogieron todos los males. Ya no pude seguir.

—¿Y vosotros?

Nadie responde. Estamos todos acojonados, solo queríamos salvarla y esta es capaz de montarnos una demanda judicial por haberla reanimado. Ya nos veo a todos en chirona.

—No quería que me salvara nadie, ¿es que no lo podéis entender? Yo había tomado mi decisión.

No se oye ni una mosca. Hasta la enfermera está acojonada y se ha pegado a la pared. Es injusta. No puede hacer esto. Que me enchironen a mí, pero ellos no tienen nada que ver.

—Mira, Ona, ellos no tienen culpa de nada. Yo soy el cabrón aquí, y por eso te he pedido que me perdones. Por todo lo que te he hecho, por haberte jodido la vida y por no haber sabido quererte como mereces. Y por no haberte creído, porque soy un mierda y no soy digno de lo bien que me has tratado. Yo tenía que decírtelo, no me podía quedar así. Por eso no te voy a pedir perdón por sacarte del agua, porque lo volvería a hacer. Para poder decírtelo. Y porque no puedo vivir si no estás tú aquí. Conmigo.

—¿Me has salvado solo para poder pedirme perdón?

—Sí. Y ya está. Ahora, si quieres, te vuelvo a llevar de los pelos a las rocas y te tiro yo mismo al agua otra vez, punki loca.

Se me queda mirando. Supongo que me va a dar otra. Pero no, hace una mueca rara. Se le llenan los ojos de lágrimas. Ay, Dios, ¿ahora va a llorar? No, joder, se está riendo. Se está descojonando viva. Miro a Joan, que se parte también como ella. Miquel se agarra la barriga y no puede parar de reír. Hasta Nina está dando golpes a los pies de la cama, desternillada. Acabo por soltar la carcajada yo también. No sé de dónde ha sacado esa risa, es muy contagiosa, como la de un bebé.

—¿Nos has tomado el pelo, Ona?

Ella asiente y se queja de lo que le está doliendo tanta carcajada, pero no puede parar. Le ha dado un ataque de risa en toda regla.

—¿Me perdonas entonces? ¿Por salvarte también?

Vuelve a asentir y se agarra la cabeza remendada. Se están riendo hasta las celadoras. Toda la UCI está descojonándose en la

puerta.

La muy cabrona nos acaba de gastar a todos la primera broma de su vida y nos está matando de risa.

Intento darle un abrazo con miedo a recibir otra hostia, pero esta vez no me zumba.

Al menos, de momento.

Epílogo

Déjame ser verso de amor

—Kampanilla, por favor. Ya no puedo más, tengo mucho frío.

—Aguanta, venga, que tú puedes.

Me pego a su cuerpo para calentarle y pongo mi mano entre sus piernas.

—Toca todo lo que quieras, pero no vas a conseguir nada. Ya no sirve ni como cebo de pesca.

—Respira, Oriol. Como lo hemos hablado. Dirige la energía hacia todo tu cuerpo y dale calor.

Nada. No hay manera, pasa de mí y ya se le están poniendo los labios morados.

—Pero ¿cómo quieres que me concentre en otra cosa que no sea en esos pezones que me apuntan?

Hoy está imposible, no sé qué le pasa, pero no se toma nada en serio.

—Respira, porfa. —Inhalo y exhalo para que me imite, pero es inútil. No hace más que temblar.

—Lo que hace el frío con cada uno de nosotros es anticonstitucional: a ti te da las tetas de una diosa y a mí una gamba de gelatina.

No puedo con él. Me pongo a reír, pero él se enfada.

—¡Qué manía te ha dado ahora con el dichoso baño de hielo! Joder, Ona, que estamos en Navidad.

—Eres un gallina.

—¿Gallina yo?

Me agarra del moño y hunde mi cabeza en el barreño de cubitos de hielo en el que estamos metidos. Pues ahora verá. Me quedo totalmente inmóvil y relajo los músculos. No es capaz de aguantar ni dos segundos y me saca del agua, asustado, gritando mi nombre. Dejo caer la mandíbula hacia abajo y pongo los ojos en blanco. Al oírle chillar, me entra la risa.

—¡Ona!

Ya me ha dado otro de esos ataques. No puedo parar. Él se contagia y a mí me da más fuerte todavía. Es muy divertido reírse así, Joan dice que también lo hacía cuando era pequeña, que llegaba a mearme encima.

—Ya te vale. Desde que has aprendido a hacer bromas, me tienes

frito a sustos. No sé si me gustabas más cuando eras la doctora Miércoles.

Hago un puchero y me coge de la cara para comerme a besos. Qué tonto es y cuánto me gusta que haga eso.

—Que no, que no. Que me encantas así, punki *meva*.

El pobre ya no me puede ni acariciar, castañetea los dientes y tirita como un perro mojado. Me levanto y le doy la mano para salir. Murmura un menos mal, pero se vuelve a quejar en cuanto ve que le arrastro hacia las rocas.

—¿Ahora al mar? Por favor, Ona, pero mira cómo la tengo, ya no voy a poder follar nunca más.

—¡Que sí! Que esto te va a servir para follar hasta los cien o más.

—Se me va a necrosar.

Le empujo al agua y chilla histérico. Cuando saca la cabeza, vuelve a gritar.

—Coño, ¡si está caliente!

—¡Pues claro, bobo! ¡Y ya verás ahora!

Me tiro al agua y le empujo a la escaleta para jugar. Ya le han cambiado la temperatura y la gamba.

—Kampanilla, eres una sirena muy libidinosa.

—Pues como todas las sirenas.

Después de la ducha, nos hemos tirado en la cama nueva que me ha comprado, que será todo lo grande que quiera, pero él me sigue roncando en la oreja cada mañana, bien pegadito a mi cuerpo.

—¿A qué hora has quedado?

—A las nueve.

Me ha sorprendido que la Nochebuena fuera tan importante para él. Ha invitado a un montón de gente a cenar esta noche. Aunque la casa de Joan es mucho más grande, Oriol se ha empeñado en que brindemos por la Navidad en nuestras rocas. Vienen Nina y Joan, Miquel, Pep, Cesc y hasta mi prima Martina.

—¿Álex a quién de todos sus churris trae al final?

—A Lluna al menos, porque ella es la que trae el cava.

—¿Ecológico?

—Por supuesto.

Oriol sacude la cabeza, resignado.

—No sufras, mi hermano ha encargado porquerías de las vuestras.

Se le ilumina la cara al oírlo. Se lleva tan bien con él que ahora los mellizos parecen ellos. Desde que Joan compró la casa de al lado,

madrugan cada fin de semana para ir a pescar. Mi hermano ha conseguido que Oriol se levante antes que yo. Es alucinante.

—Aún no entiendo cómo consiguió la casa de los ingleses.

—Tu hermano tiene mucha labia y, además, les contó lo de la psicópata en detalle.

No sé. Seguro que les agobió saber que Bruna lo planeó todo desde allí, pero mi hermano les ha debido de pagar un pastizal, aunque lo niegue.

—Pobre Bruna.

—¿Qué coño pobre? Ona, es una asesina en serie: te enviaba anónimos, os atropelló y montó todo ese pollo contra ti. ¡Y contra mí!

—Estaba enferma y desesperada.

—Pues como mucha otra gente que no va por ahí matando a nadie.

—Nos ha pedido perdón y, además, no vendrá más por aquí.

—Más le vale, encerrada es como tenía que estar y no trabajando en la Península.

Me inclino sobre él y le doy un beso.

—Sin ella, no estaríamos aquí los dos. Ni Joan. En el fondo, nos ha hecho un favor.

—No me seas *miss* Wonderful, Kampanilla, que nosotros siempre hemos sido punkis.

—¡No soy *miss* Wonderful!

Se burla de mí, pero es que yo no puedo pensar ya en nada malo, soy muy feliz. Y sí, quizá un poco *wonderful*, pero nunca me había sentido así. Estos meses han sido los mejores de mi vida, aunque Oriol haya convertido mi casa en un puto desastre. Empezó trayendo solo su cargador de móvil, pero ya me ha invadido los armarios con kilos de ropa de marca y cachivaches. Si hasta le he dejado traer a su perro, que, por supuesto, se llama Huesos y me tiene robado el corazón.

Ahora le debe estar buscando debajo de la cama. No, no es Huesos, ha sacado una caja envuelta de colores, un regalo, y me lo tiende.

—Feliz Navidad, mi amor.

—Pero si los regalos se dan esta noche.

—Pero yo quiero ser el primero en darlo.

—Para variar. El machito competitivo.

—Es que contigo nunca lo consigo, cabrona, tú siempre me ganas en todo.

Me río y alargo la mano para cogerlo. Lo aparta rápido de mi alcance.

—Eh, Oriol, ¡dámelo!

—No, no. Si crees que hay que seguir la tradición, te lo doy

luego.

—¡No! Ahora quiero abrirlo. Quiero saber qué es.

Juega un rato conmigo hasta que me deja cogerlo. No pesa mucho. Lo sacudo y no suena. Lo huelo y tampoco distingo nada.

—No te canses, Kampanilla, no lo vas a adivinar.

—¿Otras bragas?

—No. Prefiero que no lleves ninguna.

—Serás bobo. ¿Unos auriculares de conducción ósea?

—¿No te funcionan los que te compré?

—Sí.

—Pues tampoco.

—¿Qué es? Dame pistas.

—Ábrelo, coño.

Rompo el envoltorio sin contemplaciones. Dentro hay otra caja decorada. La abro y encuentro otra más pequeña.

—¿Me vas a tener abriendo cajas hasta el infinito?

Se encoge de hombros. En la última cajita encuentro un estuche azul con forma de corazón. Le miro, creo que él está más ilusionado que yo.

—¡Venga! ¡Ábrelo!

Lo hago y me quedo loca cuando veo lo que hay dentro: es un anillo de oro con un dibujo ondulado precioso.

—Joder, Oriol.

—¿Te gusta?

Me he llevado la mano al pecho, estoy un poco abrumada. Claro que me gusta, pero es un poco excesivo. Mierda, yo solo le he comprado el último libro de Martina para que se lo firme en la cena.

—Te has pasado un poco.

—Pero ¿qué te parece?

—Me flipa. ¿Son olas?

—Claro. Lo he encargado especialmente para ti; es un mar con olas: *mar i ona*.

—Jo, es brutal, esta vez sí que me has ganado. Ahora me va a dar mucho apuro darte mi regalo.

Me mira triunfal, ahora me va a recordar que su regalo fue el mejor durante semanas. Y a mí no me da tiempo a comprar nada más. Qué cabrón es.

—Y, ¿qué me dices?

Me lo pongo y me miro la mano.

—Es precioso. De verdad, me encanta.

Le agarro de la nuca y le doy un beso.

—Gracias.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Que qué te parece.

—Espectacular. Nunca había tenido un anillo tan bonito.

—¿Y?

—¿Y qué?

Me mira enfadado. No sé qué he dicho, pero le ha sentado mal.

—Joder, Ona, y luego soy yo el tonto.

Me arranca el anillo del dedo y lo vuelve a guardar en el estuche.

—¡Eh! ¡No me lo quites! ¿Qué he hecho ahora?

Sacude la cabeza como si estuviera muy desesperado, hinca la rodilla en el suelo y me entrega de nuevo el estuche abierto con el anillo.

—¿Así ya lo entiendes?

Le miro y me quedo paralizada. No me lo puedo creer. ¿Qué demonios está haciendo? ¿Me está gastando una broma?

—Pero ¿qué haces, loco?

—Sí, ya sé. Esto es más para *millenials* sin artrosis y no sé si ahora me voy a poder levantar. Pero es que, si no lo hago así, no te enteras, Mariona.

Sigo sin saber cómo reaccionar. Parece que lo está diciendo en serio. Le cojo de los brazos y tiro de él hacia arriba. Me lo vuelve a repetir.

—Entonces, ¿qué dices?

—Pero ¿para qué?

—Te diría que para dejar de ser la sombra que fui…

Me quedo callada, es otra canción. El himno más bonito de todos. Anda que no sabe camelarme ni nada.

—Pero no, en realidad, es para heredar tu casa.

Se me escapa una carcajada y le doy un manotazo.

—Serás capullo.

—¿Qué? Aún espero tu respuesta.

Saco de nuevo el anillo del estuche y le doy vueltas. Dentro ha grabado K&P y la fecha del concierto de Studio 54. Me lo vuelvo a colocar en el dedo.

—¿Te lo pones? ¿Eso es que sí?

—Eso es que el anillo me gusta mucho.

—¿Y la propuesta? ¿Te gusta?

—Eso ya no lo sé.

—No me jodas, que he invitado a media isla esta noche a casa para celebrarlo.

Ahora entiendo tanto follón. Miro las olas doradas del anillo y empiezo a girarlo en mi dedo. Respiro hondo. No le quiero mirar, no quiero reírme.

—No sé, Oriol, de verdad, no lo tengo claro. No me acaba de

convencer la idea.

No responde. Me coge de la cara y se mete en mis retinas. Creo que se ha dado cuenta de que está a punto de darme uno de mis ataques de risa, porque me empuja a la cama, se arrodilla de nuevo y me abre las piernas.

—Voy a exponerte en detalle mis argumentos, todos basados en la evidencia.

Sonrío y cierro los ojos, creo que esta vez me va a convencer, tanto con la evidencia como con la costumbre.

Agradecimientos

Siempre he tenido el lujo de tener lo mejor a mi lado. Gracias a todas las maravillosas personas que formáis parte de mi vida y que habitáis todos los rincones del mundo. Aunque no puedo nombrar a todos los que sois, siempre estáis conmigo y os reconoceréis entre mis letras.

Nada hubiera sido posible sin Txema, Biel y Mar, los amores de mi vida. Y tampoco sin Anna, que ya sabía que esto ocurriría antes que nadie, como Marisa, Carol, Jaume y Toni. Las enseñanzas y ánimos de José de la Rosa y mis compis del máster Escritor Profesional de Novela Romántica me han ahorrado mil años de trayecto. Y sin ese primer relato, Fabián, nunca me habría creído capaz.

Ahora sí. Ya soy escritora.

¡Gracias!

Gracias por leerme. Deseo que esta historia te emocione tanto como a mí.

Si quieres, puedes ayudarme a difundirla hablando de ella en Amazon, en mis redes o donde prefieras.

¡Gracias!

www.myriamribes.com
Instagram: @myriamribes

Canciónes y capítulos

Retales de nuestra vida no existiría sin la música de El Último de la Fila. Soy tan fan de ellos como Mariona y Oriol, y por eso cada capítulo de la novela está inspirado en una de sus canciones. Si eres tan frikis del grupo como yo, reconocerás enseguida los temas que iban sonando en mi cabeza mientras mis personajes me contaban su historia desde el teclado. Hay pistas en los títulos y en muchas frases, pero para facilitarte la tarea y que puedas disfrutar de la novela en su dimensión más musical, te dejo una lista con la correspondencia por capítulo.

Capítulo 1: Como un burro amarrado a la puerta del baile.
Capítulo 2: ¿Quién eres tú?
Capítulo 3: Dulces sueños.
Capítulo 4: Mar antiguo.
Capítulo 5: Uva de la vieja parra.
Capítulo 6: Aviones plateados.
Capítulo 7: A jazmín.
Capítulo 8: En los árboles.
Capítulo 9: Sara.
Capítulo 10: Llanto de pasión.
Capítulo 11: Lápiz y tinta.
Capítulo 12: Soy un accidente.
Capítulo 13: A cualquiera puede sucederle.
Capítulo 14: El que canta su mal espanta.
Capítulo 15: Los ángeles no tienen hélices.
Capítulo 16: Músico loco.
Capítulo 17: Sin llaves.
Capítulo 18: A veces se enciende.
Capítulo 19: La piedra redonda.
Capítulo 20: Todo el día llovió.
Capítulo 21: Lejos de las leyes de los hombres.
Capítulo 22: Ya no danzo al son de los tambores.
Capítulo 23: Las palabras son cansancio.
Capítulo 24: Dios de la lluvia.
Capítulo 25: Insurrección.
Capítulo 26: Cuando el mar te tenga.
Capítulo 27: Las hojas que ríen.
Capítulo 28: Canta por mí.
Epílogo: En mi pecho.

Todas las canciones que cito son propiedad de El Último de la Fila y de su sello Perro Records.

El Último de la Fila

El Último de la Fila es un grupo de rock que formaron Manolo García y Quimi Portet. Fue uno de los grupos musicales de más éxito en España durante las décadas de los 80 y los 90. Algunos definen a su música como pop-rock, rock andaluz o new wave. Yo no sé poner etiquetas al arte. Para mí son pasión pura, poesía y la mejor inspiración.

Tanto Manolo García como Quimi Portet siguen llenando el mundo con su arte, aunque ahora lo hagan a nivel individual. Puedes seguirlos en:

https://www.manolo-garcia.com/

http://www.quimiportet.cat/

Max

Max es el genio creador de los maravillosos personajes Peter Punk y Kampanilla, que aparecen en sus cómics Peter Pank, El Licantropunk y Pankdinista! y que forman una parte entrañable de la trama de la novela.

Si no conoces a Max, ya estáis tardando. No le falta ningún premio y le reconocen en todo el mundo. Pero lo más guay es que tiene la maravillosa costumbre de ser absolutamente libre y fiel a su arte.

https://max-elblog.blogspot.com/

La autora

Esa soy yo y me llamo Myriam Ribes.

Siguiendo la tradición familiar estudié Medicina y me especialicé en Ginecología y Sexología. Llevo treinta años trabajando de eso y me encanta, pero en esta segunda parte de mi vida, he decidido contar historias, que es lo que siempre se me ha dado mejor.

Ya he publicado dos libros de divulgación, Recupera tu deseo y Respira, y esta es mi primera novela, en la que os explico una historia de amor musical y divulgativa. Si queréis saber más cosas de mí y los temas que he tratado, no dudéis en preguntarme por redes y bichear mi web.

www.myriamribes.com
Instagram: @myriamribes